LAUREANO VALLENILLA LANZ

CESARISMO DEMOCRÁTICO

A cien años de un gran libro.
Entre el debate político y la crítica historiográfica
1919-2019

50 años
UNIVERSIDAD METROPOLITANA

LAUREANO VALLENILLA LANZ

CESARISMO DEMOCRÁTICO

A cien años de un gran libro.
Entre el debate político y la crítica historiográfica
1919-2019

UNIVERSIDAD METROPOLITANA
RIF J-00065477-8

AUTORIDADES

Luis Miguel da Gama / Presidente del Consejo Superior
Benjamín Scharifker / Rector
María del Carmen Lombao / Vicerrectora Académica
María Elena Cedeño / Vicerrectora Administrativa
Mirian Rodríguez de Mezoa / Secretario General

COMITÉ EDITORIAL DE PUBLICACIONES DE APOYO A LA EDUCACIÓN

Prof. Roberto Réquiz
Prof. Natalia Castañón
Prof. Mario Eugui
Prof. Rosana París
Prof. Alfredo Rodríguez Iranzo (Editor)

CESARISMO DEMOCRÁTICO. LAUREANO VALLENILLA LANZ.

A cien años de un gran libro. Entre el debate político y la crítica historiografica
1919-2019

Lisandro Alvarado, Diego Bautista Urbaneja, Rómulo Betancourt, Federico Brito Figueroa, Manuel Caballero, Diego Carbonell, Elsa Cardozo, Ángel J. Cappelletti, Simón Alberto Consalvi, Nikita Harwich Vallenilla, Carlos Irazábal, Alicia de Nuño, Elías Pino Iturrieta, Elena Plaza, Manuel Rodríguez Campos, Alfredo Rodríguez Iranzo, David Ruiz Chataing, Eduardo Santos, Arturo Sosa Abascal, s.j., Laureano Vallenilla Lanz, Ramón J. Velásquez

David Antonio Ruiz Chataing / Compilador

Hecho el depósito que indica la ley
Depósito Legal: MI2021000521
ISBN: 978-980-247-297-0

ÍNDICE

Prólogo 5
David Ruiz Chataing

Opiniones [1920] 19
Lisandro Alvarado

Polémica Laureano Vallenilla Lanz y Eduardo Santos 23
Autor?

Perfiles de la Venezuela decadente: Laureano Vallenilla Lanz [1928] 47
Rómulo Betancourt

El gendarme necesario, una tergiversación histórica [1939] 51
Carlos Irazábal

Laureano Vallenilla Lanz [1943] 57
Diego Carbonell

La formación del estado venezolano [1966] 64
Manuel Caballero

El héroe [1966] 73
Manuel Caballero

Laureano Vallenilla Lanz [1969] 81
Alicia de Nuño

"El hombre como héroe" [1974] 122
Arturo Sosa Abascal, s.j.

El pensamiento político de Laureano Vallenilla Lanz [1981] 130
Ramón J. Velásquez

La contribución de Laureano Vallenilla Lanz a la comprensión histórica de Venezuela [1983] 143
Federico Brito Figueroa

El pensamiento político positivista y el gomecismo (fragmentos) [1983] 175
Arturo Sosa Abascal, s.j.

El caudillo como necesidad orgánica en Laureano Vallenilla Lanz (1985) 190
Manuel Rodríguez Campos

Polémica Elías Pino Iturrieta – Nikita Harwich Vallenilla 205

Prólogo a una nueva edición de Cesarismo Democrático [1990] 219
Manuel Caballero

Prólogo a una nueva edición de Cesarismo Democrático [1991] 224
Nikita Harwich Vallenilla

Laureano Vallenilla Lanz y el gendarme necesario [1994] 261
Ángel J. Cappelletti

El gendarme necesario I [1996] 308
Elena Plaza

El gendarme necesario II [1996] 318
Elena Plaza

Una fascinación que no cesa (fragmentos) [2000] 342
Simón Alberto Consalvi

Cesarismo democrático: las tesis y el revuelo [2007] 349
Elsa Cardozo

Laureano Vallenilla Lanz y la vigorosa revisión positivista [2015] 362
Diego Bautista Urbaneja

Epílogo 369
Alfredo Rodríguez Iranzo

PRÓLOGO

DAVID RUIZ CHATAING

El libro *Cesarismo Democrático* (1919) de Laureano Vallenilla Lanz es una producción intelectual cimera del positivismo venezolano y latinoamericano. En 2019 se conmemoran 100 años de la publicación de esta obra. Es una oportunidad que debemos aprovechar para reflexionar sobre el contexto en que se produjo; las influencias que la nutrieron; el impacto que causó en el medio intelectual universal, latinoamericano y nacional; el debate histórico y político que desató; así como su aporte a la comprensión de la historia de los países hispanoamericanos y de Venezuela; y, finalmente, la vigencia de las tesis de Laureano Vallenilla Lanz en el presente.

Cesarismo Democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela vio la luz por primera vez en diciembre de 1919, publicado en los talleres de la empresa El Cojo de Caracas. Sirvió de prólogo un artículo aparecido en *El Nuevo Tiempo,* de Bogotá, en junio de 1919, realizado por el escritor colombiano Antonio Gómez Restrepo. El libro causó un gran revuelo tanto en el país como en el exterior. Verá una segunda edición en vida del autor en 1929, esta vez publicado por la caraqueña Tipografía Universal. La tercera edición venezolana, de 1952, la patrocinó la Tipografía Garrido. Al prólogo de Restrepo, se le agregará otro del historiador y profesor del Instituto Pedagógico Nacional, Virgilio Tosta. En 1961, la Tipografía Garrido realizará una cuarta edición, idéntica a la tercera. En 1983, el Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Santa María, publicará la quinta edición de *Cesarismo Democrático* en el marco de la edición de las *Obras completas* del autor. La publicación estuvo al cuidado de los historiadores Federico Brito Figueroa y Nikita Harwich Vallenilla. Esta es la mejor de todas, indudablemente, y de donde hemos extraído información valiosa. El bloque de Armas también lo

editó en los ochenta (1984), así como las grandes editoriales del Estado como Biblioteca Ayacucho, en 1991, con prólogo del Doctor Nikita Harwich Vallenilla y Monte Ávila Editores, en 1994, con proemio del historiador Manuel Caballero y una presentación del escritor y periodista Jesús Sanoja Hernández. Respaldada por el sello editorial Los Libros de El Nacional, se realizó una más en 1999. El sello caraqueño EDUVEN, ese mismo 1999, también lo tendrá en el catálogo de sus publicaciones. En fin, han sido diez ediciones venezolanas. En 1925, se publicó una edición francesa. En 1934, otra italiana y dos en lenguas extranjeras.

Para complacencia del autor, con su obra no ha habido indiferencia. Se le ha divulgado y leído, se le ha respaldado o se le ha combatido. No es fácil obviar una obra bien escrita, firmemente sustentada en sus parámetros cientificistas y de poderosa repercusión nacional e internacional.

El sociólogo, historiador y periodista Laureano Vallenilla Lanz nació en la Barcelona de Venezuela, el 11 de octubre de 1870. Sus ilustres ascendientes fueron colonizadores y fundadores del oriente del país; protagonistas de la vida económica, política, social y cultural de esas tierras durante el período hispánico, las luchas emancipadoras y las décadas azarosas de nuestro turbulento siglo XIX. Su primera formación la obtuvo en la escuela de su provincia natal y en la bien surtida biblioteca de su padre, José Vallenilla Cova. En su juventud, leyó a Herbert Spencer, Charles Darwin, John Stuart Mill y Auguste Comte. Desde temprana edad, se vincula a la prensa caraqueña y a los círculos intelectuales de la capital del país. Vive en Europa entre 1904 y 1910. Fue nombrado Cónsul de Venezuela en Amsterdam por el gobierno del General Cipriano Castro. Estudia por esos años en París, en La Sorbona y el Colegio de Francia. Entra en contacto con la obra de Charles Langlois, Ernest Renan, Charles Seignobos, Gustavo Le Bon, Hipolito Taine y Celestine Bouglé. En 1907, es designado Cónsul en Santander, España. Cuando regresa a Venezuela, obtiene un premio con un escrito sobre el 19 de abril de 1810. Conoce al Presidente de la República, General Juan Vicente Gómez. En 1910 es designado Superintendente de Instrucción Pública. Entre 1913 y 1915 es Director del Archivo General de la Nación. Es nombrado Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia en 1918. Desde 1915 hasta 1931 dirige el principal vocero del gobierno: *El Nuevo Diario.* Ocupó

curules parlamentarias en diversas ocasiones. En 1931, es designado Ministro Plenipotenciario de Venezuela en Francia. Reside en París hasta su muerte, el 16 de noviembre de 1936.[1] Luis Beltrán Guerrero lo ubica en la tercera generación de positivistas venezolanos junto con Pedro Manuel Arcaya (1874-1958) y José Ladislao Andara (1876-1922)[2].

La obra escrita fundamental de Laureano Vallenilla Lanz, aparte de folletos de debate político, discursos parlamentarios y de orden en diversas efemérides, está constituida por *Cesarismo Democrático* (1919), *Crítica de Sinceridad y Exactitud* (1921), *La Rehabilitación de Venezuela, campañas políticas de "El Nuevo Diario" 1915-1926* (1926-1928) y *Disgregación e Integración* (1930). Vallenilla Lanz legó mucha obra periodística dispersa en prensa y revistas y correspondencia en su archivo privado, que esperan por su publicación.[3]

Laureano Vallenilla Lanz creía que la sociedad era similar a un organismo biológico; que se debían estudiar los hechos sociales como cualquier otro fenómeno natural, con la objetividad y desapasionamiento con la que el bacteriólogo estudia los microbios; que se debían explicar las causas de los hechos sociales; que las fuerzas colectivas están por encima de las individuales y que, en todo esto caso, nada tiene que ver con ellos la débil voluntad humana. Ese organismo está sometido a condiciones que las determinan las leyes que han de regirlo, no su "constitución de papel" formulada por las élites ilustradas, sino la que debía establecerse de acuerdo a su rigurosa evolución histórica. Entre estas condiciones se encuentran las características étnicas (en su época se decía la "raza"), el clima, el medio geográfico, la densidad demográfica y las circunstancias del momento. Esos factores condicionantes imponían una conducta, unas prácticas sociales, una idiosincrasia, que se fijaban con el tiempo mediante la herencia. Una forma de gobierno surgida de esas condiciones específicas, sólo se modificaría al cambiar los fundamentos de su sus-

1 Elías Pino Iturrieta. "Vallenilla Lanz, Laureano" en: *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar, 1997, vol. 4, pp. 191-192.

2 Luis Beltrán Guerrero. *Introducción al positivismo venezolano*. Caracas: Ministerio de Educación, 1956, p. 15.

3 Ángel Raúl Villasana. "Vallenilla Lanz, Laureano" en: *Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano (Años 1808-1950).* Caracas: Banco Central de Venezuela, 1979, Tomo VI, pp. 523-529.

tentación. En su evolución, las sociedades pasan de una etapa de solidaridad mecánica (sociedad guerrera, atrasada, bárbara, regida por jefes autocráticos) a la solidaridad orgánica (democracia occidental, civilización) mediante la transformación del tipo étnico con la inmigración blanca europea; capitales y tecnología que aumenten la actividad económica; las carreteras que intensifiquen el tráfico comercial y humano; la educación que forme ciudadanos y hombres útiles a la sociedad y a sí mismos mediante el trabajo. Sólo al darse esa transformación profunda, se puede abandonar una etapa y ascender a la superior.[4] En este sentido, por cierto, Vallenilla Lanz se muestra ambiguo. En algunas oportunidades, el César Democrático pareciera ser un modelo político universal, incluso aplicable a las avanzadas sociedades europeas. En este sentido, no oculta, por cierto, Vallenilla Lanz sus simpatías por el nazi-fascismo. En otras circunstancias, señala que es una fase que puede durar muchos años. En otros momentos, indica que si se dan los cambios en las condiciones fundamentales que obligan a la existencia de un hombre fuerte, se avanzará hacia la democracia. En el campo específico de la Historia y la Sociología, el carácter científico de lo comprendido o explicado, se sustenta en la crítica externa e interna de los documentos consultados y los hechos comprobados, los cuales se quiere conocer.[5]

Mediante un riguroso manejo teórico-metodológico y una ardua revisión documental Laureano Vallenilla Lanz llegó a la conclusión de que la sociedad venezolana, debido a su composición étnica de indios, hispanos y negros (prevalece en esta mezcla un individualismo anárquico, tendencia a dotarse de jefe autocrático y predominio de elementos disgregativos e igualación sin criterios de selección) requería de gobiernos de fuerza. El escritor observa que durante el período hispánico se estableció un sistema de castas, oligárquico, represivo y excluyente que indujo a los grupos dominados a una lucha por la igualdad. El quebrantamiento de este orden colonial, que era el freno de los odios y la violencia, con las luchas independentistas y las guerras

4 Diego Bautista Urbaneja. "El paso de las visiones" en: *Venezuela: República Democrática*. Caracas: Asociación Civil Grupo Roraima, 2011, p. 24.

5 Jesús Sanoja Hernández. "Introducción" en: *Cesarismo Democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela*. Caracas: Los Libros de El Nacional, 1999.

civiles subsiguientes, hacían imperativo para esta sociedad anarquizada un gobernante despótico que mediante el temor impusiera la paz y el orden. La condición básica para la existencia de una sociedad es el sosiego. En consecuencia: "…el derecho y el poder corresponden a aquel que dispone de la fuerza necesaria para imponerlo y mantenerlo".[6]

Ya desde los tiempos de la emancipación, surgieron esos personajes que imponían cierto orden a los grupos turbulentos, sobre todo a los impetuosos llaneros. Primero fue José Tomás Boves, quien los puso a pelear bajo la bandera del Rey; luego, José Antonio Páez, quien los condujo por el camino de construir la patria libre. Luego, seguirían otros caudillos. Y uno de esos jefes guerreros se sobrepondría al resto y acabaría con las guerras civiles y la anarquía desatadas desde los tiempos de la independencia. Un tirano bueno que establecería el orden, necesario para construir el progreso. Un César Democrático que también sería un Autócrata Civilizador.[7] Es decir, que el caudillo fue una necesidad, una fuerza de conservación social.[8] Los positivistas venezolanos –Vallenilla Lanz, Pedro Manuel Arcaya, César Zumeta, José Gil Fortoul– adversaron el personalismo destructivo cuando prevalecen una multitud de caudillos. Por el contrario, exaltaron al caudillo fuerte que se sobreponía al resto, para así establecer la paz, con su personalismo constructivo.[9] Las ideas liberales, republicanas, al invocar la alternabilidad o la democracia, lo que hacían era entorpecer la continuidad del hombre fuerte en el poder para destruir la anarquía y cimentar un orden progresista. Y esas ideas supuestamente avanzadas eran el pretexto para continuar las guerras civiles y de partidos. La ley real de los países hispanoamericanos, la cons-

6 Laureano Vallenilla Lanz. *Disgregación e Integración.* Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1962, p. 65.

7 Miguel Ángel Burelli Rivas. "La teoría de la autocracia o del gendarme necesario como intento de construcción de la unidad política y social" en: *Mundo Nuevo.* Caracas, julio-diciembre de 1984, números 25-26, pp. 7-16.

8 Virgilio Tosta. "Prólogo de la tercera edición venezolana" en: *Obras Completas. Cesarismo Democrático*, de Laureano Vallenilla Lanz. Caracas: Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Santa María, 1983, T. I, p. LXXIV.

9 Elías Pino Iturrieta. "Introducción" en: *Positivismo y Gomecismo.* Caracas.Universidad Central de Venezuela, Instituto de Estudios Hispanoamericanos, Ediciones de la Facultad de Humanidades y Educación,1978, p. 61.

titución efectiva, es la "Ley boliviana", según la cual quien manda nombra a su sucesor para darle continuidad a su obra, y así evitar el desorden. Los períodos de prosperidad en la mayoría de los países latinoamericanos están vinculados a recias personalidades que los han conducido y que los llevaron de la anarquía a la paz; de la barbarie a la civilización y de la disgregación a la integración social.

La tesis del "gendarme necesario" no surgió de un día para otro en la sociedad venezolana, ni en las convicciones de sus grupos ilustrados. Vallenilla Lanz pertenece a una élite social en la cual prevalecían las ideas liberales, democráticas y republicanas. Va a ser la persistencia de las guerras civiles, los caudillos, las dictaduras alternadas con períodos de anarquía que lo conducirán a la "amarga convicción" de la necesidad de establecer en Venezuela una dictadura para cimentar la paz, primera condición de la existencia social. Las sucesivas revoluciones de Joaquín Crespo (1892), el fraude electoral de 1897, los alzamientos del Mocho Hernández, Ramón Guerra, la Revolución Liberal Restauradora de Cipriano Castro (1899), las distintas insurrecciones anticastristas, el bloqueo de 1902-1903, la Revolución Libertadora, el sufrimiento de su familia en los avatares de la política, su experiencia con la sociología determinista francesa, lo apartan de las ideas liberales y fortalecen su ideario cesarista. En *El Monitor Liberal,* de Caracas, en 1899, escribió:

> Una sociedad política cuando llega al extremo de que sus hombres solo ejercitan los medios de la violencia, reconoce su incapacidad para gobernarse por la sola virtud de las leyes y no encontrará reposo sino al abrigo del despotismo, y no respetará otros gobiernos que aquellos que lo hieran, y no tendrá más derechos que aquéllos que le conceda la voluntad del sable que lo domine.[10]

Como lo ha identificado Nikita Harwich Vallenilla, ya Vallenilla Lanz habla aquí con el lenguaje del Cesarismo Democrático. En el reverso de una

10 Elsa Cardozo. *Laureano Vallenilla Lanz*. Caracas: El Nacional; Banco del Caribe, 2007, pp. 23-24.

proclama del General Cipriano Castro, del 5 de julio de 1903, conmemorativa de las efemérides patrias, Laureano Vallenilla Lanz, aherrojado por sospechoso de simpatizar con la revolución matista, reflexiona sobre la inutilidad de las instituciones liberales para regir a Venezuela. Cómo lo señala Elena Plaza, su biógrafa más autorizada, para 1904, ya Vallenilla Lanz ha abrazado la doctrina positivista de orden y progreso, rechaza la anarquía política y a los partidos políticos, y abandona completamente la doctrina liberal.[11] El 15 de agosto de 1908, en carta a su hermano Baltasar, denuncia el absoluto fracaso de los ideales jacobinos y reconoce que: "…los anhelos populares sólo buscan a un hombre capaz de tiranizarlos para el bien y el progreso".[12]

El primero de octubre de 1911, Vallenilla publicó en la revista *El Cojo Ilustrado* una primera versión de la tesis del Gendarme Necesario. En 1915, asume la dirección del principal vocero gubernamental *El Nuevo Diario*. Se mantuvo en la dirección del periódico hasta 1931. Con posterioridad, escribió sobre esta circunstancia de asumir la dirección de dicho periódico: expuso que era un hombre de una sola pieza. Que sus convicciones científicas, de hombre público, de periodista, de historiador y como ciudadano eran una sola: la inutilidad de las ideas liberales para regir a Venezuela y la necesidad de un "tirano bueno".[13] Igual declaración la había formulado en la célebre polémica con el político colombiano Eduardo Santos en 1920, luego de publicado *Cesarismo Democrático.* De manera pues que la tesis del gendarme necesario la maduró Vallenilla Lanz desde tres lustros antes de publicarla formalmente y al menos una década previa a la toma del poder por parte del General Juan Vicente Gómez.

El esbozo de las ideas de la obra fundamental de Laureano Vallenilla Lanz, que a continuación les presentamos, lo realizaremos a partir de la edición del Centro de Investigaciones de la Universidad Santa María, de 1983. *Cesarismo Democrático* es publicado por primera vez a finales del año 1919, como ya quedó dicho, y consta de 8 capítulos. Dejaremos para el final el comentario del capítulo 6 correspondiente al gendarme necesario.

11 Elena Plaza. *Biografía de Laureano Vallenilla Lanz* (Historia para todos; número 21). Caracas: Historiadores Sociedad Civil, 1996, p. 6.

12 Elsa Cardozo. *Ob. Cit.* , p. 43.

13 Elena Plaza. *Ob. Cit.*, p. 16.

El apartado primero, se intitula "Fue una guerra civil". En este, con una abrumadora sustentación documental, Vallenilla Lanz demuestra que la lucha emancipadora más que una guerra internacional, fue una guerra civil entre venezolanos. Igualmente, piensa que dicho evento bélico fue la invasión de los pueblos llaneros, pastores, nómadas contra las gentes sedentarias, pacíficas y agricultoras del centro-norte de la República. Otra de las hipótesis que demuestra, es que fue la guerra emancipadora una profunda revolución social. Los grupos sociales subalternos, doblegados por un excluyente y opresivo sistema de castas dirigido por los blancos criollos, aprovecharon la ruptura del orden colonial para luchar por la igualdad social.

En el capítulo 2, "Los iniciadores de la revolución", Vallenilla expone la ineficacia de las ideas de las élites ilustradas, liberales y republicanas para modificar la sociedad venezolana. La sociedad colonial de castas, oligárquica y represiva actuaba en función de los grupos dominantes. Los dominados aprovecharon la debacle del orden colonial para arremeter contra los grupos blancos privilegiados. No había en realidad pugna entre principios doctrinarios, sino choque de odios y pasiones. Vallenilla Lanz llama la atención sobre los procesos de continuidad prevalecientes entre el período colonial y el independentista y republicano.

En el apartado 3, "Los prejuicios de castas", el intelectual estudia la composición étnica y social de la sociedad venezolana durante el período colonial. Los españoles, que no son en absoluto una raza pura, sino profundamente mestizada con judíos y moros, establecieron en Venezuela esos repugnantes prejuicios de castas y minuciosas pesquisas en torno a una supuesta limpieza de sangre. La realidad era la inexistente pureza racial, el carácter de grupo opresor de los mantuanos que pretendía preservar sus privilegios y el odio soterrado entre esa minoría blanca y los grupos subalternos.

En el capítulo 4 intitulado "La insurrección popular", Vallenilla Lanz sustenta la opinión de que las ideas jacobinas y utópicas enarboladas por la minoría blanca dirigente solo condujeron al quebrantamiento del orden colonial. Con esta debacle se desataron los odios de los mestizos, de los negros, de los canarios, contra la oligarquía criolla. Por cierto, del bandidaje, de la anarquía de la guerra, surgieron las primeras manifestaciones caudillistas como única forma de generar orden y control social.

En la sección 5, "Psicología de la masa popular", Vallenilla Lanz continúa desarrollando su argumentación sobre las características de la sociedad venezolana del período hispánico e independentista. Nuestros pueblos mestizos, razona, en especial los llaneros, lucharon al lado de los realistas bajo las órdenes de Boves, y luego pelearon enarbolando el estandarte republicano, dirigidos por Páez, no por principios doctrinarios, sino para hacer aquello a lo que estaban habituados: robar, saquear, asesinar. Cuando Bolívar o Páez trataron de disciplinarlos, se alzaron contra ellos y se asociaron con jefes que, invocando cualquier causa, los dejaran seguir su vida de bandoleros con plena impunidad.

En el capítulo 7, "Los principios constitucionales del Libertador. La ley boliviana", el historiador desarrolla la idea de que las verdaderas constituciones no son las que copian fórmulas abstractas. Las constituciones efectivas son las que responden a las realidades de los pueblos para los cuales se legisla. Esta doctrina constitucional de Simón Bolívar guía la investigación de Laureano Vallenilla Lanz. En Hispanoamérica impera, en la práctica, la ley boliviana, según la cual quien gobierna designa a su sucesor. Con ello evita la anarquía y le da continuidad a su gestión. La apelación de los letrados a la alternabilidad conduce a la anarquía. El hombre fuerte, de agudo instinto político, establece el orden, vence la anarquía e implementa acciones que conducen al progreso. Los partidos políticos estimulan el espíritu disgregativo de la raza, el desorden. Aminorar su nefasta influencia es tarea del jefe que establece la paz y da continuidad a una gestión progresista. El federalismo ha sido otra idea que aplicada entre los hispanoamericanos lo que ha hecho es fomentar el espíritu parroquial, disgregativo. Las sociedades industriales requieren de descentralización. Las comunidades guerreras necesitan un gobierno fuerte y centralizado.

El capítulo 8, "Los partidos históricos", lo usa Vallenilla Lanz para continuar su refutación del prejuicio según el cual las ideas revolucionarias fueron las que conmocionaron a la sociedad venezolana. Esta se venía agitando desde la época colonial por la lucha de los grupos oprimidos contra el sistema de castas y oligárquico de la minoría blanca criolla. La revolución la comenzaron los mantuanos con sus manos enguantadas y la completó, en medio de un gran charco de sangre, el rudo caudillo llanero José Antonio Páez.

El capítulo 6, "El Gendarme necesario", el que da nombre a la obra, en realidad es el eje del volumen. Todos los textos anteriores apuntalan al más bien breve apartado dedicado al gendarme necesario. En pocas palabras, Vallenilla Lanz demuestra que en sociedades donde impera la violencia se requiere de un jefe que imponga el orden y la paz mediante el temor. Gracias al prestigio y al uso de la fuerza, los caudillos (Páez, Monagas), mantienen controladas a las masas semibárbaras prestas solo al saqueo y el asesinato. En la Venezuela de principios del siglo XX lo que impera es la fuerza, no las leyes ni las instituciones. La invocación a doctrinas abstractas, importadas, lo que hace es entorpecer la misión del hombre fuerte de mantener el orden. El país, luego de la emancipación, se vio asediado por la miseria, el atraso, por los soldados licenciados de los ejércitos que se convirtieron en bandoleros, a los que se sumaron los esclavos como factor de inestabilidad y agitación. A las heroicas guerras de emancipación, siguieron las fratricidas guerras civiles. En ese contexto, el caudillismo fue un factor de orden, de integración social. Dominó no quien fue elegido, sino quien pudo imponerse por la fuerza.

Son muchos los elogios y las críticas formuladas a las tesis sustentadas por Laureano Vallenilla Lanz. Entre los compatriotas que saludaron la publicación del libro estaban Lisandro Alvarado, Rubén González y Juvenal Anzola. El gran escritor español Miguel de Unamuno, en carta enviada desde Salamanca, el 29 de julio de 1920, exalta los valores, los logros del libro. Diez años después, otro importante escritor hispano, Ramiro de Maeztu, escribe, el 3 de febrero de 1930, que va a ser difícil impugnar la tesis de Vallenilla Lanz según la cual: "…el caudillismo o cesarismo democrático expresa una constitución efectiva" de muchos pueblos hispanoamericanos.[14] El profesor norteamericano Guillermo A. Sherwell, le comunica a Vallenilla Lanz, desde Washington, el 15 de octubre de 1920 que *Cesarismo Democrático:* "… Es la mejor pintura que conozco del alma social de la América Hispana…"[15]

Pero habrá quien haga señalamientos muy severos contra Vallenilla Lanz y su obra. Eduardo Santos, Director de *El Tiempo*, de Bogotá, el 28 y el 31 de

14 Laureano Vallenilla Lanz. *Obras Completas.* Cesarismo Democrático. Caracas: Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Santa María, 1983, t. I, p. 278.

15 Laureano Vallenilla Lanz. *Ob. Cit.,* p. 253.

diciembre de 1920, enfiló sus dardos críticos contra el defensor del gomecismo. En el escrito de la primera fecha denuncia que Vallenilla Lanz embellece con su filosofía, con su teoría del gendarme necesario la realidad brutal del despotismo. Santos es firme en la convicción según la cual nuestros pueblos no necesitan "tiranos buenos" sino paz, libertad, derecho, unirse contra los peligros de una nueva dominación internacional. Además, reprocha que el orden sustentado en la represión es frágil, y puede resquebrajarse en cualquier momento. En su segundo escrito observa que ni en la historia, ni en la sociología, se pueden acuñar absolutos como esos según los cuales el medio geográfico y la composición étnica determinan el predominio de un jefe único en Venezuela. El gran error del historiador barcelonés es elevar a teoría filosófica y sociológica la desgracia de su pueblo de padecer una terrible dictadura. Vallenilla Lanz yerra cuando hace de la necesidad, virtud. Igualmente, el escritor uruguayo Mario Falcao Espalter, en *La Prensa* de Buenos Aires, de julio de 1925, le reprocha a Vallenilla Lanz su justificación de las largas y crueles dictaduras de los pueblos hispanoamericanos. Se pregunta Espalter ¿No es mejor experimentar con el sistema democrático para aclimatar entre nosotros la libertad? Vallenilla Lanz responderá a estos y a otros cuestionamientos con dureza, mediante textos que completan su polémico *Cesarismo Democrático*. Al discutido autor le sobraba en Venezuela espacios en los cuales refutar a sus críticos. No se puede decir lo mismo de quienes lo cuestionaban. La recia dictadura gomecista sólo aceptaba elogios, defensas y aplausos.

El estudiante antigomecista, en el exilio colombiano, Rómulo Betancourt, en artículo publicado en la prensa del vecino país el 19 de noviembre de1928, arremete con dureza contra Vallenilla Lanz. Lo acusa de venderse al sátrapa, de practicar una doctrina ya anticuada y de conocer poco la obra de Darwin y de Spencer.[16]

A la luz de los estudios de Elena Plaza y de Arturo Sosa, entre otros, no se puede acusar a Vallenilla Lanz de desconocimiento del positivismo: leía en varios idiomas y conocía en profundidad la obra de la mayoría de los grandes científicos sociales de Europa, sobre todo, la de los sociólogos franceses.

16 Rómulo Betancourt. *Antología Política*. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt, 1990, vol. 1, pp. 87-89.

Digamos que Betancourt, más que refutar en la teoría a Vallenilla Lanz, lo derrotó en la praxis histórica: el guatireño fundó un partido político moderno, de masas; y ejerció la Presidencia de la República en dos oportunidades y coadyuvó a construir ciudadanía, a fundar la democracia. El pueblo fue objeto y sujeto del cambio histórico que construyó la Venezuela Moderna.

Desde la filas de otro determinismo, el marxismo-leninismo, Carlos Irazábal en *Hacia la democracia*, publicado en 1939, señala que el predominio del despotismo en América Latina, obedece al sistema feudal que ha predominado y a la explotación y al atraso en que la oligarquía terrateniente, aliada con el imperialismo, tiene a la población campesina.[17] Manuel Caballero, en 1966, le crítica a Laureano Vallenilla Lanz que no cumple su programa historiográfico. Su exaltación de Simón Bolívar y del General Juan Vicente Gómez, lo colocan como un romántico, como un historiador sin objetividad, y hasta como un exaltado propagandista del gomecismo.[18] En 1983, Arturo Sosa Abascal, plantea que las tesis cesaristas tienen un componente ideológico y otro teórico: por un lado justifican, defienden, la dictadura gomecista; por otro, con el bagaje metodológico del positivismo, se ahonda en la comprensión histórica de Venezuela. En última instancia, dichos planteamientos los formularon las élites políticas europeizantes que son parte de los grupos terratenientes dominantes, beneficiarias del régimen dictatorial. En esta óptica, el pueblo es sujeto pasivo del progreso.[19] En 1994, Manuel Caballero le reclama a Vallenilla Lanz ese profundo desprecio que demuestra por el pueblo en donde parecieran aflorar sus prejuicios de aristócrata.[20] Elena Plaza se pregunta sobre el hecho de no reconocer el autor cesarista la especificidad de los hechos humanos respecto de los naturales. La teoría, el método, la

17 Carlos Irazábal. *Hacia la Democracia (Contribución al estudio de la historia económico-político-social de Venezuela).* Caracas: Editorial Ateneo de Caracas, 1979, pp. 153-160.

18 Manuel Caballero. "El héroe" en: Germán Carrera Damas, Carlos Salazar, Manuel Caballero. *El concepto de Historia en Laureano Vallenilla Lanz.* Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Historia, 1966, pp. 85-91.

19 Arturo Sosa Abascal. *Los pensadores positivistas y el gomecismo*. Caracas: Congreso de la República, Ediciones del Bicentenario del natalicio del Libertador Simón Bolívar, 1983, Tomo II, vol. 1, número 6, pp. XXXVIII-XL.

20 Manuel Caballero. "Prólogo" en: *Cesarismo Democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la Constitución efectiva de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1990, pp. 7-12.

metodología para estudiar la realidad, dependen del objeto a ser investigado. Y a la luz de la experiencia histórica humana, no se puede obviar el papel de las ideas, de la voluntad creadora de los hombres, de la libertad, para retardar, mantener o acelerar cambios en la realidad. Este planteamiento ya lo habían hecho, a partir de 1936, Arturo Uslar Pietri y Mariano Picón Salas. Lo retoma en 1999 Nikita Harwich Vallenilla, como crítica de fondo al pensamiento de Vallenilla Lanz: "…el reduccionismo sociologizante del positivismo venezolano no le permitió valorar debidamente la fuerza que tiene la ideología como elemento motor de la sociedad".[21]

Sobre la vigencia actual de las tesis valleninianas, se puede decir que en la cultura política latinoamericana pesan mucho el carisma, los jefes mesiánicos, la concepción paternalista del poder, las prácticas populistas que subestiman al pueblo. La tesis de la relación caudillo-masa de Noberto Ceresole está emparentada, indudablemente, con la tesis de Cesarismo Democrático.[22]

Cabe otra reflexión importante ante esta obra fundamental. ¿El pueblo venezolano ha sido apto o inepto para ejercer la democracia? Nuestros siglos XX y XXI han mostrado cómo los venezolanos hemos ejercido la soberanía y construido ciudadanía. Los nacidos en esta tierra amamos el ascenso social y la prosperidad alcanzados en libertad. Y esto lo evidencia la más reciente resistencia a nuevos intentos dictatoriales.

Con respecto, específicamente, a los textos que comprenden la compilación, diremos que incluimos las opiniones de Lisandro Alvarado, por la importancia del autor y por corresponder a un comentario surgido con motivo de la aparición de la edición primera de la obra. Un poco para rescatar el clima del momento de la publicación del libro. Desde la acera del combate político lo comentan y analizan el dirigente político liberal colombiano Eduardo Santos, el militante de la izquierda criolla Rómulo Betancourt, los marxistas Carlos Irazábal y Federico Brito Figueroa, el filósofo anarquista argentino Ángel J. Cappelletti, y una larga lista de notables intelectuales, historiadores y académicos venezolanos como Diego Carbonell, Manuel Caballero, Alicia de

21 Nikita Harwich Vallenilla. "Prólogo" en: *Cesarismo democrático y otros textos.* Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1999, p. XXXIV.

22 Jesús Sanoja Hernández. Ob. Cit., p. 7.

Nuño, Arturo Sosa Abascal, Ramón J. Velásquez, Manuel Rodríguez Campos, Elías Pino Iturrieta, Nikita Harwich Vallenilla, Elena Plaza, Simón Alberto Consalvi, Elsa Cardozo, Diego Bautista Urbaneja y Alfredo Rodríguez.

Esperamos, con esta antología, contribuir al necesario debate que hay que continuar en torno a la obra de Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*, con motivo del primer centenario de su publicación. Un escrito de trascendencia historiográfica y política que aún hoy tiene defensores y detractores acérrimos.

OPINIONES [1920]

LISANDRO ALVARADO

Veníamos equivocados. Esto por lo menos, porque más fuertes calificativos son los que ahora se aplican a los historiadores (y son la mayoría) que han escrito sobre Bolívar, sobre nuestros libertadores, sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela. En el libro arriba mencionado aparecen nuevas teorías a este respecto, tomando por modelo las ideas de los sociólogos franceses y aplicándolas a nuestro corto período histórico. Estábamos acostumbrados a considerar esta parte de nuestros anales comparando los sucesos de Venezuela y los contemporáneos de España y de las naciones interesadas en sus colonias, y así no era difícil enredarse y desdeñar los *petits faits* que parecen tener gran importancia para formular una sentencia. Es oportuno dar una idea cabal del libro en lo que atañe al panteón de nuestros próceres, extractando simplemente los ocho estudios de que aquel se compone y empleando las mismas frases del autor en lo esencial de la exposición.

1. *La revolución emancipadora*. Fue un "error de psicología" de los que la proclamaron cuando en nombre de la "Enciclopedia", en nombre de la filosofía racionalista, en nombre del optimismo humanitario de Condorcet y de Rousseau decretaron la igualdad política y civil de todos los hombres libres (pág. 120). Por lo demás, ni el movimiento igualitario, ni el autonomista son la obra exclusiva de nuestros libertadores, ya que el segundo partió en realidad de los antiguos cabildos de España y es por consiguiente una idea española. Boves fue el primer jefe de la democracia venezolana (pág. 132); no puede ser considerado como español, porque los verdaderos representantes de España fueron, en general, humanos, generosos, justicieros (págs. 126, 135). Elogio de Boves. La impunidad de todos los delitos fue la norma de la revolución (págs. 148-272) *Ab uno disce omnes*.

2. *Los corifeos*. Las clases elevadas de la colonia no solo fueron las que iniciaron la revolución, sino que al mismo tiempo proclamaron los derechos del hombre y pretendieron fundar la república de 1811 sobre las bases de la democracia y del federalismo (pág. 51). Los verdaderos opresores de las clases populares fueron los hombres de aquellas clases, que apegados al terruño, celosos de su alta posición, dominando todas las corporaciones y ejerciendo todos los empleos por sí o por medio de sus allegados, gobernaban los pueblos y los tiranizaban, siendo ellos exclusivamente los llamados a ejercer las funciones de alcaldes, corregidores, síndicos, justicias mayores, tenientes de justicia, oficiales de milicias, recaudadores de los impuestos, celadores del estanco y del fisco, etc. (pág. 76). Toda la generación que proclamó la independencia había sido educada en prácticas propias solo para formar hombres falsos e hipócritas (pág. 83). Por su parte, los empleados españoles trabajaban indirectamente por la evolución democrática, por la igualación de las castas (pág. 89) teniendo que apoyarse en las clases bajas y favorecerlas con sus influencias (pág. 87), a tiempo que los nobles, los que van a proclamar en 1810 los derechos del hombre, clamarán contra el despotismo de España y lucharán hasta las mismas vísperas de la revolución por conservar las hondas desigualdades sociales (pág. 89).

3. *Calidad de los corifeos*. La preponderancia que en Venezuela tuvo la nobleza criolla se apoyaba sobre fundamentos más sólidos que su problemática limpieza de sangre. Esta no era más que un prejuicio (págs. 117, 92). En todo el proceso justificativo de la revolución no debe verse sino la pugna de los nobles contra las autoridades españolas, la lucha de los propietarios territoriales contra el monopolio comercial, la brega por la dominación absoluta entablada de mucho tiempo atrás por aquella clase social poderosa y absorbente, que con razón se creía dueña exclusiva de esta tierra descubierta, conquistada, colonizada, cultivada por sus antepasados (pág. 91). El carácter feroz que asumió la revolución en Venezuela así como nuestra rápida evolución igualitaria, hechos de que no hay ejemplo en ninguno de los otros pueblos de Hispano-América, se halla explicado en parte, por la heterogeneidad misma de la sociedad colonial (pág. 119). (Cp. A. Rojas, *passim*).

4. *Los prosélitos*. En el propósito de justificar de algún modo la pertinaz oposición que la mayoría de los americanos hizo a la causa de la independencia,

los patriotas pensadores, y en primer término el Libertador Simón Bolívar, lo atribuyeron casi siempre a ignorancia y fanatismo de las masas populares. No sabían lo que decían (pág. 151). Páez y sus llaneros no sabían lo que era patria, ni adquirieron idea de la justicia, ni respetaron otra autoridad que la de la fuerza bruta (pág. 157). Los llaneros fueron unos bandoleros en todos los tiempos y bajo todas las banderas: al pasarse de una a otra fila no hicieron más que cambiar de Jefe; en el fondo oscuro de su mentalidad y de sus afecciones, el *Mayordomo* Páez era el heredero legítimo del *Taita Boves* (pág. 173). Elogio de Páez. La creencia demasiado generalizada de que los sostenedores del antiguo régimen surgieran únicamente de las clases bajas de la colonia, por ignorantes y fanáticas, es absolutamente errónea (pág. 33). *Pars pro toto.*

5. *La cuestión militar*. La guerra de Independencia fue una guerra civil. La que precedió a la expedición de Morillo fue una lucha entre hermanos, una guerra intestina, una contienda civil y por más que se busca no se encuentra el carácter internacional que ha querido darle la leyenda (pág. 7). La actuación de las tropas peninsulares en Venezuela no tuvo la enorme influencia que se ha creído y puede decirse que nada favoreció más la causa de la patria como la llegada del ejército expedicionario de Morillo (pág. 6). (Bolívar y sus compañeros fueron facciosos al principio y después rebeldes o insurgentes). Rubín, Capó, Ramos, Cárdenas, Casas, Camero, Baca, Illas y otros más constituyeron el formidable apoyo con que contó España durante todo el curso de la guerra (pág. 34). De una multitud de hombres civiles importantes del país salieron lo más íntimos consejeros de Monteverde, Boves, Morales, Morillo, Rosales y los que formulaban las listas de proscripción, y compusieron las juntas de secuestros y clamaron en todos los tonos por el total exterminio de los patriotas, mientras que los españoles pretendieron muchas veces restablecer el orden por el imperio de la justicia y la equidad (pág. 35). .

6. *Cuesti*ón política. La ley boliviana (?). En Hispano-América el caudillismo surgió de las patas de los caballos. (pág. 233). Los que criticaron al Libertador, los que en su ceguera llegaron a calificarle de déspota, de autócrata, de tirano, y atentaron contra su vida creyendo realizar un acto de justicia y de amor a la libertad, no sólo están condenados por la historia sino que la ciencia misma los clasifica como seres perniciosos para la sociedad (pág. 253). Por un gravísimo defecto de educación y hasta por la pereza mental característica de

nuestra raza el criterio fatalista confundiéndose con el providencialismo que atribuye a los conductores de pueblos condiciones extrahumanas, es el que ha prevalecido entre nosotros en la apreciación de los acontecimientos históricos y en juicio que generalmente nos formamos respecto de lo que sucede a nuestro alrededor (pág. 263). El pueblo nuestro puede considerarse como un grupo social *instable*, porque antes y ahora se halla colocado en el período de transición de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica, que es el grado en que se encuentran hoy las sociedades *legítimas y estables* (pág. 276). (El autor se ha inspirado en una conferencia dada en la Escuela de Ciencias Políticas de Caracas por el catedrático de Derecho Constitucional, Dr. J. Gil Fortoul, en la que se examinaron los principios constitucionales del Libertador).

7. *Los gobernantes*. Aplicación de una idea de Taine. En muchas de estas naciones de Hispano-América, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el caudillo ha representado una necesidad social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen sino se imponen (pág. 188). La autoridad de Páez como la de todos los caudillos de Hispano-América, se fundaba sobre la *sugestión inconsciente* de la mayoría (pág. 276). Páez *à tout faire*. Llegó a ser un verdadero hombre de Estado (pág. 213). Peña, Quintero, Nodal, Rojas*: sic vos non vobis.*

8. *Los partidos políticos.* Nuestros partidos históricos, que nacieron con la guerra civil de la Independencia porque desde entonces se dividió la población urbana de Venezuela en dos bandos llamados primero *godos* y *patriotas* y que después de constituida la república se titularon *godos* y liberales, no profesaron doctrina política definida sino cuando los unos sostenían las banderas del rey de España y los otros luchaban por obtener la independencia (pág. 264). ¿Quisest iste involvenssententias…?

Cultura Venezolana (Año II, Tomo IV, No. 12, Caracas, Marzo-Abril 1920, pp. 356-360.

En: Laureano Vallenilla Lanz. "Cesarismo Democrático": *Obras Completas.* Caracas: Centro de Investigaciones Históricas Universidad Santa María, 1983, Tomo I, pp. 239-241.

POLÉMICA [1920]

LAUREANO VALLENILLA LANZ Y EDUARDO SANTOS

CESARISMO DEMOCRÁTICO Y CESARISMO TEOCRÁTICO

Laureano Vallenilla Lanz

Muy airado se me viene encima el eminente escritor colombiano, doctor Eduardo Santos, desde las columnas de su periódico *El Tiempo*, de Bogotá, con motivo de mi libro *Cesarismo democrático*, francamente que me ha sorprendido el *juicio crítico* del distinguido publicista, que es más propiamente un ataque personal absolutamente inexplicable y una diatriba muy poco velada contra el actual régimen político de Venezuela.

El señor doctor Santos comenta y critica todo lo que en el libro se refiere a Venezuela, pero no dice una palabra sobre lo referente a Colombia. Para él parece que no ha existido el "cesarismo teocrático" implantado por el doctor Núñez, y asienta que su país es el más libre, el más digno, el más republicano de toda la América.

Yo no he escrito ese libro para criticar a Colombia ni a ningún otro pueblo hispanoamericano. Apunto los hechos; a ellos me atengo con un criterio esencialmente positivista, y "si la verdad escandaliza, que se produzca el escándalo, pero que la verdad sea dicha".

Entre mis convicciones de historiador y de sociólogo y mis convicciones políticas, no hay discrepancia de ningún género. Yo soy en el libro el mismo hombre que en la prensa, en la plaza pública y en el Congreso. Sostengo el régimen actual de Venezuela, porque estoy plenamente convencido por los resultados, de que es el único que conviene a nuestra evolución normal porque es el que, imponiendo y sosteniendo la paz a todo trance, está preparando al país para llenar ampliamente las dos grandes necesidades de todas estas democracias incipientes, con enormes desiertos y con poblaciones escasas y he-

terogéneas que carecen todavía de hábitos de ideas y de aptitudes para cumplir los avanzados principios estampados en nuestras constituciones escritas: inmigración europea y norteamericana (gente blanca) y oro, mucho oro para explotar nuestra riqueza y hacer efectiva la unidad nacional por el desarrollo del comercio, de las industrias, de las vías de comunicación. Y esto no se obtiene con tarasconadas ni con prensa libérrima para insultar al gobierno, ni con discursos incendiarios, ni con la absoluta preponderancia de la Iglesia Católica. En España existe todo eso hace muchos años, y –¡todavía! "África comienza en los Pirineos"– y los hombres pensadores de la Madre Patria están clamando por la "europeización". Si Colombia, bajo ese régimen tan semejante al de la Madre Patria y que a ellos se les antoja perfecto, estuviera a la altura de la Argentina o del Uruguay, nos convenceríamos de que ellos están más avanzados que nosotros. Las palabras del Libertador debieran estar grabadas en el cerebro de todos los hombres políticos de Hispanoamérica; el discurso de Angostura debiera ser el credo constitucional de todas estas democracias en agraz.

El doctor Santos no se da cuenta, en medio de su inexplicable exaltación, de que cualesquiera que sean las circunstancias en que se publica mi libro, sus conclusiones cuadran a todos los regímenes que han tenido Venezuela y otros pueblos de América, desde la independencia hasta hoy, sostenidos por todos los partidos. Si esos son los hechos, ¿por qué ocultarlos para seguir viviendo en la ilusión y en la mentira? "No hay gobierno estable sin pueblo a la espalda, pensando como el gobierno mismo, sintiendo y procediendo como él". D´Auriac acaba de escribir que todo gobierno es tácita o explícitamente representativo. Si en Venezuela existe el caudillo –y existirá hasta que el medio social y económico se modifique-, en Colombia, mientras no suceda lo mismo, preponderará la Iglesia Católica como el más poderoso y eficaz fundamento del orden social; y la prensa, libérrima para insultar al gobierno, no se atreverá jamás a escribir ni un solo suelto de crónica contra el cura más humilde de la más apartada parroquia sin incurrir en la excomunión. ¿Y quién tiene la culpa de eso, allá y aquí? Las cosas son como son y no como los ideólogos quisieran que fuesen. A diferentes medios geográficos, étnicos y económicos corresponden necesariamente diferentes regímenes de gobierno. Lo demás es situarse en los tiempos del abate Mably, "cuando se consideraban las instituciones políticas como moldes de fabricar pueblos". Yo preguntaría al

doctor Santos: ¿Quién eligió Presidente de la República al doctor Suárez? Su candidatura, a menos que la prensa liberal haya mentido, fue recomendada, o impuesta, no solamente por los Obispos de Colombia, sino por el Nuncio de Su Santidad; y como herejes fueron calificados y tratados los partidarios de Guillermo Valencia. Cosa inaudita para los venezolanos, porque ni a nuestro clero ni mucho menos al representante de la Santa Sede se les ha ocurrido jamás inmiscuirse en nuestros asuntos internos. Y esto no es nuevo. Cuando el Arzobispo de Caracas, Dr. Ramón Ignacio Méndez, se negó a jurar la Constitución de 1830, arrastrando en su rebelión a los Obispos de Trícala y Jericó (obispos *in partibus*, gobernadores de las Diócesis de Mérida y Guayana) el gobierno los extrañó del territorio; y se trataba nada menos que de dos próceres de la Independencia: Méndez y Talavera. El llanero Páez lanzó entonces un concepto, que vale más que toda la Ley de Patronato Eclesiástico:"Usted, compadre –le dijo al doctor Méndez– está en un error, porque usted no ha dejado de ser ciudadano por más que sea Arzobispo".

Si yo analizo fríamente, científicamente, las bases de nuestra Constitución efectiva, ¿por qué el doctor Santos no hace lo mismo con la de su país? ¿Por qué no me discute y me comprueba que el régimen gubernativo de Colombia no es en su esencia el teocrático, por imposición del medio geográfico, como es individualista el de Venezuela, por la misma razón? ¿Es incierta o aventurada mi afirmación de que el doctor Núñez, ateo, materialista, spenceriano, se alió al Arzobispo Paúl para acabar con la anarquía parroquial y caciquista, legalizada por la Constitución de Río Negro? A eso ha debido reducirse la crítica del doctor Santos y no a lanzar diatribas contra el gobierno de Venezuela y contra mí, tergiversando mis conceptos, lo cual es una falta de lealtad imperdonable en un hombre de su capacidad y de su buen juicio.

No creí yo al doctor Santos tan *panglossiano* como la gran mayoría de sus colegas: "El pueblo de Colombia es el más ilustrado, el más libre, el más digno de toda la América". Y yo pregunto: ¿quién es el pueblo de Colombia? ¿Serán las cien familias que desde la independencia vienen figurando en el Gobierno, constituyendo las dos oligarquías que se han discutido el poder, llamándose liberales y conservadores? Todos los colombianos se envanecen diciendo que sus gobernantes han sido siempre los letrados; y yo pregunto también: sus poetas, sus gramáticos, sus escritores, sus oradores insignes ¿su-

pieron consolidar la unidad nacional? En cien años de Independencia, ¿no han tenido tantas guerras como nosotros? Sus finanzas, ¿han estado jamás en mejor situación que las nuestras? Sus vías de comunicación, ¿se han multiplicado acaso? Y sobre todo, *su pueblo*, es decir, la masa, la gran masa, ¿ha sacudido definitivamente la modorra colonial, lanzando sus exponentes a las altas esferas sociales y políticas? Que me señalen siquiera una docena de hombres surgidos de las bajas clases populares que hayan sido en Colombia Presidentes, Ministros, Diplomáticos, etc. Y si los hubiera habido en cien años, no harían sino confirmar la existencia de un régimen oligárquico, aristocrático, hermético, apoyado en el clero o cayendo en la anarquía y en la dictadura, cuando han tratado de destruirlo. ¿Dónde está, entonces, esa democracia selectiva de que tanto se envanecen los colombianos? Hasta hombres eminentes, escritores ilustres que aquí hemos conocido, no han llegado, ni llegarán jamás, a ocupar determinadas posiciones, porque no son de *buena familia*. Me replicarán con la condición humilde del doctor Suárez, y ¿no se la están enrostrando constantemente, irrespetando a ese venerable anciano, a ese pensador ilustre que tanto honor hace a su patria?

Cosa distinta ha sucedido en Venezuela, donde nadie podrá negar, porque los hechos están a la vista, que al mismo tiempo que exponentes políticos, nuestro pueblo ha lanzado a la superficie social, engrosando las clases dirigentes, elementos intelectuales de primer orden y de ningún modo inferiores a los de cualquier otro pueblo de América. Desde la Independencia hasta hoy han surgido hasta de las más bajas capas populares un gran número de escritores, periodistas, oradores, literatos, poetas, médicos, abogados, ingenieros, sacerdotes eminentes, que han venido de abajo, de muy abajo, dando más lustre a la patria que la mayoría de los señoritos de *buena familia* incapaces de cerrar el paso a esos hijos legítimos de nuestra democracia, informe y turbulenta, pero vibrante del mismo coraje que realizó las grandes hazañas de la Emancipación Hispanoamericana… Fresco, como hecho de ayer, está el retrato trazado por el historiador español Don Mariano Torrente, cuando dijo que Venezuela había producido "los hombres más políticos y osados, los más emprendedores y esforzados, los más viciosos e intrigantes, y los más distinguidos por el precoz desarrollo de sus facultades intelectuales. La viveza de estos naturales compite con su voluptuosidad, el genio con la travesura, el disimulo con la astucia, el

vigor de la pluma con la precisión de los conceptos, el estímulo de la gloria con la ambición de mando, y la sagacidad con la malicia". Algunos tonos de sombra un poco fuertes tiene el retrato, pero nadie podrá negarle el parecido.

El doctor Santos no ha leído o no ha querido leer mi libro, desde luego que me atribuye un criterio providencialista de que carezco en absoluto. Si yo fuese colombiano, ya habrían caído sobre mi pobre humanidad, desde hace mucho tiempo, todas las excomuniones posibles.

También quiere enseñarme el escritor lo que es *democracia*, cuando yo niego, francamente, que nuestro pueblo sea aún *demócrata* en la acepción científica del vocablo. Aquí no ha habido hasta hoy, por causas que se hallan analizadas en el libro, sino una selección *aurebours* y soy, el primero que lo ha dicho: "La rebelión que comenzó como un juego de niños, dirigida por las manos finamente enguantadas del Marqués del Toro, viene a terminar sobre una gran charca de sangre y un inmenso montón de ruinas, como un potro cerril bajo la mano áspera y brutal del llanero Páez. Desde entonces la pirámide quedó definitivamente invertida" (p. 298). Entonces, ¿qué pretende enseñarme a mí el doctor Eduardo Santos? La evolución ha sido allá distinta. Es la colonia pura y limpia la que ha evolucionado con una lentitud desesperante, y me atengo al testimonio de los hombres más eminentes de Colombia: al del doctor Carlos Restrepo, por ejemplo, que así acaba de afirmarlo con gran escándalo de los *panglossianos*.

El doctor Santos, como Max Grillo, me provoca a sostener polémica de insultos; ambos pretenden que yo sienta, como la mayoría de los liberales colombianos, esa fobia que les arrastra constantemente a insultar a Venezuela. ¡No! Yo no siento ni odio ni prevención contra la antigua Nueva Granada. Admiro, por el contrario, a sus grandes hombres, sin distinción de partidos; constantemente estoy leyendo libros y periódicos colombianos; soy quizá, y sin quizá, el venezolano que más ha procurado estudiar su evolución y su historia; y cuento con la amistad de muchos de sus hombres notables, que no pueden verse entre sí. De colombianos he recibido los más entusiastas aplausos por mis modestas labores intelectuales y el doctor es uno de ellos.

La tarea a que quieren conducirme esos señores sería para mí facilísima. Me bastaría copiar, sin más comentarios, todos los insultos que se han prodigado los unos a los otros; los ultrajes sin tasa ni medida, que se han lanzado

todos los partidos, y desgraciadamente no quedaría en Colombia, desde la Independencia hasta hoy, una sola reputación en pie, un solo gobernante patriota y honrado, ni un solo hombre público que no fuera a lo menos un ladrón, un criminal y un traidor ¡Ventajas inapreciables de la libertad absoluta de la prensa!

Pero la serenidad de criterio, la ausencia de prejuicios y de pasiones a que he llegado a fuerza de estudios y de observación ("Usted tiene la grandísima ventaja –me decía una vez Pérez Triana en carta que conservo– de ver y juzgar todas las cosas políticas en *historien"*) me alejan de ese ambiente en que toda curiosidad científica desaparece. Yo no concibo al bacteriólogo que odie a unos microbios y sienta amor por otros… Hay, que estudiarlos, analizarlos, seguirlos en su evolución, sin otra pasión, sin otro interés que los de extraer de la observación toda la utilidad posible en bien de la humanidad; y es también esta la misión del historiador y del sociólogo.

Estudiemos nuestras sociedades a la luz de la ciencia y no a la del dogmatismo político. Desgraciadamente la educación católica de los colombianos les impide todavía seguir las huellas de Samper o de Rafael Núñez. Allá el dogmatismo político se confunde con el dogmatismo religioso y ya lo observó ahora poco el eminente periodista inglés Cuningham Grahame, en artículo publicado en *El Nuevo Tiempo*, tomado de *The Daily Glanner*, de Kingston: "Para que Colombia se desarrolle y entre de lleno en el camino de la civilización, se hace preciso que los asuntos políticos y religiosos queden completamente separados". Hasta los jacobinos de Río Negro no fueron sino dogmáticos o fanáticos al revés.

El doctor Santos se manifiesta mortificado por tener que juzgar mi libro de acuerdo con el medio y el momento en que ha sido escrito. ¿Y de qué otra manera se puede juzgar a conciencia una obra literaria conforme a los métodos modernos? ¿Se olvidó, acaso, el eminente publicista colombiano de la *Introducción a la historia de la literatura inglesa* de Taine? ¿Por qué, entonces, esas disculpas que nadie le está pidiendo? Juzgue mi libro aplicando la teoría de herencia, medio ymomento y lo hará mucho mejor que indignándose con mis conclusiones, para exhibirse ante sus compatriotas y copartidarios, por necesidad de política doméstica y oportunista, muy explicable, como el más fiel guardador del sacro fuego republicano: algo así como una vestal de levita

y sombrero de copa. No se preocupe el doctor Santos. En mi libro encontrará, si lo lee sin prevenciones y sin dogmatismos enciclopedistas, todos los elementos necesarios para hacer un juicio exacto de acuerdo con la teoría tainiana. Y verá, que si en Venezuela, durante todo el período de nuestra vida nacional, la herencia, el medio, y el momento han determinado la preponderancia y el reconocimiento del Jefe Único, como base primordial del orden social y de la fusión de la nacionalidad, por la unificación de los elementos dispersos que nos dejó en herencia la colonia y más tarde la guerra de la Independencia. Allá, en la antigua Nueva Granada por las mismas causas de herencia, medio y momento, ha sido el régimen teocrático el único resorte eficaz que mantiene el orden, el apoyo más poderoso con que cuenta el Estado: el único poder unificador. La historia de Colombia comprueba que cuando, el radicalismo inconsciente trató de arruinar ese poder conservador, se desató sobre aquella tierra la más espantosa anarquía, el desorden más absoluto, confesado y, lamentado por los hombres más eminentes del partido liberal: y solo pudo volver a su marcha ordenada cuando el doctor Núñez reaccionó en favor de aquel poder, representado por el Arzobispo de Bogotá, que constituía entonces, en medio del desastre, la única cabeza visible de la unidad nacional.

Yo no pretendo dar recetas de política; lo que sí aseguro es que la sociedad tiene, antes que todo, el derecho de vivir; que no vive sino en un ambiente de orden y de regularidad y que todo pueblo genera, de acuerdo con su idiosincrasia, el poder capaz de crear y mantener aquel ambiente. Aquí es la preponderancia de un hombre representativo –el abreviado de Spencer–, llámelo el doctor Santos tirano, déspota, autócrata, caudillo, cuestión solo de nombre; en Colombia es la Iglesia católica, apostólica y romana, unida estrechamente al gobierno, pero más fuerte, más influyente, más identificada con el pueblo que el gobierno mismo, porque los instintos políticos del pueblo colombiano son teocráticos; y yo continuaré afirmándolo mientras el estado social y político de Colombia no varíe, y su Señoría Ilustrísima el Arzobispo de Bogotá no deje de ser como hasta ahora el gran elector de la República. Comprueben lo contrario: pero, eso sí, despojándose de esa iracundia, de esa procacidad que les es característica, de esa *venezolanofobia*; mojando la pluma en el tintero y no en el hígado.

El doctor Santos hace muy bien en no pretender "separar mi tesis del lugar y la época en que fue escrita", porque nada lo autoriza a hacer esa se-

paración; y nunca ha estado más en razón que cuando afirma que mi tesis "es producto directo del medio y del momento". Por eso es mi libro, un libro de verdad y de sinceridad. Yo compruebo, con la historia en la mano, que el caudillo ha representado entre nosotros "una necesidad social"; pero procede de mala fe el doctor Santos al atribuirme el concepto de que esa constitución es inmutable. Yo creo firmemente en las leyes de la evolución; creo que las sociedades son organismos en un todo asimilables a los organismos animales y sometidos a leyes análogas; creo que las constituciones no son obras artificiales; creo que ellas se hacen por sí solas, porque no son sino expresiones de un estado social y por consiguiente cambiantes como la sociedad misma. Yo lo digo claramente en las páginas 256 y 257 de ese libro que el escritor colombiano ha tenido la peregrina ocurrencia de condenar sin haberlo leído: "Por lo demás, es bien sabido que ningún sistema de gobierno, ninguna constitución pueda ser permanente e inmutable. Todos son transitorios, cambiantes como la sociedad misma, sometida de igual modo que todo organismo, a las leyes de la evolución. Un investigador tan serio y tan justo como Taine, ha demostrado que muchas de las cosas que en el sistema democrático se consideran como ciertas y definitivamente establecidas, no tienen sino el carácter de una experiencia y de un ensayo".

"El caudillismo disgregativo y anárquico que surgió en la guerra de la Independencia y que el Libertador dominó y utilizó en favor de la emancipación de Hispanoamérica, estableciendo desde entonces en Venezuela lo que han llamado los sociólogos *solidaridad mecánica* por el engranaje y subordinación de los pequeños caudillos en torno al caudillo central representante de la unidad nacional, y fundada en el compromiso individual, en la lealtad del hombre al hombre, no se transforma sino muy lentamente en *solidaridad orgánica*, cuando el desarrollo de todos los factores que constituyen el progreso moderno vaya imponiendo al organismo nacional nuevas condiciones de existencia y por consiguiente nuevas formas de derecho político".

Modificando el medio social por el desarrollo económico, por la multiplicación de las carreteras y de las vías férreas, por el saneamiento, por la inmigración de gente europea, es decir, haciendo lo que se está haciendo en Venezuela desde hace doce años al amparo de un gobierno fuerte, dirigido por un hombre de Estado, por un patriota consciente de sus deberes, quien

como otros grandes caudillos de América representa la encarnación misma del poder y mantiene la paz, el orden, la regularidad administrativa, el crédito interior y exterior, estamos preparando el país para llegar a la situación en que se hallan hoy otros pueblos de nuestra misma estructura geográfica, los cuales, atravesando las mismas vicisitudes y sometidos también a regímenes absolutamente semejantes a los nuestros, han encontrado al fin el camino que los va conduciendo a la práctica de los principios democráticos escritos en las constituciones desde los primeros días de su vida independiente. Sí, señor. Yo creo, como Renán y como el Libertador, en el "buen tirano"; y lo digo no veladamente ni con eufemismos impropios de mi carácter, y bien convencido estoy, como el gran filósofo francés, de que "Calibán, en el fondo nos presta mayores servicios que Próspero, apoyado por los jesuitas y por los zuavos pontificios"».

Publicado en *El Nuevo Diario,* Caracas, 4 de noviembre de 1920.

SOBRE LAS TEORÍAS DEL SEÑOR VALLENILLA LANZ
Eduardo Santos

El verdadero objeto del mundo es el desarrollo del espíritu
y la primera condición para el desarrollo del espíritu es la libertad.
Ernesto Renán

La situación de Venezuela, en donde lo que el señor Vallenilla Lanz llama "el buen tirano"» ha suprimido desde hace muchos años y, de modo radical, la expresión de toda opinión adversa al régimen político existente, ha dividido a la intelectualidad venezolana en dos bandos bien caracterizados: unos, que fuera de la patria protestan airados y hacen de su prosa encendida un instrumento de venganza; y otros que, resignados a no ejercer derecho alguno de crítica y comparando las garantías necesarias con las sumisiones y

el elogio, se dedican dentro de su país a cultivar su inteligencia, recorriendo complacidos los campos neutrales del buen estilo, de la erudición literaria o histórica, del pensamiento sutil y refinado, que se nutre en fuentes europeas y cierra los ojos a todas las tristezas y a todas las dolencias actuales para refugiarse en temas que no ofrezcan peligro. De ahí el cultivo de la historia, que cuenta en Venezuela con verdaderos maestros; de ahí ese deseo de vivir en el pasado o en el futuro, para huir del doloroso presente, y si a este es preciso llegar, escritores de tanto talento y de tan admirable preparación intelectual como el señor Vallenilla Lanz, lo hace abordándolo por sobre paradojas de sociología violentada; convirtiendo en teoría lo que es un hecho brutal, tejiendo con su prosa erudita una doctrina filosófica que encubra la desnudez del machete, como esa de "cesarismo democrático" del señor Vallenilla Lanz, nueva forma de elogio, tentativa interesante para dar pensamiento y razón a la fuerza ciega de los guerreros andinos.

¿Cómo discutir con los intelectuales venezolanos la situación de su patria? Colocados por hechos implacables en los extremos opuestos, un escritor imparcial que quiera conocer la verdad o aprisionar siquiera uno de sus aspectos fugitivos, no hallará en ellos la voz trémula del turiferario, de un lado, y del otro, el grito ronco del odio, la pasión de la víctima que pide más que justicia, venganza. El señor Vallenilla, refiriéndose a la actual situación de su país, habla, entusiasmado, de su "Gobierno fuerte, presidido por un hombre de Estado, por un patriota consciente de sus deberes"… El señor Bruzual López, desde su destierro de Nueva York, nos envía su airada protesta "contra esa odiosa dictadura de alpargata que hoy soporta la desdichada Venezuela". Y sería en vano buscar entre estos dos opuestos conceptos algún término medio. Quizá el criterio de aproximada verdad lo daría solo el silencio de los escritores que yacen en las oscuras cárceles de Caracas o en el Castillo de San Carlos.

¿Cómo podría un escritor imparcial y sereno discutir con esos intelectuales la situación de su patria, si los unos no pueden verla sino con ojos de sacrificados, desde el destierro, o con el recuerdo del atropello vivo en sus mentes; y los otros con alma de apologistas sistemáticos, que tienen en el ditirambo y el aplauso sus únicas garantías eficaces y que no desean dejar esos refugios para ir tras de la verdad o el derecho?

Por nuestra parte, nos parecería esa polémica inútil y hasta poco hidalga. Nosotros podríamos, discutiendo con el señor Vallenilla Lanz, analizar sin peligro alguno lo que en nuestro país sucede, reconocer faltas y errores, presentar como descargo la intensa lucha por alcanzar los remedios necesarios. Él no podría hacer otro tanto. A nuestra sinceridad no podía oponer sino el cuidado de la propia seguridad. Por esto no creemos posible polémica alguna, y ya desde la primera vez que contestamos los párrafos que el telégrafo transmitió del larguísimo estudio suyo dirigido "Al Director de *El Tiempo* de Bogotá", hicimos resaltar lo imposible de un debate entre escritores colocados en tan diversas condiciones. Podríamos sólo dedicarnos a hacer tétricos cuadros de lo que en casa del adversario sucede. Para ello un escritor hábil encontraría colores suficientes en la situación actual de nuestras respectivas nacionalidades, y en la imposibilidad de llegar a un acuerdo –pues aun cuando en nuestra patria le reconociéramos la ineficacia de nuestra lenta burocracia, y el atraso de nuestra legislación, no podríamos esperar que el escritor venezolano reconociera también el horror de la tiranía personal– se convertiría el debate en una ruda pugna de acusaciones, que no vale la pena y que sería perjudicial para los pueblos que deben buscar todo lo que los unía y tratar de eliminar cuanto los separe.

Pero quizá el artículo citado, al que el diario *El Nacional* reproduciéndole íntegro ha hecho conocer profusamente entre nosotros, dé motivo a unas cuantas consideraciones no escasas de interés. El señor Vallenilla Lanz, escritor de primer orden, espíritu cultivadísimo, sabe expresar sus ideas en forma sugestiva y de rara elegancia; encubre lo que para nosotros son malsanos errores, con el manto de una prosa tan elegante como sabia, y hace en lo que a nosotros se refiere, afirmaciones totalmente reñidas con la realidad, que conviene no dejar pasar sin algún comentario. Lo intentaremos a la ligera, con esta brevedad que impone el diarismo de combate y concretándonos solo a ese artículo, dejando de lado por hoy el libro del señor Vallenilla, que al lado de teorías imposibles de aceptar tiene capítulos admirables por la erudición, el pensamiento y el estilo y que hemos leído con interés y con provecho. Queremos hoy limitarnos a lo que, en su artículo de *El Nuevo Diario*, dice él sobre Colombia.

El señor Vallenilla Lanz, que de manera muy gentil proclama su interés por las cosas colombianas, y confiesa ser el venezolano que más ha procurado estudiar nuestra evolución y nuestra historia… no nos conoce. Habla de que

nos ha dominado y domina una casta de aristócratas; de que los hombres de las clases populares rara vez suben aquí a las alturas, no sirviéndole las pocas excepciones de que tiene noticias sino "para confirmar la existencia de un régimen oligárquico, aristocrático, hermético"…

¿En dónde habrá estudiado el señor Vallenilla Lanz nuestra evolución, nuestra historia? Para contestarle, bastaría pasar la vista por el pasado y el presente. En todos los campos se hallarán hombres que han triunfado por su solo esfuerzo, por sus méritos propios, que no son "señoritos de buenas familias" sino hijos de sus obras y de sus merecimientos. No sería delicado citar nombres, que acuden a los labios de todos, pero el hecho evidente es que si existe algún país en donde estén todos los caminos abiertos al mérito y a la capacidad, es Colombia. Los pomposos nombres de viejos linajes suelen ir cayendo en el olvido, y vemos subir a las alturas, a todas las alturas, en la política, en el gobierno, en la sociedad, en las letras y las artes, en las finanzas y la milicia, a hombres que son los primeros de su dinastía, y que casi siempre son los últimos, porque desgraciadamente no son hereditarios ni el talento ni la virtud.

Pero no admitimos en esas alturas al hombre que quiere llegar solo por el azar de un golpe afortunado. El origen humilde es entre nosotros una fuerza, y lastimosamente nos calumnia el señor Vallenilla al decir que alguien en Colombia lo enrostra, a quien sobre él ha edificado el edificio sólido de su propio valer; es una fuerza, pero siempre que sirva de fondo a una obra positiva, de noble alcance. No pedimos ejecutorias de nobleza, pero sí méritos auténticos. Un Melo no hubiera prosperado entre nosotros, así fueran sus abuelos de sangre real; un hijo del pueblo puede aspirar a lo más alto, si lo busca por los caminos de la inteligencia, del saber, de la probidad, del carácter.

Ricardo Becerra, colombiano ilustre que vivió largos años en Venezuela, y que dejó en nuestra patria vasto renombre, como orador elocuentísimo y como literato y pensador de singular valía, en uno de sus últimos escritos, fechado en Puerto España en mayo de 1910, decía sobre esto frases definitivas, por el vigor y la exactitud, que mejor que otra alguna condensan nuestro pensamiento. Léalas el señor Vallenilla y aprenderá a conocernos:

"No, nuestros partidos políticos incipientes, ineducados, si se quiere, y demasiado propensos a la cólera, no son de ordinario y deliberadamente bandos de atridas que se entretienen en oprimirse el uno al otro mientras cobran fuerza para volver a devorarse".

"Nosotros no hemos conocido tiranías como la de un doctor Francia, de un Rosas, de un Melgarejo y de un Barrios ni despotismos continuados como el de Guzmán Blanco. Cipriano Castro sería planta que no arraigaría ni por un momento en nuestro suelo. Compartimos con Chile el honor y la cordura de haber sacado a nuestros gobernantes de las clases sociales educadas. No nos hemos dado jamás a un guapo vulgar. Todos nuestros presidentes han pasado por la escuela y por la universidad, todos, sin excepción de uno solo. Nuestro bastón presidencial no anda en las maletas de los soldados de fortuna. Es así como nos hemos dado el lujo y lo sostendremos, de sentar bajo el solio presidencial a estadistas de la talla de un Santander, a legistas y jurisconsultos eminentes como Márquez y Zaldúa, a ilustraciones militares y civiles como Herrán, a patriotas tan ardientes y tan puros como López, a Ospina, tipo del sentido legal intenso y firme, que compartía las tareas de la presidencia con las de la enseñanza universitaria, a Mallarino, una de las glorias de nuestra tribuna, a reformadores y caudillos de causa como Mosquera y Núñez, a políticos y jefes de partidos de tanta autoridad y peso como Murillo y Holguín, a guerreros ciudadanos, provistos además de títulos académicos como Gutiérrez y Trujillo, a Santiago Pérez, institutor, poeta y periodista de gran fuerza, a Salgar cuya genial caballerosidad fue su mejor musa política, a Parra administrador integérrimo, a escritores moralistas y literatos de reputación continental como Caro y Marroquín, a Sanclemente, modelo de probidad y abogado de antigua reputación. El mismo Obando fue elevado al solio por el prestigio trágico, que tanto lo asemejara a un Edipo".

> "Nuestras principales condiciones etnográficas, así como las de nuestra estructura física interior, nos preservan igualmente de caer bajo el yugo de una opresión organizada o a los pies de un caudillo voluntarioso. De los cinco millones de almas que pueblan nuestro territorio, cuatro por lo menos pertenecen a la raza que siempre fue dueña de sí misma. Los hombres que descubrieron, conquistaron y colonizaron la tierra hoy colombiana, fueron los más de ellos hombres civiles antes que de espada, licenciados, literatos, escribanos cuando menos, y algunos de las clases más altas de la metrópoli".

> "El jefe de la conquista, Gonzalo Jiménez de Quesada, fue hombre capaz de escribir como César las hazañas que él y sus tenientes ejecutaron como soldados. Venero de Leiva, el primer presidente del nuevo Reino, fue en su tiempo un gran administrador. Está en nuestra índole, como lo advirtió Ancízar. Preguntar por la razón de las cosas y no tragar entero ni aún en materia de fe. Nuestra obediencia es reflexiva, condición que si nos expone a la anarquía nos preserva de la servidumbre".

Nuestro bastón presidencial no anda en las maletas de los soldados de fortuna… He aquí la síntesis de nuestra idiosincrasia, genuinamente democrática. Ese viejo residuo feudal que daba los pueblos y los reinos a quienes los dominara con su lanza o los sometiera con la espada, no subsiste entre nosotros. Si subsistiera, no podría decirse, como ya lo dijo el señor Suárez, que nuestra tierra es estéril para el despotismo. Aquí "los señoritos de buena familia" no cierran el paso a los "hijos legítimos de nuestra democracia", como lo cree el señor Vallenilla Lanz; al contrario, en la carrera hacia el porvenir, son esos señoritos los que suelen quedar retrasados y vencidos, pero ellos, y los colombianos todos, sin excepción, sí sabrían cerrar el paso al soldado que locamente quisiera poner su sable sobre las libertades públicas y los derechos ciudadanos.

¿Pero el sistema mismo? El señor Vallenilla Lanz, en frases inteligentes y acertadas nos echa en cara nuestro atraso, nuestras deficiencias, nuestras

faltas y a todo ello opone el cesarismo democrático de sus ventajas: sostiene que es ese régimen el único que conviene a la evolución nacional de su patria, el único que, imponiendo la paz, prepara al país para llenar su misión, para atraer la inmigración de oro y de sangre europea, para desarrollar el comercio y las industrias.

¿Es verdaderamente un tirano lo que estos países necesitan para prepararse a ocupar su puesto entre los grandes pueblos civilizados?

Un examen imparcial de lo que somos y de lo que necesitamos probaría lo contrario. Estos pueblos de la América Latina, amenazados por la expansión de fuerzas colosales, no necesitan solo de oro, de inmigración, de comercio y agricultura, de caminos y de fábricas. Pueden conseguir todo eso por los caminos libres de la legalidad y es dudoso que el tirano se lo conceda en condiciones tolerantes, pero aun en el caso de que esa política materialista, impuesta por la mano de un dictador implacable, diera amplio desarrollo a las riquezas naturales del país, dejaría a sus hijos inermes ante peligros mucho peores que el de la miseria; no robustecería su espíritu, ni les formaría un alma colectiva; no vigorizaría ciertos valores indispensables para que un pueblo sea independiente y libre. Todo lo contrario: la opresión y el silencio, interrumpido solo por las voces aduladoras de los favoritos, deprimen el alma popular hasta convertirla en presa fácil, apagan toda luz de ideal, crean una atmósfera de servilismo y de cobardía moral dentro de la cual no podrá crecer nada sano, ni nada grande. "El hombre necesita para vivir de cierta cantidad de decoro, como de cierta cantidad de aire", decía en una de sus frases lapidarias José Martí.

Con el andar de los tiempos, estos países han vuelto a tener como el mayor de sus problemas el mismo que tenían ante sí hace un siglo los libertadores: conservar su independencia ante el extranjero. La amenazaban entonces los tercios de una España quebrantada y vencida, y hoy los millones de poderes formidables cuya magnitud espanta. Contra ellos el arma suprema es el espíritu nacional despierto, vigilante, enhiesto. ¿Y cómo tenerlo, si bajo "el buen tirano" la libertad no existe, y es prohibido hablar y escribir, y está a la merced de quienes tienen la fuerza? ¿Cómo sentir por la patria esa adhesión razonada, serena e inquebrantable que nos lleva a sacrificarnos por verla libre y fuerte, si en ella todo pende de una voluntad despótica, si los más sagrados

derechos, el de expresar libremente cuanto se piensa y tener en la ley una garantía indestructible contra el capricho ajeno, no son sino vanas palabras, que nadie osa invocar?

La paz es el bien supremo, pero siempre que ella exista, como en Colombia, por consentimiento unánime de todos los ciudadanos cuerdos, y sobre una base de libertad y de derecho. La paz de las bayonetas, de las cárceles, de los destierros, esa paz precaria que está expuesta a desaparecer a la menor debilidad de la ruda mano que la impone, ni es fecunda, ni es honorable.

Por las declaraciones que hicimos acerca de la situación actual de nuestra patria en relación con los tiranos, nos trata de panglossianos el señor Vallenilla. Mucho yerra él si nos cree afiliados a la turba de los satisfechos, a nosotros, que creemos que la civilización es obra de los descontentos y de los inconformes. Tenazmente hemos clamado contra los males que nos roen, contra las deficiencias de nuestros Gobiernos y de los errores y falta de gobernantes y partidos, pero sí sostenemos que para levantar la torre apenas iniciada de nuestra cultura y de nuestra fuerza nacional, contamos con las bases esenciales, con los cimientos duraderos: libertades y garantías, organización civil exenta de caudillaje, fe en los principios republicanos, democracia auténtica, patria abierta a todos, paz fundada en el consentimiento de los pueblos. Sobre nuestra América se han cerrado como una maldición los tiranuelos tropicales, que nos desacreditan y humillan, y si de mucho carecemos y mucho que luchamos por alcanzar, nos falta, los colombianos podemos al menos afirmar con orgullo que no nos oscurece nuestro cielo la sombra de esas dictaduras y que está aquí abierto y libre el campo para cuantos luchen por el progreso y la justicia.

En pesada responsabilidad incurren los pensadores, y escritores que, como el señor Vallenilla Lanz ponen su influencia y su talento al servicio de estos despotismos, que acaban en el pueblo con la idea de la ciudadanía y el derecho. Terrible falta cometen cuando con el pretexto de una aparente prosperidad material, que se conseguiría más pronto y más tempranamente por otros caminos, quieran dar carta de naturaleza al caudillaje y hacer necesidad del medio y consecuencia de las circunstancias, lo que no es sino un mal, nacido al amparo de la falta de valor civil, deformación lamentable del nativo, cáncer que es preciso curar con la heroica persistencia. El caudillo suele tener

varoniles cualidades, coraje indomable y valiente audacia que lo llevan de un golpe a la cumbre; él llega por el impulso de su arremetida, pero son los turiferarios que lo rodean, los retóricos que cantan sus hechos y los literatos que convierten en teoría su fortuna, los que dan a la dictadura su carácter exclusivo y de violencia. Esos hombres de pensamiento podrían orientar el Gobierno de sus caudillos hacía formulas republicanas de generosa amplitud, pero prefieren envolver al jefe en las nubes de un incienso perturbador y son por eso más responsables que nadie de la existencia de un régimen en el cual están aún por descubrir los derechos del hombre y del ciudadano que hace ciento treinta años difundiera entre nosotros don Antonio Nariño.

Pone el señor Vallenilla Lanz sus teorías cesaristas al amparo del dulce y hondo filósofo del Treguier, que no vaciló en romper con todo un pasado y con un medio casi omnipotente por ser fiel a su pensamiento libre; cuya vida toda fue una lucha contra las mordazas espirituales y que por aversión a la soberanía del pueblo turbulento y simplista soñó en "el buen tirano", el sabio lleno de experiencias y de amor, experto en el manejo de las ideas y de las almas, altruista y magnánimo, que trabajara por el bien de los suyos desde lejana torre, con melancólica bondad y discreto escepticismo, valiéndose de la ciencia y de su propia sabiduría. Como Próspero en la celda por Ariel visitada…¡Cómo sonreiría Ernesto Renán si hoy se le dijera que un periodista caraqueño, veía encarnado a ese ideal tirano en la figura vigorosa y dura del General Juan Vicente Gómez!…

La parte más jugosa e interesante para nosotros del artículo del señor Vallenilla Lanz es la destinada a sostener que en Colombia:"el régimen gubernativo es esencialmente teocrático por imposición del medio geográfico", causa que, según él, explica el régimen cesarista de Venezuela; pero ya este artículo toma proporciones desmedidas.

Otro día nos ocuparemos de tan sugestiva afirmación.

Publicado en *El Tiempo*, Bogotá, 28 de diciembre de 1920.

COLOMBIA, PAÍS TEOCRÁTICO

Eduardo Santos

En el artículo que nos dedica el señor Vallenilla Lanz, director de *El Nuevo Diario*, de Caracas, trata de disculpar la dictadura militar que allí existe, parangonándola con la dictadura eclesiástica que cree ver en Colombia. Para él, "el régimen gubernativo de Colombia es esencialmente teocrático, por imposición del medio geográfico, como es individualista el de Venezuela por la misma razón", para él, "los instintos del pueblo colombiano son teocráticos" y lo que es en Venezuela "preponderancia de un hombre representativo", el caudillo, lo es en Colombia la Iglesia Católica, resume el señor Vallenilla su opinión en una frase rotunda.

"Si en Venezuela, durante todo el período de nuestra vida nacional, la herencia, el medio y el momento han determinado la preponderancia y el reconocimiento del Jefe Único, como la base primordial del orden social y de la fusión de la nacionalidad por la unificación de los elementos dispersos, que nos dejó en herencia la Colonia y más tarde la guerra de la Independencia, allá en la antigua Nueva Granada, por las mismas causas de herencia, medio y momento, ha sido el régimen teocrático el único resorte eficaz que mantiene el orden; el apoyo más poderoso con que cuenta el Estado, el único poder unificador".

El señor Vallenilla, según se lo dijo en carta privada un inteligentísimo compatriota nuestro, que poseía el arte de agradar, "ve las cosas *en historien*". Desgraciadamente, no todas las ve así y en este rasgo de nuestra idiosincrasia nacional puede figurar entre las excepciones.

Quizás aparentes razones de medio y momento explique en Venezuela al caudillo que ha sido figura constante y dominadora de ese país, desde cuando se impuso, para usar una frase del señor Vallenilla, "la mano áspera y brutal del llanero Páez". Tan sólo bajo los combatidos y a ratos tempestuosos gobiernos del doctor José Vargas, "meteoro en la presidencia de la república", del doctor Narvarte, de Soublette, pudo creerse que había un principio de régimen civil y liberal. En todo el resto de su historia, su régimen ha sido el del caudillo que todo lo domina; no ha sido una república democrática, según lo reconoce Gil Fortoul, "fue oligárquica hasta 1861, dictatorial y anárquica a un tiempo de 1861 a 1863, anárquico-militar durante la Federación, y después, alternativamente, autocrática y ecléctica"…

Podría explicarse eso, como lo quiere el señor Vallenilla, de acuerdo con la teoría tainiana, por el medio, la herencia y el momento. La persistencia del hecho, su progresivo desarrollo, darían para ello pretexto suficiente; nosotros, por nuestra parte, no creemos que sea esa una fatalidad inevitable, y al contrario, pensamos que si un núcleo suficiente de venezolanos hubiera luchado contra esos regímenes de tiranía militar, hubiera acabado con ellos y establecido un sistema de Gobierno libre, respetuoso del derecho ajeno, por conforme con los principios modernos. Pero, en gracia de discusión, podríamos aceptar para Venezuela la desventurada peculiaridad que en ella ve el director de *El Nuevo Diario*; lo que sí nos parece indemostrable es que Colombia deba tener un régimen teocrático "por imposición del medio geográfico".

No, ni en historia ni en sociología podría sostenerse tal afirmación.

¿Existió en los primeros tiempos de la República esa imposición teocrática que cree ver el señor Vallenilla Lanz? En manera alguna. En vano se buscaría antes de 1885 un régimen teocrático, o su sombra siquiera, entre nosotros.

Políticos conservadores, tan ilustres y aquilatados como Fernández Madrid, en notas inolvidables dejaron constancia de su independencia absoluta respecto de la Iglesia en los asuntos públicos; los jefes del conservatismo, en documento memorable, y cuando era para ellos más dura la lucha contra el liberalismo, declaraban su decisión de no mezclar en ella al clero ni a la religión. El clásico programa de don José Eusebio Caro nada, ni el menor aspecto, tiene de clerical, y cualquier estudiante de historia recordará sin esfuerzo los mil casos en que, de 1820 a 1885, se patentizó en forma indiscutible, y no pocas veces agresiva y ruda, la ausencia absoluta de tinte teocrático en nuestro Gobierno. El "medio geográfico" del escritor venezolano no se hizo sentir entonces y es curioso que tengan su influencia tales eclipses.

En 1885 estalló una reacción contra prácticas radicales que fueron, por decir lo menos, prematuras y excesivas, y facilitaron una victoria que con mayor tolerancia y tacto más discreto no hubiera existido.Lejos ha sido esa reacción, con deplorable intensidad y somos muchos en el país los que luchamos por obtener un término medio, en el que las creencias sean respetadas y la religión tenga todos sus fueros, sin mermar los del Poder civil ni entrabar el desarrollo de las corrientes modernas.

¿Pero existe en Colombia esa dictadura clerical, esa tiranía eclesiástica que supondrán los lectores de *El Nuevo Diario*? En América, hubo por lo menos una, de carácter teocrático, que puede en un todo parangonarse, en cuanto a las libertades públicas se refiere, con la de un Cipriano Castro o un Juan Vicente Gómez: la de Gabriel García Moreno en el Ecuador; mientras él ejerció el Poder, existía en esa tierra rígida censura para cuanto se escribiera o se leyera; ni un libro se imprimía ni entraba por la Aduana, sin permiso del Censor de la Iglesia, las divisiones y batallones del Ejército tenían nombre de hermandades religiosas; el Viernes Santo, el Presidente de la República recorría las calles cargando pesada cruz; cuantos se atrevían a sostener ideas contrarias a las predicadas en los púlpitos, pagaban su delito en el patíbulo o en atroces mazmorras, y comentando Rodó ese régimen, dice: "Como el monarca del Escorial, García Moreno, en pequeño escenario, se creyó señalado por el brazo de Dios, para ejecutor de sus sanciones y vindictas".

¿Habrá habido en Colombia algo semejante que pueda sacar verdadera la aserción del señor Vallenilla? ¡Jamás! Aquí nunca se ha impedido a nadie expresar sus ideas en materias religiosas con libertad perfecta; a pocos pasos de las iglesias católicas se levanta, respetado y seguro, el templo protestante, y en la Costa Atlántica las Logias masónicas tienen sus nombres e insignias en las calles, sobre las puertas de sus edificios. Un periodista puede aquí expresar, sin el menor peligro, ideas abiertamente heroicas; podrá ser excomulgado, pero eso no puede preocupar a quien con aquellas ideas se ha colocado deliberadamente fuera de la Iglesia.

Cree el señor Vallenilla Lanz que en Colombia "la prensa, libérrima para insultar al Gobierno, no se atreverá jamás a escribir un solo suelto de crónica ni contra el cura más humilde de la más apartada parroquia". Decididamente no nos conoce. A docenas podríamos mostrarle los periódicos que atacan sin reparo al clero, en artículos y caricaturas, y que opinan libremente sobre los dogmas. Claro es que la Iglesia los combate y está en su derecho, pero ellos no escriben para serle gratos.

¿Dictadura eclesiástica? Aquí los pueblos llevan a las Cámaras a hombres que, al ser elegidos, encarnaban la resistencia clara, franca, resuelta, a los Prelados de sus diócesis, como Anselmo Gaitán, Enrique Santos, Tirado Macías y otros muchos; aquí los diarios censurados o combatidos por el clero son los

que mayor prosperidad conocen; aquí el Presidente de la República protesta sin ambages y exige y obtiene una reparación, cuando un Obispo quiere lanzar los rayos de la censura sobre un Gobierno departamental, y apoya a los Jueces cuando estos aplican las leyes sobre matrimonio civil, a pesar de las protestas de los Obispos.

Al señor Vallenilla, historiador, sería fácil demostrarle cuánto se engaña al pensar que la influencia del clero en Colombia es una tiranía, como lo fue en el Ecuador, o como la de los militares vencedores en Venezuela. Es una influencia, excesiva en nuestro sentir y contra la cual nosotros hemos luchado sin cesar, una preponderancia en ciertos asuntos, como en la instrucción pública, una aspiración al dominio imperioso de las conciencias, contra todo lo cual se lucha pública y claramente, pero no es una tiranía, en el recto sentido de esta palabra.

Ni puede decirse tampoco que el carácter clerical y religioso de nuestro Partido conservador sea exclusivo de Colombia y consecuencia de los "instintos teocráticos" que se nos suponen. Rasgos son esos característicos de casi todos los partidos conservadores del orbe; lo mismo en Francia que en España, lo mismo en Chile que en México. Uno de los exponentes más ilustres del conservatismo inglés, Lord Hugh Cecil, miembro de la Cámara de los Comunes y vástago de la más rancia aristocracia británica, dice en su libro *Conservatism*: "probablemente ninguna función del conservatismo es hoy más importante que la de velar por el sentimiento religioso del pueblo en la esfera de la política. Ser el campeón de la religión es la más importante de las funciones del conservatismo, es la clave del arco sobre el que todo reposa". Esas vinculaciones entre la Iglesia y los conservadores que denuncia el señor Vallenilla no son en Colombia consecuencias del medio geográfico, resultados de las circunstancias, sino efecto de una causa universal, fenómeno que nos es común con docenas de pueblos y que se explica por claras razones. No las compartimos y por eso no somos conservadores, pero nadie podría negar su existencia.

Y con todo esto, ya irá pensando el señor Vallenilla Lanz que nos cabe íntegramente ese título de panglossianos que nos otorgó, y que en nuestro afán de rectificar sus conceptos sobre Colombia, no vacilamos en negar cosas que antes sostuvimos.

Se equivocará una vez más. Él ha afirmado que en Colombia el régimen teocrático es impuesto por el medio, y hemos querido demostrarle que esto no es así, que nuestra historia prueba lo contrario; que esa hegemonía clerical que él ve no viene desde nuestros orígenes, sino que fue efecto de una reacción, que nos ha llevado al extremo opuesto.

Y cuando él sugiere que si en Venezuela tienen Gobiernos despóticos, aquí tenemos una tiranía clerical, queremos mostrarle las diferencias que hay entre las dos cosas y lo lejos que estamos de sufrir una dictadura, que nos cierre la boca y atropelle nuestros derechos.

Resulta el señor Vallenilla defendiendo ese "régimen teocrático" que imagina y declarando que es él el único resorte eficaz para mantener el orden, el único poder unificador. ¡Cuánto se engaña!

Los que hemos combatido la injerencia del clero en la política -no los dogmas de la Iglesia ni los principios religiosos-, hemos querido defender precisamente eso que el escritor venezolano cree, efecto de hegemonía eclesiástica. Hemos creído y creemos con honda fe que aquella intervención impide el que sea el orden completo en los pueblos y la paz genuina en las conciencias; hemos creído que un clero politiquero es factor de divisiones y de odios, y no llena su misión de amor y de unión; hemos creído que mezclando la religión a las luchas electorales, se agrían estas, y por eso hemos pedido serena imparcialidad. No creemos que el orden público, la unidad nacional, el desarrollo de las fuerzas vivas del país necesiten de la injerencia apasionada del clero en cosas que son propias del Estado y por eso hemos luchado porque se establezca la necesaria separación, se dé a Dios y al César lo que a cada uno corresponde y se acentúe la soberanía del poder civil, que no necesita para vivir de esa tutora que considera para él indispensable el señor Vallenilla.

Porque no es imposición del medio geográfico la actual preponderancia del clero, queremos los más en Colombia que la instrucción pública sea más independiente de él y más propia del Gobierno y de la ciudadanía, queremos que no se vuelva a ver nunca esa presión formidable que en ciertos lugares del país hacían obispos y párrocos a favor de determinada candidatura; queremos ver a las Gobernaciones más desairadas de lo que dicen y desean los curas de los pueblos y vemos con placer cómo en los últimos tiempos la situación, que llegó a ser alarmante e irritante en 1917 y principios de 1918, va cambiándose

y orientándose hacia una normalidad en que la Iglesia, no acatada, va apartándose de las luchas banderizas y dejando de ser elemento perturbador en la vida cívica del país.

No crea el señor Vallenilla que somos un país condenado a la teocracia; si ella ha querido sentar aquí sus reales, no se lo ha permitido una resistencia que basta para asegurar las libertades civiles, contra quien quiera atropellarlas. El clericalismo, explotado por caciques y gamonales, ejerce una enorme influencia, que no negamos, ni dejamos de deplorar, pero contra ella lucha en el país una enorme masa de ciudadanos, que no aspira a resucitar los errores perseguidores del radicalismo, sino a establecer de manera firme y definitiva esa igualdad respetuosa y esa decorosa independencia en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, que constituye en nuestra opinión, el más hermoso y noble aspecto de la vida política yanqui.

El señor Vallenilla Lanz hace de los terribles males de su país teorías filosóficas y se apega a ellas, haciendo de la necesidad virtud. Con ayuda de pensadores franceses convierte en sistema sociológico lo que no es si no desventura, y así tranquiliza su conciencia para seguir ejerciendo su oficio de panegirista del Jefe. El doctor Pangloss creía en el mejor de los mundos posibles: el señor Vallenilla quizá no lo cree, pero declara que es el Gobierno del General Gómez el mejor de los Gobiernos posibles. Y no es panglossiano.

Los panglossianos somos nosotros, que apenas queremos reducir a sus verdaderas proporciones los males de nuestra Patria, sin negarlos, y para luchar contra ellos rechazamos esos fatalismos con que se quiere declarar inevitable lo que puede y debe evitarse, lo que exige resistencia fuerte y tenaz. Pero quizá sí somos discípulos de ese buen Pangloss, porque creemos que el mejor de los lugares posibles en este pobre mundo nuestro es aquel en donde los males se miren de frente y se combatan, con ánimo entero; en donde no se encubra la sumisión con la capa sombría de las doctrinas hipócritas; en donde, como consuelo a tantas deficiencias, a la pobreza y al fracaso, exista el campo abierto para el esfuerzo y la lucha, y podamos decir al teorizante que nos condena a la teocracia por absurdas razones del medio geográfico, que esa teocracia no será y antes bien, el país sin persecuciones ni violencias sabrá establecer el completo equilibrio entre las fuerzas espirituales que miran

al más allá y los poderes que están encargados de asegurar el progreso de la República, y de llevarla a la altura y gloria que le corresponde.

Y con esto nos despedimos del señor Vallenilla Lanz, que nos ha obligado a fastidiar a nuestros lectores con tan largas disertaciones, pero a ellos las debíamos, más que al periodista de Caracas, que a pesar de su erudición y talento nos conoce tan poco.

Publicado en *El Tiempo*, Bogotá, 31 de diciembre de 1920.

En: *Diez grandes polémicas en la historia de Venezuela*. Caracas: Fondo Editorial 60 años Contraloría General de la República 1938-1998, 1998, pp. 295-319.

PERFILES DE LA VENEZUELA DECADENTE: LAUREANO VALLENILLA LANZ [1928]

RÓMULO BETANCOURT

Ya lo escribió Pío Gil, el candente panfletario, en una de sus catilinarias vindicatorias. Ningún ciudadano de los que, haciéndose reos ante la historia por delitos de lesa patria, se agrupa alrededor de un tiranuelo para ayudarle a conservar la usurpación del poder merece un desprecio tan acre y justiciero como el intelectual que le alquila su pluma. Quizás podrá presentarse el áulico mercader, o burgués, o burócrata, ante el fallo supremo de las generaciones reclamando un poco de piedad en gracia de que sus profesiones tracaleras les han habituado el espíritu a la adulación y el espinazo a la actitud genuflexa, contrita, suplicatoria… Más quienes viviendo en ese ambiente combativo y rebelde de las ideas, caldeado de bellas pasiones y de supremo impulso liberador, sucumben a la pingüe y dolorosa realidad de un soberano; quienes en el contacto con el libro aprendieron a respetar su decoro de hombre para prostituirse luego en la primera casa de tolerancia republicana que se toparon al paso, no pueden merecer de nosotros, los que avanzamos de vanguardia a la conquista de una hora de renovación nacional, ni siquiera esa mueca entre irónica y compasiva con que se plega a veces el labio frente a un aborto humano demasiado insignificante para merecernos odio. Vallenilla Lanz, con su perfil de aquelarre, personifica en el actual momento histórico de mi desgraciada patria ese tipo despreciable del escritor que cegó sus oídos imperativos de cultura y decoro para ir a lamerle la ruda mano de ordeñador a un sargento envalentonado e insolente, cuya vida ensombrece de crímenes más de un cuarto de siglo de historia venezolana.

Respaldado en una fácil erudición de revista y de manual, adquirida con los precios escolares con que Félix Alcán exporta para América, Vallenilla se

ha lanzado, con audacia que reclaman el empeño de una empresa más alta y más digna, a la imposible labor de justificar el despotismo que asola a una patria de libertadores de pueblos. Son sus armas de lucha en esta cruzada de la vergüenza y el cinismo los métodos históricos y sociológicos que a fines del pasado siglo tuvieron su momento de actualidad en el mundo científico, pero, que ya hoy son cosa manida, muerta definitivamente. En un conocimiento fragmentario de la obra de Heriberto Spencer, del biólogo Carlos Darwin, se fundamenta la abominable arquitectura sofística que forma la "doctrina" (sic) divulgada en el periódico y en el libro por el "eminente" director de *El Nuevo Diario*.

El gendarme necesario, llama en forma eufemística a quien es sólo "necesario" para él, porque le paga la pitanza, y la posibilidad de darse una vida epicúrea y regalada y el "postín" de gastarse unas hijas "bien" que atropellen impunemente peatones con sus veloces *Cadillacs*, y de tener a sueldo un facultativo que a diario atisbe cuidadosamente, en su organismo averiado, cualquier rebelión del treponema, adormecido por una ola salvadora de arsénico y de bismuto… Alumbrándose con una linterna, tomada a préstamo a *Monsieur* Taine (Ed. Maucci –Barcelona– 2 pesetas), y en la cual va echando el tiranuelo su combustible de billetes de banco, el sociólogo de las mentiras oportunistas se marcha a tientas por los anales de América y de su pueblo, pescando aquí y allí hechos y hombres sacados por las greñas y aislados de ambiente y de época para incorporarlos, como elemento de prueba, al edificio de sus teorías. En esta pesquisa tenaz, echa con la buida sutileza de una inteligencia bastante hábil, no desdeña detalle, por anónimo e insignificante que parezca; así a seguidas de concordar y justificar el grito que en México o Colombia, o Venezuela lanzará cualquier Pedro Carujo, no vacila en citar una frase aislada del Libertador, arrancándola del párrafo que le daba sentido y tergiversando, en apoyo de su tesis, la ideología del grande hombre.

La responsabilidad ante la historia de este cortesano adulador es mayor que la de ningún otro, porque fue él quien dogmatizó de primero en una escuela de sofistas pseudocientíficos a sueldo de tiranos, hasta ahora desconocida en América. La labor del cura Carlos Borges, goliardo, borrachín y mujeriego, tenía antecedentes: ya más de un torvo jesuita había afirmado a García Moreno que su régimen bufo-teocrático era "providencial" y el padre

Arocha en Valencia había equiparado a Castro con Cristo, mas hasta ahora no había surgido en el tinglado de la farsa, de esta dolorosa farsa republicana que ha vivido nuestra América, quien llamara en auxilio de su servilismo de lacayo a métodos científicos y a antecedentes de tradición y de historia. Ayer Gumersindo Rivas, en las columnas de *El Constitucional*, se mantuvo ante la simiesca humanidad del Cabito con esa sonrisa de clichéde la prostituta que suplica una propina sobre la paga estipulada; hoy, Andrés Mata, en *El Universal*, pulsa su mandolina equívoca para lograrse una migaja de oro con qué disimular el baldón que arrojara sobre su nombre la justicia hecha mujer; o Cayama Martínez desde *La Nación*, en una prosa de cuartel, con retumbos tamboriles y alaridos de clarines afónicos, invoca el alma del gran muerto para charlar con ella como si se tratara de cualquier hijo de vecino, "acerca del jefe"; o Agustín Aveledo Urbaneja, desde *Mundial*, traiciona a su generación, a sus compañeros de letras y a sus compañeros de aula, quema al altar del decrépito Bisonte la labia de una prosa pirotécnica, hija bastarda, por su orientación y por su contenido, de la de José Enrique Rodó; pero, ninguno de estos lacayos de chistera, traficantes de la pluma y de la vergüenza, merece tan justicieramente como el paralítico de El Conde, que se le juzgue y sentencie a la hora de las reparaciones definitivas, para que le encuentre la muerte en un muladar.

Dentro de su "mundillo", que tiene por sede las oficinas de *El Nuevo Diario*, Vallenilla tiraniza como un pequeño dios, en todo caso un dios egipcio, momificado, uno de los dioses lares de cualquier familia tolomea venida a menos… sentado ante un ancho escritorio presidido por los retratos del "Jefe" y de Vicentico, aunque sospechemos que este último ha debido ser descolgado ya e ignominiosamente arrumbado entre chibaletes y tipos fuera de uso, sentado en una silla movediza, sobre la cual gira al dirigirse a alguien, todo el cuerpo, enterizo, casi inmóvil, agarrotadas ya las articulaciones por la implacable invasión del espirilo, da sus órdenes con una vocecilla aguda e imperiosa de la cáfila hambreada de orfebrezuelos que le rodea.

"Alejandro: no se te olvide agregarle al telegrama de Guasdualito que *siguen quinientas firmas más*; Guillermo: mañana es el santo de la vieja aquella, prima de la tía de Misia Amelia (una de las mancebas del *Benemérito*); escríbemele un sonetico para mandárselo con un regalo; Diego: por ahí *y que*

llegó un musiú polaco con un oso sabio; hazle una interviú sobre las carreteras, le dices que su cuenta de hotel corre a cargo de *El Nuevo Diario* y le contratas para que lo llevemos a Maracay, porque *al viejo* le gustan mucho los osos…; Rocha: el borrachín ese de Garibas, *y que* está muy bien en el ánimo del General; esté pendiente cuando llegue aquí para que le ponga una social expresiva y le haga una visita de mi parte".

Y así, entre órdenes cumplidas con medrosa actitud y malos chistes de un Rabelais pésimamente traducido, discurre plácida y regalona, hasta que suene para ella la hora inexorable, la vida de este Maquiavelo tropical empastado en papel higiénico.

Publicado en *La Nación* de Barranquilla, Colombia, el 19 de noviembre de 1928.

En: Rómulo Betancourt. *Antología política*. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt, 1990, vol. 1, pp. 87-89.

EL GENDARME NECESARIO, UNA TERGIVERSACIÓN HISTÓRICA [1939]

CARLOS IRAZÁBAL

Observando la persistencia del despotismo en nuestras naciones algunos intelectuales de evidente filiación reaccionaria han llegado a la conclusión de que la autocracia política es la única forma de gobierno viable en los países latino-americanos. El despotismo secular es la resultante necesaria –según ellos–, de nuestra incultura, de nuestra despoblación, de nuestra composición étnica, de nuestro medio, etc. En la América Latina la democracia es, en cambio, de acuerdo con ese criterio, algo exótico e incluso antagónico a nuestras sociedades. Por eso ha fracasado. Por eso solo han sido posible y lo serán, al menos, por mucho tiempo todavía, los gobiernos fuertes, personalistas, dirigidos por caudillos vigorosos capaces de asegurar el orden e impulsar el progreso social. La estabilidad política entre nosotros se logra únicamente bajo la férula del "Gendarme necesario".

La tesis del "Gendarme necesario" no es original de Vallenilla Lanz. Antes que él, el peruano Francisco García Calderón, a través de una errónea interpretación de los hechos históricos, había llegado a elaborar la teoría del "Dictador necesario".Esos dos teóricos del despotismo suelen invocar el ideario bolivariano para justificar sus postulados. Calderón, por ejemplo, condena categóricamente la democracia y se pronuncia por la necesidad de un régimen presidencialista fuerte. Propone: "Aumentar la duración del poder presidencial, a fin de evitar las luchas demasiado frecuentes de los partidos; simplificar la maquinaria política que transforma los parlamentos siempre más numerosos en simples organizaciones burocráticas; prolongar el mandato de los senadores y diputados para impedir que las frecuentes elecciones no turben la existencia de los pueblos; renunciar en suma, a los dogmas ingenuos

de los estatutos políticos en nombre de reformas concretas; tal parece ser el ideal que detendría en la América tropical, en México, en Perú, en Bolivia, la acción disolvente de las revoluciones… si un presidente tutelar es necesario, no lo es menos oponer a su autocracia un poder moderador que recordaría, por su constitución, el senado vitalicio de Bolívar. Se puede concebir asimismo un senado que representara los verdaderos intereses nacionales: cuerpo estable, reunión de todas las fuerzas de conservación social, asamblea serena, extraña a toda veleidad democrática, dentro de la cual el clero, la universidad, el comercio, las industrias, el ejército, la marina, el poder judicial, podrían defender contra los asaltos de la demagogia, contra los reformadores demasiado audaces, la constitución, la tradición, la ley".

Para el señor García la democracia no es posible; es menester el decurso de muchos, muchos años, porque sólo cuando: "el desierto esté poblado por razas nuevas, crecerán las democracias en ese medio y el libre sufragio, los derechos individuales y la tolerancia serán realidades".[1]

¿Por qué olvida Calderón la democracia colombiana? Y en México, a pesar del desierto, ¿no se enraiza y crece una democracia cada vez más vigorosa?

Propició, en efecto, Bolívar un ejecutivo fuerte y vitalicio: "la monarquía sin corona", un poder moral de ejemplar actuación que sirviera de freno a las ambiciones del titular del poder ejecutivo. Todo ello sin duda son restricciones a la democracia; pero en esencia para el Libertador la democracia era la forma ideal de gobierno. En él esas restricciones tenían un carácter transitorio. La inamovilidad del jefe del Ejecutivo era en su concepto requisito a la estabilidad gubernamental en los primeros años de nuestra vida republicana. Sustentaba ese criterio evidentemente influenciado por el régimen político de la Gran Bretaña. En él se inspiró al redactar la Constitución de Angostura y, más tarde, la de Bolivia.

Parecería extraño que el Libertador, cuyo pensamiento político se nutrió en las fuentes de la Enciclopedia y en la Gran Revolución Francesa, de la cual fue síntesis política la forma republicana de gobierno, mostrara cálida adhesión por el sistema de gobierno inglés. Hay que recordar, para explicarse esa aparente contradicción, que durante la actuación de Bolívar, las conquistas

1 F. García Calderón "Les Democraties Latines de l'Amérique". París, 1914, p. 377.

políticas del movimiento del 89 no habían logrado imponerse definitivamente; la forma de gobierno original producto de la Revolución Francesa había sido desvirtuada por la dominación napoleónica y después derrotada temporalmente por la Restauración, lo que le llevó precipitadamente a deducir que la república había fracasado incluso en Francia. Por otra parte, el sistema de gobierno inglés, no obstante su forma monárquica era para entonces, como todavía lo sigue siendo, un régimen más democrático que las monarquías absolutas y que las repúblicas, formales solamente, de nuestros países. Por su contenido democrático, por la estabilidad política que Bolívar consideraba efecto de ese sistema de gobierno, fue por lo que Bolívar quiso imitarlo en las naciones recién creadas. Pero en ningún caso por simpatías hacia gobiernos autocráticos. Si así no hubiera sido, sus simpatías políticas habrían debido mostrarse por las autocracias que por cierto, en su época, abundaban en Europa y en el mundo. Se equivocaba el Libertador cuando creía que la eficacia, la estabilidad y el democratismo del gobierno británico, dependían del carácter vitalicio del Jefe del Estado. En otros países existía el jefe vitalicio en sus regímenes estatales y, sin embargo, tenían características muy diferentes, en la mayoría de los casos opuestas a las del gobierno de la Gran Bretaña.

Este régimen fue concreción política, como ya lo hemos anotado anteriormente, de la revolución industrial inglesa en cuya virtud fue desplazado el sistema de producción feudal por el capitalismo. La nobleza feudal inglesa más inteligente y más práctica que las restantes aristocracias feudales de Europa, entre otras causas, se aburguesó y se plegó al ordenamiento revolucionario sin oponer la resistencia que opuso a la revolución de la burguesía, por ejemplo, la nobleza de Francia. De allí que en la Inglaterra la monarquía absoluta fuera reemplazada por la constitucional, democrática, erigida sobre el capitalismo victorioso. La democracia inglesa tenía, pues, una base económica adecuada. Respondía a una realidad económica sobre la cual encajaba perfectamente y por lo cual pudo estabilizarse y funcionar. Fue entonces el contenido económico de ese gobierno y no el carácter vitalicio del Jefe de Estado, lo que determinó la existencia de aquellos rasgos que tan profundamente impresionaban al Libertador y que él tomó por efectos de una determinada situación política, cuando en realidad lo eran de una profunda transformación económica. En consecuencia, la simpatía de Bolívar por la

forma de gobierno inglés no prueba su vocación autocrática, sino antes bien, su indiscutible vocación democrática.

No pasa de ser, por lo tanto, más que una burda mixtificación histórica la manía de algunos historiadores y escritores políticos americanos de invocar el ideario de Bolívar para justificar las tiranías en nuestros países. "El genio penetrante del Libertador –ha escrito Vallenilla Lanz–, solicitó en su Constitución Boliviana, en una Monarquía sin corona, someter a una ley, sistematizar un hecho rigurosamente científico, necesario y fatal como todo fenómeno sociológico, instituyendo su presidente vitalicio con la facultad de elegir el sucesor. La historia de todas las naciones hispanoamericanas en cien años de turbulencias y de autocracias es la comprobación más elocuente del cumplimiento de aquella ley por encima y a despecho de todos los preceptos contrarios escritos en las constituciones. Desde la Argentina hasta México, ningún pueblo de América se ha sustraído al cumplimiento de la Ley Boliviana. Desde Rosas, bajo cuyo despotismo sanguinario se unificó la gran República del Plata, hasta Porfirio Díaz, que dio a su patria los años de mayor bienestar y de mayor progreso efectivo que recuerda su historia, todas nuestras democracias no han logrado librarse de la anarquía, sino bajo la autoridad de un hombre representativo capaz de imponer su voluntad, de dominar todos los egoísmos rivales y ser, en fin, como lo dice García Calderón, refiriéndose al General Castilla, el dictador necesario, en pueblos que evolucionan hacia la consolidación de su individualidad nacional".[2]

¿Qué hay de cierto en las consideraciones anteriores? Nuestra historia, evidentemente, nos enseña la pervivencia del despotismo en la mayoría de los países de la América Latina no obstante el espíritu democrático de las constituciones adoptadas desde 1810. Eso es rigurosamente cierto. Lo que es absolutamente falso es valerse de esa comprobación histórica para asentar la imposibilidad de nuestros países de un régimen democrático. Ya hemos citado los casos de Colombia, de Costa Rica y de México. Ellos son ejemplos concretos que nos demuestran la posibilidad del funcionamiento de la democracia política en nuestro medio a despecho de lo que Vallenilla ha dado en llamar la Ley Boliviana. Las conclusiones de este y de Calderón, están, pues,

2 Vallenilla Lanz, "Cesarismo Democrático", p. 255.

contra la realidad. Cuando arguyen que el despotismo político es resultado necesario y fatal de factores mesológicos, étnicos, culturales, etc., violentan hechos irrebatibles. No obstante la similitud del medio ambiente y sus innegables influencias, en países como Colombia y Venezuela, pongamos por caso, han sido posibles formas de gobierno en una y otro realmente diferentes aunque la similitud, además, se extienda también a las características raciales y a la elevación cultural de los dos pueblos.

Ha pervivido el despotismo, ciertamente. Y ello se debe fundamentalmente a la pervivencia de una economía semi-feudal, base de aquel. La intangibilidad de las relaciones de producción reforzadas por la penetración imperialista nos da la clave efectiva, la razón última, de nuestros despotismos. La incultura, la despoblación, que como las influencias mesológicas es preciso tener en cuenta para comprender a cabalidad la historia de las sociedades, son determinantes secundarias susceptibles de modificación si se modifica, precisamente, el régimen de producción. En las sociedades que progresan, libres de vallas económicas, es posible aumentar la población, la cultura y luchar contra las influencias dañinas del medio; pero en una sociedad estancada por un régimen económico caduco, las lacras sociales se extienden y se hacen crónicas. De ambos casos hay innumerables ejemplos en la historia del mundo.

Los dictadores y gendarmes necesarios, como lo demuestra el estado actual de nuestra América, no han podido ser más negativos. Han surgido únicamente por imposición de una economía anti-nacional. No podía ser eso el ideal del Libertador, por más que se quiera interpretar en ese sentido aquella su célebre frase, según la cual: "los Estados americanos han de menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y de la guerra". Se refería Bolívar al despotismo español y a la guerra de independencia. Por ningún respecto al porvenir de la América. No se puede, entonces, a menos que se la interprete monstruosamente, invocarla –como suele hacerse–, para dar una base teórica al despotismo de los Rosas, Porfirio Díaz, Juan Vicente Gómez y demás tiranos de América. ¡Ellos curando el despotismo! ¡El despotismo curando al despotismo y la sociología lamentablemente confundida con la homeopatía!

Cuando en nuestros países se modifiquen las relaciones feudales de producción, se transforme y democratice el régimen de propiedad territorial, se

construyan las bases económicas de la democracia, dejaremos de padecer para siempre la nefasta plaga de los gendarmes necesarios, a despecho de la fatalidad sociológica y demás fruslerías que en contrario se hilvanen.

En: Carlos Irazábal. *Hacia la democracia. (Contribución al estudio de la historia económica-política social de Venezuela)*. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas, 1979, pp. 153-160.

LAUREANO VALLENILLA LANZ [1943]

DIEGO CARBONELL

Vallenilla Lanz suele caer si no en el vicio del libelista que corrompe a muchos, al menos la emprende con pasión contra aquellos que pretendieron juzgar a Bolívar desde alturas que Vallenilla Lanz no concede, por ejemplo, a Carlos A. Villanueva ni a determinados escritores colombianos y argentinos, especialmente.[1]

Su libro más acabado, y por esto más combatido, es el llamado *Cesarismo Democrático*[2], cuya base primordial en la exposición y explicación de nuestra evolución política en los días remotos de la República fetal hasta los tiempos actuales, de la República secular, se apoya, sólidamente, en las leyes del determinismo sociológico. En páginas numerosas se sorprende la inspiración y guía determinista del señor Vallenilla Lanz: intentando demostrar que la guerra de independencia fue una guerra civil[3], advierte que: "las revoluciones,

1 Entre los primeros han sido azotados por la ironía de su pluma los señores Ismael López o Cornelio Hispano, y el diplomático señor Max Grillo. Entre los argentinos, Lovillier, Gustavino y Toros fueron objeto de sus refutaciones a las veces emponzoñadas. Concretándonos a Hispano, el señor Vallenilla Lanz cree haber demostrado que ha incurrido en el pecado de las adulteraciones, según se colige de un artículo de *El Nuevo Diario* de Caracas, febrero 28 de 1931. El general y doctor don José Dolores Monsalve escribió sus *Estudios sobre el Libertador Simón Bolívar,* Bogotá, edic, de la Imp. Nacional, 1930, con el fín de refutar los errores históricos en que abunda el libro de Cornelio Hispano titulado *Bolívar y la Posteridad*.

2 Edic. de "El Cojo", Caracas, 1919.

3 El historiador señor Gil Fortoul es opuesto a este concepto: "Ilusión, buscar en la Independencia una "guerra civil", cuando evidentemente desde 1811 fue guerra internacional, de la nueva nacionalidad americana, aunque todavía en formación, contra la nacionaldiad representada por la tradicional monarquía española, guerra en la cual hubo, como en todas, vicisitudes numerosas". Consult. *Historia Constitucional de Venezuela*, edic., de Parra León

como fenómenos sociales, caen bajo el dominio del determinismo sociológico en que apenas toma una parte muy pequeña la flaca voluntad humana".

Esta flaca voluntad a que alude el sociólogo venezolano, es la voluntad personal, espontánea, inconsciente del agitador que el doctor Pedro M. Arcaya ha estudiado en el tipo representativo de nuestros caudillos que fue José Antonio Páez.[4]

Ese determinismo de que se vale el señor Vallenilla Lanz como arma de esclarecimiento, no bastaría por sí solo para comprender el difícil problema de nuestra evolución: él ha ocurrido a los postulados no solo del orden filosófico de la Sociología, sino que pide también sus luces a las ciencias biológicas cuando disertando sobre los iniciadores de la Revolución, apunta que: "la herencia psicológica está formada por los instintos y los prejuicios inconscientes, las opiniones, los gustos, las inclinaciones naturales, los sentimientos, las preocupaciones religiosas y sociales, el desprecio del blanco criollo por el hombre de color, el odio de este hacia el criollo, las rivalidades e intransigencias del grupo social…".

Claro es que en esta enumeración está comprendido el medio que sin duda colabora en el proceso de la herencia. En este sentido, el autor es un taineano en cuyos postulados toma alientos para definir el caso del "gendarme necesario": exponiendo la situación de Venezuela después de la guerra, recuerda: "la evolución regresiva del pueblo"[5], y es entonces cuando cita

Hermanos, Caracas, 1930, p. VI. Pero el académico señor Jose Santiago Rodríguez afirma, a raíz de otras afirmaciones en relación con "la génesis de la revolución" que: "la guerra de independencia fue la primera en subvertir el orden social que venía establecido, dándole predominio al heroísmo sobre lo que se entendía por limpieza de sangre, y dándole lógicamente, al soldado plebeyo o liberto, un rango superior al que tenía el propietario blanco, engreído y vanidoso, que por realista y por conservador apegado al orden colonial, o por pacifista y manso, no había querido correr los azares de la guerra, ni caía muchas veces en la cuenta de la trascendencia, que no tanto entonces, como definitiva, debía alcanzar aquel movimiento, que en ocasiones aparecía con los caracteres que tiene la anarquía devoradora de la guerra civil", Cónsult, su Ob. Cit., t. I., p. 26.

4 Ob. cit., p. 2.

5 Es un disparate calificar la regresión de los esclavos y gente intelectualmente inferior, como un accidente de "evolución regresiva", porque no hay tales evoluciones regresivas: la evolución siempre se realiza en un orden ascendente; el caso contrario es de la regresión.

oportunamente a Taine para advertir que: "entregado a sí mismo, retrotraído súbitamente al estado natural, el rebaño humano no sabría más que agitarse, pelear, hasta que la fuerza bruta llegara al fin a dominar como en los tiempos bárbaros y hasta que del fragor de la lucha surgiera un caudillo militar, el cual, generalmente, es un verdugo".

Este capítulo sobre el "gendarme necesario" es el que ha suscitado más de un encono entre sus críticos. Desde luego que ese encono arranca de razones extrañas a la aspiración del señor Vallenilla Lanz, quien, de fijo, desea que su libro aparezca como el esfuerzo de un hombre estudioso que hace cursos de sociología y se da a la búsqueda de otros conocimientos en el orden de las ciencias sin las cuales la propia Sociología valdría poca cosa como ciencia que se ocupa de la evolución de los pueblos constituidos a su vez por los hombres que también son muchedumbres de organismos que evolucionan bajo el imperio de la herencia y del medio. Por estas y por otras razones, y por ser el libro un estudio sobre "las bases sociológicas efectivas de la constitución de Venezuela", dicho volumen debe ser considerado desde un doble punto de vista, sin la pasión descabellada que ciertos enemigos políticos del autor se han dado a propalar para gritarle que su obra intenta justificar tal o cual gobierno cesarista, como si a la verdad no estuviera en la intención del autor explicar severa y doctamente el "cesarismo" de Bolívar, el "cesarismo" de Páez, el "cesarismo" de Guzmán Blanco, el "cesarismo" del General Mosquera, el "cesarismo" del General Rafael Reyes y en fin el de otros muchos césares de la democracia… El hecho de que todavía se pueda aplicar a nuestra evolución política que transforma el "cesarismo democrático" en democracia propiamente dicha si esta forma de gobierno no fuere, en el recto sentido de la utopía, una de las mayores mentiras de la civilización… Lo mismo ha sucedido en México, en el Perú, en Bolivia y en Colombia, solo que el "cesarismo" colombiano no lo ha impuesto César sino su Santidad el Papa… ¡No olvidemos que Rosas fue argentino, el doctor Francia paraguayo, el negro Lilis dominicano, Melgarejo de Bolivia, García Moreno del propio Guayaquil en la república del Corazón de Jesús y el doctor Olaya Herrera de la Colombia de Mosquera y de Reyes!

Los dos aspectos sobre los cuales debemos considerar el *Cesarismo Democrático*, son los siguientes: debemos verlo como obra de interpretación his-

tórica y como síntesis de una probable explicación del estado evolutivo de nuestra entidad política.

Se dirá, o dicen muchos, que el libro del señor Vallenilla Lanz se podría deducir que Venezuela regresa… Admitamos esta manera singular de medir fenómenos sociológicos que no son del tiempo presente; supongamos que fuéramos un pueblo retardado en su evolución: en ese caso deberíamos solicitar las causas de tal accidente en el organismo vital del estado y en el medio que rodea a ese organismo; el caso es parecido al de esas colonias de pólipos que siglos atrás labraron en el seno de las aguas el peñón árido de Curazao, y hoy sus esqueletos blancos se confunden con las otras piedras en cuya estructura no habrá habitado ni siquiera el organismo asombroso de una madrépora… Pasarán los siglos que para el caso de los pólipos serán como años para el progreso entre los hombres y cuando las condiciones mesológicas sean propicias a los pólipos, y cuando otros ejemplares de animales voraces, los acalefos entre otros, permitan la existencia dulce, social, reposada y armoniosa de los zoófilos, entonces la isla de Curazao se orlará, nuevamente, de columnas rosadas y blancas, ramificadas o dicotomizadas al infinito…

En el caso de Venezuela, Páez continúa ejerciendo un poder que podría explicar el patriotismo militar que ha sido el más fuertemente arraigado en nuestra psicología, hasta el extremo de constituir una democracia, según la teoría muy ingeniosa del señor José Santiago Rodríguez, pues: "el campamento sí creó la igualdad y la fraternidad entre todos esos grupos sociales, desunidos anteriormente".[6] En el caso de Colombia, el General Santander continúa ejerciendo un poder que sólo podría explicar el patrimonio de un ciudadano que andando los años no se irguió completamente, y cuando la historia fue a preguntarle por la democracia, "el hombre de las leyes" sonrió y creyó que se le pedían informes acerca de una teocracia que ya gateaba en las postrimerías de la Gran Colombia; el General Santander se prolonga en el tiempo arropado en la autoridad cesárea de nuestro señor Jesucristo[7]

6 Ob. cit., t. I., p. 24.

7 Según la documentación de que disponemos, la agonía del General Santander está poblada de un gran terror a la muerte, o de una infantil esperanza en nuestra señora de los Dolores y de las Mercedes. Antes de morir exclama: "¡Ay! Señor, que tiempo he perdido; ¡misericordia! ¡misericordia! ¡misericordia!...". más tarde, pidió la imagen de los Dolores,

o de los clérigos… Páez se prolonga en los siglos blandiendo una espada y representando, según Vallenilla Lanz amparado en la autoridad de Taine, "al gendarme electivo o hereditario de ojo avizor, de mano dura, que por las vías de hecho inspira el temor y que por el temor mantiene la paz", pues "en Venezuela, como en muchas de las naciones de Hispanoamérica, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el caudillo ha representado una necesidad social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen sino se imponen. La elección y la herencia, aun en la forma irregular en que comienzan, constituyen un proceso posterior.[8]

FILIACIÓN HISTÓRICA DE VALLENILLA LANZ

En la cita que antecede, salta la filiación del señor Vallenilla Lanz y sus tendencias como escritor nacional. En otras páginas es también el escritor que imbuido del método francés de Taine, de Renán y de los sociólogos modernos, pretende generalizar aplicando el método con que estudia a Páez por ejemplo, a personajes que están actuando muchos años después de la actividad del Llanero. A la verdad, yo no sé hasta qué punto pudiera ser lógica esta tendencia, pues solo podríase admitir sin discusión, suponiendo, previamente, que Venezuela no ha evolucionado en todo el tiempo de un siglo transcurrido, y que el estado de la política venezolana es el mismo que presenció y soportó al país en los días del jefe Páez. Allí estaría la fuente de la crítica más racional, aunque si admitimos los datos taineanos y renanianos sin entender a lo que la revolución nos enseña, la exposición del señor Vallenilla Lanz sería verdaderamente luminosa. Sin embargo, no es desde este punto de vista de donde lastiman algunos su reputación de escritor sincero: y es que justificar

la abrazó diciendo: "¡Protégeme, consuélame, no me abandones, ten misericordia de mí!". Y cuando vio cerca al señor Arzobispo, tendió los brazos a su cuello y le gritó: "No me abandone, señor Arzobispo, acompáñeme; no se vaya". Y cuando el dolor hízose insoportable, mandó que le hiciesen cruces sobre la región atormentada y luego se mandó a colocar la imagen de las Mercedes en la espalda para que le quitase aquella terrible punzada… Consult. A Jesús María Henao, Ob. Cit., p. 61 y sgts.

8 Taine, *Les Origiiners*, t. I., cít. Por Vallenilla Lanz, Ob. Cit., p. 189

en cierto modo a Boves ante la barbarie de Páez, por ejemplo, podría ser motivo para que se sospechase en el señor Vallenilla Lanz un prurito de ver en Páez al centauro de la selva ancestral, con todos los defectos de la selva, aunque no haya sido esa su intención, mas, valerse de la Historia y del criterio determinista para explicar la necesidad del sargento Páez en la evolución de nuestra "democracia", indicaría para algunos la malévola intención de querer darnos la razón de otros sargentos que han sucedido en el poder al héroe de Las Queseras, o para concretar, a los generales Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.[9]

Yo no sé si serán aspaventeros los escrúpulos de aquellos que han fulminado contra el autor de *Cesarismo democrático*; a las veces admito la farándula en los gritos y en los calificativos, pues en Venezuela, como en Colombia y en el Perú y en el Brasil, así como en el Ecuador y Bolivia y Panamá, se da el caso de la psicología del cholo o mulato boliviano de que habla Arguedas: "Es inclinado a la duplicidad y a la mentira, a la astucia y a la intriga"[10]; aunque un escritor paceño, el señor Alfredo Sanjinés[11] piensa que: "la vida del aymara es paralela a la del cóndor, así como la del quechua, tiene todos los dulces contornos de la existencia de la llama. En esas cumbres plenas de silencio y en el recogimiento solemne de las estepas, el hombre tan pronto pone su espíritu en tensión como relaja y esparce su ánimo…Dentro de esa especie de "concentración psíquica" que embarga al aborigen de los Andes,

9 Sobre la historia del General Cipriano Castro no abundan los libros. Venezuela soportó al General Castro pero luego le restó importancia al recuerdo de un hombre que hasta ahora sólo el género novelesco ha pretendido estudiarlo en la obrita de Pío Gil o el Cabito, del abogado andino Pedro María Morantes. En cambio, el General Juan Vicente Gómez, que según la feliz expresión del señor Luis Eduardo Nieto Caballero (*El Gráfico*, de Bogotá, N° 1260) "entra a caballo en la historia, después de haberlo hecho caracolear durante veintisiete años, en la tierra del Libertador, tierra sagrada", ha sido biografiado por el ex Presidente Márquez Bustillos, y sobre todo por el principal escritor antioqueño señor Fernando González; este sabe aplicar, ingeniosamente, la petite-histoire" que sin duda es el género que corresponde a un libro con ligeras tendencias apologéticas ydelicadasy fuertes ironías como lo es *Mi Compadre*, ediciones de "Editorial Juventud", Barcelona, 1934

10 Ob. Cit., p. 54

11 "El alma indígena", en la revista *Senderos*, de Bogotá, vol. IV, números 21-22-23, correspondientes a diciembre de 1935.

el alma juega por lo general el papel de un opaco y dulce refugio…". Y en su afán de exhibir a su compatriota el indio boliviano bajo un aspecto menos cruel que el que le asigna la estupidez y la anonimia en un mundo casi ignorado, el señor Sanjinés recuerda que "al indio lo quebranta la grandiosidad del paisaje, y en medio de esa inmensa desolación de los páramos y el silencio de las cordilleras, va formando aquella su plácida y serena compostura, que es el reflejo de la hierática actitud de las montañas andinas y del sereno estoicismo de las estepas…"[12]

Y volviendo al libro del señor Vallenilla Lanz salta a la vista otro punto de capital interés: la aplicación del determinismo sociológico a la democracia venezolana: señalar hechos en relación con otros análogos ya definidos por la Historia y luego iluminarlos o limpiarlos a fin de evitarles la exageración tradicional, gracias al recurso de la Ciencia, es obra buena y perdurable; redactar la Historia sometiendo la interpretación de los hechos a la filosofía del Determinismo, es obra que siendo firme es también dolorosa, porque la base del determinismo científico radica para Naegeli, Guyau, Nietzsche y Le Bon, en el precepto latino: *Eadem sunt omnia semper.*

En: Diego Carbonell. *Escuelas de Historia en América*. Buenos Aires: Imprenta López, 1943, pp. 143-148.

12 Se sorprende la intención en el señor Sanjinés, que desde luego se inspira a grandes trazos en Taine, desea el escritor de la Paz confundir el alma del indio boliviano, íntegramente, en la muda psicología del paisaje atormentado, o sea la fusión del alma humana en el seno del medio fascinador y dominador.

LA FORMACIÓN DEL ESTADO VENEZOLANO [1966]

MANUEL CABALLERO

La dispersión de la autoridad que se produjo al romperse los diques que contenían la "anarquía latente" de la Colonia, por un proceso de selección brutal dio origen al poder del más fuerte, y en esa concentración de poder se realizó la constitución efectiva y democrática del país.

Es curioso observar cómo Vallenilla Lanz, hombre conservador, cuyo pensamiento político se puede emparentar con las corrientes más reaccionarias en política (aunque él mismo se diga alguna vez liberal), coincida en su apreciación del federalismo con algunos teóricos anarquistas, que consideran la federación como la primera forma de organización a que recurren las masas populares en toda crisis revolucionaria. Para Vallenilla, desaparecida la autoridad que en la Colonia mantenía en pie la estructura social, aquella se dispersará en la múltiple autoridad de los caudillos, y será el federalismo su bandera:

> A partir de esta época [1810] no hay una sola de las colonias españolas en que no resuene el grito de *federación;* y por todas partes, desde México hasta el Plata, se entabla la lucha entre un grupo de hombres conscientes que aspiran a la centralización del Gobierno, y la inmensa mayoría de los pueblos que, empujados por un móvil instintivo, por un prejuicio hereditario, proclaman la independencia provincial, el particularismo, el localismo, no por un simple espíritu de imitación sino por un movimiento indeliberado hacia las formas tradicionales disgregativas, cuyos orígenes se perdían en los más remotos tiempos de la historia española… La tendencia federalista que en los hombres superiores revistió formas de principios políticos inspirados en

> la Constitución de los Estados Unidos se manifestó en los caudillos y en las clases populares como el sentimiento estrecho y concreto de la *Patria Chica,* que tanto hubo de dificultar la integración y unificación de los elementos necesarios al triunfo de la independencia; y que en el curso de la vida nacional dio margen a multitud de fenómenos que no pueden explicarse sin el análisis de los antecedentes apuntados y de ningún modo por la simple imitación, porque eso sería incurrir en el error «de confundir dos psicologías», como dice Lacombe[1].

Es tan sólo una cuestión de términos, ya que…"el feudalismo general –como lo observa Guizot– era una verdadera federación"…[2]

Es más, nadie había osado expresar el deseo de independencia, todavía se estaba en la "luna de miel" con el monarca español, cuando ya el pueblo había levantado sus banderas propias:

> No sólo en Venezuela, sino en casi toda la América española, se habló de *federación* y de *confederación* mucho antes de hablarse abiertamente de Independencia; y a la voz sonora de federación, que en la mentalidad rudimentaria de nuestros pueblos se confundía con una tendencia igualitaria y comunista, casi toda la América, desde México hasta el Plata, arropó con aquella bandera, los impulsos disgregativos, el parroquialismo bárbaro de masas primitivas, en las cuales no había podido surgir aún la idea de Patria, el sentimiento nacional, que no ha sido en toda la historia del género humano sino el resultado de un lento proceso de integración y de solidaridad social y económica[3].

Así, pues, el federalismo para nuestra América no es, piensa Vallenilla, sino el ropaje ideológico del feudalismo, que al imponerse en la forma del

1 *Críticas*…, p. 13.
2 *Disgregación*…, p. LIV.
3 *Ibídem*, p. LVI.

caudillismo anárquico, la hizo entrar en una nueva etapa de su desarrollo histórico, similar a la vivida por los pueblos europeos:

> La América, emancipada del Imperio español, como Europa a la caída del Imperio Romano, entraba también en su Edad Media; y el feudalismo se establecía a pesar de los ideólogos, con las variantes impuestas por los distintos medios geográficos y por las vicisitudes históricas.[4]

Pero esa anarquía no puede durar indefinidamente, como no duró indefinidamente la Edad Media europea. Pronto comenzaremos a notar, en el pensamiento vallenilliano, la solución, la fórmula, que por cierto no es nada original suyo:

> Ernesto Quesada llama a toda esa época, la de la anarquía caudillista que culminó con Rosas, la edad media Argentina, y a fe que tiene razón, porque esa lucha entre el caudillo metropolitano y los caudillos regionales es exactamente la misma que entre la realeza y los señores feudales, sobre cuyas ruinas se fundaron las naciones modernas.[5]

Sólo que Vallenilla la aplica a toda la América antes española:

> Regístrese la historia de los primeros años de la revolución en toda la América española y se verá cómo las nacionalidades, unas después de otras se van consolidando bajo la autoridad de un jefe único, en lucha con los caudillos locales. Por esa causa, los que gustan de establecer aproximaciones entre los fenómenos sociales, llaman esa época «La edad media de la América».[6]

4 *Ibídem*, p. LXIX.
5 *Críticas*…, p. 29.
6 *Ibídem*, p. 125.

Claro está que pareja formulación no tendría mayor importancia y no pasaría de ser nada más que una brillante asimilación, una comparación feliz, si no estuviese seguida de una conclusión hacia la que, paso a paso, nos trata de arrastrar Vallenilla (y en la cual es muy difícil que puedan acompañarlo anarquistas, por mucho que con ellos hubiese coincidido antes):

> En el estado anárquico en que se hallaba la América entera después de Ayacucho, era a lo menos ilusorio pensar en el ejercicio de los derechos civiles, y políticos que nadie entendía, que no eran, y que desgraciadamente no son todavía en casi todos estos países, sino puras ficciones constitucionales.[7]

Porque la anarquía existe, pero constatarla solamente a nada conduce. Y Vallenilla quiere llevarnos a alguna parte. Hay en sus palabras el eco de una tesis siempre avanzada por los mayores actores de nuestra historia, y que el Libertador había formulado diciendo que la libertad absoluta conduce a la tiranía absoluta:

> En la ausencia del colectivismo, del gregarismo creado por las leyes de origen romano y por el cristianismo, que no tuvieron jamás influencia alguna en nuestras llanuras, y cuyas instituciones ahogan al individuo en la asociación y tienden, sobre todo la Iglesia, a imponer el sacrificio, la renunciación personal en pro de la humanidad toda entera; el individualismo surgido de las ruinas de la sociedad colonial impuso un nuevo elemento de gobierno, desconocido hasta entonces entre nosotros, como había sido desconocido en el mundo antiguo antes de la destrucción del imperio romano, y que no ha existido en nuestra América, en aquellos pueblos que no tienen llanuras ni caballos, y cuya evolución, por esta misma causa, se ha realizado dentro de los más puros moldes coloniales, con la debilidad de los gobiernos y la preponderancia de laIglesia. Ese nuevo ele-

7 *Ibídem*, p. 133.

> mento fue el patrocinio militar, la supremacía del más fuerte, del más sagaz,… que sin destruir la libertad individual ni la igualdad característica de los pueblos pastores, ni aquel orgullo personal de que habló el Libertador… estableció, sin embargo, una subordinación jerárquica de donde surgió también, como en la Edad Media europea, nuestro feudalismo caudillesco.[8]

Ya estamos, pues, en el sitio exacto a donde nos conducía Vallenilla. Y esto no es, para él, una situación que nos sea original o típica: "En Europa por lo menos, desde Rusia hasta Portugal, y desde Noruega hasta las Dos Sicilias, el Estado es por su origen y su esencia una institución militar, en la que el heroísmo se ha hecho el campeón del derecho".[9]

Nosotros no hemos hecho otra cosa que seguir esa regla general en la formación del Estado. Con otros nombres, aparentemente con otras instituciones, también con otras teorías. Pero la realidad ha sido sensiblemente la misma porque, como los Estados europeos:

> …todas nuestras democracias no han logrado librarse de la anarquía, sino bajo la autoridad de un hombre representativo, capaz de imponer su voluntad, de dominar todos los egoísmos rivales y de ser, en fin, como lo dice García Calderón refiriéndose al General Castillo, el *dictador necesario,* en pueblos que evolucionan hacia la consolidación de su individualidad nacional.[10]

Del abstracto señalamiento de ese proceso, Vallenilla viene al ejemplo concreto. En la historia venezolana existe uno, muy seductor a sus ojos. En Venezuela también ha existido ese dictador necesario, esa autoridad centralizadora en quien se han conjugado, en un momento oportuno, como una necesidad histórica, democracia y autocracia. Para Vallenilla:

8 *Ibídem*, pp. 86-87d.
9 *Ibídem*, p. 119.
10 *Cesarismo Democrático*, pp. 176-177.

> …el Caudillo llanero Páez, engrandecido por sus proezas legendarias, en un pueblo que profesa hasta el fanatismo el culto del valor personal, era el Jefe nato de los venezolanos, el hijo legítimo de nuestra democracia igualitaria, empujada violentamente por razones étnicas y geográficas, hacia un régimen, caracterizado por «una ascensión social y política sin selección y sin esfuerzo depurador»; en tanto que el Libertador continuaba siendo, así para el pueblo como para la mesocracia realista o *goda,* el aristócrata, el *mantuano,* el gran señor, el superviviente de la alta clase social que por siglos había ejercido «la tiranía doméstica, activa y dominante»; el más alto representante de «la minoría audaz» naufragaba en el mar de sangre de la revolución y quien era ya considerado en el mundo como el símbolo del ideal republicano. Su grandeza misma lo hacía sospechoso, para la democracia triunfante, de aspiraciones monárquicas; porque vivo aún el respeto supersticioso por la realeza se pensaba que sólo una corona podía ceñir aquella cabeza prodigiosa.[11]

¿De dónde sacaba Páez esa condición? No era un monarca de derecho divino, y era ilusorio pensar que pudiese ser el ungido de la voluntad popular, al menos expresada en las formas en que ella se manifiesta en las sociedades desarrolladas. No:

> La autoridad de Páez, como la de todos los caudillos de Hispanoamérica, se fundaba sobre la *sugestión inconsciente* de la mayoría. El pueblo nuestro, que puede considerarse como un grupo social *instable [sic],* según la clasificación científica, porque entonces y aún en la actualidad se halla colocado en el período de transición de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica, que es el grado en que se encuentran hoy las sociedades *legítimas y estables,* se agrupaba instintivamente alrededor del más fuerte, del más valiente, del más sagaz, entorno a cuya

11 *Ibídem,* p. 139.

> personalidad la imaginación popular había creado la leyenda, que es uno de los elementos psicológicos más poderosos del prestigio; y de quien esperaban la más absoluta protección, la impunidad más completa a que estaban habituados.[12]

Páez, sin embargo, si no se sometió, aceptó, durante cierto tiempo la autoridad del Libertador. En la aceptación de esa autoridad ve Vallenilla la salvación de la Patria, porque:

> El Libertador es también en este sentido el creador de la nacionalidad venezolana. Porque al someter a su autoridad las montoneras de Páez, Monagas, Zaraza, Cedeño y a la multitud de caudillejos menudos que andaban bregando por cuenta propia, regados en las inmensas soledades de nuestras llanuras, y concentrarlas para dar el frente al Ejército Expedicionario, economizó a Venezuela largos años de aquella anarquía provincial y caudillesca que azotó a la República Argentina, por ejemplo, desde la caída del régimen llamado presidencial en 1827.[13]

Saber aprovechar una situación de hecho, un mal lamentable, pero real, he allí el genio de Bolívar, parece decirnos Vallenilla. He allí el genio de quien tuvo el tino, y condiciones de sociólogo, para hacerlo. Leyendo al autor que comentamos, da la impresión de que el Libertador lo hubiese sospechado, pues fue él quien supo utilizar positivamente:

> El caudillismo disgregativo y anárquico que surgió con la guerra de la Independencia y que el Libertador dominó y utilizó en favor de la Emancipación de Hispanoamérica, estableciendo desde entonces en Venezuela con la preponderancia de Páez, lo que han llamado los sociólogos *solidaridad mecánica,* por el engranaje y subordinación de los pequeños caudillos en torno

12 *Ibídem*, p. 192.

13 *Disgregación*…, pp. LXXI-LXXII.

> al caudillo central, representante de la unidad nacional. Solidaridad fundada en el compromiso individual, en la lealtad de hombre a hombre, y la cual no se transforma sino muy lentamente en *solidaridad orgánica,* cuando el desarrollo de todos los factores que constituyen el progreso moderno vaya imponiendo al organismo nacional nuevas condiciones de existencia y, por consiguiente, nuevas formas de derecho político.[14]

La base de la formación de la nacionalidad ha sido ese Estado despótico de origen militar. Allí reinaba el caos:

> …hasta que entró en escena, como en todas las revoluciones anarquizadas, valiéndose del concepto de Nietzsche, el Gran Egoísta, el Dictador, el César o el Cesarión, que domina todos los egoísmos rivales, los organiza, los disciplina y funde como don Juan Manuel Rosas, el Estado despótico, que ha sido en todos los tiempos la base de la nacionalidad y de la Patria.[15]

Una vez establecido ese poder, una vez entronizado ese César, él representa la democracia, y es el suyo un gobierno perfectamente representativo, y sus actos deben juzgarse de acuerdo con esa óptica:

> Pensadores franceses han sentado también el principio de que todo gobierno permanente es un gobierno representativo; que todo gobierno apoyado en la mayoría, es la expresión de los intereses de los sentimientos y de las aspiraciones de un pueblo en un momento dado de su evolución, porque no hay gobierno estable sin pueblo a la espalda pensando como el gobierno mismo, sintiendo y procediendo como él.[16]

14 *Cesarismo Democrático*, pp. 177-178.
15 *Críticas*…, p. 29.
16 *Ibídem*, pp.229-230.

Si esa formulación no pareciese bien clara, en *Cesarismo Democrático* es mucho más preciso, pues no sólo aclara quién es aquel o aquellos "pensadores franceses", sino que es más tajante cuando recuerda que "D'Auriauc acaba de escribir que todo gobierno es tácita o explícitamente representativo".[17]

La conclusión viene por sí sola: en Venezuela también ha obrado ese elemento y ha sido determinante en la formación de nuestro Estado, de nuestra democracia:

> El verdadero carácter de la democracia venezolana, ha sido desde el triunfo de la Independencia, el predominio individual teniendo su origen y su fundamento en la voluntad colectiva, en el querer de la gran mayoría popular tácita o explícitamente expresada.[18]

Está claro, sin embargo, dado el carácter mismo de la imposición, que ese querer está, generalmente, más tácita que explícitamente expresado...

Una sociedad rigurosamente estratificada, pues, se ve envuelta en la guerra, y al resplandor de sus fuegos estallan sus contradicciones internas. Desde la oscuridad de las llanuras, entra en la historia un pueblo –los llaneros– que trae en las patas de sus caballos la turbulenta democracia de los pueblos pastores. La sociedad se anarquizará, hasta que un caudillo sepa imponerse sobre sus iguales, y él realizará el nuevo Estado, de origen militar, la nueva democracia que junto con la autoridad, se conjugarán en su persona. El papel de este César, de este héroe, será fundamental en el pensamiento de Vallenilla, mucho más allá del papel de las ideas, de la participación popular.

En: Germán Carrera Damas, Carlos Salazar, Manuel Caballero. *El concepto de Historia en Laureano Vallenilla Lanz*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Historia, 1966, pp. 68-74.

17 *Cesarismo Democrático*, p. 214.

18 *Ibídem*, p. 206.

EL HÉROE [1966]

MANUEL CABALLERO

Todos los anteriores elementos tienen una importancia secundaría, en comparación con el que estudiaremos ahora: el héroe. Tal vez no sea muy aventurado señalar que si en la base del pensamiento de Vallenilla están aquellas imposiciones determinantes del medio que vimos en la primera parte, en la cúspide está el héroe, el dictador, el conductor, hacia el cual convergen, en un impulso de solidaridad mecánica, los pueblos producto de aquellas condiciones ambientales, y al cual van a enajenar sus propias voluntades, haciéndole el regulador autocrático de la soberanía popular.

Con respecto a ese héroe, no tiene Vallenilla una posición homogénea. Pareciera, aquí sí, que entraran en contradicción el hombre de ciencia que quiere ser, el patriota apasionado que jura ser, y el hombre político que no puede dejar de ser. Veámoslo en cada una de esas fases. Se encierra en su laboratorio para proclamar que:

> Ya los conductores de pueblos, los creadores de nacionalidades, los fundadores de religiones, no suben al cielo ni «habitan una región aparte entre los hombres y Dios», sino que caen bajo el análisis científico y sólo pueden ser considerados como los exponentes del estado típico de su época, algo así como el *diapasón,* el *la,* que pone al unísono las aspiraciones, los anhelos, las necesidades, los instintos, las pasiones y las ideas de su grupo en un momento dado de su evolución –según el concepto de Lamprecht–[1] lo cual no excluye de ningún modo la existencia del «hombre de genio» como un producto superior de la humanidad: «Flor de una raza», que dice Le Bon:

> 1. Ernesto Quesada. *La Enseñanza de la Historia en las Universidades Alemanas.* Lamprecht y su Instituto, pág. 189.[1]

Igualmente, cuando exalta la obra de Vicente Lecuna, consigue motivo para felicitarse por el hecho de que: "Bolívar no es para él el semidiós a la manera de los retardados discípulos del romanticismo, de los que ven en el genio un producto de la Providencia y queriendo explicarlo, caen desgraciadamente en el error de empequeñecerlodivinizándolo".[2]

Incluso, cuando podría encontrar ocasión de dejarse ir al ditirambo, en algún discurso aniversario, modera sus ímpetus patrióticos en beneficio del historiador positivo:

> "\Cuando se recuerdan estos hechos que apenas datan de un siglo; cuando se mide en todo su horror y su grandeza el inmenso sacrificio de Venezuela por su propia independencia y por la de todo el Continente, es casi imposible contener el impulso que nos arrastra a buscarle algo de sobrenatural, de sobrehumano, al hombre que con sólo el poder de su genio, con la fuerza única de su inteligencia y de su voluntad, forja en la fragua de aquella inmensa anarquía"... "los elementos necesarios para alcanzar el triunfo de un ideal grandioso de humanidad, de libertad, de redención individual y colectiva, sembrando en aquellos cerebros rudimentarios, en aquellos rudos corazones ideas y sentimientos que iban a ennoblecerlos a los ojos de la posteridad, hasta convertirlos en héroes de leyenda. ¡Pero no! ¡No nos dejemos llevar por ese romanticismo pueril que ha pervertido el criterio de las pasadas generaciones: divinizando a Bolívar lo empequeñecemos; humanicémoslo para engrandecerlo!"\.[3]

1 *Disgregación*…, pp. L-LI.
2 *Críticas*…, p. 141.
3 *Ibídem*, pp. 85-86.

Es el mismo tono que adopta en otra ocasión, al presentar al público francés algunos escritos del Libertador. Dice, entre otras cosas, que Bolívar rehusó ceñirse la corona:

> No por abnegación, pues esta virtud casi teologal es inconcebible en los hombres de Estado, en los conductores de pueblos, en los jefes que llevan sobre sus hombros las responsabilidades de una causa política. Las convicciones republicanas *y* democráticas de Bolívar eran el resultado de la observación inmediata, del profundo conocimiento que había adquirido de la psicología *y* de los instintos políticos de los pueblos iberoamericanos.[4]

Si tal actitud adopta a veces frente a la figura por él siempre reverenciada de Bolívar, con mucha mayor razón lo hará frente a otros personajes. Sobre Antonio Leocadio Guzmán piensa que:

> Los partidos políticos no se forman, ni las sociedades se conmueven por la sola voluntad de un hombre. Y no sólo los liberales, sino sus propios adversarios llamados *oligarcas* o *godos,* han incurrido en el error de referir todos los sucesos de la época a la iniciativa personal, benéfica o perniciosa –según sea el criterio partidario– del señor Antonio Leocadio Guzmán.[5]

Aquí, por cierto, se podría encontrar oposición a lo que hemos venido afirmando, esto es, el predominio del héroe en el pensamiento vallenilliano. La aparente contradicción se resuelve si analizamos la idea aquí expuesta. Dice Vallenilla que las sociedades *no se conmueven* por la voluntad de un hombre. Pero es en las sociedades *ya conmovidas* por esos fenómenos naturales que son las revoluciones, disueltas por la guerra, anarquizadas por el

4 Laureano Vallenilla Lanz, "Prefacio a las Cartas, Mensajes y Discursos de Bolívar", publicados en francés, en París. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. N° 68, 1934, p. 354.

5 Disgregación…, XLVI.

caudillismo federativo, en las sociedades inmaduras, en formación, jóvenes, donde ese héroe se convierte en el centro unificador, en el Padre de la Patria. Y es también vistiendo los arreos del científico que ha dado a ese héroe un nombre genérico:

> El César democrático, como lo observó en Francia un espíritu sagaz, Eduardo Laboulaye, es siempre el representante *y* el regulador de la soberanía popular. «Él es la democracia personificada, la nación hecha hombre. En él se sintetizan estos dos conceptos al parecer antagónicos: Democracia *y* autocracia»…[6]

Ese César, ya hemos visto cómo impone su voluntad brutal al pueblo brutal que lo ha creado o aceptado. Es una regla sin excepciones:

> En todas las grandes revoluciones anarquizadas que registra la historia ha aparecido siempre ese hombre, ese ser superior, ese Jefe, ese gran unificador. Pero no todas las revoluciones han tenido la fortuna de encontrar en el Hombre del momento aquellas excelsas cualidades que han sido las características del Genio. Casi siempre cuando las sociedades se disgregan, cuando se desmigajan en un torbellino de átomos, cuando no hay partidos sino facciones, sindicatos de egoístas; en que cada quien no piensa en el momento psicológico sino en su interés y en su venganza, entra en escena –como dice Nietzsche– el Gran Egoísta, el César o el Cesarión, que va a dominar todos esos egoísmos rivales para conducirlos al triunfo, al botín o al desastre.[7]

Hasta aquí hemos llegado con el Vallenilla que adopta el sereno lenguaje, la fría objetividad del científico. Es decir, mientras andábamos por las generalidades, porque toda esa actitud objetiva y científica, ese tono lejano

6 *Cesarismo Democrático*, p. 207.
7 *Críticas*…, p. 92.

y desprendido, ese examen "de bacteriólogo a sus bacterias", está muy bien cuando el héroe no tiene nombre y apellidos. Pero cuando los tiene, y ese nombre es Bolívar y, sobre todo, ese nombre es puesto en tela de juicio por algún historiador extranjero, Vallenilla parece perder los estribos, las gafas del historiador y del sociólogo para cambiarlas por la lanza y el yelmo de un patriota trompetero y verboso. Un día la emprende contra el escritor colombiano Ismael López (*Cornelius Hispanus),* estallando en este tono:

> Y aquí, don Cornelius [Hispanus] de la influencia decisiva del Héroe, del Superhombre, del Representativo sobre el común de los mortales. Esos centauros –no los mal traducidos de Guerin– que desconocieron a Santander, tuvieron por fuerza que reconocer al Libertador; y sin tal sometimiento que atrajo a Morillo hacia las llanuras –porque el General español sabía muy bien que donde estaba Bolívar estaba la independencia–, Boyacá, y, por consiguiente, la emancipación de la Nueva Granada hubiera sido punto menos que imposible.[8]

Su tesis viene a ser que el caudillo es necesario, pero que si a esa necesidad une genio personal, la feliz coyuntura histórica está dada:

> Ese es, precisamente, el concepto que historiadores como Taine y Vandal han emitido respecto a la influencia individual de Napoleón. Después del Terror y del Directorio, la Francia estaba para recibir un Caudillo, y, a falta de Bonaparte cualquier otro habría asaltado el poder. Pero ¿qué general, qué político hubiera tenido el genio prodigioso y la misma desmesurada ambición para realizar aquella obra incomparable?[9]

Cabría preguntarse, sin embargo, cuál es el criterio de Vallenilla para aceptar ese hecho histórico: ¿la ciencia, la simpatía personal del escritor, la

8 *Ibídem*, p. 58.
9 *Ibídem*, p. 40.

"magia del vencedor" o más simplemente el sentimiento patriótico? Porque si bien podría tomarse, siendo muy condescendiente, comoafirmación comprobable en la experiencia, la de que: "es imposible hallar en ningún conductor de pueblos, en ningún jefe de revolución una ecuanimidad de ideas y de principios más perfecta que en Simón Bolívar",[10] si pudiésemos encontrar los medios para medir esa ecuanimidad de ideas y de principios, es ya muchísimo más difícil borrar la subjetividad de afirmaciones como esta:

> Entonces [en 1817] para los Caudillos de provincia, como para sus detractores, y ahora para los lombrosianos y los románticos retardados, el Libertador era un loco o un Quijote. Cuando en realidad no fue siempre sino el superhombre que midiendo él solo la fuerza de su talento y de sus energías superiores a cuanto de mezquino y de pequeño le rodeaba, veía claro y posible lo que los otros no podían siquiera vislumbrar.[11]

Y mucho menos todavía cuando, abandonando ya aquel lenguaje de fría objetividad, se lanza por el atajo del ditirambo (…"Simón Bolívar, a quien cuadra muy bien el título de semidiós– por más anticientífico que quiera juzgársele"),[12] del que parece darse cuenta, si vemos que en la mismafrase lo lanza y trata de embridarlo. Ditirambo también, dicho sea de paso, que es toda una lección de austeridad si se le compara con los que a troche y moche prodiga al Libertador la historiografía romántica.

Ahora bien, si Vallenilla llega a perder toda serenidad, toda objetividad científica al hablar de Bolívar, que con todo lo venerable que pueda ser para un hombre del patriotismo tantas veces afirmado del autor, tiene ya para ese momento un siglo de perspectiva histórica, ¿cómo no ha de sucederle eso cuando se refiere a hombres y hechos contemporáneos suyos? Así ve entonces la llegada al poder del General Gómez:

10 *Ibídem*, p. 111.
11 *Ibídem*, p. 142.
12 *Ibídem*, p. 30.

> Venezuela, anhelante de paz, de tranquilidad y de progreso, rodeó casi instintivamente al General Juan Vicente Gómez cuando dentro del país imperaba el más funambulesco despotismo y lejos del país la ambición y la intriga disgregaban y anarquizaban los elementos que podían dar el frente a la tiranía.[13]

El instinto popular no se equivocó: había escogido el mejor. Porque ya perdida hace rato la serenidad del sabio ante la proximidad del César, la exaltación sube de tono:

> Lo que dije ayer, lo que sostuve en momentos difíciles sobre la fuerte y original personalidad del Jefe del País, en acuerdo absoluto con mis ideas y sentimientos, que es lo mismo que corrobora hoy la opinión nacional y el aplauso justiciero de todos los pueblos del mundo. Al General Gómez no se le discute ya: se le quiere, se le venera entre los suyos como el patriarca de la familia venezolana; se le admira en el extranjero por su obra formidable de estadista y por la franqueza y serenidad que su carácter ha impreso al Gobierno más serio, progresista y fecundo en benéficos resultados que haya tenido Venezuela.[14]

Gómez no solamente ha gobernado, sino que ha moldeado el carácter del venezolano, pues: …"él ha convertido al pueblo levantisco,anárquico y guerrero en pueblo pacífico, prudente y trabajador".[15] Es más, esos cambios, ni han sido espontáneos, ni han sido impuestos por aquellas determinaciones del medio que habíamos visto en la primera parte de este estudio. Ellas mismas ceden ante las facultades casi demiúrgicas del César. Al menos eso es lo que se desprende de la lectura de opiniones como esta:

13 *La rehabilitación*…, T. I, p. 15.
14 *Ibídem*,T. I, pp. I-II.
15 *Ibídem*, T. I, p. 125.

> …estos cambios en las costumbres y hasta en la índole de nuestra política, ¿se deberán únicamente a imposiciones de la época? Los que se han acercado al hombre a quien Venezuela acaba de encomendar nuevamente la dirección de sus destinos, pueden darse cuenta exacta de la enorme influencia que ejerce el carácter individual del gobernante en la manera de ser de los pueblos.[16]

El ditirambo llegará a la cúspide cuando el inagotable anecdotario napoleónico le dé la ocasión de completarlo con la reminiscencia histórica: "Nuestro único problema era el problema económico y ya lo estamos resolviendo brillantemente; porque en el General Gómez, cuya ciencia –y la conoce admirablemente– es la de saber gobernar, ha encontrado Venezuela «el Hombre del momento», «el Hombre del Destino»".[17]

Dos conclusiones se pueden extraer de la revisión del pensamiento vallenilliano en este aspecto. La primera es que, a sus ojos, los héroes tienen tanta importancia en el suceso histórico que no sólo juegan un papel superiorísimo al del pueblo, al de las élites cultas, al de las ideas, sino que llegan incluso a balancear esas determinaciones del medio que habíamos visto en la primera parte, y que tanta importancia tienen en su concepción general del proceso histórico.

La segunda conclusión reviste necesariamente un aspecto crítico. Pensamos que, al tener el héroe tanta importancia en sus doctrinas, se hacía muy difícil a Vallenilla Lanz el análisis frío de una gran personalidad. Porque es relativamente fácil, para él, hablar de César en abstracto. Pero se obnubila cuando ese héroe es alguno muy preciso que él venere, y más aún cuando puede palparlo en carne y hueso. El científico cede entonces el paso al patriota panfletario, y al hombre político y polémico.

En: Germán Carrera Damas, Carlos Salazar, Manuel Caballero. *El concepto de Historia en Laureano Vallenilla Lanz*. Caracas: Universidad Central de Venezuela. Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Historia, 1966, pp. 85-91.

16 *Ibídem*, T. I, p. 16.
17 *Ibídem*, T. I, p. 279.

LAUREANO VALLENILLA LANZ [1969]

ALICIA DE NUÑO

Las ideas fundamentales de Vallenilla Lanz se encuentran recogidas en tres obras: *Disgregación e integración, Cesarismo Democrático y Críticas de Sinceridad y Exactitud*. Al análisis de ellas hemos dedicado el presente capítulo, procurando encontrar algunas constantes de su pensamiento que nos permitan clasificarlo dentro de la corriente positivista. Me ha servido de valiosa ayuda en la investigación de la obra de Vallenilla la lectura de *El concepto de la historia en Laureano Vallenilla Lanz*, trabajo del Seminario de Historia de la Historiografía Venezolana del año 1962-1963, Escuela de Historia, UCV.

La crítica a la historiografía tradicional y el criterio científico aplicado a la historia, repetido en numerosas ocasiones, patentizan su adhesión al método científico: la observación, experimentación y comparación le parecen tres pasos necesarios para el estudio de la sociedad; por eso afirmará:

> Ya pasaron, felizmente para la ciencia y para la humanidad, aquellos tiempos en que el abate Mably creía que «hacer un pueblo es lo mismo que fabricar una herradura», y en los que Juan Jacobo Rousseau afirmaba que un gran legislador, un Licurgo, podía fundar una sociedad. «Si hubieran hecho estudios más profundos, las sociedades mismas –ha dicho Laboulaye– habrían visto que los legisladores caídos del cielo para civilizar las naciones no han existido sino en la imaginación de los poetas y que, en realidad, los pueblos no se dejan gobernar sino por leyes

> análogas a sus costumbres y a sus necesidades»[1] (*Disgregación e integración*, Tip. Universal, Caracas, 1930, pp. XI-XII).

En el análisis de los hechos que condujeron a la Independencia encuentra que:

> la sola consideración de estos hechos demuestra claramente que unas mismas causas desarrollándose en el transcurso de las generaciones debían producir los mismos efectos en un momento dado, siendo semejante el organismo social, político y administrativo en todas las colonias. Estos hechos comprueban el cumplimiento necesario y fatal de las leyes sociales, y basta observarlos detenidamente para que el criterio teológico, el liberorracionalista y el individualista sean desechados en la explicación exacta de las causas que produjeron nuestra revolución. (*Ibíd.*, pp. XXII-XXIV).

Esta decidida posición científica lo llevará unas veces a hacer profesión de fe positivista, como cuando afirma, respondiendo al escritor colombiano Eduardo Santos:

> Yo no he escrito este libro [*Cesarismo democrático*] para criticar a Colombia ni a ningún otro pueblo hispanoamericano. Apunto los hechos; a ellos me atengo con un criterio esencialmente positivista, y si la verdad escandaliza, que se produzca el escándalo, pero que la verdad sea dicha. (*Cesarismo democrático*, p. 213, Tip. Garrido, Caracas, 1961).

Otras veces le dedicará a la ciencia exaltaciones poéticas:

1 Laboulaye: *Estudio sobre la Constitución de los Estados Unidos.*

> Bendita época la nuestra en que la ciencia ha echado por tierra los ídolos y humanizado los «providenciales». Ya los conductores de pueblos, los creadores de nacionalidades, los fundadores de religiones, no suben al cielo ni «habitanuna región aparte entre los hombres y Dios», sino que caen bajo el análisis científico y sólo pueden ser considerados como los exponentes del estado típico de su época, algo así como el diapasón, el *la*, que pone al unísono las aspiraciones, los anhelos, las necesidades, los instintos, las pasiones y las ideas de su grupo en un momento dado de su evolución –según el concepto de Lamprecht[2]– lo cual no excluye de ningún modo la existencia del «hombre de genio» como un producto superior de la humanidad: «Flor de una raza», que dice Le Bon.(*Disgregación e integración*, p. XXXII).

Pero en todo caso, su posición científica le sirve para hacer una crítica de los historiadores de su época.

> Para la época en que el señor Baralt escribió su historia (1840), hacía muy pocos años que se había iniciado en Europa el movimiento científico basado en el método experimental; y los estudios sobre las constituciones, las razas, las creencia, los prejuicios, los móviles e instintos inconscientes de los pueblos… las fuentes todas de las investigaciones sociológicas, que hoy nos aleccionan contra las brillantes utopías de los declamadores políticos y de los narradores de epopeyas, eran temas no solamente nuevos sino prematuros[3].

2 *Ernesto Quesada: La enseñanza de la historia en las universidades alemanas. Lamprecht y su instituto,* p. 819.

3 "La Philosophie d'Auguste Comte". *Revue des Deux Mondes*, agosto de 1931. La Literatura comtiana es inmensa, como lo es la influencia universal del maestro del positivismo. (Paul Genet).

> Pero al cabo de un siglo, cuando las nuevas generaciones debieran haber encontrado abierto y trillado el camino de las investigaciones sociológicas, vemos con dolor que todavía la historiade la Independencia sólo sirve de tema a cantos épicos y romances heroicos; que se da el nombre de historia a voluminosas compilaciones de documentos oficiales; que nuestras viejas luchas civiles no arrancan a la pluma sino polémicas incendiarias o conceptos completamente erróneos… y que cuando algunos sabios de Europa, atraídos por el ruido de esta vida desordenada de nuestra América, solicitan, inquieren y se remontan a nuestros orígenes para estudiar sus causas, los venezolanos, y los hispanoamericanos en general, continúan imbuidos en el mismo criterio metafísico de nuestros abuelos, creyendo muy sinceramente, y para ser burlados una vez más por la realidad, que sólo en el implantamiento de las más avanzadas teorías liberales, republicanas y democráticas puede estribar el engrandecimiento de nuestras nacionalidades. (*Ibíd*., pp. VIII-IX).

En cualquier caso, su crítica es constructiva; encaminada a insistir en la necesidad de una revisión de los estudios históricos.

"La razón de que hasta hace poco tiempo no se haya emprendido en Venezuela la importante labor de investigar los orígenes políticos y sociales, para explicarnos con exactitud nuestra evolución histórica, debemos buscarla en los errores científicos que aún viven en nuestra atmósfera intelectual como resabios persistentes de viejas teorías metafísicas que atribuyen a influencias extranaturales o a la voluntad libre del hombre las causas esenciales de todo fenómeno social".

"Todo parece surgir en nuestra historia como por arte de magia; y la tendencia del espíritu humano, que lo induce a solicitar en las vaguedades teológicas y metafísicas la causa de los fenómenos cuya explicación no encuentra fácilmente, se halla entre nosotros de tal manera acentuada por la mezcolanza de razas, por el medio y por la educación, que al más ligero examen podemos encontrar sus perniciosas influencias en cada una de nuestras manifestaciones intelectuales.

"En la historia y en la política esa influencia ha sido poderosa; y así como respecto al verdadero papel de nuestros hombres dirigentes vivimos aún en completa ignorancia científica, en lo que se refiere al análisis de los acontecimientos jamás se ha tenido en cuenta la noción de causa y de evolución que prevalece en la ciencia moderna; y con lamentable ligereza se han venido atribuyendo al azar, o a influencias puramente individuales, fenómenos que tienen sus orígenes en las fuentes primitivas de nuestra sociedad.

"Las pasadas generaciones desconocieron por completo que todo fenómeno social, político o económico tiene su razón de ser en una o varias causas sociales; que como en los dominios físicos e intelectuales, existe una relación de igualdad y de proporcionalidad entre la causa y el efecto, y que por engañosas que puedan ser las apariencias, un hecho individual no producirá jamás un hecho social; el acto de un individuo no creará jamás por sí sólo un estado social. (*Ibíd*., pp. IV-V).

Aconseja a los historiadores el procedimiento a seguir:

> Pero ya es tiempo de que nuestros historiadores y publicistas, abandonando los viejos conceptos, comiencen a tomar en cuenta, al estudiar nuestra evolución nacional, las aproximaciones biológicas que tanta luz arrojan sobre los hechos históricos. Así se llega a la conclusión de que el federalismo en toda Hispanoaméricano obedeció exclusivamente a un espíritu candoroso y simple imitación en los hombre dirigentes, ni mucho menos, respecto a Venezuela, una idea nacida del fértil cerebro de Don Antonio Leocadio Guzmán, sino que fue la manifestación más explícita de la disgregación colonial producida por la revolución y característica al mismo tiempo en agregados sociales cuya constitución está en vías de definirse. (*Ibíd*., pp. XXXIX-XI.).

Escribe entusiastas apologías de los científicos; le parecen, como a Comte, los únicos capaces de entender y curar a la sociedad; a veces exclamará que "los pueblos no viven sino por la obra de sus hombres intelectuales"; en otras ocasiones insistirá en que: "siempre fueron espíritus serenos y reflexivos, altas menta-

lidades, los que comprendieron que la sociedad, como la naturaleza, no marcha a saltos, pretendieron poner coto a los impulsos violentos y demoledores del jacobinismo, que, creyéndose omnipotente, se considera capaz de reformar con discursos y con preceptos hasta las leyes fundamentales de la Naturaleza…

> Si fueron en toda época hombres prudentes quienes preconizaron la necesidad del orden como una condición indispensable para la vida social, son ahoralos sabios, los hombres de ciencia, quienes sometiendo el estudio de las sociedades a los preceptos de la evolución y del determinismo, condenan definitivamente la anarquía y la revolución. Si la sociedad es un organismo regido por leyes semejantes a las leyes biológicas; si ella sigue una evolución análoga a la de todos los seres animados, desde el infusorio hasta el hombre, ¿está en las solas facultades humanas acelerar, retardar o detener ese desenvolvimiento? Cuando la ciencia vaya conquistando el dominio público, cuando el concepto determinista y de evolución se universalice, un demoledor de la sociedad hará el mismo papel de un loco que se empeñara en ver surgir un árbol secular un minuto después de haber echado la semilla al surco. (*Cesarismo democrático*, Tip. Garrido, Caracas, 1961, pp. 237-238).

El método científico le servirá a Vallenilla para estudiar su sociedad, es decir, la sociedad venezolana, sus orígenes, las leyes de la evolución, que rastreadas desde el pasado, puedan arrojar un conocimiento preciso de la sociedad presente; llegará en este análisis a afirmaciones revolucionarias que iremos señalando, siempre aplicando el método científico o positivo de observación, experimentación y comparación.

En virtud del evolucionismo histórico, hay que tener en cuenta que ninguna época histórica puede ser comprendida sino en función del pasado, teniendo en cuenta la herencia colectiva.

> Las pasadas generaciones han desconocido que ese conjunto de sentimientos que se llama carácter y que son los verdaderos

> móviles de la conducta, el hombre los posee cuando viene al mundo; pues como están compuestos por la herencia de sus antepasados, influyen en él con un peso del cual nada es capaz de liberarlo, y desde el seno de la tumba todo un pueblo de muertos le dicta imperiosamente su conducta.
>
> Repetimos que esos principios científicos no fueron jamás tomados en cuenta en la apreciación de nuestros fenómenos sociales ni en el análisis de nuestros hombres de gobierno.
>
> Toda nuestra literatura histórica, y lo que ha sido aún más funesto por su influencia en la vida práctica de la nación, las convicciones y procederes de nuestros intelectuales, han estado sometidos ciegamente, inconscientemente, a los prejuicios teológico-metafísicos, que, con cándida sencillez bíblica, creían transformar a los hombres y a los pueblos, despertando en nuestras masas ignaras ilusiones momentáneas que dejaban al desaparecer, ante la fatal realidad de los hechos, los más crueles y amargos desengaños. (*Disgregación e integración*, p. XXI).

No es posible emprender el estudio científico de la sociedad sin tener en cuenta la analogía existente entre ella y un organismo vivo; este criterio organicista se manifiesta cuando afirma:

> El concepto organicista de que las naciones, como seres colectivos, siguen en un todo un movimiento análogo al de los seres individuales, se hallaya definitivamente establecido. Ciencia de la vida, la biología abraza también la historia de las sociedades. Los órganos del cuerpo social aparecen primero como esbozos rudimentarios que poseen apenas en su conjunto un carácter de agregación. Sometidos estos diversos elementos a la acción y a la reacción recíproca, en esa lucha incesante que constituye la manifestación misma de la existencia, van entonces definiéndose, especializándose paulatinamente, hasta que

> surge el principio de coordinación común, que es el principio vital de la sociedad, como la primitiva agregación celular lo es del organismo individual. Y de igual manera que éste, una vez constituido, encuentra dentro de sí mismo todos los elementos necesarios para su desarrollo por el fortalecimiento de sus órganos, la sociedad genera también en sí un pensamiento, un ideal, un interés, que viene a ser a un tiempo mismo el norte que la dirige y la fuerza interior que la empuja en su desenvolvimiento y en la afirmación de su personalidad nacional, por etapas sucesivas que el sociólogo debe observar con la misma curiosidad y el mismo espíritu científicocon que el biólogo estudia la evolución del organismo individual en las diversas fases de su desarrollo. (*Cesarismo democrático*, pp. 207-208).

No se puede establecer una uniformidad continental, porque cada nación tiene una génesis diferente y es a partir de ese principio como deben ser estudiadas.

> Afirmar que todas las naciones hispanoamericanas deben gobernarse según un modelo determinado, es desconocer los orígenes y la evolución de cada una de estas naciones que no pueden englobarse arbitrariamente en una sola clasificación sociológica. En pueblos colocados en las primeras capas de su desarrollo, hay que tomar en cuenta, antes que todo, la influencia del medio físico y telúrico, y no puede ser igual la evolución en países de llanuras como Argentina, Uruguay y Venezuela, que en regiones montañosas como Colombia, Ecuador y Bolivia. (*Ibíd*., p. 222).

A la luz del evolucionismo, la emancipación no es un hecho sorpresivo, sino producto de una lenta evolución que ya se gestaba en el organismo colonial:

> Nada es más contradictorio a la verdad histórica y a las leyes que presiden el desenvolvimiento de las sociedades como la creen-

> cia, tan generalizada hasta nuestros días, de que las diversas nacionalidades que iban definiéndose en América en el curso de la revolución hubieran sido entidades autonómicas que habían estado sometidas por siglos al despotismo de España, organismos perfectamente preparados para constituirse en naciones; con lo cual se llega a la conclusión de que la obra de nuestros próceres se redujo a independizar aquellas patrias del yugo extranjero, y las cuales asumieron inmediatamente, y por una consecuencia lógica de sus antecedentes particularistas, el carácter y la personalidad de naciones soberanas, tal así como ha resurgido Polonia de la guerra mundial. El nombre de Libertadores de la patria con que aparecen en la historia los hombres que lucharon contra España hasta alcanzar la Independencia da lugar al gravísimo error de desconocer todo el proceso de evolución interna que necesariamente hubieron de realizar cada una de las antiguas y constantemente modificadas jurisdicciones coloniales, hasta llegar a constituirse en verdaderos organismos nacionales, en patrias efectivas, tomando esta palabra no únicamente en el sentido de Estado, de acuerdo con las Constituciones dictadas por sus Congresos constituyentes, sino en el concepto preciso de nación perfectamente definido hoy por los sociólogos. Los que parten de aquel error toman la palabra *patria* con la genuina significación que hoy tiene, después de un proceso secular, y no con el concepto continental que tuvo en los días de gestación. (*Disgregación e integración*, pp. XI-XLI).

La historia contemporánea de los pueblos no puede ser comprendida sino en función de su génesis:

> Es una regla de filosofía política que en todo pueblo el régimen anterior obra por la costumbre, por los recuerdos y por las instituciones seculares asimiladas a los usos y hábitos del mismo pueblo, fuerza generadora y determinante de su nueva existencia. (*Ibíd*., p. 18).

En virtud del concepto de evolución, las nacionalidades no se forjarán de la noche a la mañana; su formación será un proceso largo que, necesariamente, se remontará a edades pretéritas:

> Creer que las nacionalidades actuales han salido hechas o constituidas de un todo de las manos de sus conquistadores, de sus libertadores y de sus legisladores, como el Universo de las omnipotentes del Creador, según la leyenda bíblica, es un concepto que no cabe hoy dentro de un criterio medianamente ilustrado. Organismos o superorganismos, todas las nacionalidades ya perfectamente constituidas son el resultado de un largo proceso que ha llegado al momento culminante en el cual todas las fuerzas se hallan equilibradas y todos los hombres compenetrados por un pensamiento al que puede y debe dársele el nombre de alma nacional, porque tiene el mismo carácter de aquello que en los últimos individuos llamamos alma. (*Cesarismo democrático*, p. 208).

Los partidos políticos deben estar sometidos también a un proceso evolutivo, sino quieren caer en el inmovilismo:

> Por lo demás, es bien sabido que ningún sistema de gobierno, ninguna Constitución, puede ser permanente e inmutable. Todos son transitorios, cambiantes como la sociedad misma, sometida de igual modo que todos los organismos a las leyes de la evolución. Un investigador tan serio y tan justo como Maine ha demostrado que muchas de las cosas que en el sistema democrático se consideran como ciertas y definitivamente establecidas no tienen sino el carácter de una experiencia y de un ensayo. (*Ibíd*., p. 177).

El concepto de evolución, el estudio de la sociedad como un organismo más, es una constante en la obra de Vallenilla; por eso escribía: "Yo creo firmemente en las leyes de la evolución; creo que las sociedades son organis-

mos en un todo asimilables a los organismos animales y sometidos a leyes análogas; creo que las constitucionesno son obras artificiales; creo que ellas se hacen por sí solas, porque no son sino expresiones de un estado social y por consiguiente cambiantes como la sociedad misma" (*Ibíd*., p. 219).

La historia estará condicionada, para Vallenilla, por tres factores fundamentales: la influencia del medio geográfico, la influencia del medio social y la del cultural; sus dos tesis revolucionarias son las de afirmar que "La guerra de la Independencia fue una guerra civil" y la del "gendarme necesario"; la violencia le parece un factor de progreso; la guerra es necesaria para que un pueblo supere ciertas etapas de su historia. El determinismo geográfico será menos absoluto en la medida en que los pueblos logren un mayor grado de civilización, sin que por eso deje de ser factor predominante.

Vallenilla concede una importancia extraordinaria a la influencia del clima.

> Muchas son las causas que influyen poderosamente a determinar diferencias profundas entre pueblos de la misma procedencia étnicas. Una de las principales es la que Boutmy y otros sociólogos llaman el *clima*.
>
> En los Estados Unidos –y tomamos este ejemplo por ser un pueblo de reciente formación– está sucediendo una cosa particular (observa Hellwad), y es que a consecuencia de las condiciones climatológicas y especialmente a la sequedad de la atmósfera, estamos presenciando, por decirlo así, física y moralmente, un proceso de selección, es decir, la formación de una nueva raza.
>
> Todos los observadores están de acuerdo en afirmar que el americano del Norte se distingue notablemente en todo su aspecto exterior de su hermano celta-germánico de Europa, y que cada vez se va acercando más al tipo indio. El tipo del anglosajón ha sufrido ya una alteración determinada que le hace semejarse al indígena, y en los demás inmigrantes europeos se ha efectuado también un cambio de color y de líneas que se pretende observar

> asimismo en las personas que han vivido algunos años en los Estados Unidos". (*Disgregación e integración*, pp. 107-108).

El medio físico no sólo influye decisivamente en el mayor o menor grado de civilización, sino en los instintos, ideas y tendencias de una raza:

> Es ya un axioma de psicología social la influencia del medio físico y telúrico en los instintos, las ideas y las tendencias de todo género que caracterizan a cada pueblo en particular, tomando el concepto de medio en su más amplia acepción. La constitución geográfica, que impone las relaciones sociales y económicas de los hombres colocados en una región determinada; el régimen político y administrativo; la mezcla de razas originada por la conquista y por la introducción de elementos extraños en calidad de esclavos, produciendo la disgregación de los caracteres somáticos y psicológicos de las razas originarias; todos esos factores, fijados luego por la herencia en el transcurso del tiempo, han dado origen a los distintos conglomerados humanos que, pasando de la familia al clan, del clan a la tribu, han llegado, atravesando por las múltiples vicisitudes que forman la historia particular de cada pueblo, hasta constituir las naciones modernas, que son actualmente la última expresión de las sociedades.
>
> Aplicando ese criterio, aceptado hoy como el más científico y por consiguiente como el mejor fundado en la realidad de los hechos, puede afirmarse que en nuestra América, por muchas que sean las causas que hayan contribuido a darle cierta homogeneidad psicológica, se incurre en un grande error, sólo imputable a falta de observación que y a la carencia de datos ciertos, cuando se considera como un sólo y mismo pueblo a todos los que forman las diversas naciones que hace un siglo surgieron a la vida independiente. (*Ibíd*., p. 111).

La historia contemporánea de Venezuela es un producto del pasado colonial porque: "es una regla de filosofía política que en todo pueblo el régimen anterior obra por la costumbre, por los recuerdos y por las instituciones seculares asimiladas a los usos y hábitos del mismo pueblo, como fuerza generadora determinante de su nueva existencia". (*Ibíd*., p. 18).

La Independencia tiene que ser estudiada contando con un factor de máxima influencia: el determinismo geográfico.

> Tampoco los venezolanos tenemos el derecho de decir que aquí *se inició* la revolución, dando a la palabra la acepción en que ustedes la toman, para afirmar que las demás circunscripciones coloniales no hicieron otra cosa que imitar a Buenos Aires. Los venezolanos, fundándonos en la anterioridad indiscutible de las fechas, podemos afirmar que aquí comenzó la revolución; y cuando decimos que se inició, no fue para toda la América, como lo pretenden ustedes, sino para las provincias que entonces integraban la Capitanía General de Venezuela. Y la revolución comenzó en Caracas por una *simple causa geográfica:* porque estando nosotros más cerca de Europa que los demás territorios de Sudamérica, aquí llegaron primero las noticias sobre los acontecimientos ocurridos en la Península. De manera que estando preparadas todas las colonias para romper sus lazos políticos con el gobierno inepto y corrompido que había precipitado la ruina y el descrédito de aquella gran nación, si las noticias hubieran llegado antes a Buenos Aires que a Caracas, allá habría comenzado el movimiento revolucionario. (*Críticas de sinceridad y exactitud,* p. 27).

La influencia determinante del medio geográfico llevará a Vallenilla a afirmaciones tan drásticas como la de: "nos atrevemos a afirmar la existencia de una nación venezolana como expresión del medio geográfico y de las vicisitudes históricas". (*Disgregación e integración,* p. 164).

Así como el medio es un factor de influencia, decisivo en la evolución histórica, no son los caracteres étnicos los que deciden el destino de un pue-

blo, se declara Vallenilla como decididamente antirracista, no es la raza la que determina el medio ni el desarrollo histórico, porque el concepto mismo resulta abstracto e inexistente:

> No hablemos, pues, de *raza*; termino vago, impreciso, que no corresponde a ninguna realidad sociológica y que nada explica cuando se pretende aplicarlo a la evolución de los pueblos. Hablemos de sociedad, pueblo, nación, Estado; y estudiando el valor científico y la significación histórica de cada uno de estos términos, llegaremos a la conclusión de que, sea cual fuere nuestra formación étnica, Venezuela constituye una entidad social, psicológica y política perfectamente definida, aun comparándola con las otras naciones de Hispanoamérica. Existe un tipo venezolano, como existe una sociedad, un Estado, una nación venezolana. Y me atrevo a afirmar que el sentimiento de nacionalidad y de patria, la *solidaridad orgánica*, se hallan entre nosotros tan fuertemente arraigados y tan sólidamente establecidos como en cualquiera de las viejas nacionalidades que son la resultante de un proceso secular, a pesar de nuestro mosaico étnico y de nuestra corta edad. (*Críticas de sinceridad y exactitud*, pp.173-174).

Se podría hablar más de *castas* como un fenómeno hereditario, que de razas:

> No sólo en las ciudades sino en las villas principales los cabildos estaban en manos de cierto número de familias notables, presentando el fenómeno de la especialización hereditaria de las funciones municipales, que ayudada por la diferencia de raza, los constituía no en una clase sino en una casta superior, habituada a la supremacía local y dispuesta a defenderla contra toda invasión de las clases inferiores y de los advenedizos, por más que fuesen peninsulares, no sólo por el exclusivismo político sino por la jerarquización social más completa, por la endogamia y la

> repulsión respecto de todo aquel que no pudiera comprobar su limpieza de sangre. (*Disgregación e integración,* p. 91).

Y seguirá defendiendo su tesis de la inexistencia de la *raza* al afirmar:

> Los que todavía, imbuidos en los viejos prejuicios y poco al tanto de las conclusiones de la ciencia, sientan desagrado al leer estas líneas, deben consolarse por el convencimiento de que nunca, al menos en la época histórica, han existido razas puras en el mundo. El conde de Gobineau, el precursor de una ciencia en derrota que se llama la antroposociología, se lamentaba de la creciente promiscuidad europea; la «química de las razas», que, según él, produciría la completa decadencia de los pueblos civilizados; y les gritaba a las naciones europeas: «Mestizos, cien veces mestizos».
>
> La asimilación de los grupos sociales a las especies étnicas «ha podido servir a ciertos intereses o a ciertas pasiones políticas, pero la ciencia propiamente dicha parece renunciar a ello decididamente».[4] Entre raza y nación no existe hoy ninguna relación. «Las razas son concepciones», ha dicho Topinard.[5] «Sólo los pueblos son realidades. La impureza étnica de las naciones aumenta al mismo tiempo que su civilización misma".[6] Por todas partes y en todos los tiempos se han visto, como entre nosotros, razas diferentes en oposición. ¿Qué es la historia, según muchos sociólogos, sino una *lucha de razas*? Pero en todos los pueblos, aun en aquellos como La India que, ha sido el país clásico del régimen de las castas, las más fuertes oposiciones ceden a la larga.(*Cesarismo democrático*, p. 78).

4 Seignobos: *IntroductionauxEtudeshistoriques*, p. 208, en nota.
5 *L´hommedans la Nature*, pp. 37-39.
6 Bouglé: *Essaisur le régime des castes*, p. 152.

Seguirá insistiendo en la negación del concepto de raza:

> La procedencia étnica, señores, no explica nada por sí sola. No es más que uno de tantos factores en la evolución social de los pueblos. Ni las naciones ni los individuos son más o menos inteligentes, ni más o menos valientes, ni más o menos aptos para la civilización, porque pertenezcan a esta o aquella raza. Allí están los sociólogos, apologistas de la raza blanca, sin saber qué hacer con los japoneses…
>
> Nada sería más arbitrario ni más en oposición a la verdad, a la historia, que la aplicación de la teoría de las razas al desenvolvimiento de las naciones hispanoamericanas. Es seguro que al considerar la proporción en que han entrado los elementos indígenas, españoles y africanos en la composición de cada uno de estos pueblos, y aun en la de los diversos grupos enclavados en diversas regiones donde el medio geográfico ha sido propicio al desarrollo de una de las tres razas con detrimento de las otras (advierto que hablo de *razas* por la facilidad de la clasificación), sobresalgan ciertos caracteres que le son propios a la raza dominante, pero con los medios de que al presente dispone la sociología es de todo punto imposible proceder a este análisis con una exactitud matemática. (*Criticas de sinceridad y exactitud*, p. 167).

"Por lo demás, la teoría de la *raza*, tomada en la amplitud que han pretendido darle sus partidarios, ha conducido naturalmente a conclusiones completamente erróneas, y cuya refutación cae dentro de los límites de un razonamiento sumamente sencillo". (*Críticas de sinceridad y exactitud*, p. 174). Pero si no se puede hablar étnicamente de razas diferentes, si se puede hablar de culturas diferentes, que junto con las condiciones telúricas de un medio determinado, influyen poderosamente en el desarrollo de los pueblos.

> Cuando se habla de *fiesta de la raza* ¿A qué raza se refieren? Suponemos que no se pretende abarcar en el concepto antro-

> pológico a todos estos pueblos españoles y americanos que representan el más completo mestizaje que recuerda la historia, la química completa de las razas, que decía el conde Gobineau. Raza debe significar en este caso, para que no se cometa un enorme disparate, psicología, mentalidad, cultura. Sobre todo cultura, porque en castellano o español piensan, hablan, escriben multitud de hombres, españoles y americanos, cuyos caracteres somáticos se diferencian profundamente. (*Ibíd*., p. 196).

Las diferencias culturales son las que determinan las desigualdades raciales; de una parte, obrarán como factor decisivo en la facilidad de adaptación.

> A mayor mestizaje corresponde mayor facilidad para la adopción y la asimilación rápida de las ideas.[7]Los españoles tenían en la mente resistencias hereditarias formadas por tradiciones seculares que en los americanos, y sobre todo en las regiones en donde los hombres nacen con el Atlántico al frente y la llanura a la espalda, como los venezolanos y los argentinos, habían desaparecido, y puede hallarse en esta circunstancia geográfica una de las razones que llevaron a Caracas y a Buenos Aires a ser las iniciadoras del gran movimiento revolucionario. (*Ibíd*., p. 182).

La raza, junto con el medio, es forjadora de individualidades:

> El Paraguay fue el primero de los pueblos hispanoamericanos que habiendo podido, por condiciones especiales de raza y de medio geográfico, sustraerse a la anarquía producida por la revolución de la Independencia y encerrarse dentro de sus límites arcifinios, llegó más prontamente a consolidar su individualidad, a poseer una fisonomía propia, a despertar en el pueblo el sentimiento y el concepto preciso de una patria y a

7 Gabriel Tarde, eminente sociólogo, observa que la mezcla de las razas favorece al desenvolvimiento de su facultad inventiva.

> comprobarle a los ideólogos que no concebían la revolución de la Independencia ni a la creación de las nacionalidades fuera de los moldes estrictos del republicanismo y del radicalismo liberal y abstracto, que un gobierno fuerte, un poder personal y despótico es la primera necesidad de existencia en pueblos que luchan por constituirse.(*Cesarismo democrático*, p. 157).

Las diferencias sociales, no surgirán de desigualdades étnicas sino culturales, las cuales determinarán, por una parte, la división social en *castas*, factor determinante en la guerra de la Independencia:

> Obsérvese por el momento el hecho histórico de que la guerra de Independencia no asumió los mismos caracteres en colonias, como Chile, donde la población era completamente homogénea y no existía, por consiguiente, la lucha de castas. Por esta razón se conservó en ellas la aristocracia colonial, que sin grandes alteraciones reemplazó en la dirección del país a las autoridades españolas. En Venezuela, por ejemplo, la clase aristocrática desapareció por completo, destruida por la guerra y dispersa por la emigración. (*Disgregación e integración,* p. 116).

El determinismo geográfico es otro factor determinante de la evolución social.

> La conformación geográfica influyó también poderosamente a diferenciar los pueblos de Hispanoamérica, por la obligada distribución de las poblaciones. En Venezuela, la civilización española propiamente dicha no pudo desenvolverse sino a las faldas de las montañas y en los valles cálidos vecinos al mar, en tanto que el salvaje cazador continuó viviendo en los bosques del Orinoco y en las extensas llanuras; con la introducción del ganado vacuno y caballar, se desarrolló en poco tiempo, como ya veremos, la vida pastoril. (*Ibíd*., p. 116).

Estas diferencias culturales harán posible que cuando se enfrenten dos culturas diferentes, la más primitiva, vencedora o vencida, imponga sus instintos a la otra:

> Pero no basta a nuestro propósito el considerar la raza indígena en sí misma para demostrar la influencia de sus instintos políticos en nuestro desenvolvimiento histórico. Hay que considerarla también y principalmente por su gran contribución a la formación de la raza mestiza, que necesariamente debía dominar en el país desde antes de la Revolución.
>
> Si se compara, como ya lo han hecho algunos escritores, el número de indígenas que se salvaron de los furores de la conquista con el de los españoles, canarios y africanos que llegaron al país durante toda la época colonial, se deducirá fácilmente que fue la sangre autóctona la que entró en mayor cantidad en la composición de nuestro pueblo, no sólo en la llamada *gente de color* sino en la inmensa mayoría de los *blancos* y hasta de los propios *mantuanos*, que sobre todo en los últimos años de la colonia se consideraban como descendientes puros de los conquistadores.
>
> No es de ninguna manera aventurado afirmar que, absorbidas las razas blanca y negra por la indígena, fuera ésta la que prevaleciera en la psicología de nuestro pueblo, con sus instintos disgregativos y con su indomable valor, de que tantos ejemplos han dado en nuestras luchas civiles. (*Ibíd*., p. 129).

Las similitudes culturales harán muy difíciles las relaciones de esclavitud entre hombres de la misma "raza":

> Los sociólogos que estudian los orígenes y el desarrollo de las ideas democráticas en la civilización occidental han observado la influencia que las similitudes antropológicas ejercen en la inclinación de los espíritus hacia las ideas igualitarias. Aun en

> las sociedades esclavistas, los señores se excusaban de tomar como esclavos a gentes de su raza, o si los tomaban no les daban nunca el mismo tratamiento que a los esclavos ordinarios. Los annamitas esclavizan a los laosianos y los camboyanos, pero no a los hombres de su misma sangre. Entre los hebreos era muy distinto el tratamiento que se les daba a los esclavos congéneres del reservado a los esclavos extranjeros. Aristóteles mismo, que consideraba la esclavitud como la cosa más lógica del mundo, veía como un hecho contrario a la naturaleza que los griegos se esclavizaran los unos a los otros. Los romanos no llegaban a despojar totalmente a los italianos ni los reducían a la servidumbre como a los otros vencidos; y no era sino porque encontraban en ellos sus mismos hábitos, sus dioses y su raza. (*Críticas de sinceridad y exactitud*, p.151).

Así, para Vallenilla, los factores culturales juegan un papel decisivo, junto con el determinismo geográfico, en la evolución histórica de Venezuela, estos factores, serán a veces genuinamente nacionales, otras serán trasplantados de otros medios; el ejemplo más típico es el del caballo, elemento de importancia capital en la guerra de la Independencia, no sólo por el papel desempeñado en las batallas sino por ser simbólicamente la representación de esa violencia desatada, factor esencial de progreso.

> De todos los animales introducidos por los españoles en las estepas de nuestra América, el que predomina, el que representa el papel más importante y sin el cual la vida pastoral sería imposible, es el caballo. Si el llano está esencialmente hecho para el caballo, es el caballo quien adapta al hombre a la llanura.
>
> Suprimid el caballo, y la conquista de América hubiera sido imposible. Los españoles no habrían tenido medios de penetrar en el interior del continente, y desconocido como era el caballo entre los indígenas, su presencia les causó tal espanto «que huían

> despavoridos cada uno por su lado, procurando salvarse del mejor modo que podían». Todos los cronistas e historiadores de la Conquista hablan del terror de los indígenas por el caballo; y desde México hasta Patagonia fue el caballo el auxiliar más poderoso de la dominación española en América.[8] Y no sería aventurado afirmar que si una raza tan valerosa y tan fuerte como la raza Caribe hubiera dispuesto de caballos a la llegada de los españoles, muy otra habría sido la historia de la Conquista. De tal manera lo comprendían los españoles, que entre las más importantes disposiciones tomadas por el gobierno para asegurar su soberanía en América estaba la de prohibir a los indios el uso del caballo. (*Disgregación e integración,* pp. 169-171).

La evolución y el progreso de los pueblos oscilará para Vallenilla entre dos constantes, la tradición y la violencia; si sustituimos a la primera por el "orden" y a la segunda por el "progreso", podemos establecer una fuerte analogía entre el pensamiento comtiano y el del autor que citamos, con ciertas variantes, desde luego, como son la de que para Comte el progreso no siempre implica violencia y para Vallenilla es indispensable para justificar la existencia de su caudillo, su gendarme necesario, mientras que Comte, si admitía en algunos momentos que la violencia pueda ser un factor histórico necesario, despreciaba la personalización de esa violencia y al que intentaba ejercerla despóticamente.

En cuanto a la *tradición*, juega un papel de capital importancia en el pensamiento de Vallenilla; por eso insistirá en la importancia de la herencia colonial, en la supervivencia de ciertas tradiciones que permanecen inmutables formando el alma del pueblo.

8 La bibliografía a este respecto es numerosa y conocida; por esa causa y en obsequio de la brevedad excusamos las citas. Recordemos, sin embargo, que Bernal Díaz del Castillo dice que los indios mexicanos creíanque el caballo y el jinete formaban un solo cuerpo, pues hasta entonces no habían visto caballos (Díaz del Castillo: *Historia de la Conquista de la Nueva España*).

> En las costumbres, en las ideas, en los móviles y perjuicios inconscientes; en las cualidades como en los defectos, en todos los rasgos, en fin, que constituyen el carácter de nuestro pueblo, la herencia colonial se impone con una fuerza incontrastable y subsiste en nuestro ambiente psicológico, como subsiste en la estructura de las ciudades. Cien años de vida independiente y de demoliciones revolucionarias que no han acabado todavía con toda la obra material de la Colonia, tampoco han podido modificar los instintos políticos del pueblo venezolano.
>
> No abrigamos una sola preocupación, no obedecemos a un solo móvil inconsciente, no existe en el espíritu de las masas populares un solo sentimiento, ni una sola inclinación, ni un solo instinto, en política, en religión, en todas las múltiples manifestaciones de la vida social, que no tenga su causa determinante en aquellos tres siglos de coloniaje, que prepararon el advenimiento de la nacionalidad venezolana por una evolución lógica y necesaria en todo organismo social". (*Ibíd*., p. XIII).

El federalismo es, para Vallenilla, una forma más de tradiciones seculares, aunque con otro ropaje histórico.

> Lo que nuestros teóricos del federalismo consideraban ingenuamente como una novedad, no tendía a otro resultado sino al de cubrir con un ropaje republicano las formas disgregativas y rudimentarias de la Colonia, dándoles el nombre pomposo de estados o entidades federales a las ciudades cabildos o distritos capitulares, que eran entonces lo que casi son todavía: pequeñas ciudades con extensas y desiertas jurisdicciones territoriales. Presumiendo de revolucionarios, reformadores, innovadores, estadistas avanzadísimos, los federalistas de Venezuela, como los de toda Hispanoamérica, no resultaban ser otra cosa que empecinados tradicionalistas. El hecho de que el federalismo fuera tan popular en casi todo nuestro continente es la más elocuente

> comprobación de que correspondía a un sentimiento instintivo cuyas raíces se hundían no sólo en las tradiciones coloniales y autóctonas contra las cuales no hemos reaccionado todavía, sino en las propias tradiciones de la Madre Patria. (*Ibíd*., p. XXXVIII).

Citando a H. Taine añade:

> La forma social y política a que un pueblo puede llegar y hacerla permanente no depende de su voluntad, sino que está determinada por su carácter y su pasado. Es preciso que esa forma se amolde hasta en sus menores rasgos a los rasgos vivientes sobre que se aplica; de otro modo se quebrará y caerá hecha pedazos. Por esta razón si conseguimos hallar la nuestra, ha de ser estudiándonos a nosotros mismos, y cuanto con mayor precisión sepamos lo que somos, con tanta más seguridad distinguiremos lo que nos conviene.[9] (*Ibíd*., p. XI).

Y vuelve a insistir en la importancia de la tradición colonial con respecto a la comprensión histórica de Venezuela:

> En la evolución histórica de Venezuela se observa claramente cómo estallaban a cada conmoción los mismos instintos brutales, los mismos instintos de asesinato y de pillaje; y cómo continuaban surgiendo del seno de nuestras masas populares las mismas hordas de Boves y de Yáñez, dispuestas a repetir en nombre de los principios republicanos los mismos crímenes que en nombre de Fernando VII, e igualmente ignorantes de lo que significaba el gobierno colonial o el gobierno propio. Y es porque a pesar de todas nuestras teóricas transformaciones políticas, el fondo íntimo de nuestro pueblo continuó por largos años siendo el mismo que durante la Colonia.(*Cesarismo democrático*, p. 114).

9 H. Taine: *Les origines de la France Contemporaine.*

Si los orígenes de la nacionalidad se encuentran en la Colonia, no hay que pensar que la guerra de la Independencia surgió de repente, como si las ideas revolucionarias francesas hubieran sido traídas por el aire, sino como el producto de una lenta evolución que se empezará a gestar en ella y que, por tanto, se nutrió de unas tradiciones que fueron la génesis del proceso independentista. En ocasiones, señalará Vallenilla que esas tradiciones se remontan a épocas históricas anteriores a la Colonia, porque si las sociedades están sometidas a un proceso evolutivo, único capaz de explicarlas históricamente, la evolución debe ser regresiva y remontará a épocas muy pretéritas.

> Es una regla de filosofía política que en todo pueblo el régimen anterior obra por la costumbre, por los recuerdos y por las instituciones seculares asimiladas a los usos y hábitos del mismo pueblo, como fuerza generadora determinante de su nueva existencia. (*Disgregación e integración,* p. 18).

La tradición no será el único elemento forjador de la nacionalidad; de ser así, el proceso histórico se resentiría de un inmovilismo que llevaría al tradicionalismo absoluto, y la historia precisa de un factor dinámico para que el "orden" comtiano finalice en un "progreso"; el segundo factor de este binomio deber ser dinámico, y Vallenilla lo encuentra en la *violencia* generadora de conflictos que, a travésde las guerras, hacen evolucionar a los pueblos, porque la violencia es tan natural como cualquier fenómeno de la naturaleza, se desencadena sin que la voluntad humana juegue un decisivo papel.

> La sola enunciación del asunto que vamos a tratar ha despertado cierta curiosidad tenebrosa en algunos espíritus tan cultos como patriotas, los cuales, comprendiendo la necesidad que tienen los pueblos de abrigar un ideal y de profesar una religión, temen que yo venga aquí a cometer un atentado contra las glorias más puras de la patria, diciendo y comprobando que aquella guerra, a la que debemos el bien inestimable de llamarnos ciudadanos de una nación y no colonos, puede colocarse en la misma categoría que cualquiera de nuestras frecuentes mata-

> zones; de las cuales, sea dicho de paso, tampoco tenemos razón de avergonzarnos, pues las revoluciones, como los fenómenos sociales, caen bajo el dominio del determinismo sociológico, en el que apenas toma parte muy pequeña la flaca voluntad humana; y porque la guerra, fácil sería comprobarlo, ha sido aquí, como en todos los tiempos y en todos los países, uno de los factores más poderosos en la evolución progresiva de la humanidad. (*Cesarismo democrático*, p. 11).

La reivindicación de la guerra, como necesaria para la marcha de la historia, será una apología de aquellos que la hacen:

> Y ¿por qué ha de ser un baldón para Venezuela el hecho de que los degolladores capitaneados por Boves,Yáñez, Morales, Calzada, fuesen venezolanos? ¡No, señores! Tan franceses fueron los guillotinados como los guillotinadores de la Revolución, y nadie discute que aquella orgía de sangre arrojó sobre la tierra torrentes de civilización. (*Ibíd*., p. 13).

La guerra es tan inevitable como cualquier fenómeno telúrico; sirve de desahogo natural a los pueblos; frenarla sería contraproducente para el desarrollo de la nación, incluso para la conservación del Estado:

> Ya lo tenemos escrito en otra parte. Cuando el alma popular se siente sacudida por una conmoción repentina y violenta, lanza a lo lejos su grito o su sollozo, como el tañido de una campana que repercute en el espacio; pero como la liga del metal que vibra, el sentimiento popular es siempre impuro. El vaso donde se condensan los sentimientos de las multitudes tiene en el fondo un sedimento que toda sacudidapuede hacersubir a la superficie cubriendo de una espuma de violencia el licor brillante y generoso. Eso es lo que sucede en todos los grandes trastornos de la naturaleza: en los ciclones, en los terremotos, en las revoluciones. Todos los pueblos han sufrido esa dolorosa experien-

> cia: los hombres que permanecen en la sombra en tanto que el orden impera, se rebelan desde que el freno social desaparece, con sus instintos de asesinato, de destrucción y de rapiña.
>
> En nuestra guerra de Independencia, la faz más trascendental, la más digna de estudio, es aquella en que la anarquía de todas las clases sociales dio empuje al movimiento igualitario que ha llenado la historia de todo este siglo de vida independiente. (*Ibíd*., p. 22).

La guerra será el principal motor de la historia; la humanidad no se transforma por la fuerza de las ideas, sino por el impulso guerrero:

> Los principios científicos, cada vez más extendidos en el mundo comprueban que la humanidad no se transforma por obra y gracia de los ideólogos. Todo el siglo pasado encierra una lección elocuentísima para los reformadores omnipotentes, para los fabricantes de constituciones, para los cándidos que llegaron a creer que la felicidad del género humano podía decretarse. Todo el humanitarismo de Condorcet y de Rousseau, que tantos prosélitos ha tenido en el mundo, ha sido impotente contra los instintos agresivos profundamente arraigados en el hombre. Y la guerra no es sino la expresión más concreta de estos instintos. (*Críticas de sinceridad y exactitud*, p. 213).

La guerra responde a la necesidad de manifestar los instintos agresivos de la humanidad; los actos y los valores colectivos más sublimes tienen su origen en un impulso guerrero; por eso Vallenilla insistirá en que la guerra es factor de progreso:

> La guerra es ante todo –dicen los hombres de ciencia– la expresión concreta de necesidades de extensión y de conservación personales. Como tal, puede ser ofensiva o defensiva, según resulte de la primera o de la segunda de estas necesidades. Pero

ella siempre implica una necesidad de agresividad, el poder y la voluntad de usar de la fuerza para alcanzar un fin: dos cualidades muy contrarias a lo que el buen Tolstoi y las liebres tienen por un bello ideal.

En los tiempos primitivos, la conservación del individuo no tenía nada de personal, porque estaba íntimamente unida a la conservación del grupo social a que pertenecía. Fue mucho más tarde, después que el acrecentamiento de los grupos humanos produjo un individualismo, cuando el hombre pudo asegurar su propia conservación independientemente de su grupo.

Como los medios de vida eran tan escasos, el cuidado de la conservación personal condujo antes, como conduce hoy mismo, a la necesidad de acrecentarlos. Es resultado inevitable de los conflictos y de las luchas entre aquellos que tienen las mismas ambiciones y las mismas necesidades.

Desde el punto de vista biológico, la agresividad es una de las condiciones necesarias de todo progreso. Todos los biólogos y todos los antropólogos están de acuerdo en hacer remontar los orígenes del hombre a un pithecántropo que vivía tranquilamente en las ramas de los árboles. Fue al poner el pie en tierra cuando aquel ser se convirtió en hombre. Pero una vez en el suelo, nuestro venerable antepasado se encontró en presencia de las bestias feroces. Dos soluciones se le ofrecieron para resolver aquel inesperado conflicto: volverse cobardemente a sus ramas, o atacar a sus enemigos por la astucia y por la fuerza. Si el hombre primitivo hubiese adoptado la primera solución, es probable que jamás hubiera habido guerra, pero seguramente tampoco hubiera existido un ser verdaderamente humano; el hombre primitivo se habría quedado tal cual era. Como ya los monos antropomorfos de donde nuestro abuelo había nacido eran vigorosos y agresivos, al descender de las ramas le fue posible alcanzar

> victorias sobre las bestias de presa, luchar con sus compañeros, y por ese camino llegar a ser precisamente un hombre verdadero, un ser humano en toda la amplitud del concepto.
>
> En el suelo encontró el hombre recursos infinitamente mayores con que satisfacer sus necesidades, al mismo tiempo que infinitas ocasiones de crearse otras nuevas.Esto le forzó a hacer uso de sus facultades físicas e intelectuales, aguzándolas hasta lo increíble en sus luchas contra los otros animales feroces y contra los demás antropoides. La agresividad, la acometividad, llegó a ser así una condición necesaria a la formación de la vida moral, pues nunca las flores de la simpatía hubieran podido abrirse en el estrecho medio de la familia, si sus miembros no se hubieran visto precisados a aumentar sus fuerzas por medio de una unión común para el ataque y para la defensa.
>
> En este constante ejercicio, el hombre primitivo fortificó y aumentó sus facultades físicas e intelectuales. La desaparición de los individuos retardados y mal dotados, y la selección de los más aptos, favoreció su desenvolvimiento.
>
> Gracias a estas dos influencias, subordinadas, ambas a la acometividad y a la aptitud guerrera, la humanidad comenzó la ascensión progresiva. (*Ibíd*., pp. 214-215).

Así, considerará Vallenilla que la guerra es siempre un factor de progreso; pensará hegelianamente, que es necesaria para no interrumpir la marcha dialéctica de la historia:

> El doctor Steinmetz no la considera un mal, sino como uno de los grandes beneficios que las sociedades han derivado de la agresividad ancestral. No sólo depende de ésta la protección contra el enemigo exterior, sino que las funciones jurídicas, que

> son las más importantes en el interior de las sociedades, han tenido en la guerra su origen. La extrema importancia de las instituciones militares en la formación del Estado ha sido señalada por Ihering, y los hegelianos, especialmente Von Treitschke en su obra *Politik*, que considera el Estado *como un fin en sí*, ha escrito estos conceptos: «Si no hubiera habido agresividad, jamás hubiese habido tampoco necesidad de la protección del Estado contra los enemigos interiores o exteriores; pero no por esto puede afirmarse que tal vicio se haya convertido en virtud».
>
> El sabio holandés llega al extremo de asegurar que sin la agresividad el hombre viviría aún sobre los árboles. Es mucho decir; pero nadie podría negar que el patriotismo, la solidaridad nacional, la simpatía entre millones de hombres, son el resultado de la agresividad y de la guerra. La moral misma es indudablemente una de sus consecuencias inmediatas.(*Ibíd*., p. 217).

Ni siquiera admite Vallenilla que la guerra pueda tener consecuencias materiales y morales funestas, más bien contribuyen al florecimiento y desarrollo de los países en que se desarrolló.

> El sublime espectáculo de esta guerra europea ha venido a corroborar las afirmaciones un tanto audaces del doctor Steinmetz. Nunca, en todo el curso de la historia, se vio un florecimiento más grande de patriotismo, de abnegación, de altruismo, de moral.Francia, Inglaterra y Alemania rivalizan en estos nobles sentimientos. En el seno de estas grandes naciones, todos los intereses políticos, económicos, religiosos; todas las rivalidades internas, todas las causas de división y de anarquía, se han pospuesto, como en ninguna época, al grande interés de la Patria. Nadie podrá desconocer que este es el resultado de largos años de agresividad, de largos años de amenazas constantes, que han solidificado el sentimiento nacional de aquellos pueblos. (*Ibíd*., p. 217).

Si la guerra es necesaria para la marcha dialéctica de la historia y para el progreso de los pueblos, la paz será negativa para el logro de estos fines. Citando a Steinmetz añadirá Vallenilla:

> Concurrencia pacífica entre los individuos y guerra entre los Estados, tales son los procedimientos absolutamente necesarios al sano desenvolvimiento de todas las fuerzas humanas y al progreso de la civilización. Como la agresividad es una condición esencial del hombre, la paz absoluta entre las naciones traería como consecuencia la rivalidad entre las regiones, las provincias, las comunas, los individuos. Al patriotismo de nación sustituiría, como en la Edad Media, el patriotismo comunal. ¿Por qué es menor en la actualidad el amor que el hombre experimenta por su parroquia, por su aldea, por su provincia? Simplemente, porque se ha abolido su soberanía, porque no puede hoy haber conflictos entre estas pequeñas colectividades. La comuna se ha ahogado en la Nación, pero la Nación distará mucho para ahogarse en la Humanidad.
>
> Si los Estados no pudieran aislarse por medio de la guerra, el patriotismo de la Nación sufriría la misma suerte que el patriotismo de parroquia. Faltaría la concurrencia, la rivalidad, el estímulo y moriría el amor entre los habitantes de su territorio y la fidelidad a la Patria.
>
> La primera consecuencia de la supresión de la guerra sería debilitar al Estado, que es la más grande de las colectividades. (*Ibíd*., p. 218).

De la necesidad de la violencia en general, pasa Vallenilla a la necesidad de la violencia individual, representada por el poder despótico del hombre fuerte y necesario; en una palabra, del *gendarme necesario*, tesis central de su argumentación, para justificar lo cual insiste, como hemos visto, en los fragmentos comentados. El ejercicio despótico del poder es explicado y jus-

tificado por Vallenilla, desde el punto de vista histórico y científico; sin ese poder fuerte, es difícil que exista una nación, porque del ejercicio de ese poder fuerte y despótico emanará la legalidad y el orden: "los grandes hechos de la historia, entre los cuales ocupa el primer puesto la constitución y la consolidación de las nacionalidades, no se realizan con académicos sino con caudillos. No es la obra de la teoría, sino el resultado lógico de los hechos". (*Ibíd*., p. 32).

La necesidad del hombre fuerte, del gendarme, no es un fenómeno criollo sino universal; para reforzar su tesis, cita Vallenilla a Taine:

> Si en todos los países y en todos los tiempos –aun en estos modernísimos en que tanto nos ufanamos de haber conquistado para la razón humana una vasta porción del terreno en que antes imperaban en absoluto los instintos– se ha comprobado que, por encima de cuantos mecanismos institucionales se hallan hoy establecidos, existe siempre como una necesidad fatal el gendarme electivo o hereditario de ojo avizor, de mano dura, que por las vías de hecho inspira el temor y que por el temor mantiene la paz,[10] es evidente que en casi todas estas naciones de Hispanoamérica, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el *caudillo* ha constituido la única fuerza de conservación social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las primeras etapas de integración de las sociedades; los jefes no se eligen sino se imponen. La elección y la herencia, aun en la forma irregular en que comienzan, constituyen un proceso posterior. Es el carácter típico del estado guerrero, en que la preservación de la vida social contra las agresiones incesantes exige la subordinación obligatoria a un jefe. (*Cesarismo democrático*, p. 123).

Intentará en muchas ocasiones justificar a ese gendarme necesario:

> Cuando se examina la situación de Venezuela después de la guerra; cuando se ve que la gran riqueza acumulada, sobre

10 H. Taine: *Les origines*, t. I, p 341 (citado por Vallenilla)

> todo, en los últimos setenta años de la Colonia, había desaparecido; que la clase elevada, los poseedores de la ilustración, de la cultura y de la riqueza, habían sucumbido o emigrado, y que el pueblo, la masa de esclavos, la gente de color y de indígenas, se hallaba en plena evolución regresiva por catorce años de aquella guerra asoladora, es fácil explicarse la supremacía, el encumbramiento de los más valientes y de los más temidos. «Entregado a sí mismo, retrotraído súbitamente al estado natural, el rebaño humano –dice Taine– no sabía más que agitarse, pelear, hasta que la fuerza bruta llegara al fin a dominar como en los tiempos bárbaros, y del fragor de la lucha surgiera un caudillo militar, el cual, generalmente, es un verdugo». (*Ibíd*., p. 127).

A pesar de que Vallenilla intenta justificar la existencia de su gendarme con argumentos científicos y con ejemplos históricos, la formación de su héroe no precisa de una preparación intelectual exigente; basta con que esté revestido de ciertas virtudes guerreras que le aseguren el éxito de su misión; será déspota necesario, pero no necesariamente ilustrado:

> Por fortuna para la Patria adolescente, el General Páez llegó a ser un verdadero hombre de Estado. Concepto este que considerarán extraño aquellos que se figuran aún que la ciencia de gobernar se aprende en los libros y no se dan cuenta de las enseñanzas positivas de la historia. Se nace hombre de gobierno como se nace poeta. Cuando se lee con criterio desprevenido la vida de Páez, se recuerda su origen humilde, su falta absoluta de instrucción, el género de guerra que le tocó hacer y en la cual se destaca más como un jefe de nómadas, como un conductor de caravanas, que como un comandante militar en el rígido concepto del vocablo, su actuación en el gobierno regular del país en medio de aquel desorden orgánico, de aquella espantosa anarquía creada por la guerra y acentuada por el desbarajuste político y administrativo de la Gran Colombia, es digna de los

> mayores encomios y parecería un hecho singular si la historia no presentara a cada paso ejemplos semejantes.(*Ibíd*., p. 140).

Recurrirá otra vez a la tesis de Taine para reforzar su apología del jefe único; refiriéndose a las críticas formuladas en torno a su libro *Cesarismo democrático*, afirmará:

> En mi libro encontrarán, si lo leen sin prevenciones y sin dogmatismos enciclopedistas, todos los elementos necesarios para hacer un juicio exacto de acuerdo con la teoría tainiana. Y verán que en Venezuela, durante todo el período de nuestra vida nacional, la herencia, el medio y el momento han determinado la preponderancia y el reconocimiento del Jefe Único como la base primordial del orden social y la fusión de la nacionalidad por la unificación de los elementos dispersos que nos dejó en herencia la colonia y más tarde la guerra de la Independencia. (*Ibíd*., p. 218).

El caudillo será el elemento indispensable en la evolución política de un país; será su obra personal y no la obra de las ideas dominantes en una época determinada, el motor necesario para la consolidación de las nacionalidades:

> Los grandes hechos de la historia, entre los cuales ocupa el primer puesto la constitución y la consolidación de las nacionalidades, no se realizan con académicos sino con caudillos. No es obra de la teoría, sino el resultado lógico de los hechos. La prueba es que con todos sus crímenes –hijos más de su época y de su medio que de su voluntad– don Juan Manuel Rosas representa un papel más importante en la obra de la nacionalidad argentina que todos los unitarios imbuidos como Rivadavia en las doctrinas de Benjamín Constant. (*Críticas de sinceridad y exactitud*, p. 32).

El dictador es necesario para restablecer el orden, roto en un proceso revolucionario:

> Taine y Vandal observan que, después del Terror, la Francia se hallaba dispuesta a exaltar un dictador. Esta era exactamente la situación de Venezuela. Pero así como de aquella espantosa anarquía surgió Simón Bolívar, han podido surgir Mariño, Piar, Bermúdez, Páez o cualquier otro que, si hubiera tenido poder para contener y disciplinar aquellos elementos dispersos y sofocar la anarquía, habría carecido incuestionablemente de aquella amplitud de miras, de aquellas dotes superiores que después de haber dado vida a la Gran Colombia condujo triunfantes y redentoras las banderas de la revolución hasta el extremo del Continente. (*Ibíd*., pp. 92-93).

El jefe carismático, el héroe, será decisivo para Vallenilla; junto con el determinismo geográfico, explicará la génesis y proyección histórica del país; claro que en la semblanza que hace de él incurre en contradicciones al querer coordinar su formación científica con la personalidad del caudillo, que muchas veces escapa a unas mínimas exigencias requeridas por un espíritu científico; por eso intenta a veces negarle al caudillo una excesiva divinización, como cuando afirma que: "Los partidos políticos no se forman ni las sociedades se conmueven por la sola voluntad de un hombre"; sin embargo, si es absolutamente necesaria su aparición histórica cuando ya las sociedades están conmovidas, sea por un proceso revolucionario o cualquier otra causa análoga, conducente a una anarquía, entonces se hace absolutamente necesaria la aparición providencial del césar democrático, único capaz de volver las aguas a su cauce tradicional, aunque ese césar imponga su voluntad despótica.

> En todas las grandes revoluciones anarquizadas que registra la historia ha aparecido siempre ese hombre, ese ser superior, ese jefe, ese gran unificador. Pero no todas las revoluciones han tenido la fortuna de encontrar en el hombre del momento aquellas excelsas cualidades que han sido las características del genio. Casi siempre cuando las sociedades se disgregan, cuando se desmigajan en un torbellino de átomos, cuando no hay partidos sino facciones, *sindicatos de egoístas* en que cada quién

> no piensa en el momento psicológico sino en su interés y en su venganza, entra en escena –como dice Nietzsche– el Gran Egoísta, el César o el Cesarión, que va a dominar todos esos egoísmos rivales para conducirlos al triunfo, al botín o al desastre. (*Ibíd*., p. 92).

El atraso cultural y social nunca debe ser atribuido a la influencia del caudillo; en todo momento intenta Vallenilla su reivindicación en relación con esos planteamientos:

> Si el desarrollo del progreso no fue mayor; si desde entonces no se echaron las bases de un gran desenvolvimiento económico que reparara en algunos años los espantosos estragos de la guerra, preparando al país para la inmigración europea, como lo pensó el Libertador, la culpa no fue del caudillo que tuvo siempre la virtud de dejar hacer a los que él creía intelectualmente superiores, sino de la falta de verdadera cultura, de sentido práctico y de sentido histórico característicos de la época y de la creencia, que todavía desgraciadamente persiste en el ambiente intelectual de casi todos estos países, de que la resolución de todos los problemas sociales, políticos y económicos consiste en la práctica de principios abstractos que la mayor parte de los semiletrados dirigentes conocía por doctrinas fragmentarias de los enciclopedistas y de los jacobinos franceses. (*Cesarismo democrático*, p. 144).

En el análisis de la génesis del Estado venezolano, así como en la investigación de las instituciones políticas, se manifiesta de nuevo su formación positivista. Afirmará que las leyes de la herencia son un factor decisivo en la constitución de los gobiernos:

> Si es cierto que fue Aristóteles quien por primera vez consideró el gobierno como «una obra de naturaleza, o como la resultante del crecimiento natural de la sociedad», ese concepto llegó a ser

> completamente olvidado; y es ahora, en estos últimos tiempos, como reacción contra toda una centuria de sofismas inspirados en la teoría tan funestamente interpretada del *Contrato Social*, cuando la opinión de Aristóteles vuelve a prevalecer sobre una base científica positiva. Por eso admira la precisión con que el Libertador, a principios del siglo XIX, hablará de la influencia que necesariamente debían tener en la constitución de Venezuela la raza, el clima, el medio físico y telúrico, la situación geográfica, la extensión territorial, el género de vida, y como complemento de esos factores primordiales, la religión, las inclinaciones (instintos y tendencias),la densidad de población, el comercio, las costumbres y cuantos rasgos esenciales obran en cierto modo automáticamente en la existencia y en el destino de las naciones. (*Ibíd*., p. 150).

Gobernar es, en la mayoría de los casos, obedecer a un don instintivo que puede existir aun en los seres más incultos:

> La mejor administración, como la mejor medicina, es la que deja obrar a la naturaleza…Conviene distinguir los talentosen su clase y destinos cuando se trata de colocarlos en los empleos públicos. Un hombre que tiene mucho talento para hacer folletines, puede no tenerlo para administrar los negocios del Estado. Comprender y exponer por la palabra o el sentido una teoría de gobierno es incumbencia del escritor de talento. Gobernar según esa teoría es comúnmente un don instintivo que puede existir y a menudo existe en hombres sin instrucción especial.
>
> Los ideólogos de toda la América, preconizando la panacea de las constituciones escritas, han contrariado la obra de la naturaleza; y considerando como un crimen de esa democracia todo cuanto no se ciñe a los dogmas abstractos de los jacobinos teorizantes del derecho político, nos han alejado por mucho tiempo de la posibilidad de acordar los preceptos escritos con

> las realidades gubernativas, estableciendo esa constante y fatal contradicción entre la ley y el hecho, entre la teoría que se enseña en nuestras universidades y las realidades de la vida pública, entre la forma importada del extranjero y las modalidades prácticas de nuestro derecho político consuetudinario: en una palabra, entre la constitución escrita y la constitución efectiva. (*Ibíd*., p. 154).

La lucha de clases marcó el origen de la formación de la nación venezolana.

> Parece imposible, después de leer la cuantiosa documentación existente en el Archivo Nacional, que haya en Venezuela quien se empeñe en negar todavía la jerarquización de las clases sociales en la colonia y las luchas a que daban lugar los prejuicios y las preocupaciones que de manera tan trágica repercutieron en la revolución de la Independencia. No eran clases en realidad las que existían, sino verdaderas *castas*, con todos los caracteres de repulsión, de exclusión y de antagonismo feroz que tienen hoy mismo en la India.
>
> En cada una de las ciudades de Venezuela existía un grupo de nobles que ejercía todas las funciones públicas de padres a hijos; se casaban entre sí, oponiendo obstáculos y castigando con penas severísimas a quien violara esta práctica; eran ellos los únicos que podían ser abogados, sacerdotes, monjes y desempeñaban todas las funciones públicas; a las otras castas les estaba prohibido llevar joyas, sedas, encajes, usar alfombras en las iglesias, portar espada y pistola, llevar paraguas, etc. Algunos de esos núcleos aristocráticos fueron enemigos terribles de la Independencia, porque los principios proclamados por los revolucionarios «trastornaban el orden social», y muchos de ellos emigraron para siempre de Venezuela por no someterse al régimen republicano y democrático que destruía sus privilegios de casta. (*Críticas de sinceridad y exactitud*, p. 156).

Al romperse la autoridad representada por la colonia, se desató la anarquía, tomó cuerpo la lucha de clases; de ahí la insistencia de Vallenilla en afirmar que la guerra de la Independencia fue *una guerra civil*, una lucha de clases, que tenía que conducir a una anarquía y no a una democracia. El Libertador lo vio así, según un comentario de Vallenilla:

> Él fue el primero en descubrir y exponer, acaso con imprudente claridad, el carácter social de la magna lucha, sobre todo en Venezuela. No fue tampoco partidario de la democracia pura, porque habiendo vivido en medio de nuestros pueblos heterogéneos, no necesitó como Napoleón ver de cerca a los hombres de raza inferior para darse cuenta de las ideas sofísticas de Juan Jacobo. (*Ibíd*., pp. 109-110).

La guerra de la Independencia no significó solamente la liberación con respecto a la Corona española, sino el proceso emancipador de las clases populares:

> Surgida de una de las guerras más sangrientas de la historia, nuestra Patria es hija del heroísmo y de la lealtad. La revolución que nos emancipó políticamente de España, emancipó al mismo tiempo las clases populares de la sumisión a que estaban sometidas bajo el antiguo régimen; pues mientras en la mayor parte de las repúblicas hispanoamericanas el pueblo, la gran masa indígena y mestiza, se halla más o menos en la misma condición social y económica que durante la colonia, en Venezuela la guerra revolvió hasta el fondo de nuestras más bajas clases populares; y sobre la ruina y la desaparición de las aristocracias municipales surgió el igualitarismo característico de los pueblos pastores, y la llanura, con todas sus consecuencias políticas, sociales y económicas, impuso el sistema de gobierno, el régimen efectivo, venezolano, bajo el cual hemos ido realizando la integración de la Patria. (*Disgregación e integración,* p. VI).

La bandera de la federación y la anarquía de múltiples caudillos sustituirá a la organización colonial; incluso antes de independizarse ya hablaba el pueblo de federación, no sólo en Venezuela sino en todo el continente.

El federalismo significó para América una especie de feudalismo anárquico que no podía ser imperecedero, como no lo fue el feudalismo europeo, porque en una época anárquica no se puede pensar en el ejercicio de los derechos civiles y políticos.

> En el estado anárquico en que se hallaba la América entera después de Ayacucho, era a lo menos ilusorio pensar en el ejercicio de los derechos civiles y políticos que nadie entendía, que no eran, y que desgraciadamente no son todavía en casi todos estos países, sino puras ficciones constitucionales. (*Críticas de sinceridad y exactitud*, p. 125).

Partiendo de esta anarquía irá planteando Vallenilla la necesidad de superarla, contando siempre con la aparición del hombre fuerte, del jefe indiscutible:

> En la América emancipada, el poder central, el jefe indiscutido e indiscutible, la autoridad suprema, estaba en todas partes por crearse, debía naturalmente surgir de los senos ardientes de la guerra en lucha contra todos aquellos egoísmos rivales, contra todos aquellos jefes que representaban el localismo, el cantonalismo anárquico, la disgregación de las fuerzas que debían encaminar a un mismo fin. Regístrese la historia de los primeros años de la revolución en toda la América española y se verá como las nacionalidades, unas después de otras, se van consolidando bajo la autoridad de un jefe único, en lucha con los caudillos locales. Por esa causa, los que gustan de establecer aproximaciones entre los fenómenos sociales, llaman esa época «la Edad Media de las Américas». (*Ibíd*., p. 125).

La base de la formación de la nacionalidad será el caos, que debe ser sustituido por un Estado militar representado en la figura despótica del caudillo, que es, por excelencia, Páez.

> Aquellos que critican al Libertador y lo tachan de débil porque, lejos de fusilar a Páez, en 1827, no sólo le perdona su rebelión contra la Constitución y contra el gobierno de Bogotá, sino que separando de hecho a Venezuela de la unión colombiana le confiere el mando de todo el país con extensas facultades, no se detienen a pensar que ya el caudillo llanero, engrandecido por sus proezas legendarias en un pueblo que profesa hasta el fanatismo el culto del valor personal, era el jefe nato de los venezolanos, el hijo legítimo de nuestra democracia igualitaria, empujada violentamente por razones étnicas y geográficas, hacia un régimen caracterizado por «una ascensión social y política sin selección y sin esfuerzo depurador»; en tanto que el Libertador continuaba siendo, así para el pueblo como para la mesocracia realista o *goda*, el aristócrata, el *mantuano*, el gran señor, el superviviente de la alta clase social que por siglos había ejercido «la tiranía doméstica activa y dominante», el más alto representante de la «minoría audaz» naufragada en el mar de sangre de la revolución, y quien era ya considerado en el mundo como el símbolo del ideal republicano. (*Cesarismo democrático*, p. 139).

Es el caudillo, el gendarme necesario, tesis invariable de Vallenilla, el que implantando finalmente el régimen militar, el nuevo Estado democrático, que tendrá un papel mucho más importante en la evolución histórica que el de las ideas; consolidará esta situación, hasta que el medio social y geográfico pueda ser modificado.

> Si en Venezuela existe el caudillo –y existirá hasta que el medio social económico se modifique–, en Colombia, mientras no suceda lo mismo, preponderará la Iglesia Católica como el más poderoso y eficaz fundamento del orden social; y la pren-

> sa, libérrima para insultar al gobierno, no se atreverá jamás a escribir ni un solo suelto de crónica contra el cura más humilde de la más apartada parroquia sin incurrir en la excomunión. A diferencias de medios geográficos, étnicos y económicos corresponden necesariamente diferentes regímenes de gobierno. (*Ibíd*., p. 214).

Es decir, el Estado es el resultado de una larga evolución en cuya formación juega un papel preponderante la figura del caudillo; la importancia de las ideas estará condicionada a su adaptabilidad a un medio; será mucho mayor la importancia dada a la violencia como motor histórico y a la tradición conservadora de unos valores que la guerra amenazará con destruir y que el pueblo, con su carácter indisciplinado y disgregativo será incapaz de conservar. El caudillo se presentará como la "solución necesaria".

En: Alicia de Nuño. *Ideas Sociales del Positivismo en Venezuela*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, EBUCV, 1969, pp. 97-139.

"EL HOMBRE COMO HÉROE" [1974]

ARTURO SOSA ABASCAL, S.J.

Dentro del conjunto de características que hemos ido esbozando del hombre en el pensamiento de Vallenilla Lanz, este acercamiento al hombre como «héroe» nos va a dar una gran luz sobre su concepción general de la sociedad y su pensamiento político. La palabra "héroe" la utilizamos aquí no en un sentido legendario o seminovelesco, de hombre que rompe los límites de lo humano y se sitúa por sus acciones entre los dioses, sino en un sentido mucho más terrenal: *por "héroe" entendemos ese hombre que en circunstancias concretas de la historia y de la evolución de la sociedad se convierte en el eje central de la situación, en el elemento significativo y representativo de los sentimientos sociales y que con su acción enérgica y su mirada penetrante es capaz de enrumbar a esa sociedad.* Para Vallenilla, el hombre que más se adecua a esta definición de "héroe" es el Libertador Simón Bolívar, a quien se empeña en mantener sobre la tierra cuando otros escritores se empeñan en trasladarlo al cielo: "Divinizando a Bolívar –afirma enfáticamente– lo empequeñecemos; humanicémoslo para engrandecerlo"[1].

Su concepción de héroe en combinación con los otros elementos que hemos expuesto de su pensamiento sobre la evolución social de Venezuela y, en general, de Latinoamérica, va a dar como resultado su conocida tesis del "Gendarme Necesario" y su teoría el "Cesarismo Democrático". La idea que se mueve en el fondo de esta teoría ya la ha ido insinuando a lo largo de toda su obra, al contraponer las constituciones escritas a las constituciones efectivas, al oponerse radicalmente a las prédicas de los "jacobinos" a lo largo de toda la historia, al insistir una y otra vez en la necesidad de conocer las

1 Laureano Vallenilla Lanz: *Críticas de Sinceridad y Exactitud*, p. 139.

características y evolución de nuestros pueblos, en la interpretación que hace de nuestra guerra de Independencia… En breves palabras su tesis es que lo importante de un gobierno no es que se ajuste a la última de las teorías políticas ni que tenga las más bellas pretensiones de libertad e igualdad, sino que se acomode al pueblo del que es cabeza y logre para este el mayor bienestar común posible. Como otras veces, se apoya en las ideas del Libertador:

> Y no era que las ideas positivas del gobierno fuesen entonces absolutamente desconocidas. Ya hacía muchos años que el Libertador había recomendado a los constituyentes de Angostura no olvidarse jamás:"que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye. El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política"[2].

Junto con esta idea, Vallenilla posee su propia concepción sobre la democracia y sobre lo que puede ser la democracia en nuestros países. Reconoce como un hecho que, por las circunstancias de nuestro proceso social, se ha dado en nuestro país una auténtica igualación social y en nuestro país las clases dirigentes y muchos de los grandes hombres provienen de las clases populares. Sin embargo, insiste en que nuestros pueblos no están preparados para la democracia en el sentido"científico" del término, y nuestro proceso republicano no es más que el normal desarrollo de la estructura social de la Colonia. Por otra parte, la igualdad que preconiza la democracia no es lo mismo que identidad; significa borrar las barreras de clase, pero no que desaparezcan las diferencias individuales.

> También quiere enseñarme el escritor lo que es «democracia» cuando yo niego, francamente, que nuestro pueblo sea aún "demócrata" en la acepción científica del vocablo. Aquí no ha

2 Laureano Vallenilla Lanz: *Cesarismo democrático*, p, 191.

> habido hasta hoy, por causas que se hallan analizadas en el libro, sino una selección "aurebours…" ([3])… reclamar, como lo quiere la democracia, la igualdad de las facultades jurídicas no es proclamar la igualdad de las facultades reales. El verdadero concepto de la democracia es el concurso, donde todas las posibilidades se igualan por un momento, pero es justamente para apreciar luego mejor los diferentes valores de las acciones individuales.[4]

Con esta teoría de fondo se va acercar a la realidad venezolana. Ya conocemos el análisis que hace de la evolución de nuestro pueblo; de allí va a surgir su teoría; la democracia venezolana tiene, para Vallenilla, sus propias características:

> El verdadero carácter de la democracia venezolana ha sido desde el triunfo de la Independencia, el predominio individual teniendo su origen y fundamento en la voluntad colectiva, en el querer de la mayoría popular tácito o explícitamente expresado. Nuestros instintos absolutamente igualitarios, nuestro individualismo todavía indisciplinado, aventurero, irreductible y heroico, han hecho imposible el predominio de una casta, de una clase, de una oligarquía, cualquiera que sea su origen; y es bien sabido que la misma Iglesia Católica, reducida a su misión puramente espiritual sin influencia alguna en la vida política, se halla bajo el patronato del Jefe del Estado, quien lo ejerce con mayor amplitud que el Monarca español en la época colonial [5].

Por tanto, el "Cesarismo Democrático", el "Gendarme Necesario" son en nuestro país el sistema de gobierno más adecuado a su realidad. En él se

3 Laureano Vallenilla Lanz: "Cesarismo Democrático y Cesarismo Teocrático", en *Cesarismo democrático*, p, 212.

4 Laureano Vallenilla Lanz: *Cesarismo democrático*, p, 197.

5 *Ibídem*, p. 203.

resumen conceptos al parecer antagónicos como democracia y autocracia, el representa y encarna la voluntad popular. Veamos como expone Vallenilla lo que es el "César" y el "Cesarismo Democrático":

> El César democrático, como lo observó en Francia un espíritu sagaz, Eduardo Laboulaye, es siempre el representante y el regulador de la soberanía popular. «Él es la democracia personificada, la nación hecha hombre. En él se sintetizan estos dos conceptos al parecer antagónicos: democracia y autocracia», es decir: Cesarismo Democrático; la igualdad bajo un jefe; el poder individual surgido del pueblo por encima de una gran igualdad colectiva…[6]

La necesidad de un hombre fuerte no es sólo de Venezuela o de los países hispanoamericanos, es un fenómeno universal, es una necesidad surgida del estado de integración en que se encuentra el pueblo, es un fenómeno que se ha venido repitiendo a lo largo de la historia en casi todos los pueblos:

> Si en todos los países y en todos los tiempos –aun en estos modernísimos en que tanto nos ufanamos de haber conquistado para la razón humana una vasta porción del terreno en que antes imperaban en absoluto los instintos– se ha comprobado, por encima de cuantos mecanismos institucionales se hallan hoy establecidos, que existen siempre, con una necesidad fatal, "el gendarme electivo o hereditario"de ojo avizor, de mano dura, que por vías de hecho inspira el temor y que por el temor mantiene la paz" (Taine: *Les Origines,* T. I, p. 341), es evidente que en casi todas las naciones de Hispanoamérica, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el Caudillo ha constituido la única fuerza de conservación social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las primeras etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen,

6 Laureano Vallenilla Lanz: *Cesarismo democrático*, p. 203.

> sino se imponen. La elección y la herencia, aun en la formar irregular en que comienzan, constituyen un proceso posterior.[7]

El caudillo, el hombre fuerte, va a representar en la situación dejada por la larga lucha emancipadora una verdadera "necesidad social". Las sociedades, lo hemos repetido muchas veces, no progresan sino en el orden; la única forma real de imponer y conservar el orden en estos pueblos es con la mano de hierro de la dictadura.

> Yo compruebo, con la historia en la mano, que el caudillo ha representado entre nosotros «una necesidad social».[8]

> Ese debía ser y ese era necesariamente el criterio, la conciencia social de un pueblo semibárbaro y militarizado en que el nómada, el llanero, el beduino, preponderaba por el número y por la fuerza poderosa de su brazo. Solo la acción del Caudillo, del Gendarme Necesario, podía ser eficaz para mantener el orden.[9]

Este César democrático se convierte en el representante de lo que ha llamado Don Laureano la «constitución efectiva»; sus atribuciones no las toma de ninguna constitución escrita, sino que le provienen de las necesidades que surgen de la circunstancia histórica. No puede tener límites legales en sus atribuciones, pues el dictador encarna la constitución y la ley:

> Envaneciéndose de «haber sometido a Páez al Imperio de la Constitución», no se daban cuenta que el poder personal del Caudillo era la verdadera constitución efectiva del país.[10]

7 *Ibídem*, p. 119.
8 *Ibídem*, p. 215.
9 Laureano Vallenilla Lanz: *Cesarismo democrático*, p. 187.
10 *Ibídem*, p. 191.

El mismo General Páez le escribía al Libertador desde Apure mostrando la amplitud de poderes que ejercía sin otra limitación que su propia voluntad:

> Aquí no se me ha dado a reconocer ni como Comandante General, y si se me obedece es más por costumbre y conformidad que porque yo esté facultado para mandar; es porque estos habitantes me consultan como protector de la República, pidiéndome curas y composiciones de iglesias; como abogado, para que decida sus pleitos; como militar, para reclamar sus haberes, sueldos, despachos y grados; como jefe, para que les administre justicia; como amigo, para que los socorra en sus necesidades, y hasta los esclavos a quienes se dio libertad en tiempos pasados y que algunos amos imprudentes reclaman, se quejan a mí, y solo aguardan mi decisión para continuar en la esclavitud o llamarse libres.[11]

En el pensamiento vallenilleano el caudillo aparece como una especie de demiurgo que de la crisis de una sociedad hace surgir, gracias a su intuición y a la efectividad de su acción, la nacionalidad y el Estado que ha de preservarla. Es también el creador del Estado:

> En Europa por lo menos, desde Rusia hasta Portugal y desde Noruega a las Dos Sicilias, el Estado es por su origen y por su esencia una institución militar en la que el heroísmo se ha hecho el campeón del derecho. Aquí y allá, en el caos de razas mezcladas y de sociedades derrumbadas, se encuentra siempre un hombre que por su ascendiente ha agrupado en torno suyo una banda de fieles, ha expulsado a los extranjeros, subyugado a los bandidos, restablecido la seguridad, fundado la patria y transmitido como una propiedad a sus descendientes su empleo de justiciero hereditario y de general nato.[12]

11 Cit. Por Laureano Vallenilla Lanz: *Cesarismo democrático*, p. 133.

12 Laureano Vallenilla Lanz: *Críticas de sinceridad y exactitud*, p. 194.

La absoluta autoridad y poder pleno que ejerce este "César Democrático" tienen su fundamento profundo en lo que el mismo Vallenilla ha denominado el "instinto político" del pueblo. El pueblo, por una especie de sugestión inconsciente, obedece al más valiente y sagaz, a aquel en el que reconocen su propia imagen y de quien esperan protección.

> Todos ellos, «godos» y «liberales», imbuidos en un radicalismo tan exótico como intransigente, solicitaban el remedio de nuestros males profundos en la libertad del sufragio, en la libertad de prensa y, sobre todo, en la alternabilidad del jefe supremo, sin pensar que el poder ejercido entonces por el General Páez en la República, así como el de los caudillos regionales, era intransmisible porque era personalísimo; no emanaba de ninguna doctrina política ni de ningún precepto constitucional, porque sus raíces se hundían en los más profundos instintos políticos de nuestras mayorías populares y sobre todo en las masas llaneras cuya preponderancia se había forjado en el candente crisol dela Revolución.[13]

> La autoridad de Páez, como la de todos los caudillos de Hispanoamérica, se fundaba sobre la «sugestión inconsciente» de la mayoría. El pueblo nuestro, que puede considerarse como un grupo social «instable», según la clasificación científica, porque entonces y aun en la actualidadse halla colocado en el período de transición de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica, que es el grado en que se encuentran hoy las sociedades legítimas y estables, se agrupa instintivamente alrededor del más fuerte, del más valiente, del más sagaz, en torno a cuya personalidad la imaginación popular había creado la leyenda, que es uno de los elementos psicológicos más poderosos del

13 Laureano Vallenilla Lanz: *Cesarismo democrático*, p. 141.

> prestigio, y de quien esperaban la más absoluta protección, la impunidad más completa a que estaban habituados.[14]

Siendo consecuente con sus postulados evolucionistas, Vallenilla enmarca su teoría del "Cesarismo Democrático" dentro de la evolución de los pueblos; no pretende afirmar que ésta sea la forma definitiva e inmutable de gobierno que como todo lo viviente está sometido a las leyes de la evolución.

> …pero procede de mala fe el Doctor Santos al atribuirme el concepto de que esta Constitución es inmutable…[15]

> Por lo demás, es bien sabido que ningún sistema de gobierno ni ninguna Constitución puede ser permanente e inmutable. Todas son transitorias, cambiantes, como la sociedad misma, sometida, de igual modo que todo organismo a las leyes de la evolución. Un investigador tan serio y tan justo como Maine ha demostrado que muchas de las cosas que en el sistema democrático se consideran como ciertas y definitivamente establecidas, no tienen sino el carácter de una experiencia y de un ensayo.[16]

En: Arturo Sosa Abascal. *La filosofía política del gomecismo. Estudio del pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz.* Barquisimeto: Centro Gumilla, 1974, pp. 104-110.

14 Laureano Vallenilla Lanz: *Cesarismo democrático*, p. 188.
15 *Ibídem,* p. 215.
16 *Ibídem*, p. 174.

EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE LAUREANO VALLENILLA LANZ [1981]

RAMÓN J. VELÁSQUEZ

A mediados de 1974, el joven sacerdote jesuita Arturo Sosa Abascal, publicó bajo el signo editorial del Centro Gumilla de Barquisimeto, un estudio sobre el pensamiento del sociólogo Laureano Vallenilla Lanz, bajo el título de "La Filosofía Política del Gomecismo".

Arturo Abascal, s.j., junto a una sólida formación filosófica, tiene un notable dominio en el campo de las ciencias sociales y un conocimiento del proceso histórico venezolano que ya quisieran para sí muchos personajes tenidos por eruditos y que presumen de sabihondos. Y si a estas excepcionales condiciones se unen las de una constancia ejemplar y una disciplina sin concesiones, puede afirmarse que Arturo Sosa Abascal, s.j., no obstante su extremada juventud, es figura representativa de las nuevas generaciones venezolanas.

Una de las interrogantes que este joven sacerdote y humanista se ha planteado es el referente al destino del hombre venezolano. Pero su preocupación no busca solamente satisfacer una curiosidad histórica, sino que la entiende como camino y brújula en la tarea que se ha impuesto como sacerdote, de tomar parte en la lucha por el reajuste social. Como piensa que en la vida de las naciones no hay solución de continuidad y que en el pasado está la raíz del provenir, Sosa Abascal, s.j., se ha dedicado al estudio de las grandes etapas de nuestra historia. Por sus manos han pasado cuántos libros, folletos, periódicos y pasquines existen sobre el tema. Dotado de una notable capacidad para el análisis y la crítica, Sosa Abascal, s.j., ha dedicado buena parte de su tiempo al estudio de las polémicas y políticas, de las doctrinas filosóficas que han tenido marcada influencia en la formación del pensamiento político venezolano. Selva inexplorada ha sido esta de las ideas políticas. Muchos se contentan con repetir unas cuantas informaciones obtenidas de segunda

mano acerca del papel que jugaron Toro, Guzmán, Lander, Bruzual, Larrazábal, Villavicencio, Seijas, López Méndez, Arcaya, Gil Fortoul o Rivas como ideólogoso filósofos de nuestro partidos políticos o de nuestros sistemas de gobierno.

Para empezar una vasta tarea investigativa en el mundo de nuestro pensamiento político del siglo XX, Arturo Sosa Abascal, S.J., ha escogido la obra de Laureano Vallenilla Lanz. Acierto indudable, dada la calidad del singular pensador oriental y la influencia avasallante del gobierno de Juan Vicente Gómez en la historia política, social y económica de nuestro siglo XX.

Este primer, valioso aporte de Sosa Abascal sobre el pensamiento político y filosófico de Vallenilla Lanz, nos invita a escribir unas notas acerca de la escuela positivista en el panorama de las ideas políticas venezolanas.

El estudio de las ideas políticas y sociales en Venezuela y su influencia en la evolución histórica del país es tema que debería ser desarrollado por nuestros historiadores. Por circunstancias de carácter geográfico y la presencia de un fermento de renovación representado por compañías mercantilistas y grupos humanos de condiciones singulares, como lo fueron los vascos y los catalanes en las postrimerías coloniales; luego, en la Independencia, por las constantes relaciones que hubo en Europa a través de las misiones diplomáticas y los contingentes militares auxiliares procedentes de ese Continente (ingleses, irlandeses, franceses, alemanes, italianos, portugueses o polacos); finalmente, por la estabilidad institucional en las décadas del 830 y 840, lo contrario es que al país llegan, primero que a otras zonas americanas, las influencias culturales europeas.

No hay mera repetición de conceptos, ni el simple eco de cuanto se dice en Europa resuena en estas tierras. En América encontramos que el pensamiento europeo en el siglo pasado y en los anteriores ofrece modalidades diferenciadoras que le comunican con cierta configuración propia en la historia de las ideas políticas. Ocurre con estas un fenómeno similar al que ofrecen las corrientes artísticas. Se intenta imitar en la mayoría de los casos, pero los modelos son alterados en forma consciente o inconsciente.

Esas modalidades del pensamiento nacional en cada país americano son, en algunos, objeto de cuidadosas investigaciones. En el nuestro, pese a la riqueza conceptual y a las aplicaciones prácticas, el tema ha sido descuidado

y apenas si poseemos apuntes sobre ciertas tendencias políticas y sociales y la influencia que ejercieron sobre determinados sectores de la comunidad.

Quizá en razón de la importancia dada a la época de la Independencia, nos hemos detenido a estudiar algunos aspectos de aquellas que fueron conocidas por los padres de la Patria como las de las Ilustración o Iluminismo y la Enciclopedia.

Los años de 1845 a 1847 fueron de gran agitación política y revolucionaria de carácter democrático en el país. No obstante su importancia, el trienio ha llamado la atención de los estudiosos desde ángulos anecdóticos o en relación con las actividades de determinados personajes: Páez, Guzmán, Lander, Zamora, Quintero, el "indio" Rangel, Mariño o los Monagas. Casi nadie ha intentado buscar las posibles relaciones entre los sucesos venezolanos de entonces y la agitación política revolucionaria y democrática que estremeció a Europa en esos mismos años, hasta culminar en los acontecimientos escenificados en casi todos los países de esa parte del mundo en 1848.

En 1837 Fermín Toro explicaba Filosofía en el Colegio "Independencia" de Montenegro y Colón, y exponía la llamada por el propio Toro "Filosofía especulativa del siglo XIX". Pero Fermín Toro, que manejaba "los últimos textos (que conocía) publicados en las universidades de Edimburgo, París y Berlín", obras de Thomas Brown, Damirón, Víctor Cousin y Hegel, se limita a demostrar los "errores" de Locke, Hume, el Abate Condillac y deja en el tintero a Augusto Comte, cuyos primeros trabajos son de 1819 y había dado al público en 1830 parte de su *Curso de Filosofía positiva.* Por Toro estamos informados de que todavía para el año 1838 y en la Universidad de Caracas, desde los días de la reforma bolivariana, 1827, solamente se explicaban las ideas de la *Enciclopedia*, principalmente a través deCondillac, Volney, Holbach.

Es notable la omisión del nombre del filósofo francés por Toro, aun cuando cabría justificarla en razón de su acendrado catolicismo. Pero en 1845, cuando publica *Reflexiones sobre la ley de 10 de abril de 1834*, Fermín Toro alude desfavorablemente al positivismo. Ya Comte había publicado el curso citado y el *Discurso sobre el espíritu positivo* en 1844. *El Catecismo positivista* es de 1852, y *Política positiva*, de 1854.

En base al testimonio del Dr. Rafael Villavicencio se viene aceptando que el positivismo lo introduce al país el Dr. Adolfo Ernst. En todo caso, pa-

rece que antes de 1845 había positivistas en Venezuela si aceptamos los datos que suministra Toro en *Reflexiones*…al escribir:

> Conozco que en el estado actual de nuestra sociedad, en el positivismo que empieza a dominarla, es muy difícil hacer valer toda la importancia de un principio moral, absoluto y universal… Convengo también en que el nombre de ley moral, la sonrisa del desdén o de la compasión se asoma a los labios del partidario de la doctrina positiva. Sé muy bien, al estampar estos conceptos (sobre usura), que la sonrisa de la presunción y de la avaricia triunfante se asomaría a los labios de nuestros hombres positivos…

La información es de indiscutible valor, por cuanto el positivismo comienza a explicarse en Argentina en la década de 1880 y entre nosotros aparece, según los historiadores, entre 1863 y 1869. El Dr. Guillermo Morón, sin embargo, escribe estos renglones polémicos en el "estudio preliminar" que precede a la reedición de *La Lógica o los primeros elementos del arte de pensar*, de Condillac:

> Hume es empirista, si bien adelanta ya los fundamentos del positivismo, ambas doctrinas emparentadas a la que va estructurar Condillac, o sea, el sensualismo. En un orden regular, buscando la entraña misma de las significaciones, podría decirse que empirismo más sensualismo es igual a positivismo. En este sentido en Venezuela se produjo la operación aritmética; hubo primero empirismo, cuando fuera descubierto Locke en la caraqueña Casa de un siglo más tarde se impone el positivismo [sic].

¿En qué consiste el positivismo? El calificativo lo empleó el propio Comte (1798-1857) para indicar que los conocimientos humanos iniciados bajo un estado fabuloso primitivo o teológico alcanzaban un segundo estado, abstracto o metafísico, para tener luego como remate un estado positivo un "sistema de conocimientos universales y científicos". Pero ¿en qué consiste?

En el estudio de las leyes que rigen los fenómenos sociales mediante la ciencia natural y la utilización de métodos objetivos que permitan la observación y clasificación de los fenómenos, fenómenos captados por la experiencia en ciertas relaciones invariables de sucesión, coexistencia y semejanza desechando toda investigación sobre las causas primeras.

Las críticas de Toro, conservador y católico, sobre Comte son tanto más inexplicables cuanto el Comtismo tenía indiscutibles puntos de contacto con Toro. Pero el sistema de Comte contiene algo más de lo indicado. Según E. Kohn-Bramstedt:

> El Protestantismo, los philosophes, l'espritrévolutionnaire de 1789 no eran (para Comte) sino las piedras miliarias de un camino en dirección al individualismo y a la decadencia social. Por ello, el campeón del nuevo colectivismo fue uno de los críticos más decididos de la ideología de 1789. Los ideales de libertad, igualdad y fraternidad eran para él meras negociaciones, siquiera fuesen necesarias en su momento histórico. Es totalmente inútil, nos asegura, darles nombres positivos. La libertad no constituye sino un expediente provisional. La igualdad es excelente únicamente como medio de destruir una jerarquía mala, pero como principio carece de significación. El sistema de Comte niega las posibilidades de la igualdad en cuanto tal, en la misma forma en que lo hará luego la ideología racial formulada por el Conde de Gobineau. Según Comte, puede existir la igualdad entre los animales, pero no ha existido nunca entre los seres humanos, que difieren entre sí siguiendo una gama que va desde el genio al idiota. El progreso continuo de la civilización tiende a extremar las diferencias intelectuales entre los hombres. Este aristócrata intelectual denuncia, en consecuencia, el sufragio universal como síntoma de una sociedad desorganizada. La democracia moderna no es para él más que una anarquía indolente.

Esto, que tiene validez para el comtismo francés, es aplicable en Venezuela sólo al período epigonal de nuestro positivismo. En todo caso, el comtismo original comenzó a ser modificado y enriquecido en vida de su fundador. John Stuart Mill (tan citado por Toro), Spencer, Littré, Taine, o Renán pregonan el racionalismo religioso, el agnosticismo o ciertas tendencias materialistas; además, toda concepción apriorística deber ser arrinconada, por cuanto tan sólo es válida la experiencia; que la certidumbre se alcanza únicamente por las ciencias naturales; que el conocimiento de las cosas en sí es inaccesible, tesis que particularmente fue combatida extensamente por Lenin. El historiador Salcedo Bastardo apunta que: "las ideas de Comte no vienen solas, las acompañan lo peor de Darwin, Adam Smith, Stuart Mill, Gobineau, Sergi, Ratzel y Taine".

Agreguemos que al positivismo se le debe, en el país, una gran influencia en materia penal y en la interpretación de ciertos acontecimientos a través de la Antropología criminal de Lombroso; de la Sociología criminal, según el pensamiento de Ferri, y de las observaciones criminológicas que formuló Garafolo.

Los positivistas venezolanos agregaron a las consabidas influencias las provenientes de Maurice Barrés y Georges Sorel (1847-1922). En términos generales, los positivistas venezolanos buscaron más bien caminos o guías para la investigación de la Historia y de las Ciencias Naturales, quizá en razón de que sus más conocidos precursores fueron los doctores Villavicencio y Ernst.

Debe destacarse que el positivismo venezolano no representa una tendencia puramente especulativa, como ocurrió en otros países americanos, donde estaban activos los voceros de la Escuela por lo menos hasta en la tercera década de este siglo, caso de Argentina, donde todavía en 1925 se mantenía una publicación divulgativa de carácter periódico. En Venezuela aún predominan tendencias positivistas en la legislación penal. En 1958 se hallaba en plena actividad el último de los expositores del positivismo, el doctor Pedro M. Arcaya, y en 1969 dejó de existir con Rómulo Gallegos, quien modificó su positivismo inicial con algunos temas freudianos.

Cuando el historiador Guillermo Morón se ocupa de estudiar las corrientes filosóficas que se explicaban en la universidad caraqueña en vísperas de la Independencia, anota que: "por lo general, se ha estudiado en nuestra

historia de las ideas solamente a la generación positivista". No compartimos totalmente la afirmación. El positivismo nativo ha sido estudiado tanto en su desarrollo temporal cuanto a las modalidades o matices que presenta.

Veríamos, bajo la etiqueta positivista, una extraña mezcla que va de un positivismo que a veces es cientificismo (Villavicencio,Ernst), tendencias con una pequeña gota de marxismo (Gil Fortoul), se mantiene dentro de un evolucionismo (fundamentalmente en el caso del mismo Gil Fortoul) con base en Spencer o Darwin, se acogen a la Antropología criminal (Alvarado, Arcaya).

Hay por lo menos tres tiempos positivistas en Venezuela: el de los iniciadores; el de los discípulos en épocas del liberalismo guzmancista o liberalismo amarillo, y el de las tesis positivistas de Gil Fortoul, Vallenilla Lanz, Zumeta, Arcaya, durante los regímenes de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.

En el primer tiempo resulta difícil aislar características en el movimiento positivista. Se limitan sus propugnadores de esta época a propiciar el estudio de las Ciencias Naturales y fomentar una investigación histórica que arranque del estudio de los grupos de población prehispánica o de lo que de ella ha quedado. En el segundo tiempo obsérvense en los llamados positivistas la inclinación a defender el sistema democrático y sus modos de expresión. En el tercer tiempo, la mayoría de los positivistas deriva hacia la justificación de las monocracias, para utilizar una palabra introducida en el léxico castellano por el Libertador.

El doctor Salcedo Bastardo explica el positivismo vernáculo en la siguiente forma:

> De las dos versiones del positivismo: dinámica una, derivada de Herbert Spencer, evolucionista en lo social, y estática otra, con los residuos de todos los determinismos, nuestras autocracias prefieren obviamente la segunda. En el fondo, ambas son conservadoras, su lema es "orden y progreso" y no al revés. Pero mientras la primera cree factible el desarrollo, que la sociedad se transforma y que, más aún, necesariamente avanza hacia su perfección, todo lo cual supone esfuerzo y lucha esperanzada, la otra predica una resignación impotente frente a las fatalidades que subyugan al hombre y remata en un tácito desengaño,

> dentro del cual es inútil resistir y no queda más que la rendición o la fuga. El imperio de Gómez sería la prueba regia de la veracidad de los postulados de este positivismo…En toda América el fenómeno es igual: el positivismo es la filosofía de la autocracia desde México a la Argentina; y con el credo positivo se difunde un pensamiento bueno para el individualismo, para mantener el latifundio y el monocultivo, para impedir la industrialización, para humillar al indio, al negro y al mestizo, para plantear institucionalismos formalistas, así como para plantear recelos de país a país.

Es digno anotar las distintas corrientes que se observan entre nuestros positivistas, tal cual las hemos mencionado. Hay un profundo abismo entre la posición que adopta Lisandro Alvarado en su ensayo sobre la guerra federal, la de Gil Fortoul en su *Filosofía Constitucional y otros trabajos* (*Sinfonía inacabada*, *Páginas de ayer*, *Historia Constitucional de Venezuela*), César Zumeta en sus polémicas con Domingo A. Olavarría ("Luis Ruiz"), Luis López Méndez en sus formulaciones democráticas y las tesis que después de 1900 exponen el mismo Gil Fortoul, Zumeta, Eloy Guillermo González, Laureano Vallenilla Lanz o Pedro M. Arcaya.

Luis López Méndez, con meridiana claridad, en el agrio comentario a una encíclica de Su Santidad el Papa León XIII, delinea la actitud positivista en su hora:

> La dirección de las sociedades no está ya encomendada a los teólogos ni a los doctores más o menos iluminados y seráficos, sino a la observación austera y fría del filósofo que, sin la intervención de poderes sobrenaturales, estudia pacientemente esas mismas sociedades y escruta sus funciones para deducir a la luz de la razón las leyes que la rigen.

Muchas de las reservas sobre el positivismo podrían derivarse de una de las tesis que sostuvo Francisco García Calderón en su ensayo *Les Democraties de l'Amérique* al manifestar que el empirismo inglés, el eclecticismo francés o

benthanismo "no implicaban movimientos intelectuales profundos", sino se transformaban en ideologías políticas en lucha por el Poder.

La apreciación del autor peruano no parece certera por cuanto no han sido los corifeos de tales movimientos suministradores de fórmulas para conquistar el Poder. Más bien han intentado explicar el porqué de ciertos regímenes de gobierno y las causas por las cuales habían fracasado los intentos del gobierno democrático. Quizás en otro medio o ambiente bajo la influencia de costumbres diferentes a las nuestras, esos mismos positivistas criollos hubiesen seguido otras corrientes o escuelas. Algunos casos americanos corroborarían esta interpretación subjetiva, ejemplos tanto más valiosos por cuanto provienen de zonas geográficas situadas en ámbitos extremos en relación con nuestra posición.

El borinqueño Hostos, el cubano Jesús Varona o los argentinos Korn e Ingenieros fueron positivistas y luego modificaron en parte sus opiniones. Lo mismo ocurrió con Alejandro O. Deustúa (1849-1945), que, inicialmente positivista, junto a Javier Prado y Mariano Cornejo, tempranamente buscó otros rumbos.

Alejandro Korn (1860-1936) fue seguidor de las teorías lombrosianas y su positivismo se alteró profundamente por la influencia que ejercieron en su ánimo filósofos alemanes, como Schopenhauer. Un tanto parecido al caso de Korn es el del brasileño Raimundo Farías Brito (1867-1917), que cae bajo la influencia de Spinoza, Bergson y el mismo Schopenhauer. José Ingenieros (1877-1925) cerró filas en su juventud en la falange positivista, aun cuando luego fue de los primeros propugnadores del socialismo en su patria, sin dejar por ello su acendrado idealismo.

Las anteriores consideraciones pueden servir como para encuadrar el pensamiento político venezolano en una parte del siglo XX. Mejor diríamos, uno de los aspectos del pensamiento político nacional, aquel que se desarrolla al amparo del férreo sistema de gobierno que se establece en torno a la personalidad del General Juan Vicente Gómez. Este, pese al sistema tiránico que impuso, es, en el fondo, centro de un régimen característicamente liberal, al estilo americano, en muchos sentidos. Tan liberal como el de Porfirio Díaz o el de Rafael Reyes. No debemos olvidar que en América ciertas tesis liberales son aplicadas por caudillos que llegaron al poder a la cabeza de fuerzas

revolucionarias e impusieron gobiernos de hecho, convertidos después por la costumbre y el conformismo, en gobiernos de derecho.

Bajo la administración del General Gómez se robustece una de las facetas del positivismo criollo: la personificada por Laureano Vallenilla Lanz, quien ha sido considerado como el principal expositor del pensamiento político en este tiempo.

A la explicación de este pensamiento dedica su trabajo de grado Arturo Sosa Abascal, s.j., quien lo presenta bajo el título de la *Filosofía Política del Gomecismo. Estudio del Pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz*. Una valiosa bibliografía avala el trabajo realizado.

Dos o tres temas, entre una gama más amplia, se destaca en la obra de Vallenilla: a) la guerra de Independencia fue una guerra civil; b) la situación de venezolana de su época era consecuencia de la herencia étnica; c) esa herencia producía la necesidad de una autoridad ilimitada que garantizase la paz y el desarrollo pacífico institucional.

El primero carece ahora de la importancia que otrora se le concedió. Es hoy, más bien, ejercicio para eruditos. El segundo de esos temas revive periódicamente, porque pese a la falsedad de sus supuestos se niega a desaparecer del escenario. El concepto de herencia que indefectiblemente está vinculado al de "raza", conduce a interpretaciones extremas y antidemocráticas. Además, es una manera simplistas de enfocar el pathos de un pueblo. Hay encadenamientos lógicos entre el Conde de Gobineau hasta el nacional-socialismo alemán pasando por algunos positivistas y evolucionistas. Hanotaux, que escribía en una Francia más o menos estable, creía que a celtas, latinos y germanos debía el país su equilibrio político-administrativo, ya que había fusionado el federalismo, sentido unitario y espíritu liberal característico de cada uno de esos grupos humanos. No fue tema común a los positivistas el hecho de que la lamentable situación que presentaba nuestro país a comienzos del presente siglo era el resultado del fanatismo peninsular ligado desigualmente ora al fatalismo del indígena, ora a la llamada indolencia del negro. Peninsulares desunidos y guerreros, acostumbrados al gobierno individual de los adalides de las huestes; indígenas poco civilizados sujetos a caciques o magos hacedores de lluvia y negros desarraigados, por la violencia, de su África donde vegetaban bajo el dominio de regímenes señoriales paternalistas, ade-

rezaban el caldo de cultivo de la anarquía venezolana, lo cual exigía la mano fuerte de un organizador eficiente.

Median profundas diferencias entre los conceptos de "Estado fuerte", como lo entendían los positivistas de Comte a Taine; el "César democrático" tal como se desprende de las actuaciones del propio Cayo Julio; el "gendarme necesario", de G. Tarde y otros sociólogos franceses, y un "eficiente" Estado democrático.

No es fácil que los hechos históricos se reiteren por lo hábil de la actividad humana en todos los órdenes de la vida social; ni son frecuentes paralelismo en los acontecimientos por la variabilidad de los fenómenos económicos, políticos, sociales o culturales que presiden en aparición y los llevan hasta su forma final. A César lo encontramos en una determinada coyuntura y esa coyuntura es única. Se presentarán hombres cesáreos de tendencias democráticas o tendencias democráticas podrán ser defendidas por hombres cesáreos; pero César como "hombre de la Democracia", aportando el carácter peculiarísimo de esa democracia clásica, fue un fenómeno exclusivamente romano.

Por otra parte, la tesis del gendarme necesario es harto antigua. La idea de un guardián todopoderoso, de un vigoroso vigilante que, por sobre la ley escrita, sea garante de las instituciones y de la paz pública, del orden interior, no constituyó un hallazgo de Laureano Vallenilla. Él fue tan sólo el brillante y sincero expositor de una tesis política que muchos creían oportuna y conveniente.

Tal vez, o sin tal vez, el paternalismo político tiene sus raíces en la actitud de los filósofos iluministas, como Voltaire, frente a los llamados "príncipes ilustrados", o los ministros que tuvieron, como Carlos III, Federico de Prusia, Catalina II, el Marquès de Pombal, el Conde de Aranda. Tal vez las encontremos en una deformada o mal intencionada interpretación de ciertos pensamientos bolivarianos. Pensó Bolívar en alguna oportunidad que los pueblos necesitaban de los cuidados de gobiernos paternales que velasen por su bienestar.

Tomás Lander fue un singular liberal. Con ocasión de las elecciones presidenciales de 1834, escribía el *Fragmentos* número 4:

> Pobre Venezuela, tendrás que desenterrar las teorías de los hombres necesarios y ser regida por el mismo coloso durante muchos años.

Las guerras, las repetidas recesiones económicas, las endemias y epidemias provocaron en muchos sectores nacionales un sentimiento de frustración ante las posibilidades de un sistema democrático de gobierno tan agudo que Luis López Méndez se refería a él en agosto de 1887.

> Yo, que profeso la máxima de que los procedimientos de la libertad, o no sirven para nada, o cuando practicándose lealmente, sirven para todas las circunstancias de la vida de un pueblo, no puedo asentir al pensamiento que domina en el escrito de Un Imparcial, a saber, que nuestras instituciones son demasiado teóricas y que "es tiempo de abandonar por completo el campo de las ilusiones, inseguro por falaz, para trillar con paso firme el sólido terreno, de las realidades con todas sus experiencias". Por desgracia, este pensamiento va a apoderándose de muchas inteligencias, y hombres serios, de cuya buena intención no es lícito dudar, disgustados de la inmensa distancia a que entre nosotros se encuentra la práctica de la teoría, dicen ya que prefieren una constitución francamente autoritaria, con tal que sea obedecida por todos, a las utópicas leyes y de que luego nos burlamos descaradamente en la práctica.

La opinión que se había formado este sector y el evidente desencanto ante los resultados obtenidos de un sistema político no acorde con la realidad del país, inclinaban los ánimos hacia la conveniencia de ocupar el poder un gran gendarme que pusiese coto a la disolución, disgregación o desorden ambiental. Entre los sectores conservadores, la crisis institucional vio la solución en la gestión de un hombre poderoso que reuniera en sí todo el poder necesario a la realización de una empresa de recuperación nacional.

A esta época se refiere el ensayo de Arturo Sosa Abascal, s.j., que comentaríamos, pero que preferimos dejar al lector enjuiciarlo críticamente, limi-

tándonos a destacar la importancia que tienen monografías de este género, destinadas a estudiar hombres e ideas que han ejercido indiscutible influencia en el país. No es posible conocer un país si limitamos la información a las aventuras militares de sus gentes, a su laborar en materia económica, a los aspectos folklóricos o etnográficos. Buena parte del conocimiento de un país proviene del de sus aportes en el campo intelectual, porque las ideas están dotadas de vida propia, y por el triunfo de sus ideales los hombres sacrifican vida y bienes.

En: Ramón J. Velásquez. *Individuos de Número*. Caracas: Biblioteca de Temas y Autores Tachirenses, 1981, pp. 159-172.

LA CONTRIBUCIÓN DE LAUREANO VALLENILLA LANZ A LA COMPRENSIÓN HISTÓRICA DE VENEZUELA [1983]

FEDERICO BRITO FIGUEROA

"…las revoluciones como fenómenos sociales, caen bajo el determinismo sociológico en el que apenas toma parte muy pequeña la flaca voluntad humana".

Laureano Vallenilla Lanz

Conferencia pronunciada en el Instituto Nacional de Bellas Artes,

Caracas, 11 de octubre de 1911.

"Mientras existan en una sociedad clases privilegiadas y las altas posiciones sean inaccesibles para los hijos del pueblo, la democracia, la verdadera democracia social es completamente utópica".

Laureano Vallenilla Lanz

"Sentido americano de la democracia", p. 32, Tip. Universal

Caracas, 1926.

I

Nuestro interés por los clásicos de la historia científica venezolana tiene raíces en nuestro propio proceso de formación intelectual, de modo especial como historiador profesional: hace más de cuatro décadas leímos y estudiamos por primera vez las obras fundamentales de Lisandro Alvarado, José Gil Fortoul, Pedro M. Arcaya[1], y Laureano Vallenilla Lanz. Conjuntamente con

1 Entre los indicadores del estudio científico de la historia venezolana hay que incluir necesariamente a Pedro M. Arcaya. Es el más conservador de todos, desde las perspectivas estrictamente históricas, pero su trabajo *Una insurrección de Negros, Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, 1910, constituye el primer aporte, con apoyo documental al estudio de la función desempeñada por la mano de obra esclava en Venezuela colonial.

estos pensadores leímos y acotamos con reflexiones de adolescente, los libros de Rufino Blanco Fombona, José Rafael Pocaterra, Pedro María Morantes y Pío Gil. De unos y otros, nos atraía la prosa, el profundo conocimiento y dominio de nuestra hermosa lengua, la fuerza en el escribir. En todos, desde diferentes perspectivas, está presente la agónica y aparentemente, mesiánica pasión venezolana por la igualdad social por las justas causas de redención humana[2]. Esas tempranas lecturas, conjuntamente con el conocimiento de autores de significación universal, como Honorato de Balzac, Nicolás Gogol, Antón Chejov, Fiodor Dostoievski, Máximo Gorki y José Martí, han influido sensiblemente en la forma de escribir que utilizamos como expresión de la ciencia histórica. No es una autocrítica, es la simple constatación de un hecho; ahí están nuestras obras… escritas en prosa vigorosa, con respecto al pasado y al presente. Escritas con pasión, pero no con apasionamiento[3] .

En nuestros primeros trabajos orgánicos, escritos cuando estudiábamos en el antiguo Instituto Pedagógico Nacional[4],se destaca con fuerza la influencia de los fundadores de la historia científica en nuestro país. En *La Liberación de los esclavos en Venezuela,* Editorial Bolívar, Caracas, 1949, la influencia que se palpa es la de José Gil Fortoul, tanto en el plan del folleto, como en el desarrollo y hasta en las formulaciones histórico-sociales y en la prosa[5]. En *Ezequiel Zamora, Un capítulo de la Historia Nacional,* Editorial Ávila Gráfica, Caracas, 1951, la influencia que se siente es la de Laureano Vallenilla Lanz

2 En la Escuela Federal Graduada José Félix Ribas de La Victoria, alentados por los Maestros Br. Carlos Blank y Br. Silvio Orta, comenzamos el estudio de la historia nacional leyendo y escribiendo resúmenes de los textos de José Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, Caracas, 1930; Lisandro Alvarado, *Historia de la Revolución Federal en Venezuela*, Caracas, 1909, y Laureano Vallenilla Lanz, *Disgregación e Integración, Ensayo sobre la Formación de la Nacionalidad Venezolana,* Tomo I, Caracas, 1930.

3 La expresión es del Prof. Ramón A. Tovar, geógrafo, compañero de generación y de combate en la lucha por la ciencia social militante.

4 El folleto *La Liberación de los Esclavos en Venezuela* está dividido en los siguientes capítulos: Antecedentes históricos y sociales, la lucha de clases a partir de 1830 y Pervive la Esclavitud en el Campo.

5 El Libro *Ezequiel Zamora Un Capítulo de la Historia Nacional* consta de las partes siguientes: la Militancia Civil y la Pasión por la igualdad Social, las Primeras Lecciones de Organización y Estrategia Militar, La Más Honda Rebelión contra el Anciano Régimen y el Epílogode la Traición. Cada una de estas partes está dividida en capítulos.

en toda la extensión de la obra, pero especialmente en el primer capítulo. Esta observación es igualmente válida con respecto a numerosos ensayos y artículos de carácter histórico, publicados en revistas y periódicos en los que escribíamos en esa agitada época de nuestra vida intelectual[6].

Algunos artículos de prensa escribimos en el pasado sobre el polémico autor de *Cesarismo Democrático*, uno de ellos en *El Nacional* titulado "La concepción histórica de Laureano Vallenilla Lanz" en el que señalábamos lo siguiente: "Soy entre los jóvenes preocupados por los problemas sociales y el estudio de la historia nacional, uno de los que siente más honda admiración por Laureano Vallenilla Lanz. Causará asombro tal afirmación entre quienes conocen mi formación teórica y definida militancia en el campo de la democracia revolucionaria. Pero es que se trata de Laureano Vallenilla Lanz y su obra como historiador (…) con mayor agudeza y sentido crítico fue Laureano Vallenilla Lanz, del grupo de historiadores positivistas, quien mejor estudió nuestro pasado nacional. La guerra de Independencia comenzó a enfocarse como manifestación de la lucha de clases y castas, como en realidad lo fue, desempeñando en ella rol fundamental la necesidad de predominio político de la aristocracia criolla, en opinión de Laureano Vallenilla Lanz: *oligarquía* opresora y tiránica, propietaria de negros esclavos y de tierras"[7].

En otros pensadores anteriores a mi generación, que se han aproximado al estudio del pasado venezolano se siente la influencia de José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado y Laureano Vallenilla Lanz; esa influencia está presente en algunos trabajos de Salvador de la Plaza, Mario Briceño Iragorry[8] y Car-

6 Algunos de estos ensayos fueron publicados en la revista Cruz del Sur, mencionamos solamente los titulados "Las Clases Sociales en la Primera República" y "Esquema para un Ensayo de Interpretación de una Etapa de la Historia Nacional".

7 Brito Figueroa, Federico "La Concepción Histórica de Laureano Vallenilla Lanz", *El Nacional*, Caracas, 23 de agosto de 1950. En fecha reciente, el 06 de noviembre de 1970 publicamos un nuevo artículo en la página de opinión de *Ultimas Noticias* titulado "El Historiador Laureano Vallenilla Lanz". Quienes lo lean observarán que hay coincidencias con respecto al primero, pero también algunas rectificaciones, resultado de nuestra propia evolución como historiador profesional. Hay un hilo de continuidad en nuestro pensamiento, esto es evidente e innegable.

8 Briceño Iragorry, Mario, *Vida y Papeles de Urdaneta el Joven*, Tipografía Americana, Caracas, 1946.

los Irazábal, cuyo libro *Hacia la Democracia (Contribución al estudio de la Historia Económico-político-social de Venezuela),* Editorial Morelos, México, DF. 1939, constituye, en términos cronológicos el primer intento serio para estudiar la historia de nuestro país, desde las perspectivas teóricas de la metodología marxista[9]. Carlos Irazábal polemiza con las conclusiones relacionadas con el *gendarme necesario*, conclusión que considera como una "tergiversación histórica" del pensamiento del Libertador Simón Bolívar sobre el poder político en Venezuela y otras antiguas colonias hispanoamericanas, una vez conquistada la independencia.

Es necesario explicar históricamente, con sentido histórico, el porqué de la influencia de José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado y Laureano Vallenilla Lanz en quienes posteriormente hemos estudiado científicamente nuestra realidad pasada y presente, con intenciones de transformarla revolucionariamente como una posible vía hacia formas superiores de organización social. Es explicable la influencia, porque se trataba de una generación intelectualmente brillante, que por primera vez se había aproximado a la comprensión científica de nuestra historia, poniendo al descubierto áreas de investigación que hasta ese momento permanecían ocultas. Este es uno de los méritos indiscutibles de José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, Laureano Vallenilla Lanz y de Pedro M. Arcaya, aunque este último con una significación más limitada, en razón de que sus convicciones políticas francamente reaccionarias muchas veces obscurecían la pupila del historiador, fallando en consecuencia la visión de conjunto y el criterio de totalidad.

Quienes, posteriormente, desde las perspectivas teóricas del materialismo histórico, hemos estudiado la realidad social venezolana, pasada y presente, nos ha emocionado la claridad en cuanto a la exposición y la profundidad en cuanto a la interpretación de Laureano Vallenilla Lanz. Esto es así en nuestro caso personal como historiador profesional. Con relación a la Venezuela colonial, las áreas de investigación son comunes, sólo que nosotros no nos hemos limitado a estudiar solamente el carácter de clase de la sociedad venezolana en el siglo XVIII sino que hemos avanzado hasta estudiar las formas de propiedad y las relaciones con el mercado capitalista exterior que están

9 Irazábal, Carlos, *Hacia la Democracia*, Editorial Morelos, México DF, 1939.

presentes en la estructura de clase de aquella sociedad. Laureano Vallenilla Lanz únicamente plantea el primero de los elementos mencionados, elemento que para nosotros se transformó en una hipótesis de trabajo, pero que evidentemente nos ha sido muy útil. Estas observaciones son igualmente válidas con respecto a la Venezuela del siglo XIX, pero existen sensibles diferencias entre las áreas investigadas por Laureano Vallenilla Lanz y las que nosotros hemos investigado y continuamos investigando, hasta culminar en Venezuela Contemporánea, época de la dependencia petrolera y la neocolonización. Es decir, nuestro tiempo. Laureano Vallenilla Lanz, cuestión suficientemente conocida, interpretó solamente las coordenadas fundamentales de la historia de la Venezuela petrolera.

En el caso nuestro y con relación a Laureano Vallenilla Lanz, ha ocurrido el mismo fenómeno −sentido de continuidad y conflicto− que se plantea entre una nueva generación de historiadores y la más luminosa generación de historiadores cronológicamente anterior: hay influencia y en muchos casos repetición de formulaciones, pero siempre hay revisión y enriquecimiento de conclusiones en las áreas coincidentes, además de lo nuevo que aporta la naciente generación hasta que ésta cuaje y se apodere del campo. Hablo de la historia científica, desde luego, y no de la simple acumulación de datos sin el hilo teórico conductor de la investigación documental o *fáctica.* Esto es así, no solamente por el desarrollo de la propia ciencia histórica, sino porque, como recordaba Marc Bloch[10], el presente de la nueva generación de historiadores plantea problemas hasta entonces inéditos, las raíces de cuya explicación hay que buscar en el pasado, surgiendo, en consecuencia, diferentes reflexiones e interpretaciones. Pero lo permanente de las anteriores generaciones de historiadores, lo *históricamente válido*, continúa su curso. Solamente desaparecen consumidas por el tiempo*les copeaux*, -las virutas-. Siempre el historiador -cuando lo es realmente- existe y vive inmerso en los conflictos de su presente, no en abstracto sino en lo concreto y en este sentido es historiador militante[11]. Laureano Vallenilla Lanz fue historiador militante de su épo-

10 Cf. Bloch, Marc. *Apologiepour L'Histoireou Métier D'Historien*, Libraire Armand Colin, París, 1949.

11 Cf. Febvre, Lucien. *Combatspour L'Histoire*, Libraire Armand Colin, París, 1953.

ca[12], nosotros de la nuestra: época de la colonización integral de Venezuela. También esto tiene un sentido histórico o historicista, si se quiere.

II

Escritas las anteriores consideraciones, con carácter de introducción al tema, es conveniente referirnos al objeto en sí de este ensayo de interpretación, es decir la contribución de Laureano Vallenilla Lanz a la comprensión histórica de Venezuela. Se plantean dudas, inquietudes, interrogantes. He aquí algunas de ellas: ¿Pero es que realmente el autor de*Cesarismo Democrático* contribuyó a la comprensión histórica de Venezuela? ¡Cómo! ¿El teórico del "gendarme necesario" que, según Carlos Irazábal constituye "una tergiversación histórica"[13] y una deformación del pensamiento bolivariano, contribuyendo en algo a la comprensión histórica de nuestro país? Para responder estas interrogantes es conveniente remitirnos a los textos fundamentales de Laureano Vallenilla Lanz.

El primer texto al cual nos referimos es *Disgregación e Integración*[14], escrito de acuerdo con los planes de trabajo del autor, paralelamente con *Cesarismo Democrático*, solamente que fue publicado en 1930. Partimos de *Disgregación e integración*, por la temática general del libro, por las áreas investigadas: se trata de la Venezuela colonial, período en que se forma históricamente la Nación venezolana, configurada definitivamente en el contexto de la guerra nacional de independencia, pero en la que, una vez lograda ésta, "la herencia

12 A lo largo de la obra de Laureano Vallenilla Lanz la condición de historiador militante se destaca sensiblemente. La historia para el autor de *Sentido Americano de la Democracia* es un instrumento de lucha. Puede diferirse en la interpretación y en muchas de las conclusiones políticas pero no en la forma cómo se apoyó en la historia instrumento de combate en el mundo de las ideas. Además de esto Laureano Vallenilla Lanz tenía el vigor y la fuerza de los grandes polemistas de la lengua castellana.

13 Irazábal, Carlos, *Op. Cit*., p. 123, sostiene que: "La tesis del Gendarme necesario no es original de Vallenilla Lanz. Antes que él, el peruano Francisco García Calderón, a través de una errónea interpretación de los hechos históricos, había llegado a elaborar la teoría del *Dictador Necesario*. Esos dos teóricos del despotismo suelen invocar el ideario bolivariano para justificar sus postulados".

14 Vallenilla Lanz, Laureano, *Disgregación e Integración*, Tip. Universal, Caracas, 1930.

colonial se impone con fuerza incontrastable y subsiste en nuestro ambiente psicológico, como subsiste en la estructura de las ciudades"[15].

Al estudiar Venezuela colonial, Laureano Vallenilla Lanz se detiene preferentemente en las formas de organización política y en la estructura social y, sólo de referencia, en los elementos estructurales de la economía. En este orden de ideas, estudia la evolución de los Cabildos -órganos de poder político en los centros urbanos coloniales- hasta su transformación en instituciones *oligárquicas* que, con la misma fuerza que se oponían a las exacciones del Estado metropolitano, constituían un instrumento político de dominación del *común*, de la masa general de la población, mulatos y "gente de color libre" además de la explotación de la mano de obra esclava y de los campesinos *enfeudados*, realidad esta última que constituía el fundamento económico de las familias que predominaban en los Cabildos y Ayuntamientos, pero que Laureano Vallenilla Lanz soslaya estudiar en sus interpretaciones. Para completar el cuadro, es indispensable *descubrir* las relaciones que existen entre uno y otro fenómeno. Este es uno de nuestros aportes a la comprensión histórica de Venezuela.

Laureano Vallenilla Lanz estudia minuciosamente cómo ese pequeño número de familias[16], generalmente emparentadas entre sí, se apodera progresivamente de los Cabildos hasta llegar a dominar, en el siglo XVIII y en la primera década del siglo XIX, formando una verdadera *aristocracia municipal*, unida por lazos de sangre, pero también por el poder económico que le facilitaba el control del *plus producto* creado por la mano de obra de esclavos y de los campesinos en condiciones de *enfeudamiento*.

Esto último, no lo observa Laureano Vallenilla Lanz. En términos de síntesis esas familias en el siglo XVIII eran las siguientes:

15 Vallenilla Lanz, Laureano, *Op. Cit*., p. XIII.

16 Laureano Vallenilla Lanz fortalece su interpretación en un juicio de Alejandro de Humboldt: "…Pequeño número de familias que en cada comuna, sea por una opulencia hereditaria, sea por hallarse establecidas de muy antiguo en la colonia ejercen una verdadera aristocracia municipal" (*Op. Cit*.,p.91, nota a pie de página).

> …los Herrera, Orta, Figueredo, Sanojo, Paz, Illaramendi, en San Carlosde Austria; Los Chirinos, Carrera, Zárraga, Navarrete, Colina, Arcaya, Tellería, Garcés, en Coro; los Alvarado, Garmendia, Yépez, Anzola, en el Tocuyo; Los Galindes, Álamo Perera, Planas, Parra Andrade, Alvarado, Mujica, en Barquisimeto; los Alvarez, Riera, Oropeza, Aguinagalde, Zubillaga, Montes de Oca, en Carora; los Alcalá, Mexia, de la Cova, Bermúdez, Sucre, Maíz, Rojas, Urbaneja, Martínez, Rodríguez de Astorga, Carrera, Centeno, Vallenilla, Freites, Luces de Guevara, Bastardo, Hernández, Isturde, en Cumaná, y Barcelona; los Guerra, Arismendi, Marcano, Guevara, Silva, Narváez, Maneiro, en Margarita; los Púmar, Méndez, Briceño, Villafañe, Pulido, en Barinas; los Carrillo, Gabaldón, ¨Pimentel, Mendoza, Chuecos, Saavedra, en Trujillo; los Bescanza, Bustillos, Fajardo, Unda, Andueza, en Guanare; los Maya, Nadal, Elizondo, Lizarraga, Alvarez de Lugo, Domínguez, en San Felipe; los Picón, Uzcátegui, Ruíz, Paredes, Dávila, Manzaneda, Aranguren, Cordero, en Mérida; los Sánchez, Usechi, Casanova, Maldonado, Colmenares, Cárdenas, Chacón, Nucete, Angarita, Vivas, en San Cristóbal y otras villas del Táchira; los Malpica, Párraga, Páez, Escorihuela, Hernández de Monagas, en Valencia; los Ugarte, Andrade, Carrasquero, Baralt, Delgado, González, Urdaneta, Celis, Troconis, en Maracaibo; en Caracas el mantuanismo tan opulento en riquezas como en virtudes: los Bolívar, Herrera, Tovar, Palacio, Pacheco, Blanco, Mixares de Solórzano, Plaza, Rivas, Montilla, Obelmexia, Ribas, Ibarra, Toro, etc., en todas ellas llenaban a cabalidad las funciones sociales de élite, su papel de clase dirigente…[17] .

17 Vallenilla Lanz, Laureano, *Informe* presentado al Ministerio de Relaciones Interiores en 1915 en su condición de Director del Archivo General de la Nación, fragmentos en *Op. Cit*., p. 90, nota al pie de la página.

Los Cabildos de la Venezuela colonial en el siglo XVIII estaban controlados por un número limitado de poderosos grupos familiares, es decir, eran "el patrimonio de la clase noble, hasta el punto que se pretendió excluir de ellos hasta los propios peninsulares, y naturalmente servían antes que todo a los intereses y preocupaciones de aquella clase que en cada localidad estaba constituida por una sola familia. (…) No solo en las ciudades sino en las villas principales, los Cabildos estaban en manos de cierto número de familias notables, presentando el fenómeno de la especialización hereditaria de las funciones municipales que ayudada por las diferencias de raza, los constituían no en una clase sino en una casta superior, habituada a la supremacía local y dispuesta a defenderse de las clases inferiores y de los advenedizos por más que fuesen peninsulares no sólo por el exclusivismo político sino por la jerarquización social más completa, por la endogamia y la repulsión respecto de todo aquel que no pudiera comprobar su limpieza de sangre"[18].

Una clase social, pensamos nosotros, lo cual no excluye que *funcionaran* elementos de carácter étnico y jurídico que pueden conducir a pensar en una *estratificación social* en términos de casta. Una clase social propietaria de la riqueza territorial, es decir, del *latifundio* colonial, cuya existencia reconoce Laureano Vallenilla Lanz en *Cesarismo Democrático,* y explotadora de la mano de obra esclava y del campesinado en condiciones de *enfeudamiento*[19]. Una clase social de terratenientes o latifundistas, en cuyas plantaciones[20] se produce fundamentalmente para el mercado capitalista exterior por intermedio de los canales burocráticos del sistema colonial, por intermedio de los *comerciantes* y *mercaderes* de los centros urbanos o por la vía expedita de "comercio ilícito" o contrabando. Una clase social tiránica y opresora de la "gente

18 Vallenilla Lanz, Laureano, *Op. Cit*., pp.88 y 90-91.

19 En las plantaciones de cacao y añil existía una categoría de campesinos formada por antiguos esclavos manumitidos y por mulatos libres y mestizos que pagaba renta al latifundista por el cultivo de la tierra. Esto es comprobable documentalmente en los Valles Centrales, en el Oriente venezolano y en la Provincia de Coro. La renta se pagaba en trabajo personal o especie.

20 En las plantaciones de productos agrícolas exportables, especialmente cacao, coexistían dos modos de producción, en el siglo XVIII. Uno que no puede ser denominado sino de carácter esclavista y otro regido por nexos económicos de enfeudamiento.Así se producía en las plantaciones venezolanas para el mercado capitalista exterior.

de color libre" y de los "blancos de orilla sin solar conocido". Una clase social de latifundistas ausentistas que, conjuntamente con la incipiente burguesía mercantil y usuraria, representaba el uno por ciento de la población, según los cálculos presentados en algunos de nuestros trabajos[21].

Hay una íntima correlación entre el control de los cabildos y el dominio sobre la riqueza territorial agraria ejercido por la *aristocracia municipal*, según la terminología de Alejandro de Humboldt y Laureano Vallenilla Lanz, por los terratenientes o latifundistas esclavistas según nuestras formulaciones económico sociales. La diferencia de lenguaje no altera la esencia del fenómeno, y éste no es otro que en Venezuela siglo XVIII, poder político y local y poder económico son los dos miembros de una ecuación es la del orden colonial impuesto por el Estado metropolitano.

Pero la historia no se desarrolla en línea recta. Al contrario, asciende en espiral preñada de conflictos, síntoma de íntimas contradicciones. Observamos, en efecto, que esa *aristocracia municipal* tiránica y opresora con respecto a las "clases de baja extracción y bastardo origen", rápidamente evoluciona hacia la rebeldía frente a la burocracia colonial y no teme coincidir en el Estado metropolitano. Es una dualidad que se constata en la segunda mitad del siglo XVIII, por lo que no es accidental su oposición para que a los Cabildos ingresaran peninsulares. Como tampoco es accidental el pensamiento de Juan Francisco de León, el levantisco y *acriollado* canario, cuando, en sus textos habla de la patria refiriéndose a la Provincia de Caracas y Venezuela, y de ellos, los opresores, es decir, la Compañía Guipuzcoana[22]. Detrás de este movimiento, cuestión suficientemente conocida, estaban los *cosecheros* y hacendados, los grandes, medianos y pequeños cultivadores de cacao, prácticamente toda la Venezuela de entonces.

21 Brito Figueroa, Federico, *Las Insurrecciones de los Esclavos Negros en Venezuela Colonial*, p. 32, Editorial Cantaclaro, Caracas, 1961, cf. del mismo autor *La Estructura de Venezuela Colonial,* primera edición, Instituto de Investigaciones de la Facultad de Economía UCV, Caracas, 1963; segunda edición, incluyendo apéndice documental, ediciones EBUC, Caracas, 1978.

22 *Documentos relativos a la Insurrección de Juan Francisco León*, (Prólogo de Augusto Mijares), Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Caracas, 1949.

En este contexto, en el centro de un doble conflicto económico-social –colidiendo con la burocracia colonial, enfrentándose a las "clases baxas y viles"– se desarrolla el sentido nacional y de lo nacional en la antigua *aristocracia municipal*. Siempre jugando con fuego sin quemarse las manos: coopera en la captura de los negros cimarrones y castiga sin piedad a los rebeldes, pero al mismo tiempo participa en el comercio y "composición de negros de mala entrada"; forma parte de las milicias de blancos para combatir las rebeliones de esclavos, pero no olvida que esas milicias podrían constituir un punto de apoyo para sus propias aspiraciones; simpatiza con la conspiración democrática de Manuel Gual y José María España, pero coopera con las autoridades coloniales para debelarla; simpatiza con Francisco de Miranda pero lo traiciona cuando lo estima oportuno. Es un juego doble que denota la existencia de una firme *conciencia de clase* que matiza lo que los hechos posteriores denotan como inevitable: el enfrentamiento con el Estado metropolitano español.

Pero, ¿por qué ha de ser inevitable el enfrentamiento? Por la simple razón de que los plantadores venezolanos constituyen una clase explotadora pero productora, ligada desde su formación al mercado capitalista exterior, relación entorpecida y frustrada por el orden colonial metropolitano. Esta es la causa de sus permanentes tendencias autonómicas, primero y, posteriormente, independentistas, cuando las circunstancias exteriores le indicaban que era el momento *oportuno* para romper la sujeción extranjera: ese momento lo brindaba la revolución democrático-burguesa en Europa Occidental. Coincidiendo con la necesidad de participar libremente *funcionan* como una audaz *burguesía* –sin serlo estructuralmente– y se apoyan, teórica y políticamente, en la ideología democrático-burguesa para justificar el movimiento nacional de independencia. Nuevamente jugaban con fuego, pero esta vez el fuego los abrazaría. Con aguda penetración y brillante juego de metáforas, Laureano Vallenilla Lanz presentaba esta situación en los siguientes términos:

> La rebelión que comenzó como un juego de niños, dirigida por las manos finamente enguantadas del marqués del Toro, viene a terminar sobre una charca de sangre y un inmenso montón de ruinas, como un potro cerril bajo la mano áspera y brutal

> del llanero Páez. Desde entonces la pirámide quedó definitivamente invertida[23].

¿En qué sentido quedó definitivamente invertida la pirámide social? La información documental y la coherente interpretación teórica brindada por Laureano Vallenilla Lanz ayudan a comprender este planteamiento. Es cierto, como lo señala el autor de *Cesarismo Democrático*, que "los blancos habían sido siempre los amos, los propietarios, los dominadores, los privilegiados por las leyes y las costumbres. Ejecutores de la justicia y la administradores perpetuos de los bienes del común, una ambición muy legítima les había llevado a declarar la independencia, a desconocer el Rey de España con el único objeto –según la opinión de los realistas– de sustituir al Monarca para establecer lo que Bolívar llamará la *tiranía doméstica activa y dominante*"[24]. Esta situación explica con claridad por qué "…contra esa casta debían desatarse, naturalmente, los odios de las clases populares, contra su vida y contra sus intereses. Blanco, propietario y patriota, era todo uno para los soldados de Boves y de Yáñez; blanco, propietario y godo continuó llamándose (…) *todo el que tenía algo que perder*"[25].

Esto es lo históricamente singular de la guerra nacional de independencia de Venezuela en lo cual se conjugan íntimamente dos aspectos: la liquidación del *sistema colonial* –independencia política– y la liquidación del orden colonial –clases sociales antagónicas, con elementos de *estratificación* en castas–. Es lo que Laureano Vallenilla Lanz descubre al señalar que "Nuestra guerra de independencia tuvo una doble orientación, pues a tiempo que se rompían los lazos políticos que no unían con la madre patria, comenzó a realizarse en el seno del organismo colonial, una evolución liberadora en cuyo trabajo hemos consumido un siglo, hasta llegar al estado social en que nos hallamos (…). En nuestra guerra de independencia, la faz más trascendental, la más digna de estudio es aquella en que la anarquía de todas las clases so-

23 Vallenilla Lanz, Laureano, *Cesarismo Democrático*, Tipografía Garrido, Caracas, 1952, p. 213.

24 Vallenilla Lanz, Laureano, O*p. Cit*., p. 112.

25 *Ibid*., p. 112.

ciales dio empuje al movimiento igualitario que ha llenado la historia de todo este siglo de vida independiente "[26]. Esta es la razón por la cual la sociedad colonial venezolana pierde su carácter de casta en el proceso de la guerra nacional de independencia. En esto, nuestra historia es singular y ese fenómeno constituye un aporte del proceso social venezolano a América Latina y por su significación, a la historia de la humanidad. Escasos son los pueblos en el mundo que cuentan con una tradición revolucionaria en la que se funden dinámicamente lo específicamente nacional y lo social igualitario.

Laureano Vallenilla Lanz considera que, cualitativa y cuantitativamente, el movimiento *socialista igualitario y oclocrático* predomina sobre lo específicamente nacional-independentista; lo demuestra documentalmente. Lo comprueba mediante la interpretación teórica. Para él, nuestra guerra nacional de independencia fue fundamentalmente una guerra civil y social, sólo que ella, en el cuadro general de la revolución democrático-burguesa a nivel mundial, condujo a la ruptura del orden colonial y del sistema político colonial. Esta tipificación, a su juicio, no disminuye en nada su valor en cuanto la formación de la Nación venezolana, ni con respecto a su significación en el contexto latinoamericano y universal de la época. Escuchemos al autor de *Cesarismo Democrático*:

> Decir que la guerra de Independencia fue una guerra civil, no amengua en nada la gloria de nuestros Libertadores. Toda guerra entre hombres, dijo Víctor Hugo, es unaguerra entre hermanos, la única distinción que puede hacerse es la guerra justa y guerra injusta; la humanidad hace mucho tiempo que considera como las más justas de todas las revoluciones aquellas que llevan por objeto la emancipación de los pueblos y el acrecentamiento de la dignidad humana[27].

En el cuadro general de la guerra nacional de independencia, el pueblo combatió siempre contra el orden económico-social colonial, en esto no hay

26 *Ibid.,* pp.2 y 12.
27 *Ibid*., pp. 1-2.

la menor duda, pero se ha difundido la versión reaccionaria elaborada por la historiografía *goda*. El pueblo siempre fue *insurgente* de otra especie como decía el Regente Heredia, como opinaba Juan Pablo Morillo, sólo que, en los cuatro primeros años, luchó bajo las banderas de José Tomás Boves ("el primer Jefe de la democracia venezolana", según Juan Vicente González) y, posteriormente, a las órdenes del libertador Simón Bolívar, el verdadero primer Jefe de la nacionalidad y de la democracia social en nuestro país. Así como las clases dominantes (sectores más avanzados y patriotas) tenían claro el objetivo que buscaban en la guerra, es decir, la emancipación nacional, las clases "baxas y viles" tenían igualmente claro el objetivo que perseguían: la igualdad social.

La nobleza colonial, en conjunto, siempre había sido anti-pueblo y modo beligerante: contra las clases populares, llegando en muchos casos a enfrentarse, legal y jurídicamente, al Estado metropolitano cuando este por razones financierase influido por la ideología democrático-burguesa en su modalidad del despotismo ilustrado, pretendió modificar positivamente "la cerrada estructura social de la colonia". En 1796 y 1801, "aquella fuerte y poderosa oligarquía"[28], constituida en Cabildo, protesta contra la abierta protección que escandalosamente presta a los mulatos o pardos y toda gente vil para menoscabar la estimación de las familias antiguas, distinguidas y honradas: (…) la inmensa distancia que por siglos había separado a las clases sociales de la colonia; la ventaja y superioridad de los blancos y la baxesa y subordinación de los pardos"[29].

Es contra la clase social que así se expresaba, por boca de sus más calificados representantes, contra *esta diablocracia*, que se habían rebelado los esclavos en el siglo XVIII, habían pleiteado los mulatos y negros libres en los centros urbanos y contra la cual combaten "los degolladores" de Monteverde, Yáñez, Cerveriz y José Tomás Boves hasta 1814 comandados por jefes que, "…aunque isleños y peninsulares muchos de ellos, tenían largos años de residencia en el país, habían ejercido los oficios y profesiones que los ponían más en contacto con la gente del pueblo, y en presencia del Ejército Expedi-

28 Ibíd., pp. 35.

29 Cf.*Ibíd*., pp. 35 y 37.

cionario, eran tan extraños como cualquiera de los llaneros del Guárico o de Apure, de Barcelona o de Barinas"[30]. Es igualmente Laureano Vallenilla el que transcribe la tipificación que de ellos hace Rafael María Baralt:

> El uno era antiguo pirata, el otro un doméstico servil e ignorante; cual de ratero había pasado a jefe militar y este era un figonero soez[31].

Laureano Vallenilla Lanz demuestra documentalmente que fueron venezolanos e isleños y peninsulares acriollados los que lucharon en nuestro territorio por la independencia o contra la Independencia porque el aporte militar del Estado metropolitano fue mínimo, quedando suficientemente claro que los más emponzoñados adversarios provenían de las más ricas familias de la nobleza colonial[32]. Ahí están los nombres y casi nos sentimos tentados a transcribirlos, pero mejor leerlo en el texto original, de los que "…formulaban aquellas listas de proscripción y de muerte; componían las Juntas de Secuestros, formaban los Ayuntamientos que protestaban a cada paso contra la independencia, clamaban en todos los tonos por el total exterminio de los patriotas, y muchos de ellos llegaron a merecer, por la tremenda exaltación de las pasiones, por la insaciable ferocidad de sus odios, aún de los mismos funcionarios españoles, el mote de *somatenes*"[33].

Estos sí eran realmente los sostenedores del régimen colonial en Venezuela, no el pueblo, no las clases populares, no las "clases baxas y viles", que antes y después de la independencia sí tenían necesidad de liquidar el orden económico-social colonial para obtener la plena igualdad social. Pero volvamos nuevamente a Laureano Vallenilla Lanz: "Con un velo pudoroso ha pretendido ocultarse siempre a los ojos de la posteridad este mecanismo íntimo de nuestra revolución, esta guerra social, sin darnos cuenta de la enorme tras-

30 *Ibíd*., p. 5.

31 Baralt, Rafael María, *Resumen de la Historia de Venezuela*, t. I., p. 186, Cf. Vallenilla Lanz, Laureano, *op. cit*..

32 Vallenilla Lanz, Laureano, O*p. cit*., pp. 19-20, incluye los nombres de las más importantes familias de la nobleza colonial adversarias de la independencia. Ahí están sus nombres.

33 *Ibíd*., pp. 20-21.

cendencia que tuvo esa anarquía de los elementos propios del país, tanto en nuestro desarrollo histórico como en la suerte de casi toda la América del Sur. Venezuela fue por causa de aquella lucha formidable una *escuela de guerra-para todo el continente*. (…). Si el levantamiento contra España hubiera sido unánime; si todos los núcleos pobladores hubieran levantado el estandarte revolucionario, conservándose desde luego –como sucedió en Norte América aún en medio de la guerra– la organización social de la Colonia, muy otra habría sido la historia nacional, y el ejemplo de Chile que no vio sucumbir sus altas clases sociales, que todavía predominan, es bastante a comprobar nuestro aserto (…) Jamás nuestros caballos llaneros hubieran pisado las altas cumbres de los Andes meridionales y nuestro Libertador tendría en la historia más o menos las mismas proporciones que el General José de San Martín"[34].

Sí, es cierto, José Félix Ribas, Simón Bolívar, Santiago Mariño, Ambrosio Plaza, Mariano Montilla, Bartolomé Salom y demás caudillos de la emancipación nacional, provienen de la nobleza colonial pero por formación ideológica y por sentimientos patrióticos estaban sobre los mezquinos intereses de su clase. En esto constituye precisamente su grandeza como héroes de la nacionalidad, especialmente de Simón Bolívar quien comprende que para las "clases baxas y viles" el Programa de la guerra de independencia nacional, además de este objeto, se identificada con dos realizaciones democrático-revolucionarias: la abolición de la esclavitud –no solamente de la trata negra abolida desde 1810– y la entrega de la tierra a los depauperados del campo. Esta es la razón de la promesa de libertar a los esclavos que se incorporaran a la armas patriotas y de la Ley de Reparto que prometía –en su primera redacción– "entregar la tierra en las propiedades mismas" a los soldados, clases y oficiales del Ejército Libertador. Este programa contribuyó poderosamente a cambiar la *forma* de la guerra de emancipación. El contenido continuó siendo el mismo: independencia nacional e igualdad social.

En el contexto de ese contenido, la guerra nacional de independencia reduce a su mínima expresión la *estratificación social* colonial y la esclavitud desciende en el 30 por ciento, descendiendo igualmente su significación cualitativa en el cuadro de las relaciones de producción, en las que comienzan a pre-

34 *Ibíd.*, pp. 9-10.

dominar, cada vez con más fuerza, los nexos de enfeudamiento. Hay transferencia de propiedad agraria, pero el *latifundio colonial* subsiste como unidad de explotación, fenómeno que Laureano Vallenilla Lanz interpreta con exactitud.

> …el latifundio colonial pasó sin modificación alguna a las manos de (…) caudillos, quienes habiendo entrado a la guerra sin bienes algunos de fortuna, eran a poco de constituida Venezuela los más ricos propietarios del país. A esta violación de la Ley de Repartos en perjuicio de los llaneros se siguió la reacción del partido realista, que apoderándose de los consejos del Gobierno y de los Tribunales de Justicia, comenzaron a anular las confiscaciones de los bienes de los emigrados, arrebatándoseles a los guerreros de la Independencia, a quienes se les habían asignado en recompensa de sus servicios, para devolvérselos a sus antiguos propietarios y a sus descendientes que regresaban al país. Bien entendido que esta medida no alcanzó ni podía alcanzar al General Páez, ni a algunos otros magnates que continuaron aumentando su riqueza territorial con las propiedades de los realistas[35].

Ese latifundio se incrementa a expensas de las tierras baldías nacionales y municipales –los llamados terrenos de realengo en la época colonial–. De modo que, como clase, los latifundistas se favorecen con la guerra nacional de independencia, sólo que la tierra como riqueza social comienza a ser controlada conjuntamente por los descendientes de las antiguas familias y por quienes se habían enriquecido en el proceso de la guerra, o mediante la especulación con los "haberes de guerra". Esto es importante señalarlo, porque aquí esta parte de la explicación de las insurrecciones campesinas y antiesclavistas de la segunda mitad del siglo XIX en Venezuela.

El programa del Libertador para repartir los latifundios de los godos –adversarios de la independencia: venezolanos, peninsulares o canarios– entre "el pueblo en armas", así como la abolición de la esclavitud –no la manumisión–, programa realmente democrático-revolucionario, fue anulado,

35 *Ibíd*., pp. 106-107.

porque, como señala Laureano Vallenilla Lanz: "Fueron realistas, militares y civiles, y sus descendientes inmediatos, quienes unidos con los patriotas adversarios del Libertador (…) constituyeron aquel partido poderoso que, desde 1822, se apoderó de la prensa y de los Ayuntamientos, convirtiéndolos, como en el antiguo régimen, en intérpretes y defensores de sus intereses. En 1825, acusa a Páez, que hasta entonces había permanecido más o menos sometido al Libertador, (…) por la ejecución de la ley de milicias, para rodearle un año más tarde cuando se alza contra la constitución (…). Mantendrá a Venezuela en un estado de constante agitación proclamando los más opuestos principios políticos, interviniendo en las elecciones hasta llevar sus representantes al Congreso, apoderándose de los Tribunales de Justicia, de las jefaturas políticas y de las localidades (…).Fueron los realistas, con la cooperación de uno que otro de sus antiguos adversarios, quienes apoderándose de la dirección de la República, pretendieron revivir las disciplinas tradicionales, las fuerzas conservadoras de la sociedad, casi desaparecidas en el movimiento tumultuoso y oclocrático de la revolución y establecer, a pesar de los principios constitucionales y llamándose los *amigos del orden*, una especie de mandarinato, fundado principalmente en una oligarquía caraqueña de "*tenderos enriquecidos con actitudes de personajes*"[36], formando, con José Antonio Páez a la cabeza, el Partido Godo, Conservador o Tradicionalista que controla al Estado venezolano hasta el 24 de enero de 1848.

Para Laureano Vallenilla Lanz, el origen de ese partido y la formulación del singular movimiento liberal venezolano del siglo XIX, está en íntima conexión con el carácter de la guerra nacional de independencia por que ella "fue al mismo tiempo una guerra civil, una lucha intestina entre dos partidos opuestos compuestos igualmente de venezolanos, surgidos todas las clases sociales de la colonia"[37]. Lo que se observa a partir de 1840, con la constitución del Partido Liberal, es la continuación de esa lucha, sólo que bajo el signo de otros principios aparentemente nuevos, por que detrás estaban los verdaderos intereses económicos-sociales en pugna, expresados en la contradicción: esclavos contra amos esclavistas, peonaje y campesinos *enfeudados*

36 *Ibíd*., pp. 26-27.
37 *Ibíd*., p. 27.

contra latifundistas y estos últimos a suvez enfrentados a los grupos usuarios de la burguesía mercantil exportadora-importadora. Es en este sentido, que Laureano Vallenilla Lanz no considera que el Partido Liberal nació en 1840, ni Antonio Leocadio Guzmán puede considerarse como fundador de ese importante movimiento social y político:

> Cuando en 1840 el señor Guzmán, que había sido hasta entonces un partidario y favorito del General Páez, fue según sus propias palabras arrojado de la casa de Gobierno, el partido liberal compuesto en su gran mayoría por los antiguos patriotas fieles amigos del Libertador, estaba ya constituido por las necesidades, los intereses, las pasiones y los principios proclamados por el liberalismo doctrinario y sancionados por el constitucionalismo abstracto de 1811. (…) Examíneseel estado social de Venezuela para aquella época, tómese en cuenta la supervivencia de los antagonismos de castas y de clases, que nos legó la Colonia, las rivalidades parroquiales, el bandolerismo de las llanuras, los odios engendrados por la guerra civil de Independencia, la miseria y la desmoralización del pueblo, la tiranía ejercida por la clase militar habituada al despotismo, la opresión de las leyes económicas protectoras del capital y las exacciones que a su amparo se cometían, el fisco colonial en casi todo su antiguo vigor, las leyes penales opuestas a los preceptos de la constitución y a los hábitos de impunidad de las poblaciones llaneras, las persecuciones a que daba lugar la recolección de esclavos, emancipados por los patriotas y realistas durante la guerra y sometidos de nuevo por la ley de manumisión al dominio de sus antiguos amos; analícense en fin, la multitud de otros gérmenes anárquicos legados por la organización colonial y por la guerra, que nosotros hemos pormenorizado en el curso de estos estudios, y se verá como coincidía con los instintos de la gran masa popular, la propaganda de aquellos hombres que hablaban de igualdad, de libertad, de reformas legislativas, de abundancia, de distribución de bienes, de abolición de la esclavitud y de la

> pena de muerte, y por último, de sustituir con hombres nuevos a los godos opresores del pueblo (…). Los miserables, los proscritos de los goces sociales, los adeudados por el alto interés del capital y arruinados y perseguidos por las leyes de crédito, los militares desposeídos del fuero y sin pensión de retiro, los llaneros habituados al abigeato y castigados ahora con la pena de azotes, los esclavos y manumisos que habían saboreado el goce de la libertad y hasta conquistado grados y honores en la guerra, perseguidos por sus amos con el apoyo de las autoridades; todos esos grupos sociales para quienes la vida era un tormento, (…) tenían que ver con odio a los hombres del Gobierno y considerar como redentores a quienes le hacían promesas de bienestar[38].

El liberal Antonio Leocadio Guzmán, cínico demagogo social, era un político de las clases dominantes, más concretamente de una de sus fracciones: los hacendados o terratenientes lesionados por las "leyes económicas protectoras del capital y las exacciones que a su amparo se cometían". Su programa se limitaba a "hombres nuevos, alternabilidad republicana", y no llegaba a sintetizar ni a expresar la naturaleza de los cambios económico-sociales que requería la sociedad venezolana de la postguerra de independencia, especialmente a partir de la crisis de 1841. Estos cambios correspondían –hablamos en términos potenciales: hipótesis y posibilidad– a una profunda revolución democrático-burguesa, Antonio Leocadio Guzmán no estaba a la altura de estos cambios, pero detrás de su demagogia social, vino la cosecha: la insurrección antiesclavista y campesina de 1847 y la insurrección campesina de 1859-1864, esta última en el contexto de la Guerra Federal, guerra de los cinco años o Guerra Larga.

Si se observa el movimiento social venezolano en tres momentos significativos: 1817-1821, 1840-1848 y 1859-1864, se constata que hay un hilo de continuidad histórica, cuya expresión lo constituye el Programa "el pobre igual al rico, el negro al blanco: la *igualación social*",como puede leerse en infinidad de documentos de la época. Esa es la constante que surge conjun-

38 Vallenilla Lanz, Laureano, *Disgregación e integración*, ed. cit.,pp. XXVIII, ss.

tamente con la lucha por la emancipación y que, lograda ésta, se prolonga a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, hasta que naufraga con Antonio Guzmán Blanco, cónico como el padre, pero además de esto, autócrata, quien llegará a afirmar, refiriéndose a los *godos*: "los he destruido hasta como núcleo social".No era cierto. Se había aliado a ellos, desde los días del Pacto (o traición) de Coche: "el epílogo de la traición"[39]. Se había enriquecido con los despojos de la revolución y con los empréstitos suministrados por la plutocracia británica: "Es un *godo* de otra especie" susurraba Felipe Larrazábal al oído de Matías Salazar. Es "el nieto de la Tiñosa…lo que se hereda no se hurta: se ha robado hasta los cálices de las iglesias y saqueado los tesoros de los conventos", comentaban los estudiantes de la Universidad Central de Venezuela.

Para Laureano Vallenilla Lanz, 1814, año de lo que él llama la *insurrección popular*, es clave para la comprensión del contenido real de la guerra nacional de independencia. Es el momento culminante en que José Tomás Boves o Bobes, a la cabeza de hasta 31.000 llaneros[40], irrumpe en el Centro de Venezuela, liberando esclavos y elevándolos a las más importantes jerarquías militares, repartiendo las propiedades de los blancos entre los mulatos y otorgándoles *papeletas de propiedad*, destruyendo violentamente los fundamentos del *orden social colonial*. Esta es la razón por la cual los representantes más conscientes del Estado Metropolitano, como el Regente Heredia y Manuel Cagigal, llaman a José Tomás Boves *insurgente de otra especie*, considerándolo más peligroso que el propio Libertador Simón Bolívar[41].

Este planteamiento –viniendo de labios realistas adoradores del Rey– es sumamente importante y para comprender la verdad que encierra, es indispensable *estudiarlo históricamente* y no en abstracto, fuera de la época en que ocurrió el fenómeno. El Libertador representa, hasta 1814, los intereses de la Nación en conjunto y los principios democrático-constitucionales, es decir, la

39 Cf. Brito Figueroa, Federico, *Tiempo de Ezequiel Zamora,* Ediciones Centauro, Caracas, 1975.

40 En carta enviada por Francisco Tomás Morales a Juan Pablo Morillo, en 1816, informaba el antiguo "sirviente, contrabandista y pulpero", que José Tomás Boves comandaba 19.000 soldados y tenía, además reunidas para las acciones otros 12.000.

41 Cf. Heredia, José Francisco, *Memorias del Regente Heredia*, Edit. América, sf., Madrid. Igualmente Urquinaona y Pardo, Pedro, *Memorias de Urquinaona*, Edit América, sf., Madrid.

Patria y la República. Simboliza, por su heroísmo y pasión liberaría, una *guerra justa*, tal como lo entendían desde diferentes perspectivas teóricas Víctor Hugo, Laureano Vallenilla Lanz y V. I. Lenín. José Tomás Boves simboliza la insurrección contra el *orden social colonial*; y en el cuadro de la *praxis* revolucionaria, por las repercusiones concretas de esa *insurrección*, no luchaba por la estabilidad del *sistema político colonial* como lo demuestra todo el proceso de la guerra hasta 1821 y la lucha de clases hasta la revolución federal.

Al evolucionar y madurar el pensamiento político del Libertador, especialmente a partir de 1813 con el Decreto de Guerra a muerte, Bolívar penetra en las causas que habían transformado a José Tomás Boves en el caudillo de los esclavos, mulatos, negros libres: en otras palabras de los depauperados de la época. En razón de esto, amplía el Programa de la guerra de emancipación e incorpora como nuevos objetivos la abolición de la esclavitud y el reparto de tierras en las *propiedades mismas*, lo primero en 1816, lo segundo en 1817. Ya había muerto José Tomás Boves, y la mayoría de sus tenientes, entre otros el heroico Pedro Camejo o Negro Primero, combatían por la emancipación. De no haber muerto Boves, posiblemente también habría combatido en los mismos términos. Laureano Vallenilla Lanz señala que esta posibilidad, en buena lógica, no está descartada: José Tomás Boves no era un defensor consciente del Estado metropolitano, pero sí adversario consciente del *orden social* colonial.

Hay coincidencia y diferencias con respecto a la interpretación de Laureano Vallenilla Lanz: la historiografía patriotera, en conjunto, no solamente difiere sino que considera una infamia esa interpretación. También difiere, desde otras perspectivas, un pensador de la significación intelectual de Miguel Acosta Saignes; coinciden Ricardo Martínez[42], A. Valdivieso Montaño[43] Federico Brito Figueroa[44] y Juan Uslar Pietri, quien no solamente saluda con entusiasmo, sino que amplía la tesis del autor de *Cesarismo Democrático* con respecto al contenido de la lucha social en 1814.

42 Martínez, Ricardo, *A partir de Boves*, Ediciones CIBEMA, Caracas, 1963.

43 Valdivieso, Montaño, A., *José Tomás Boves*, Edit. González, Caracas, 1955.

44 Brito Figueroa, Federico, "Boves la Rebelión de los Pardos", *El Nacional*, Caracas, 23 de agosto de 1950; "La personalidad del terrible asturiano", El Nacional, 5 de octubre de 1951.

> La rebelión popular de Venezuela en 1814: no es un simple acontecimiento local, natural en la lucha. Sino el suceso social de más envergadura que registra la Historia de la emancipación americana. No encontramos un hecho igual en ninguna parte del Continente, si exceptuamos al Santo Domingo Colonial, que pueda ser comparado a Venezuela. (…) En ningún momento se vio algo semejante en la lucha por la independencia de las otras Repúblicas (…) en Venezuela, y eso es lo interesante del asunto, hubo además de la guerra de independencia una revolución, estructuralmente hablando. (…) Revolución ésta que no tuvo que ver con el Rey de España ni con el realismo, sino que todo lo contrario, tuvo características democráticas y niveladoras. (…) Esa rebelión fue un movimiento tanto o más sangriento que la Jacquerie y que la misma Revolución Francesa. (…) No me explicó como ha sido posible interpretar como realismo la rebelión por el solo hecho de decirse realista. El que haya observado un poco al pueblo venezolano, democrático hasta los tuétanos, no puede afirmar que hubiese sido éste capaz de ser partidario del Rey y de los privilegios. (…) Aquellas insurreccionadas montoneras que iban saqueando y matando blancos, cometiendo sacrilegios en las iglesias, ensangrentando altares, no podían ser jamás realistas, ni representantes del orden y la religión. Lo que sucedía era que aquellos hombres abrazaban las banderas realistas como un pretexto para satisfacer sus odios de clase, para realizar la libertad social que anhelaban[45].

45 Uslar Pietri, Juan, *Historia de la Rebelión Popular de 1814*, p. 7 y pp. 8-9. Es conveniente revisar entre otros los siguientes títulos: Blanco Fombona, Rufino, *Bolívar, y la Guerra a Muerte*, (Época de Boves 1813-1814),Impresores Unidos, Caracas, 1942; BriceñoIragorry, Mario, *Casa León y su Tiempo*, Edit. Edime, Caracas, 1954; Leal, Ildefonso, "Nota introductoria al Plan de Gobierno de la Junta Superior y Tribunal Especial de Secuestros de Caracas, promulgado en 1815". *Revista de historia* número16, pp.75,ss., Caracas, mayo 1963, y Carrera Damas, Germán, *Sobre el significado Socioeconómico de la Acción de Boves*, Imprenta Universitaria, UCV, Caracas, 1964. Esta última obra incluye una rica bibliografía.

Las voces coincidentes con la interpretación de Laureano Vallenilla Lanz constituyen una excepción. Lo que domina es la explicación patriotera y *clasista*: falsamente patriota. Pero, ¿por qué patriotera y *clasista*?

Por razones muy simples y lógicas: nuestro pasado histórico, hasta que aparecen José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado y Laureano Vallenilla Lanz, quienes introducen un poco de orden desde el punto de vista científico, había sido escrita con *ideología goda*, escrita por descendientes de quienes habían sido conscientemente realistas y partidarios del Rey, y una vez lograda la emancipación, se habían apoderado de la dirección política e intelectual de la República, a la vez que controlaban la economía[46].

La independencia política es un hecho después de la Batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1821, y en el contexto de la guerra desaparece la *estratificación social colonial*,[47] a la vez que desciende sensiblemente el número de esclavos, hasta la abolición legal de la esclavitud en 1854. Es decir, por la vía violenta, por la fuerza de las armas e inspirada en diferentes principios ideológicos, Venezuela realiza, en cuatro décadas, dos de los grandes objetivos esbozados en el Programa democrático-revolucionario de los Libertadores de la Patria. Pero hay un objetivo trascendental que queda pendiente: la entrega de la tierra a quienes la trabajan y quienes habían hecho posible la emancipación: *el pueblo en armas*, como recordaba Simón Bolívar.

No escapa a Laureano Vallenilla Lanz la consideración de este último

46 No solamente se trata de quienes siempre lucharon por el régimen colonial, hecho debidamente comprobado por Laureano Vallenilla Lanz sobre la base de más de 300 documentos localizados en los archivos de España, se trata también de los que renegaron y se colocaron al servicio del Rey como Juan Rodríguez del Toro Presidente del Congreso Constituyente de 1811, quien no solamente jura fidelidad al Rey, en su nombre y en el de sus hermanos el Marqués y D. Fernando sino que abjura de la "independencia y del espíritu democrático de la revolución constituido como se hallaba él, por razones físicas y morales, para figurar en una sociedad de mejor rango", Laureano Vallenilla Lanz, *Op. Cit.,* p. 77, nota al pie de página. Estos fueron los que regresaron al país, rodearon a José Antonio Páez y se apoderaron de la República. Además habría que considerar a quienes habiendo luchado por la emancipación al lado de los Libertadores eran francamente conservadores: fueron los que se opusieron siempre a la abolición de la esclavitud y modificaron en beneficio suyo la ley de repartos.

47 Vallenilla Lanz, Laureano, *Críticas de Sinceridad y exactitud*, Ediciones Garrido, Caracas, 1956, pp. 151-157.

problema. Es el primer investigador que demuestra cómo la burguesía mercantil-usuraria se apodera, mediante la especulación con los *haberes de guerra*, de las tierras destinadas por los Libertadores para ser entregadas en propiedad a los soldados de la emancipación. Este es uno de los aspectos del problema agrario venezolano en el siglo XIX, porque además hay que considerar que los antiguos y nuevos latifundistas entran a saco en las tierras baldías nacionales y municipales, incorporándolas al dominio privado.

Este es el fondo económico-social de la insurrección campesina de 1859-1864, en la que se destaca la figura de Ezequiel Zamora, el Jefe de la revolución democrático-popular en las condiciones de su tiempo. Esa insurrección campesina se desarrolla en el contexto de la Guerra Federal y fácilmente se comprende porque su Programa es "tierra y hombres libres, igualación social". Es sangrienta, violenta, tanto como la insurrección popular de 1812 y como la insurrección antiesclavista de 1847, solo que ya no existía la esclavitud desde el punto de vista legal.

Las luchas de clases en la sociedad colonial y a lo largo del siglo XIX hasta la insurrección campesina de 1859-1864 constituyen el fundamento de lo que Laureano Vallenilla Lanz denomina *democracia social*. En su opinión ningún otro régimen político tenía asidero histórico en unas condiciones como las descritas en páginas anteriores: régimen de igualdad social efectiva, sin discriminaciones basadas en diferencias de casta y clase, con libre acceso para los humildes a todas las jerarquías políticas y militares. Esto no podía ser posible en una *República oligárquica* como la instituida en 1830, y por esta razón no se puede hablar de "Edad de Oro de la República", como lo hace el calificado escritor Ramón Díaz Sánchez, y, si se habla, es solamente con respecto a los poderosos del momento y nunca con relación a los humildes y hambrientos, es decir, los descendientes de las antiguas "clases baxas y viles", que aspiraban a ser ciudadanos no únicamente en el texto de la ley, sino también en términos económicos.

Laureano Vallenilla Lanz observa que solamente una institución *funciona* coherentemente en el cuadro de esa lucha de clases: el caudillo militar-popular. Primero fue José Tomás Bóves, luego Simón Bolívar, José Antonio Páez y demás libertadores y, finalmente, Ezequiel Zamora. Algunos incluyen a Antonio Guzmán Blanco. Nosotros lo excluimos porque realmente era un

autócrata y demagogo que supo utilizar mañosamente la modalidad política-caudillo para prevaricar de la revolución democrática[48]. Laureano Vallenilla Lanz considera que, habida cuenta el no funcionamiento en la realidad concreta de las *instituciones democráticas formales*, solamente la institución del *caudillo popular* facilitaba la democracia social. Pero ¿Es que acaso esto no es cierto en el caso de la Venezuela del siglo XIX y todavía en las primeras décadas del siglo XX? ¿Es que acaso todavía muchos de los movimientos políticos de Venezuela contemporánea no *funcionan* sobre una base caudillista, en los que los principios desempeñan un lugar secundario? Entonces ¿cuál es el crimen de esa *democracia* cometido por Laureano Vallenilla Lanz por el cual aún se les execra como: "…el inescrupuloso apologista y filósofo de la Dictadura", según expresión del *godo* colombiano Laureano Gómez, expresión repetida por los apologistas de la *democracia formal* en nuestro país, tan demagogos como Antonio Leocadio Guzmán, tan autócratas y prevaricadores como Antonio Guzmán Blanco: *fantoches* como ambos.

Apoyado en la observación de la realidad y en el material histórico, Laureano Vallenilla Lanz, elabora la tesis del *César Democrático*, vulgo *Gendarme Necesario*. Sí. Un caudillo popular, por su origen de clase, para sostener las conquistas de la *democracia social*, frente a la oligarquía y los privilegiados de la fortuna, es decir, los económicamente poderosos. Un caudillo o Jefe popular, no para sostener el orden clasista tradicional. Esta es la esencia de la tesis política, resultado de la investigación histórica, de Laureano Vallenilla Lanz.

Esta posición de principio lo conduce, necesariamente, a entrar en colisión con la *democracia política formal*, tal como se presentaba en su tiempo, en Europa Occidental, Estados Unidos de Norteamérica y algunos países de América Latina, especialmente en Colombia: "Ni el régimen parlamentario, ni el sufragio universal, ni el sistema federal, cuyo mecanismo cabe perfectamente bien dentro de cualquier forma de gobierno, constituyen el ideal democrático. Mientras que existan en una sociedad clases privilegiadas

48 Que me perdonen mis colegas y alumnos pero hay tanta similitud psicológica entre Antonio Guzmán Blanco y Rómulo Betancourt, que muchas veces me he sentido tentado a escribir una semblanza común de estos dos personajes: son maestros en el arte de prevaricar y, además, ambos tienen "las mañas del gitano y la astucia del Capitán Araña".

y las altas posiciones sean inaccesibles para los hijos del pueblo, la democracia, la verdadera democracia social es completamente utópica"[49]. Y que decir de Colombia, donde, cuando Laureano Vallenilla Lanz escribía *Cesarismo Democrático* (primera década del siglo XX) existía un verdadero "cesarismo teocrático", y donde todavía (séptima década del siglo XX) solamente el 8 por ciento de la población participa en el sistema electoral mediante el sufragio universal, y la *oligarquía bogotana* controla la economía del país casi en los mismos términos que sus ascendientes sociales lo hacían en la colonia.

La democracia política a la cual se oponía Laureano Vallenilla Lanz, es el régimen que culmina en su tiempo como resultado de la revolución democrático-burguesa sometida a crítica desde la época de los socialistas utópicos –Saint-Simon, Fourier, Owen, etc. etc– hasta los socialistas revolucionarios –Carlos Marx, Federico Engels, Augusto Bebel, etc., etc.– pasando por los socialistas libertarios y reformistas, hasta los social-católicos representados por los exégetas de la *Encíclica Rerum Novarum*. Laureano Vallenilla Lanz coincide con esta brillantepléyade de críticos de la sociedad, basado en el capitalismo, ninguno de los cuales puede ser considerado *cesarista*. Escuchemos las opiniones de Laureano Vallenilla Lanz, al respecto:

> En Europa la existencia de las clases miserables irredimibles, ha hecho fracasar la democracia. Porque no puede haber igualdad donde la miseria corroe a la gran mayoría de la población, y donde la profunda desigualdad económica hace imposible a los humildes el acceso a los rangos monopolizados por las clases pudientes. Lo mismo ha sucedido en nuestra América, en aquellos países donde el régimen de la propiedad perpetúa en manos de un reducido número de familias el dominio del suelo, condenando a la gran masa a un estado de sumisión muy semejante a la esclavitud. (…) En Europa, en la misma Francia, (…) tierra clásica de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad, no ha habido sino una sustitución de clases privilegiadas. (…) El

49 Vallenilla Lanz, Laureano, *El sentido Americano de la Democracia*. Tip. Universal, Caracas, 1926, p. 32.

> movimiento democráticoha tropezado en Europa con la fuerte división de clases basada sobre la desigualdad económica –que traza alrededor de los esfuerzos individuales los mismos círculos infranqueables que la desigualdad jurídica– impuesta por el régimen de la propiedad, y la cual permite la acumulación de bienes en manos de unos pocos y la miseria progresiva del mayor número, ahondando fatalmente el abismo que ninguna declaración teórica de igualdad de derechos podría colmar jamás. Clases económicas completamente herméticas reemplazan a las antiguas clases jurídicas. Separadas por los intereses, la lucha de clases continúa bajo diversas formas. Es cierto que ya los hombres no están distribuidos por la ley en grupos jerárquicamente superpuestos como se hallaban bajo el antiguo régimen, pero como un contraste de la distribución de la riqueza, el antagonismo de clases no es hoy menos trágico que en los tiempos pasados. Detrás de la fachada igualitaria, las fuerzas económicas continúan fatalmente su trabajo de oposición[50].

Este es el pensamiento histórico-político de Laureano Vallenilla Lanz. Con él coincidimos en muchos aspectos, diferimos en algunos: así tiene que ser en el mundo de las ideas. Diferimos especialmente en cuanto al papel desempeñado por Juan Vicente Gómez. Es cierto, en este personaje hay la pasta del caudillo venezolano del siglo XIX, tanto como lo había en Nicolás Rolando, Horacio Ducharme, Zoilo Vidal o Juan Pablo Peñaloza, por ejemplo. Pero no son las condicionesde caudillo las que permiten que Juan Vicente Gómez se entronice en el poder, despótica y cruelmente, durante veintisiete años. En este caso concreto, esto fue lo menos importante. La dictadura de Juan Vicente Gómez se entroniza porque este accedió a lo cual se opuso dignamente Cipriano Castro: entregar el subsuelo de la Nación a los monopolios internacionales. En esto está la clave del secreto del triunfo de Juan Vicente Gómez sobre sus adversarios: fue cruel y despótico con respecto a sus compatriotas y sumiso frente a los monopolios internacionales, una

50 Vallenilla Lanz, Laureano,*Op. Cit*., pp. 32, 34 y 35.

sumisión lacayuna, de caporal de hacienda…Cipriano Castro fue otra cosa y por eso muere dignamente sin Patria, perseguido y prácticamente prisionero, en Puerto Rico, que ya era colonia norteamericana, como lo es todavía[51].

Laureano Vallenilla Lanz es un historiador profesional que se formó a sí mismo, sin estudios académicos ni universitarios sistemáticos, pero sí tenía una cultura superior: simplemente se califica como autodidacta y divulgador de teorías históricas, pero es algo más que esto. Es el fundador de los estudios históricos científicos en nuestro país, desde las perspectivas de lo que era la *ciencia de la historia* en su tiempo. Este es su mérito más relevante, y así lo consideramos quienes cultivamos la *ciencia de la historia* desde las perspectivas teóricas e inquietudes sociales de nuestro tiempo.

¿Cuál es su aporte en este sentido? Veamos algunos de ellos. Con Laureano Vallenilla Lanz se inicia la *investigación* del pasado histórico venezolano y no la simple *recopilación* y *narración* comunes en Blanco y Azpúrua, Manuel Landaeta Rosales, Juan Vicente González, Rafael María Baralt o Felipe Larrazabal, para mencionar solamente algunos de nuestros grandes románticos o recopiladores. Con Laureano Vallenilla Lanz se inicia un *tratamiento-metodológico* del material documental y esto lo hacía con pleno conocimiento de causa:

> Los maestros de la metodología histórica, después de sentar el principio de que la historia se escribe con documentos, indican las operaciones, indispensables, que el erudito debe poner en práctica a fin de purificar el documento, poniéndolo en condiciones de servir al historiador. Estas operaciones –partiendo

51 Laureano Vallenilla, Lanz, sirvió lealmente al régimen de Juan Vicente Gómez en cargos secundarios: Director del Archivo Nacional, Director de *El Nuevo Diario*, que había sido fundado por Diógenes Escalante, y Ministro Plenipotenciario de Venezuela en Francia. Sirvió por convicción de que era el régimen impuesto por la realidad económico-social del momento, y no por oportunismo. En este sentido, es importante su respuesta a José Rafael Pocaterra, recién salido de la Rotunda: "¡Pero Chico! Tú no conoces la historia de Venezuela… De setenta y pico de revoluciones, sólo han triunfado cuatro o cinco…Si yo no tuviera esa convicción, ¿crees tú que un hombre como yo estaría metido en esta vaina?" *Memorias de un venezolano de la Decadencia* (Tomo 2) (Caracas: Elite, 1937), p. 189.

> de la heurística, que consiste en la rebusca y clasificación del documento– comprende la Crítica Externa, de procedencia y de interpretación; y la Interna o Psicológica, que es la crítica:- Sinceridad y Exactitud. (…) Pero aun ciñéndose estrictamente a las reglas de la Metodología histórica, hasta purificar el documento, llega un instante en que la*Exposición* reclama del historiador aquello que Ricardo Palma creía indispensable para escribir buenos versos, aún después de saber la fórmula: En el medio hay que poner talento[52].

Estas reflexiones eran el resultado no solamente de sus lecturas individuales de las obras fundamentales de quienes en aquel momento podrían considerarse como los maestros de la historia, sino además de lo que el historiador Nikita Harwich Vallenilla apunta en su *Biografía Intelectual de Laureano Vallenilla Lanz*: este durante su larga estadía en Europa, especialmente en Francia, se había matriculado como alumno oyente en la Universidad de París y en el *College de France* y asistido a las clases dictadas por Charles Langlois y Charles Seignobos, autores de *Introducción aux Etudes Historiques*. Este es un dato importante en la formación intelectual de Laureano Vallenilla Lanz.

Al situarse en el plan de la investigación histórica científica, rápidamente Laureano Vallenilla Lanz comprende que categorías como castas, clases sociales, intereses económicos-sociales, pugnas y luchas de clases tenían que *funcionar* como *factores* significativos en el proceso histórico venezolano. En el mismo sentido, el medio geográfico y los grupos étnicos formadores de la *población venezolana*. Con igual fuerza el sentimiento nacional *y de lo nacional* y el *carácter social* del venezolano, que ya es una realidad en la segunda mitad del siglo XVIII, constituido bajo el signo de la lucha por la *igualdad social*. Estos son algunas de las contribuciones de Laureano Vallenilla Lanz al desarrollo del estudio de la ciencia de la historia en nuestro país. Bastaría esto solamente para entrar en la historia y lamentar solamente –lamentar con

52 Vallenilla Lanz, Laureano, *Críticas de Sinceridad y Exactitud*, ed. cit., pp. 1 y 2. Estas son exactamente las mismas ideas que posteriormente sostiene Marrou, H.J., *De la ConnaissanceHistorique*, Aux. Editions Du Seuil, París, 1958.

dolor– que no hubiera tomado el camino que tomaron Pedro María Morantes (Pío Gil), Rufino Blanco Fombona, José Rafael Pocaterra y Rómulo Gallegos. Uno desde los primeros momentos de la dictadura petrolera de Juan Vicente Gómez, y otros en fecha tardía: pero la historia son los hechos simplemente.

Podríamos considerar a Laureano Vallenilla Lanz, ¿simplemente como un positivista, como el mismo se calificaba? Sí y no. La respuesta es afirmativa si pensamos en los historiadores positivistas como Hipólito Taine y Agustín Thierrry, considerado este último por Carlos Marx como el "el padre de la lucha de clases en la historia francesa". No, en el sentido de que Laureano Vallenilla Lanz no fue un determinista a secas como Augusto Comte, a pesar de que podría pensarse lo contrario al señalar que "…las revoluciones como fenómenos sociales, caen bajo el determinismo sociológico en el que apenas toma parte muy pequeña la flaca voluntad humana"[53]. Pero con esto, simplemente estaba subrayando el carácter inexorable de las revoluciones cuando el desarrollo económico-social las coloca en el orden del día.

¿Tuvo conocimiento Laureano Vallenilla Lanz de la ciencia de la historia cultivada desde las perspectivas del materialismo histórico? Sobre esto, que para nosotros es sumamente, importante, solamente tenemos escasa información. Sabemos positivamente que estaba informado sobre el movimiento socialista europeo, especialmente el francés: para comprobarlo, basta leer sus notas sobre Jean Jaurés y Karl Kautsky, y con respecto a los clásicos del marxismo, solamente tenemos una información testimonial, que indica que Laureano Vallenilla,como hombre de cultura superior, sí estaba familiarizado con la lectura de los fundadores del socialismo científico[54]. Pero no dejó escrita ninguna nota al respecto. Esto es lamentable porque estas notas nos ayudarían a comprender mejor su significación como historiador militante. Habida cuenta esta limitación, no dudamos en considerarlo, sin embargo, como el más grande cultivador de la historia científica premarxista en nuestro país…

53 Vallenilla Lanz, Laureano, *Cesarismo Democrático*, ed. cit. p. 1.

54 Información testimonial suministrada al autor por el político marxista militante, Eduardo Machado, quien sostuvo una conversación al respecto con Laureano Vallenilla Lanz en París, cuando el primero regresaba de la Unión Soviética.

Es el homenaje que le rinde nuestra generación de historiadores militantes, tal como lo entendía Lucien Febvre en sus *Combats pour L´Histoire*: "…el título que he escogido recordará siempre lo que hubo de militante en mi vida. No será el de *Mis Combates*. Claroque no: nunca he luchado a favor mío ni tampoco contra tal o cual persona determinada. Será *Combates por la Historia*, ya que por ella he luchado toda la vida".[55]

Caracas, 21 de abril de 1978.

En: Laureano Vallenilla Lanz. *Obras Completas.* Caracas: Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Santa María, 1983, Tomo I, pp. I-XXIV.

55 Febvre, Lucien, *Combatspour L´Histoire*, p.V. Libraire Armand Colin, París, 1953.

EL PENSAMIENTO POLÍTICO POSITIVISTA Y EL GOMECISMO {FRAGMENTOS} [1983]

ARTURO SOSA ABASCAL, S.J.

INTERPRETACIÓN DE LA HISTORIA Y TEORÍA POLÍTICA DEL GOMECISMO

No pretendemos en estas páginas introductorias otra cosa que apuntar algunas claves de comprensión que nos permitan iluminar la cuestión de la relación entre el paradigma de pensamiento en el que se desarrolla ese movimiento positivista y la formulación de un pensamiento político que sirva de sustrato y justificación al régimen político que encabezó Juan Vicente Gómez.

La revisión de las principales obras de los más connotados autores de esta corriente nos lleva a pensar que la instancia última de explicación del gomecismo de los positivistas es la vinculación entre la interpretación que ellos hacen del proceso histórico venezolano y la evaluación de lo que está sucediendo con Gómez en el poder. De allí la importancia de darle un vistazo a las líneas fundamentales de interpretación de la historia que realizan los principales escritores de la corriente positivista.

a. Una visión científica de la Historia de Venezuela

Nuestros positivistas están profundamente convencidos de la necesidad de ver a la sociedad y sus fenómenos como un organismo que puede estudiarse y explicarse de acuerdo con los requisitos de la Ciencia Positiva. Para ellos la Sociología es la cima de la ciencia y la que puede guiar a los dirigentes políticos en sus formas de conducción de los conjuntos humanos. Se trata de explicar a la sociedad en base a los hechos limpiamente observados de los que pueden inducirse leyes permanentes que a su vez permiten predecir comportamientos.

> Los que nos inspiramos en el método de Taine procedemos de otro modo. Tratamos de observar los hechos como son en cada pueblo; no nos atenemos a nombres, aunque suenen como los que en otros países corresponden a determinados conceptos. Para creer que significan lo mismo, porque recordamos cómo varían las acepciones de los términos, especialmente los que se refieren a ideas abstractas o a condiciones sociales, al pasar de un medio a otro de diferente mentalidad hereditaria[1].

Dentro de la sociología la historia ocupa un puesto primordial. Sólo conociéndola muy a fondo y científicamente puede darse cuenta de los fenómenos sociales. En esto existe un paralelo con las ciencias naturales concebidas igualmente como "historia natural". Una convicción que hace a Laureano Vallenilla Lanz afirmar rotundamente:

> Pero en el estado actual de las ciencias sociales toda afirmación que no se base en hechos positivos es inconducente y errónea.
>
> Las conquistas de Augusto Comte, Spencer, Bastian, Taine, Litourneau, Lazarus, Simmel, Wagner, Lhering, Ratzel, Gumplowitz, Loria, Bougle, Tarde, Durkheim, Worms y toda una legión de sociólogos han invadido los dominios de las antiguas teorías e impreso rumbos más ciertos al estudio de los fenómenos históricos y políticos; la ruidosa revolución que, levantando la bandera del método experimental, ha hecho de la historia y de la política dos ramas estrechamente ligadas a las ciencias positivas no se ha tomado en cuenta todavía, cuando se pretende analizar y explicar la evolución política y social de Venezuela[2].

1 Arcaya, Pedro Manuel: *Personajes y hechos de la historia venezolana*. Caracas, 1911, p. 204.
2 *Disgregación e integración*. Caracas, 1930, pp.LVII y X.

Esta afirmación radical va a inspirar los estudios de estos autores. Para ello formulan sus explicaciones políticas sobre la base real de lo que sucede en el país cuando ellos escriben, porque:

> La política no puede tener otro fundamento que la evolución histórica de cada país; porque sencilla o complicada, estable o mudable, bárbara o civilizada, la sociedad tiene en sí misma su razón de ser. Se puede explicar su estructura por extraña que sea, sus instituciones por contradictorias que parezcan. Ni la prosperidad, ni la decadencia, ni el despotismo, ni la libertad, son jugadas de dados producidas por las vicisitudes de la suerte, ni golpes teatrales improvisados por la arbitrariedad o el capricho de un hombre. Obedecen a condiciones a las que no podemos sustraernos. En todo caso nos conviene conocer esas condiciones[3].

b. Tradición, medio geográfico y razas

El determinismo y el evolucionismo, ideas ejes del paradigma positivista, tienen como mecanismos causales concretos, entre otros, la tradición, la geografía, y el sustrato étnico de un pueblo. Estos son factores decisivos en la estructuración de las relaciones económicas y de la cultura política del momento de la evolución en el que se encuentra nuestra sociedad.

La tradición, formada por la acumulación de la experiencia política de cada pueblo, es una fuerza poderosa que sigue actuando como conciencia colectiva heredada en los móviles de la conducta social. Los pueblos viven de esas tradiciones que se transmiten de generación en generación de un modo análogo a la transmisión de los caracteres genéticos en el mundo natural. Por eso la respuesta social a las nuevas situaciones, no es un proceso repentino, sino gradual. Los pueblos no se desligan fácilmente de su pasado y las ideas tradicionales sirven de transición a las nuevas que llegan a formar parte de un patrimonio o sustrato tradicional acumulativo.

3 *Ibíd*, pp. LVII-LVIII.

> Creemos con el Doctor Le Bon que detrás de las instituciones y los trastornos políticos de cada pueblo se encuentran determinados caracteres morales e intelectuales, de los que deriva su evolución y constituyen el alma nacional, por lo menos, la base inconsciente del espíritu popular, formada por el lento depósito de los sentimientos que dejaron en herencia las generaciones extinguidas[4].

Los ingredientes constitutivos de las tradiciones de cada pueblo tienen que ver directamente con la influencia decisiva que sobre ellos ejerce el medio geográfico, y con las características del sustrato étnico que se forma por la interrelación de las razas que lo conforman.

En relación a la influencia de estos factores dice Vallenilla Lanz:

> Es ya un axioma de psicología social la influencia del medio físico y telúrico en los instintos, las ideas y las tendencias de todo género que caracterizan a cada pueblo en particular, tomando el concepto de medio en su más amplia concepción. La constitución geográfica, que impone las relaciones sociales y económicas de los hombres colocados en una región determinada; el régimen político y administrativo: la mezcla de razas originadas por la conquista y por la introducción de elementos extraños en calidad de esclavos, produciendo la disgregación de los caracteres somáticos y psicológicos de las razas originarias; todos esos factores, fijados luego por la herencia en el transcurso del tiempo, han dado origen a los distintos conglomerados humanos que pasando de la familia al clan, del clan a latribu, han llegado, atravesando por múltiples vicisitudes que forman la historia particular de cada pueblo, hasta constituir las naciones modernas, que son actualmente la última expresión de las sociedades[5].

4 Arcaya, Pedro Manuel: *Personajes y hechos de la historia venezolana,*p. 253.

5 *Disgregación e integración,* pp. 110-111.

El tipo venezolano, en razón de la influencia del medio geográfico, es el llanero; tipo clasificado como "primitivo". Por tanto, cualquier transformación en las formas políticas del pueblo venezolano exige necesariamente la transformación del medio físico que asegure la permanencia de los cambios en el orden social.

Otra categoría explicativa del comportamiento político ampliamente utilizada por los positivistas es la de raza o sustrato étnico. Se trata de una categoría compleja que incluye tanto elementos propiamente "biológicos" del concepto de raza y sus implicaciones genéticas, como elementos de tipo "cultural", es decir, relacionados con las costumbres, los modos de representación del mundo, las formas de establecer las relaciones sociales y de ejercer el poder político; formas que se transmiten en el tiempo formando el tejido del proceso histórico.

> Cuando se habla de "fiesta de la raza", ¿a qué raza se refieren? Supongo que no se pretende abarcar en el concepto antropológico a todos los pueblos españoles y americanos que representan el más completo mestizaje que recuerda la historia, la química completa de las razas, que decía el Conde de Gobineau. Raza debe significar en este caso, para que no se cometa un enorme disparate, psicología, mentalidad, cultura. Sobre todo cultura, porque en castellano o español, piensan, hablan y escriben multitud de hombres, españoles y americanos, cuyos caracteres somáticos se diferencian profundamente.[6]

Esta concepción de la raza es la que explica la importancia que le dan estos autores a la "mezcla" que se produjo durante la colonia. Se trata de determinar el sustrato cultural, las tradiciones, los elementos que conforman esa acumulación del inconsciente colectivo. El conocimiento de las características de las culturas que contribuyeron a la formación del pueblo venezolano será una de las bases fundamentales en la determinación del estado de evolución en que se encuentra ese pueblo y de las exigencias de orden político que de él se desprenden.

6 Vallenilla Lanz, Laureano: *Críticas de Sinceridad y Exactitud*. Caracas, 1921, pp. 319-320.

> En suma, las condiciones de raza y de medio son en todas partes condiciones esenciales de los actos de la vida social;la repetición constante de los mismos actos origina costumbres, y las costumbres forman la trama de la historia. Sin recordar ésta es imposible darse cuenta del estado social de un pueblo, y, al propio tiempo, la historia es incomprensible si no se analizan previamente los elementos orgánicos y físicos que han contribuido a constituirla y determinarla[7].

Desde estas categorías analizan, entonces el devenir del proceso de formación de nuestro pueblo.

c. El proceso de formación histórica del pueblo venezolano

Como es lógico desde la perspectiva en la que se sitúa este pensamiento, la historia de Venezuela comienza con la llegada de los españoles. Durante la primera fase, la que conocemos como lo conquista, la característica definitoria es la anarquía. Una anarquía provocada por la pretensión de cada uno de los conquistadores de imponer el orden, o sea, de establecer la dominación del Imperio Español. Lo que se consigue en el sometimiento de los indígenas, no tanto por las leyes de la Monarquía Española, cuanto por la opresión directa de cada uno de los conquistadores, sin más control que su propia fuerza y voluntad:

> Pero la verdad es que no comenzamos ni por el régimen del legalismo municipal democrático, pura imaginación de los escritores de nuestros días, ni por la monocracia absolutista de gobernantes que a los conquistadores y fundadores impusiese la Madre Patria. Comenzamos por la anarquía, la disgregación de la opresión ejercida, no por autoridades extrañas sobre los conquistadores, sino por cada uno de estos o por los grupos en que se dividieron sobre los indígenas[8].

7 Gil Fortoul, José: El hombre y la historia. En: *Obras Completas*. Caracas: Ministerio de Educación, 1956, Vol. IV, p. 339.

8 Arcaya, Pedro Manuel: *Estudios de Sociología venezolana*.Madrid, s/f. p. 87.

Al primer impacto de la conquista lo sucede el período colonial caracterizado por la estabilización del dominio de los españoles (blancos) y sus descendientes americanos sobre el conjunto de las relaciones sociales, y el complejo proceso de mestizaje cultural. Esta última característica va a ser objeto de especial atención por los positivistas porque en ella van a encontrar los fundamentos del comportamiento político.

La propensión al absolutismo ejercido por los jefes la encuentran presentes en las tres razas que se interrelacionan en este período:

> Podemos llegar, pues, a la conclusión de que en dos de los elementos étnicos del pueblo venezolano, las razas india y negra, fue siempre absoluto el poder de los gobernantes, sin freno moral de ninguna especie.[9]

También la raza blanca tiene entre sus hábitos políticos tradicionales la idea de la monocracia, aunque atemperada por la idea de la justicia que obliga a los gobernantes a rendir algún tipo de cuenta de sus actos, y por su mayor grado de civilización. De allí, que por una parte se acentuará la tendencia al ejercicio del absolutismo en el mando, pero, por otra, funcionaran algunos "frenos" de origen religioso –la acción de Obispos y misioneros– y legal que moderarán en algunos casos la situación. Vallenilla le otorga a este período colonial una importancia explicativa del futuro de primerísimo orden:

> No abrigamos una sola preocupación, no obedecemos a un solo móvil inconsciente, no existe en el espíritu de las masas populares un solo sentimiento, ni una sola inclinación, ni un solo instinto, en política, en religión, en todas las múltiples manifestaciones de la vida social que no tenga su causa determinante en aquellos tres siglos de coloniaje que prepararon el advenimiento de la nacionalidad venezolana por una evolución lógica y necesaria en todo organismo social[10].

9 Arcaya, Pedro Manuel: *Personajes y hechos de la historia venezolana,*p. 266.

10 Vallenilla Lanz, Laureano: *Disgregación e integración,* p. XIII.

La guerra de Independencia no puede ser vista desde la perspectiva de los historiadores románticos. No fue una guerra encendida por la chispa de la Revolución Francesa, ni los ideales de libertad e igualdad,sino el resultado de la lenta evolución del organismo social colonial. Fue una guerra civil o una guerra social. Más aún, fue una guerra de conquista en la que un pueblo nómada –los llaneros– invaden los enclaves de cultura sedentaria logrados por la civilización colonial:

> La guerra de Independencia venezolana fue, por encima de sus circunstancias específicas, una invasión de nuestros tártaros, de nuestros beduinos, que irrumpen en la historia desde el anonimato de las llanuras y donde pisan sus caballos se extingue para siempre la yerba cuidadosamente cortada con la sociedad colonial, con sus castas, con su inmovilismo, su industria y sus instituciones[11].

Más importante que la caracterización de la guerra de emancipación es precisar sus efectos en la marcha evolutiva de la formación del pueblo venezolano. El estallido de la guerra produce una conmoción de los estratos más bajos del inconsciente colectivo que se ha venido sedimentando a lo largo de los tres siglos de dominación colonial. Las ideas republicanas representan solamente la fachada de lo que acontece. Esas ideas sólo actúan en una forma semejante a la de la corriente eléctrica que atraviesa ciertas sustancias: nada queda de la corriente, pero deja hecha la descomposición de la sustancia en sus elementos primitivos[12].

> Era menester que se removiese por la guerra el fondo psíquico, para que, despiertos los instintos de la raza, volviesen los ojos las masas al jefe, al Caudillo, al representante del Cacique precolombino, y precisamentelos primeros Caudillos que pro-

11 Caballero, Manuel: "Filosofía de la historia de Laureano Vallenilla Lanz" en: *El concepto de historiaen Laureano Vallenilla Lanz*. Caracas, 1966, p. 68

12 Arcaya, Pedro Manuel: *Personaje s y hechos de la historia venezolana*, p. 317.

> dujo la guerra estuvieron en las filas realistas. Basta nombrar a Boves para comprender que detrás de él iban multitudes, no por amor al realismo que representaba sino por su prestigio personal. Cuando en el bando patriota aparecieron caudillos populares como Páez, claro es que las masas se decidirían por la independencia, no por afecto por esta idea sino por amor a los jefes que la proclamaban[13].

La etapa siguiente a la guerra de Independencia así concebida no podía entenderse sino como necesariamente dominada por regímenes políticos monocráticos que pudieran de hecho controlar las fuerzas instintivas removidas y no por partidos políticos ni constituciones y leyes por muy republicanas e igualitarias que fuesen.

> Todos ellos, 'godos' y 'liberales', imbuidos en un radicalismo tan exótico como intransigente, solicitaban el remedio de nuestro males profundos en la libertad del sufragio, en la libertad de prensa y, sobre todo, en la alternabilidaddel jefe supremo, sin pensar que el poder ejercido entonces por el General Páez en la República, así como el de los caudillos regionales, era intrasmisible porque era personalísimo; no emanable de ninguna doctrina política ni de ningún precepto constitucional, porque sus raíces se hundían en los más profundos instintos políticos de nuestras mayorías populares y sobre todo en las masas llaneras cuya preponderancia se había forjado en el candente crisol de la Revolución[14].

En el análisis de la Guerra Federal vuelven a aflorar las mismas claves interpretativas, aunque Gil Fortoul y Lisandro Alvarado le den una mayor importancia a los sentimientos igualitarios de las masas populares que provocaron una rápida difusión de la lucha. En todo caso, los autores coinciden

13 *Ibíd.* p. 141.

14 Vallenilla Lanz, L.: *Cesarismo Democrático.* Caracas, 1919, p. 141.

en que no fueron las disputas ideológicas sobre centralismo y federación las que explican ese fenómeno de la Guerra Larga. La demostración definitiva de esa tesis positivista viene del análisis del período de Guzmán y de las políticas sostenidas por el liberalismo amarillo. El triunfo del bando federal en la guerra significa la implantación de línea centralista en la Constitución, las leyes y la concepción y acción del Estado, como correspondía a la tendencia evolutiva de la sociedad venezolana

d. El Caudillismo necesario

La Guerra de Independencia va a ser, por tanto, la transición hacia la etapa "feudal" de nuestra historia. Rotos los lazos del imperio colonial, la evolución hacia la formación de naciones exige ese paso por la etapa caudillista o Edad Media Americana. La inevitabilidad de ese momento viene de las leyes propias del desarrollo de los organismos sociales, y aunque en la superficie se use un lenguaje "civilizado" propio de los ideólogos, lleno de ideales republicanos, la propia evolución de nuestro pueblo exige otra cosa.

En este sentido habla Vallenilla Lanz de la contradicción entre las Constituciones escritas o "constituciones de papel" y la Constitución Efectiva que rige la conducta política de dirigentes y dirigidos:

> …las constituciones no son obras artificiales, que ellas [las sociedades] se hacen a sí mismas porque no son sino expresiones del instinto político de cada pueblo en un momento dado de su evolución; y que por sobre los preceptos escritos existe un derecho consuetudinario que se impone fatalmente a despecho de los ideólogos fabricantes de constituciones definitivamente condenados por la ciencia positiva[15].

Fieles a la concepción evolucionista del proceso de las sociedades humanas, los positivistas relativizan el modo como se pueden juzgar los tiempos para entenderlos en relación con el estadio de la evolución de cada pueblo. Muy diciente es el siguiente párrafo de Pedro Manuel Arcaya:

15 Vallenilla Lanz, Laureano: *Cesarismo Democrático*. Caracas, 1919, p. 141.

> Pero nada hay más cierto que la variabilidad yperfeccionamiento de la moral humana, mediante el lento proceso de la civilización. Ideas que hoy nos parecen evidentes, no lo eran para nuestros antepasados y limitábanse en cuanto a la esclavitud los que eran bondadosos a temperar en lo que de ellos dependiese, los rigores de un sistema que, en sí mismo considerado, no hallaban injusto. Quizá nuestros descendientes llegarán así mismo a escandalizarse del estado social de la humanidad actual, y se preguntarán también, si en las lejanías del futuro se realizarán los ideales que ya agitan las multitudes en el viejo mundo, cómo es que nosotros hemos podido considerar como una mercancía sujeta a la ley de la oferta y la demanda,el trabajo del hombre, y sobre esa base fundado las relaciones económicas de capitalistas y asalariados. Más si se posesionasen de nuestra mentalidad y de las causas que ha determinado, tal cual es, verán que no hemos podido pensar de otro modo, y nos absolverán[16].

De todo ello se desprende que conceptos como democracia tienen que ajustarse a las condiciones políticas reales, determinadas por el grado de evolución de un pueblo, y no por concepciones teóricas ajenas a ese proceso:

> …reclamar, como lo quiere la democracia, la igualdad de las facultades jurídicas no es proclamar la igualdad de las facultades reales. El verdadero concepto de la democracia es el concurso, donde las posibilidades se igualan por un momento, pero es justamente para apreciar luego mejor los diferentes valores de las acciones individuales[17].

La aplicación a la situación de Venezuela, luego de la interpretación de la historia que ellos hacen, resulta evidente:

16 Araya, Pedro Manuel: *Personajes y hechos de la historia venezolana*. p. 294.

17 Vallenilla Lanz, Laureano: *Cesarismo Democrático,* p. 197.

> El verdadero carácter de la democracia venezolana ha sido, desde el triunfo de la Independencia, el predominio individual, teniendo su origen y fundamento en la voluntad colectiva, en el fuero de la gran mayoría popular tácita o explícitamente expresada (…).

> El Cesar Democrático, como lo observó en Francia un espíritu sagaz, Eduardo Laboulaye, es siempre el representante y el regulador de la soberanía popular:´Él es la democracia personificada, la nación hecha hombre. En él se sintetizan estos conceptos al parecer antagónicos: democracia y autocracia´, es decir, Cesarismo Democrático; la libertad bajo un jefe; el poder individual surgido del pueblo por encima de una gran igualdad colectiva…[18]

La perspectiva adoptada para el estudio científico de la historia de Venezuela lleva a esa conclusión. Sólo el caudillo puede representar la Constitución Efectiva de este pueblo. En una primera fase son muchos caudillos que controlan parcelas del pueblo. Poco a poco se establece una jerarquización entre ellos hasta que uno logra convertirse en el jefe de todos ellos y desde allí quitarles su poder local. En ese momento, la Edad Media Americana ha llegado al momento de las monarquías absolutistas. En ese momento está el proceso histórico venezolano con la llegada de Gómez a la conquista del poder absoluto. Por eso, Vallenilla Lanz puede afirmar rotundamente:

> Yo compruebo, con la historia en la mano, que el caudillo ha representado entre nosotros –una necesidad social–[19].

18 *Ibíd*., p. 203.

19 Vallenilla Lanz, Laureano: *Cesarismo Democrático,* p. 215.

e. Gómez, orden y progreso

> Sostengo el régimen actual de Venezuela porque estoy plenamente convencido por los resultados de que es el único que conviene a nuestra evolución normal, porque es el que imponiendo y sosteniendo la paz a todo trance, está preparando al país para llenar ampliamente las dos grandes necesidades de todas estas democracias incipientes, con enormes desiertos y con poblaciones escasas y heterogéneas que carecen todavía de hábitos, de ideas y de aptitudes para cumplir los avanzados principios estampados en nuestras constituciones escritas[20].

El razonamiento teórico aparece bastante coherente y consistente. Juan Vicente Gómez es una necesidad histórica. Es una situación transitoria exigida por las leyes del desarrollo de la historia de las sociedades humanas. Sus hechos de fuerza constituyen el costo que hay que pagar para avanzar hacia la civilización. Sólo lentamente los pueblos avanzan de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica. Ese paso supone la transformación de los instintos políticos tradicionalesde los pueblos. La transformación del medio físico en el que las nuevas conductas puedan convertirse en hábitos profundamente enraizados en la población es la primera condición para asegurar el paso a la sociedad democrática y libre del futuro. Esto sólo es posible bajo un régimen político autoritario que imponga el orden.

> Modificando el medio social por el desarrollo económico, por la multiplicación de las carreteras y de las vías férreas, por el saneamiento, por la inmigración de la gente europea, es decir, haciendo lo que se está haciendo en Venezuela desde hace doce años al amparo de un Gobierno fuerte, dirigido por un hombre de Estado, por un patriota consciente de sus deberes, quien como otros grandes caudillos de América representa la encarnación misma del poder y mantiene la paz, el orden, la re-

20 *Ibíd.,* p. 209.

> gularidad administrativa, el crédito interior y exterior, estamos preparando al país para llegar a la situación en que se hallan hoy otros pueblos de nuestra misma estructura geográfica, los cuales atravesando las mismas vicisitudes y sometidos también a regímenes absolutamente semejantes a los nuestros,han encontrado al fin el camino que los va conduciendo a la práctica de los principios escritos en las constituciones desde los primeros años de vida independiente. Sí, señor; yo creo como Renán y como el Libertador, en el 'buen tirano': y lo digo no veladamente ni con eufemismos impropios de mi carácter; y bien convencido estoy, como el gran filósofo francés, de que 'Calibán' en el fondo, nos presta mayores servicios que Próspero, apoyado por los jesuitas y por los zuavos pontificios[21].

f. Teoría política e Ideología

Desde otro punto de vista podríamos preguntarnos si esta teoríapolítica se convirtió o no en una forma de ideología política, es decir, si más que iluminar la realidad de lo que estaba pasando durante el gomecismo fue un factor de distorsión en el análisis del proceso. Una evaluación más serena de ese período que tuviera en consideración los reales avances en la transformación del medio físico, en la salud colectiva, en la educación, en la política migratoria y muy especialmente en la cuestión petrolera, quizás reduciría bastante el optimismo apologista que encontramos en muchos escritos de los positivistas. Da la impresión de que estos autores, no percibieron suficientemente que el progreso no es una consecuencia inmediata ni automática del orden impuesto por la fuerza. Sin duda que Gómez logró imponer un férreo orden en Venezuela, pero de allí a poner las condiciones para el progreso, entendido como el avance del conjunto de la sociedad a un grado mayor de "civilización", hay un gran trecho. Los autores positivistas que hemos venido siguiendo se empeñan en justificar a Gómez por el sólo hecho de haber garantizado el orden social en Venezuela. Sin embargo es posible una visión completamente distinta res-

21 Vallenilla Lanz, Laureano: *Cesarismo Democrático,* p. 216.

pecto del gomecismo sin que ello signifique una ruptura con el pensamiento de lo que significó efectivamente la larga dominación de Juan Vicente Gómez en la evaluación de la sociedad venezolana.

Más aún, es totalmente pertinente la pregunta acerca del modo de hacer teoría de los positivistas y si no hay, por lo menos en algunos de sus escritos, una manera de forjar el pensamiento encubridora del proceso histórico real. La constatación de la coexistencia de teoría y de ideología políticas en la obra de los autores positivistas no les quita ni les pone méritos intelectuales, al contrario, nos coloca frente a casos de verdadera significación en la formación del pensamiento político venezolano.

Por otra parte, es necesario hacer notar que el pensamiento positivista es la expresión de un determinado sujeto social: la élite terrateniente, europeizada, propiciadora de un progreso del cual será la principal beneficiada. En esa comprensión del proceso histórico el conjunto del pueblo venezolano es concebido como un sujeto pasivo, como la masa a ser transformada por la acción civilizadora de esa élite. El poder político y social está y permanece en manos de esa élite. Por eso es un tipo de pensamiento inadecuado para quienes conciben la participación de la masa popular en el proceso de modernización de otra manera. Por tanto, su rechazo vendrá primeramente por esta vía y no tanto por la discusión directa de sus ideas. De allí que sea posible imaginarse que permanezcan ideas positivistas en el sentido común de muchos venezolanos, aunque los exponentes de ese pensamiento hayan perdido el poder social o hayan tenido que compartirlo y expresarlo en otros moldes.

En: Arturo Sosa. *Los pensadores positivistas y el gomecismo.* Caracas: Congreso de la República, Ediciones del Bicentenario del Natalicio del Libertador, 1983, Tomo III, Vol. I, número 6, pp. XXV-XL.

EL CAUDILLO COMO NECESIDAD ORGÁNICA EN LAUREANO VALLENILLA LANZ (1985)

MANUEL RODRÍGUEZ CAMPOS

La sociología se ha convertido, pues, en una tendencia en sí, se ha convertido en la filosofía de los no filósofos, en un intento de describir y clasificar esquemáticamente hechos históricos y políticos según criterios construidos con el modelo de las ciencias naturales…

Antonio Gramsci

La política y el Estado moderno.

Laureano Vallenilla Lanz fue un hombre de quien ni siquiera sus peores enemigos se les ocurrió negar que poseyera talento. En realidad, hizo gala de una cultura universal adquirida por las lecturas y sedimentada por la reflexión. Estas prendas lo destacaron entre la intelectualidad nacional y latinoamericana como historiador, ensayista y polemista de palabra vigorosa. Su acción estuvo comprometida, por un lado, con las doctrinas positivistas –de las cuales es un buen exponente en Venezuela- y por otro, con el respaldo decidido e incondicional brindado por la dictadura de Juan Vicente Gómez.

Pero no se crea que su obra comenzó por donde terminó, como una profusión de ideas y alegatos, la mayoría bien articulados al credo positivista que profesaba, mediante los cuales subrogó su inteligencia a la necesidad de legitimar para el tiempo vivido y la posteridad el largo y ominoso tránsito de Gómez por el ejercicio del poder.

Las primeras versiones de su trabajo intelectual revelan un claro sentido de la historia, por cuya divulgación escrita se descubre en él un agudo crítico que propone interpretaciones novedosas para interpretar la verdad de los hechos y sus correlaciones de contexto. Así ocurre en *Desintegración e integración*, enjundioso estudio que hoy conserva parte de su vigencia original.

La evolución operada en el pensamiento de Vallenilla se puede observar en las obras que escribió, y especialmente en la antes citada. El capítulo introductorio de la misma ("La influencia de los viejos conceptos") fue elaborado por lo menos tres veces (1903, 1911 y 1930) y de su estudio se desprende que muchas de las ideas contenidas en la última versión no aparecen en las anteriores. Por ejemplo, las afirmaciones de que los intelectuales venezolanos (publicistas los denomina el autor) anduvieran en procura de una solución política que acabara con la anarquía republicana,[1] y que los más avanzados principios políticos han sido anulados en Venezuela por las costumbres,[2] no están presentes en las dos primeras.

La lectura de sus dos trabajos en perspectiva cronológica sugiere que Vallenilla se propuso la búsqueda de la verdad sobre los rastros de nuestra historia y que, bien armado de recursos metodológicos, se aproximó a ella todo cuanto le fue posible; pero no pudo evitar ser hombre de su tiempo para el compromiso político. Este imperativo obnubiló la claridad de su inteligencia, poniendo al servicio de la dictadura todo el arsenal de conocimientos y recursos dialécticos que poseía, en cuyo manejo una parte de la historia de Venezuela le sirvió para justificar a Gómez.

CANTO A LA PAZ, EL ORDEN Y EL PROGRESO

Con estos tres elementos estructuró Vallenilla Lanz el más coherente alegato justificativo que intelectual alguno haya elaborado en respaldo de la tiranía bajo la cual Juan Vicente Gómez sojuzgó a Venezuela. Durante años afincó en ellos una de las bases fundamentales de su propuesta ideológica, y compuso un discurso político reiterativo de permanente alusión en su obra escrita -editoriales y artículos periodísticos, libros, conferencias- hasta darles la unicidad conceptual que por lo menos desde 1915, cuando asumió la dirección de *El Nuevo Diario*, se convirtió en aureola inseparable y consagratoria del tirano como garante de cuanto aquella trilogía significó.

1 *Desintegración e Integración*, en Obras Completas, t. II, pp. 87-88.

2 *Ibídem*, p. 94

Al separar esos elementos para tratar de comprender el pensamiento de Vallenilla, se encontrará que el término *orden* de su discurso nada tiene en común con la idea vulgar de orden público; y si el vocablo estuvo vinculado a las acciones represivas emprendidas por el régimen, no por esta razón se debe identificar con los planteamientos teóricos, ni en cuanto a praxis se le pueden imputar al ideólogo las consecuencias de semejantes hechos. Cuando en sus enunciados Vallenilla se refería al orden, pensaba en algo que trascendía la vida cotidiana como una abstracción sociológica; tenía en mientes el *orden positivo* comtiano, esto es, la preservación y el mejoramiento de los componentes de una sociedad (familia, instituciones, religión), gracias a cuya permanencia es posible el progreso de la misma. En este sentido, nuestro personaje fue un conservador, en lo que literalmente se puede entender por conservatismo.

Las categorías de *orden y progreso* aparecen en el pensamiento de Vallenilla como influencia innegable de Augusto Comte. En ellas se enlazan la estática y la dinámica sociales y el progreso resulta subordinado al orden, pues este es una condición para que se produzca el desenvolvimiento social; sólo con orden hay progreso, y en esa línea concibió Vallenilla el examen de la sociedad venezolana.

Los estudios de nuestra historia hechos por Vallenilla están impregnados de ese contenido. Según sus conclusiones, la ruptura del *orden* tuvo su génesis en la guerra de Independencia y desde entonces se mantuvieron desajustes sociales, que comprometieron al país en luchas: "…contra los sacudimientos anárquicos y comunistas de pueblos impacientes y aventureros que han pugnado por la preponderancia absoluta, con menoscabo de toda jerarquización, de todo principio de autoridad y orden…"[3] Sus análisis lo llevarán a arremeter contra los dirigentes de la República que desde 1830: "…llegaron al extremo de anular por completo la acción del Estado invocando la doctrina del *laisser faire*, del *laisser passer* […] sin comprender que esa doctrina […] no venía a producir otro efecto en nuestro medio sino el de otorgar la más absoluta sación a la anarquía popular…"[4] Este fenómeno perdurará como alteración del

3 "Las constituciones de papel y las constituciones orgánicas". *El Nuevo Diario*, Caracas, 22 de septiembre de 1925. Reproducido en Obras Completas, t. I, pp. 312-313.

4 *Cesarismo democrático*. En Obras Completas, t. I, p. 123.

orden durante un siglo, hasta que Venezuela encontró en Juan Vicente Gómez el hombre que: "…ha colocado la bandera de la Patria por encima de todas las facciones políticas, que ha impuesto el orden […] fomentando el progreso…"[5]

El problema es que en las últimas palabras transcritas el *orden* resulta producto de una imposición por la fuerza; y esto lo aproxima mucho al concepto de orden público. También, cuando respondió a las críticas del colombiano Laureano Gómez, quien lo llamó "apologista de la dictadura", Vallenilla se identificó con el otro Gómez así:

> [entre]… los hombres que en ciertos momentos de la evolución de los pueblos preconizan valientemente la necesidad de los gobiernos fuertes, para proteger la sociedad, para restablecer el orden, para amparar el hogar y la patria contra los demagogos, contra los jacobinos, contra los anarquistas, contra los bolshevistas…[6]

No obstante que la fuerza del gobierno con el cual se identificaba estaba lejos de emanar de su autoridad moral, sino que era producto de la represión inclemente a los opositores, en la apología que Vallenilla le dedica se encuentra todavía el concepto comtiano. A pesar de esto, el ideólogo ha bajado de la abstracción teórica al plano del compromiso político y se confiesa al calor de la polémica. Pero antes lo había hecho más claramente al referirse al otro elemento de su trilogía, la paz. Esta no era otra que la del tirano, la paz impuesta mediante el manejo de un aparato represivo que Vallenilla no podía desconocer; *la paz* de un hombre que se aferraba al poder e indiscutiblemente lo había hecho suyo por encima de toda consideración de ética, de principios políticos o jurídicos. Decía Vallenilla:

> …En Venezuela, la totalidad de los hombres activos, capaces de

5 "Discurso en la inauguración del monumento al Libertador en Panamá". Caracas: Litografía del Comercio, 1926. Reproducido *en El pensamiento político venezolano del siglo XX. Documentos para su estudio*, t. III, v. III, p. 39.

6 "Tengo fe". *El Nuevo Diario*, Caracas, 21 de febrero de 1921. Reproducido en *Obras Completas*, t. I, p. 333.

> realizar un esfuerzo vigoroso, no tienen más que un ideal: trabajar. POR LA PAZ NO SE ABRIGA NINGÚN TEMOR: LA CUIDA JUAN VICENTE GÓMEZ…[7]

ELIPSE DEL PODER ABSOLUTO PERFECTIBLE: DE JOSÉ ANTONIO PÁEZ A JUAN VICENTE GÓMEZ

Para Vallenilla, la necesidad primordial de las repúblicas iberoamericanas al comenzar sus vidas independientes era darse gobiernos capaces de restablecer el orden, profundamente alterado por los movimientos emancipadores y las secuelas de violencia, indisciplina y anarquía que estos arrastraron, cuyas consecuencias amenazaban la soberanía política recién conquistada.[8]

A su manera de ver, la inestabilidad que originó la guerra de Independencia en Venezuela se continuó con la lucha de los partidos iniciada por los *godos* desde 1822 para hacerse del poder.[9] A partir de este año, quienes de algún modo adversaron la emancipación, sus descendientes y los patriotas opuestos a El Libertador, unidos por una concepción política conservadora, se apoderaron de la prensa y los Ayuntamientos; en poco tiempo, prevalidos de sus condiciones económicas y los empleos que pasaron a desempeñar gracias a los mecanismos electorales o las designaciones ejecutivas, fueron ocupando los poderes públicos hasta controlar la administración republicana. Ese grupo: "…mantendrá a Venezuela en un estado de constante agitación…" una veces contra el General José Antonio Páez, otras como sus aliados, y acogiéndose en última instancia a su jefatura para separar el país de la unión grancolombiana.[10]Pero Páez no era solamente el hombre gracias a cuya complicidad se pudo realizar aquel acto de tanta envergadura política; había sido también el conductor de las huestes más igualitarias y anarquizadas de la guerra, las que manejaba a su antojo; era el

7 "La paz pública" (10 de mayo de 1919). Tomado de La Rehabilitación de Venezuela, pp. 255-256 y reproducido en *El pensamiento político venezolano del siglo XX*…, t. III, v. II, pp. 15-16.

8 *Desintegración e integración*, en Obras Completas, t. II, p. 113.

9 *Cesarismo democrático*, en Obras Completas, t. I, p. 21.

10 *Ibídem*.

caudillo de mayor influencia -conquistada en el campo de batalla por su valentía y audacia- llamado a imponerse sobre un país revoltoso; la mayoría de los oficiales del ejército lo acataban y por su intermedio controlaba la maquinaria militar. Una constatación simple revelaba, además, que en razón de su prestigio, las clases populares se manifestaban instintivamente en torno suyo.[11]

Ese era el hombre indicado para emprender la tarea de restituir el orden a la sociedad venezolana. A la sombra de su capa de guerrero lo ayudaron a convertirse en hombre de Estado. Como asentó Vallenilla:

> Después del año 26, Páez fue entre nosotros el brazo defensor del renaciente orden social, obligado a cumplir el deber supremo de ampararlo contra aquellas bandas que asolaban los campos, saqueaban e incendiaban las poblaciones, vejaban y asesinaban…[12]

En Páez fue resignado el poder supremo, las facultades de árbitro, los conservadores que lo veían elevarse lo elevaron aún más, lo adularon; y tanto ellos como el propio caudillo, sobre las bases de sus aspiraciones y la situación imperante en el país, fraguaron para la sociedad venezolana la estampa de conductor que Vallenilla denomina el "Gendarme Necesario". La versión primigenia de este hombre providencial se formó, entonces, en la figura de José Antonio Páez.

Vallenilla considera que la consagración de Páez no fue perfecta, debido a que él: "…que en un momento fue el Caudillo, el adalid de la nacionalidad, se arrojó después en brazos de un partido, prefiriendo esta posición a la que le daban las circunstancias de ser Jefe de la Patria…"[13]Los *godos*, por su parte, cometieron el error de imponerle la alternabilidad constitucional sin pensar

11 *Ibídem*, pp. 122-123.

12 "La gran obra política y administrativa del general Gómez". *El Nuevo Diario*, Caracas, 14 de enero de 1924. Reproducido en *El pensamiento político venezolano del siglo XX*…, t. III, v. II, p. 292

13 "La gran obra política y administrativa del general Gómez". *El Nuevo Diario*, Caracas, 13 de enero de 1924. Reproducido en *El pensamiento político venezolano del siglo XX*…, t. III, v. II, p. 289.

que: "…el poder personal del Caudillo era la verdadera constitución efectiva del país…[y no se podía] establecer el orden sin contar con la acción directa y eficaz del 'gendarme'…"[14]

Al practicar una política de bandería exclusivista, los *godos* contribuyeron a deteriorar la figura del Caudillo; dieron pie al surgimiento de la oposición liberal y su prensa combativa (*El Venezolano, El Patriota, El Torrente* y otros)[15], sobre los que pretendieron echar la responsabilidad única del desenlace por medio del cual aquella política contribuyó a perpetuar la anarquía y finalmente lanzó al país a otra guerra de exterminio (La Guerra Federal).[16] Antonio Guzmán Blanco también jugó al exclusivismo banderizo y la alternancia en el poder. Quienes le sucedieron apenas serían meros accidentes en el agitado proceso venezolano del siglo XIX buscando el preciado don de la paz. Luego vendría Cipriano Castro, cuyo gobierno:"…se señala como una de las páginas más sombrías de nuestra historia…"[17]

Durante los primeros años del siglo XX Venezuela se volvía a encontrar:"… en medio de una crisis acaso más difícil que la de los primeros días de la Independencia de Colombia. Era, pues, el momento histórico, propio para hacer descollar a un gran estadista: el *hombre del destino*."[18]Este no era otro que Juan Vicente Gómez, el Gendarme Necesario para la Venezuela de entonces.

Pero Gómez no cometerá los errores de Páez ni permitirá cometerlos a las clases dominantes que lo rodearon. Aquellas luchas inútiles cesarían, porque el nuevo *Caudillo* creó: "…un gobierno eminentemente nacional [enarbolando] por encima de los trapos representativos de facciones, de odios y de sangre, la bandera de la Patria…"[19]

Gómez se desprenderá, hasta por largos períodos, de la presidencia de

14 *Cesarismo democrático*, en Obras Completas, t. I, p. 124.

15 *Ibídem*, pp. 124-126.

16 *Ibídem*.

17 "La gran obra política y administrativa del general Gómez". *El Nuevo Diario*, Caracas, 13 de enero de 1924. Reproducido en *El pensamiento político venezolano del siglo XX*…, t. III, v. II, pp. 289-290.

18 *Ibídem*, p. 292.

19 "Las constituciones de papel y las constituciones orgánicas". *El Nuevo Diario*, Caracas, 22 de septiembre de 1925. Reproducido en Obras Completas, t. I, p. 321.

la república, pero no del poder, que conservará en su condición de perpetuo comandante en jefe del ejército. Como la oposición no era necesaria prohibirá y castigará su existencia y los órganos de expresión que le son propios.

Del poder absoluto no habían existido en Venezuela sino ensayos que no pudieron cristalizar en toda pureza debido a los errores de Páez y los conservadores; con Guzmán Blanco parecieron ser de menor alcance. Ahora, con Juan Vicente Gómez, se perfeccionará para bien de la Patria:

> Es así como la llegada del General Gómez al poder, inicia otra época, abre otros rumbos, descubre otros horizontes y logra con férrea labor, las más claras victorias de administrador y de hombre de Estado. Guerrero, él ha conquistado la paz, fuente de todos los bienes, sueño acariciado por todos los gobiernos anteriores, para el cual carecieron de aptitudes; hombre de Estado, él prefirió ser Jefe nacional a serlo de un partido…[20]

IDEOLOGÍA LEGITIMISTA DE LA DICTADURA

En los subtítulos anteriores quedaron señalados algunos elementos que por sí solos evidencian la adhesión de Laureano Vallenilla Lanz a la dictadura de Juan Vicente Gómez. Ahora, pasemos a ver cómo en su obra hay un insistente rechazo de los principios políticos y las normas generales del derecho público adoptados por Venezuela, al igual que las demás naciones Iberoamericanas. Esta posición comparte las apreciaciones del sociólogo y las tesis del político; el último toma del primero algunos elementos para transferirlos a sus propósitos de legitimar la dictadura. Para Vallenilla, en un siglo de vida independiente no había sido posible conseguir que el pueblo venezolano modificara sus instintos políticos. Por cuanto había de atávico en él, se resistió a los cambios promovidos mediante la implantación de ideas exóticas, impracticables, importadas de la Revolución Francesa y de los Es-

20 "La gran obra política y administrativa del general Gómez". *El Nuevo Diario*, Caracas, 13 de enero de 1924. Reproducido en *El pensamiento político venezolano del siglo XX*…, t. III, v. II, pp. 289-290.

tados Unidos[21]. Sólo la ciencia positiva era capaz de advertir este fenómeno, a través del estudio de la historia nacional; y en buena parte a eso se dedicó nuestro personaje.

Como historiador criticó las concepciones historiográficas con las que otros autores le precedieron, denunciando su falta de claridad y la visión idealista que tuvieron al narrar los problemas de los cuales se ocuparon. Le pareció descubrir que en Venezuela existía una especie de pensamiento mágico extendido para aceptar los fenómenos sociales, y la idea del azar como generadora de soluciones a problemas de esa naturaleza.[22]Situó la cuestión en los términos de una nueva concepción, de este modo:

> …Ya los conductores de pueblos, los creadores de nacionalidades, los fundadores de religiones, no suben al cielo ni 'habitan una región aparte entre los hombres y Dios', sino que caen bajo el análisis científico y sólo pueden ser considerados como los exponentes del estado típico de su época, algo así como el diapasón, el*la* que pone al unísono las aspiraciones, los anhelos, los instintos, las pasiones y las ideas de su grupo en un momento dado de su evolución…[23]

Debido a la ignorancia de las leyes que rigen la evolución social, entre otras la asentada anteriormente, se habían desaprovechado durante un siglo las potencialidades del pueblo venezolano.[24]Pero, guiado por la mano del General Gómez, como dirá:

> Venezuela, la Patria del Libertador, ha encontrado al fin después de un siglo de utopías, de luchas fratricidas y de profundas

21 *Desintegración e integración*, en Obras Completas, t. II, p. 93. Véase además, "Las constituciones de papel y las constituciones orgánicas", Obras Completas, t. I, pp. 312-313.

22 *Desintegración e integración*, en Obras Completas, t. II, pp. 88-90.

23 *Ibídem*, p. 104.

24 *Ibídem*, p. 88.

> perturbaciones sociales y económicas […] el camino de la paz y de la prosperidad…[25]

El conductor a quien debíamos semejante gracia se apartaba del imperio de la ley erigiéndose en legislador, cuidador y juez; pero era que sobre la indomable idiosincrasia venezolana se estaba elaborando un nuevo derecho al margen de las tradiciones jurídicas occidentales, definido así por Vallenilla:

> …Yo he querido oponer lo que es orgánico a lo que es mecánico. El derecho nuestro, venezolano, criollo, al derecho importado, superpuesto, cuyo fracaso constante ha traído como consecuencia la falta de respeto y de fe en las instituciones…[26]

Tenía que ser así, porque en Venezuela la letra de la ley era una cosa sin aplicación en la vida real, sobre lo que Vallenilla intentaba hacer prevenciones con las siguientes palabras:

> …Este divorcio fatal entre el derecho escrito y el derecho efectivo; entre el que la juventud estudia en los libros y el que ve practicar necesariamente en la vida pública, crea escépticos o revolucionarios; elementos funestos ambos para la tranquilidad pública y para el desarrollo normal de las sociedades en formación…[27]

Con respecto a los partidos políticos, nada había en Venezuela menos vigente. Aquellos que se formaron al fragor de la guerra de Independencia: "…llamados primero godos y patriotas y que después de constituida la República se titularon godos y liberales, no profesaron doctrinas políticas definidas sino cuando los unos sostenían las banderas del Rey de España y los

25 "Discurso en la inauguración del monumento al Libertador en Panamá". Caracas: Litografía del Comercio, 1926. Reproducido en *El pensamiento político venezolano del siglo XX…*, t. III, v. III, p. 39.

26 "Por qué escribí *Cesarismo democrático*", en Obras Completas, t. I, p. 335.

27 *Ibídem*.

otros luchaban por obtener la Independencia."[28]Durante los primeros años de la República: "…cambiando las primitivas banderas y disfrazándose con ropajes constitucionales, se extremaban en la tarea funesta de trasplantar de Europa y los Estados Unidos las más avanzadas doctrinas políticas sin pensar nunca en las posibilidades de aplicarlas."[29] No fueron capaces de aplacar sus odios y lanzaron el país a las destrucciones de la Guerra Federal. No hubo paz en Venezuela mientras existieron los partidos políticos. Por eso Gómez: "…consustanciado con las aspiraciones y los anhelos de su Patria, supo cerrar enérgicamente el paréntesis doloroso de la anarquía […] completar con las poderosas energías de su talento y de su voluntad la obra de los libertadores y siguiendo el camino trazado por el Genio de América ha llegado a cumplir ampliamente su testamento político haciendo cesar los partidos y consolidando la unión de los venezolanos…"[30] De manera que por su historia fratricida y por su inspiración bolivariana, los partidos políticos estorbaban la obra de orden y progreso que se desenvolvía bajo la paz gomecista.

GÓMEZ, EL HOMBRE NECESARIO

Venezuela entró cronológicamente al siglo XX afligida por un grave estado de precariedad generalizada. Las finanzas públicas estaban en bancarrota; la guerra no era una ilusión fantasmagórica, sino la realidad palpable que el caudillismo nos deparaba; la economía de exportación, deprimida, sufría nuevos embates al pronunciarse la crisis del mercado mundial que desde la expiración del siglo XIX amenazaba con la ruina de los productores; la deuda pública externa y las reclamaciones extranjeras complicaron el panorama nacional hasta que las presiones de las potencias se resolvieron con el bloqueo de 1902. Cipriano Castro, el responsable de manejar tan complejos problemas, dirigió una administración desacertada y deterioró en extremo las relaciones exteriores. Esos problemas constituían la cruda realidad venezolana: "…cuan-

28 *Cesarismo democrático*, en Obras Completas, t. I, p. 118.

29 *Ibídem*, p. 119.

30 "En el XVIII aniversario de la Rehabilitación".*El Nuevo Diario*, Caracas, 19 de diciembre de 1926. Reproducido en *El pensamiento político venezolano del siglo XX*…, t. III, v. III, p. 75.

do el 19 de diciembre de 1908, el General Juan Vicente Gómez, atendiendo a las imposiciones de su conciencia, a los reclamos de la opinión pública y a sus compromisos para con la Patria, asumió de lleno el ejercicio del Poder Público…"[31] Gómez era, como dijo Vallenilla en 1916: "…*el hombre a quien el destino, en las naturales evoluciones de nuestra constitución democrática, tenía preparado para la obra de las grandes rectificaciones…*"[32]

Pocos meses antes (18 de julio de 1916) había asociado la trilogía mencionada al principio de estas notas con el nombre del dictador. Por lo menos desde entonces la abstracción sociológica estuvo simbióticamente unida al *Jefe de la Causa*:

> …nuestro deber de patriota nos impone señalar como la paz, el orden y el progreso positivo de que goza la República se deben exclusivamente a la iniciativa personal del General Juan Vicente Gómez, a su patriotismo y honradez, a sus hábitos de laboriosidad y de previsión tanto como a su alejamiento de las viejas luchas de partidos que le llevó a proclamar y sostener como única fórmula política la Paz y la Unión de los venezolanos…[33]

Si se trataba de Gómez era suficiente la voluntad de una persona (ÉL), para realizar aquellas proezas. Un solo hombre, al influjo de sus facultades de caudillo podía echarse a Venezuela encima e imponerle las tareas mencionadas a un pueblo levantisco y anarquizado. Pero esos atributos no eran válidos para ningún otro dirigente nacional del pasado (excepto, tal vez, Páez) y menos el presidente. Esta descalificación está dirigida, dada la aparente contradicción de esa línea con la que expresa en *Desintegración e integración*, a Antonio Leocadio Guzmán: "Los partidos políticos no se forman, ni las sociedades se conmueven por la sola voluntad de un hombre…" expresión que

31 "Las enseñanzas de la historia de Venezuela y la obra del general Juan Vicente Gómez". 19 de diciembre de 1916 (*Tomado de La Rehabilitación de Venezuela*) y reproducido *en El pensamiento político venezolano del siglo XX…*, t. III, v. I, p. 410.

32 *Ibídem* (cursivas nuestras).

33 "La paz y la política social" (Tomado de *LaRehabilitación de Venezuela*) y reproducido en *El pensamiento político venezolano del siglo XX…*, t. III, v. I, p. 385.

es idéntica en las versiones de 1911 y 1930.[34] La contradicción con respecto a Gómez queda superada por esta aclaratoria:

> Entre mis convicciones de historiador y de sociólogo y mis convicciones políticas, no hay discrepancia de ningún género. Yo soy en el libro el mismo hombre que en la prensa, en la plaza pública y en el Congreso. Sostengo el régimen actual de Venezuela, porque estoy plenamente convencido por los resultados, de que es el único que conviene a nuestra evolución normal; porque es el que, imponiendo y sosteniendo la paz a todo trance, está preparando al país para llenar ampliamente las dos grandes necesidades de todas las democracias incipientes…[35]

Más tarde el Congreso Nacional proclamará a Gómez el "Hombre Necesario" para el país[36] y sobre la base de esta proclamación, de sus méritos como guerrero y estadista; en consideración también a los brillantes servicios prestados a la Patria, en 1926 Vallenilla dirá lo siguiente:

> Hay que creer en la existencia de pueblos predestinados, como de hombres predestinados para ejecutar grandes cosas.
>
> Venezuela y el General J. V. Gómez se hallan en ese caso. Porque si nuestra Patria fue la fragua en que se forjaron los más grandes campeones de la Independencia de América hispana,

34 *Desintegración e integración*. Capítulo introductorio, ("La influencia de los viejos conceptos"), en Obras Completas, t. II, p. 102 (versión de 1930) y p. 292 (versión de 1911).

35 "*Cesarismo democrático y cesarismo teocrático*" (artículo publicado en respuesta a críticas formuladas por el doctor Eduardo Santos en *El Tiempo* de Bogotá al libro *Cesarismo democrático*). *El Nuevo Diario*, Caracas, 4 de noviembre de 1920. Reproducido en Obras Completas, t. I, pp. 282-283 (cursivas nuestras).

36 "Discurso inaugural de las sesiones ordinarias de la Cámara del Senado" (19 de abril de 1923). Caracas: Imprenta Nacional, 1923. Reproducido en *El pensamiento político venezolano del siglo XX*…, t. III, v. II, p. 187.

> forjó también al cabo de un siglo y en los días más aflictivos porque ha atravesado la humanidad, al Hombre Necesario…[37]

Que por supuesto era el mentado General J. V. Gómez.

Se infiere de lo dicho por Vallenilla en el párrafo anteriormente transcrito, que la grandeza de Gómez es equiparable a la de los Libertadores de la patria y así mismo que él, solamente él, pudo rescatarla para enderezar su rumbo; lo que ni siquiera muchos de aquellos (Páez, Soublette, los hermanos Monagas) fueron capaces de hacer. Se desprende también de otras múltiples declamaciones suscritas por Vallenilla que las aflicciones de Venezuela a principios del siglo XX no tenían más que una sola salida: resignar en un tirano la potestad íntegra de decidir cuál habría de ser el futuro del país; renunciar a todo derecho de recusación política en beneficio de ese futuro, porque

> …hacia él [Gómez] iban como en un supremo anhelo de salvación los votos de la Patria, agonizante. Y el instinto popular no se equivocó.
>
> Así se ve en toda la brillante carrera militar y política del General Gómez, consagrado por el voto de sus conciudadanos como lo será mañana por la historia, ese providencialismo que le trae de la mano hasta colocarle en el puesto culminante de la Nación para llevarle victorioso por medio de una revolución creadora que rejuvenece todo su organismo.[38]

Ese organismo es el de *La Patria*, como el de un gran cuerpo social concebido por el positivista Vallenilla a semejanza de los seres vivos estudiados por las ciencias naturales; y dentro de esta concepción lo único que le daba

37 "En el XVII aniversario de la Rehabilitación". *El Nuevo Diario*, Caracas, 19 de diciembre de 1926. Reproducido en *El pensamiento político venezolano del siglo XX*…, t. III, v. III, p. 75.

38 "La gran obra política y administrativa del general Gómez". *El Nuevo Diario*, Caracas, 14 de enero de 1924. Reproducido en *El pensamiento político venezolano del siglo XX*…, t. III, v. II, pp. 292-293.

vida era el General Juan Vicente Gómez, corazón de Venezuela. De allí la necesidad orgánica del *Caudillo*, como de allí el desdoblamiento del científico social y el apologista de la dictadura.

En: *Tierra Firme: revista de Historia y Ciencias Sociales.* Caracas: ctubre-Diciembre de 1985, Año 3, Vol. III, número 12, pp. 579-590.

POLÉMICA

ELÍAS PINO ITURRIETA Y NIKITA HARWICH VALLENILLA

¿DÓNDE ESTÁN LOS REALES?
CONTESTACIÓN SOBRE EL POSITIVISMO GOMERO [1985]
Elías Pino Iturrieta

Acaba de entrar en circulación el segundo volumen de las Obras Completas de Laureano Vallenilla Lanz (*Disgregación e Integración*, Caracas, Universidad Santa María, 1984), en cuyo estudio preliminar el profesor NikitaHarwich Vallenilla hace particular referencia a mi libro. *Positivismo y Gomecismo*, con el objeto de descalificarlo por superficial y tendencioso. Según apunta, mi trabajo sólo procura mostrar cómo el servicio de los positivistas a la dictadura, así en términos generales como en el caso concreto de Vallenilla Lanz, responde a vínculos salariales. De acuerdo con mi débil argumentación, agrega, el fundamento de las teorías sobre el autoritarismo gomero es asunto de plata constante y sonante, lectura de la cual se colige un flaco servicio para la comprensión del fenómeno. Me puse, pues, a desenterrar indiscretas cartas del Archivo de Miraflores para toparme con el estúpido hallazgo de Don Dinero, y atribuirle a su influjo la justificación de la tiranía. En lugar de entender el maridaje como consecuencia de un honesto convencimiento proveniente de la fe en una orientación filosófica.

El profesor Harwich Vallenilla se muestra sorprendido de que un historiador "de tan inobjetable formación", llegue a esos estrechos corolarios. Mas es a mí a quien asalta la perplejidad al comprobar una reacción tan arbitraria en la cabeza de un estudioso a quien siempre he tenido por honesto y competente. Otras cosas distintas pretendí demostrar cuando abordé el tema. Fundamentalmente, la descomunal distorsión que significó la aplicación de la clave positivista para el examen de las ocurrencias venezolanas. El

testimonio de las fuentes primarias permitió descubrir cómo esa filosofía de raigambre lejana, a través de la pluma de sus acólitos venezolanos diagnosticó sin fortuna nuestros males para encontrarles horrible desenlace en el mandatario más cruel de que tengamos memoria. Siguiendo el formulario de los maestros europeos, vieron en nuestra realidad lo que no existía y ocultaron lo que el prisma de Comte no podía ver, en la fragua de un rastreo en el que jamás predominaron sus criollas neuronas, sino las distantes y metropolitanas de Spencer, Stuart, Mill y Le Bon. Calco o reiteración dócil que fueron las obras completas de nuestros positivistas del siglo XX y eso quise demostrar.

Pero no era lo mismo ser positivista que gomecista. En principio, se trata de fenómenos diversos por su carácter, su procedencia y su etiología. Hay un abismo entre reverenciar a Litrée y servir la mesa de Juan Vicente Gómez, entre la admiración por Renán y el hostigamiento de los políticos venezolanos, entre la lectura de Taine y la redacción de apologías para el Benemérito. cuando don Laureano llega a decir en la prensa y en sus libros que Gómez es "el egregio caudillo del engrandecimiento nacional" y que Gómez es "un hombre que une al carácter y al más consciente amor por la patria, las facilidades innatas del gobernante", y que Gómez escribe "con la difícil sencillez que sólo se alcanza cuando se tienen ideas claras y sinceridad de sentimientos" como los mismos ángeles, un historiador medianamente perspicaz debe preocuparse por el encuentro de un punto susceptible de aclarar la relación en sentido orgánico.

Quien procura una explicación de las bodas que se celebran entre una escuela del pensamiento y un gobierno establecido, no puede limitarse a la sola descripción del cuerpo argumental. Tiene necesidad de conocer los resortes de diversa índole que mueven al sujeto expresarnte y lo conducen a producir ideas. De allí la aproximación a la correspondencia intima que, para beneficio de la historiografía y malestar de profesor Harwich Vallenilla, descubre las recompensas deparadas a los positivistas por su empeño. Así como las misivas los señalan como burócratas a quienes competen responsabilidades de entidad, también los delatan como servidores que reciben beneficios económicos por una puntual e imprescindible faena. No obstante, mi impugnador ve en este capítulo un desentierro de papeles personales cuyo avieso propósito pudo ser el desprestigio de los dignos letrados.

Si tal hubiera sido la intención, no permaneciera todavía inédito un despacho de Laureano Vallenilla Lanz para el presidente Gómez, fechado en Caracas el 30 de mayo de 1930, en el cual solicita "unas cuantas reservas de petróleo". Ni otro del mismo remitente para el propio destinatario, fechado en París el 4 de enero de 1932, en el cual insiste pidiendo una ayuda económica. El teórico había dejado de percibir unos seis mil bolívares que ganaba como director de *El Nuevo Diario* y buscaba ahora la nivelación de sus ingresos. Ni otro de 28 de octubre de 1932, también escrito en París, en el que pide a don Juan Vicente dos mil dólares para adquirir un automóvil. Archivé estas cartas junto con otras muy elocuentes, en el repositorio del Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la U.C.V., para consumo interno de los investigadores.

El próximo 17 de diciembre se cumplen cincuenta años de la desaparición física de Juan Vicente Gómez. La trascendencia del aniversario obligará a una reflexión más amplia sobre este y otros temas conexos. Ojalá que en su tratamiento predominen los impulsos afectivos de quienes se muestran como deudos del personaje. Entre ellos, desde luego, el nieto del autor de Cesarismo Democrático.

En: "Papel Literario" de *El Nacional*, Caracas, 5 de mayo de 1985, p. 8.

EL POSITIVISMO "JUZGADO POR LOS MÍOPES" [1985]

Nikita Harwich Vallenilla

Bajo el encabezado evocador de "¿Dónde están los reales?" el Dr. Elías Pino Iturrieta ofreció en el Papel Literario de este diario, con fecha 5-5-1985, una "Contestación sobre el positivismo gomero", en la cual se propone refutar la crítica que sobre su obra *Positivismo y Gomecismo,* me permití incluir en un estudio preliminar al segundo tomo de las *Obras Completas* de Laureano Vallenilla Lanz.

Sin pretender, en estas columnas, agotar el tema de la polémica que nos opone y que, al parecer, formará parte de un debate sobre el positivismo que

tendrá lugar en los predios del Centro de Estudios Rómulo Gallegos el miércoles 19 de junio del presente año, estimo necesario precisar algunos puntos derivados de la contestación de nuestro apreciado colega historiador sobre el tema del positivismo venezolano, sobre la visión ideológica de algunos de sus más destacados exponentes, y sobre su vinculación con el régimen que, durante 27 años, bajo la férula de Juan Vicente Gómez, forjó y orientó los destinos de la nación venezolana.

En primer lugar, deseo tranquilizar las preocupaciones del Dr. Pino con respecto a los hallazgos de correspondencia, sobre los cuales, con el entusiasmo de quien consigue un "tubazo", fundamenta los elementos personalizados de su argumentación. Lejos de causarme el menor malestar, considero el hecho de haber recopilado una parte de la correspondencia personal de Pedro Manuel Arcaya, José Gil Fortoul, César Zumeta o Laureano Vallenilla Lanz con el Gral. Gómez, como un valioso aporte al conocimiento de un aspecto de las relaciones cotidianas que mantenían estos hombres políticos con el gobernante cuyo régimen apoyaron sin haber nunca pretendido ocultarlo.

En el caso específico de Laureano Vallenilla Lanz, cuyo nieto me honro de ser, la publicación de sus *Obras Completas* que está llevando a cabo la Universidad Santa María ha contemplado desde sus inicios un volumen de correspondencia donde se encontrarán todas las cartas cuyos originales ha conseguido y parcialmente reproducido el Dr. Pino en el curso de su minuciosa investigación y cuyas copias se encuentran en los Archivos de Don Laureano que reposan en mí poder. Lejos ver en ello materia a indiscreción. Quizás en beneficio de la "honestidad" que ha tenido a bien reconocerme mi contendor, considero esta publicación como algo perfectamente normal y deseable, ya que el consumo de estas "golosinas raras" no debe estar reservado únicamente a los contados privilegiados que puedan tener acceso al repositorio del Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la U.C.V. que, tan acertadamente, dirige el Dr. Pino, sino a todo el que se interese por adquirir o consultar el volumen correspondiente. Sus hallazgos en la materia sólo tendrán como consecuencia −a lo mejor involuntaria o indeseada para él− de asociar el nombre del Dr. Pino a la publicación de las *Obras Completas* de Laureano Vallenilla Lanz.

El problema, sin embargo, no radica en esta interpretación un tanto sensacionalista de las cosas. Sin pretender cuestionar los motivos que llevan al

Dr. Pino a utilizar este material epistolario como soporte demostrativo de la afirmación que "no es lo mismo ser positivista que gomecista" nuestro colega parece obviar el hecho de que cualquier documento, hasta el más trivial en apariencia, debe ser considerado dentro del contexto histórico que lo ha producido y que, lo que es válido para un documento con mayor razón se aplica al análisis de las producciones de una corriente ideológica. Los documentos historiográficos, al igual que el cadáver del Pedro Rojas de César Vallejo "están llenos de mundo".

En su afán descalificador, el Dr. Pino Iturrieta parte del principio que el positivismo por ser una corriente importada de Europa y, por lo tanto de "raigambre lejana" no podía conseguir aplicación alguna en tierra venezolana, donde los acólitos de esta doctrina "vieron en nuestra realidad lo que no existía y ocultaron lo que el prisma de Comte no podía ver, en la fragua de un rastreo en el que jamás predominaron sus criollas neuronas". En otras palabras, para poder tener validez interpretativa ante sus ojos, el eminente historiador boconense considera que sólo se pueden tomar en cuenta aquellas doctrinas que lleven, de manera inequívoca, el sello de una garantía de origen "Made in Venezuela". ¡Curiosa visión nacionalista del mundo de las ideas que invalidaría, además, cualquier intento impertinente de analizar la realidad venezolana en términos, por ejemplo, del liberalismo político o del marxismo!

Lamentablemente para el Dr. Pino, el pensamiento humano no suele ceñirse tan estrictamente a la noción arbitraria de fronteras. "El testimonio de fuentes primarias" que invoca nuestro distinguido colega muestra, por el contrario, que, lejos de constituir "un calco o una reiteración dócil" y nos atreveríamos a decir, estúpida, de una filosofía foránea, la escuela positivista venezolana logró ampliar considerablemente el ámbito de las posibilidades que ofrecía la escuela positivista europea en la utilización de los instrumentos de análisis tomados del novedoso campo de las llamadas "ciencias sociales" y aplicando esos instrumentos al estudio de los problemas concretos de la historia, en este caso de la historia de Venezuela. En los primeros años del Siglo XX, cuando se fragua la obra de estos pensadores venezolanos, ello constituía un aporte que, a nuestro parecer, no debe vacilarse en calificar como original, tanto en el ámbito de una reinterpretación del pasado histórico, como en el de la aplicación de una praxis histórica a una praxis pública.

Podemos hablar entonces de lo que, en un brillante ensayo al respecto, nuestro amigo Arturo Sosa Abascal ha calificado como el paradigma del positivismo venezolano cuyos postulados: el determinismo del medio ambiente, el evolucionismo social, el problema de la raza y de la inmigración, el problema de la educación como elemento de formación social, el significado real de las libertades políticas, la consideración de una realidad social en oposición a un discurso de carácter político; conforman los elementos de una conducta política, así como los de una orientación ideológica. En ese sentido, el proyecto positivista para Venezuela obedecía a una determinada estructura de pensamiento, producto de un determinado proyecto de clase.

En su libro *Positivismo y Gomecismo*, el Dr. Pino Iturrieta destaca, como uno de los elementos demostrativos de la flaqueza interpretativa de la escuela positivista venezolana, por copiar ciegamente modelos foráneos, el que: "Escapan al criterio de [sus] analistas problemas tan importantes como el comportamiento de las relaciones económicas, la dinámica de los conflictos sociales y la intervención del capital monopolista", sin detenerse a considerar que, precisamente, uno de los puntos de enfrentamiento entre la visión positivista y la visión marxista se centraba en torno al papel que jugaba la variable socioeconómica en relación con otras variables como medio ambiente, raza o cultura. Luwdig Gumplowicz, refutando a Marx, oponía el "poligenismo" como respuesta sociológica, al concepto de lucha de clases. Por ello, Arcaya, Gil Fortoul, Alvarado o Vallenilla Lanz no insistían sobre esos "problemas tan importantes", no porque los ignorasen, sino porque los enfocaban desde otra perspectiva. El no entender eso es caer en generalizaciones tajantes, dignas del *Manual de Ideas Políticas* de V. S. Pokrovski.

De ahí que, por más que exista el peligro que se nos descalifique por causa de los "impulsos afectivos" que, supuestamente, determinarían nuestra vinculación familiar con uno de los voceros de la Escuela en referencia, no vemos que haya contradicción entre el paradigma positivista venezolano, tal como se ha definido históricamentey el régimen de Juan Vicente Gómez, en cuanto a su carácter, procedencia o "etiología" de ambos fenómenos. Para bien o para mal, ese paradigma encontró su aplicación en un régimen que, por más que le pese al Dr. Pino Iturrieta, jamás podría haberse mantenido 27 años sin contar con un mínimo de consenso social.

Al cumplirse en diciembre los 50 años de la muerte de Juan Vicente Gómez, como acertadamente lo recuerda nuestro colega de la U. C. V., es hora de reflexionar sobre lo que representó esta etapa en la vida de la nación venezolana con el criterio, la intención y la perspectiva de lograr un análisis y no de buscar en un "culto a Gómez", ilustrado por anécdotas o telenovelas, el deseo, quizás inconsciente, de satisfacerlas aspiraciones de una frustración intelectual.

Valdría la pena preguntarse, como lo ha hecho Arturo Sosa, si se puede o no hablar de una vigencia del paradigma positivista en la evolución tanto socio-económica como política de la Venezuela contemporánea; preguntarse si, realmente, pese al cambio de un discurso político, se han modificado los grandes rumbos que determinan la conducción doctrinaria del Estado venezolano. Contestar estas interrogantes no es tarea fácil. Por ello es necesario alcanzar una visión clara del "fenómeno Venezuela" que deje de lado las imitaciones que imponen el dogmatismo y el rechazo gratuito a considerar un problema determinado, quizás porque ese rechazo obedece al temor de nombrar la soga en la casa del ahorcado.

En: "Papel Literario" de *El Nacional*, Caracas, 26 de mayo de 1985, p. 7.

¿LUCIDEZ POSITIVISTA O COMPROMISO HEREDITARIO? [1985]

Elias Pino Iturrieta

Hasta ahora nadie había polemizado en Venezuela con un Vallenilla –de los Laureano y Laureanito– sin correr el riesgo de dar con sus huesos en La Rotunda, o en algún calabozo de la Seguridad Nacional. De manera que bien pudiera regodearme en la circunstancia de ser el primero que les enmienda libremente la plana, para arremeter de inmediato contra los lampiños argumentos del más reciente portavoz de la familia: el profesor NikitaHarwich Vallenilla. Sin embargo, en lugar de aprovechar tan auspiciosas condiciones, prefiero en primera instancia comentar la razón por la cual me he aproximado al estudio del gomecismo.

El gomecismo me interesa, en cuanto constituye un fenómeno que todavía persiste. A diferencia de lo ocurrido en México con Porfirio Díaz, el General acabó viejo en su cama porque ningún esfuerzo de los venezolanos sirvió para acelerar el desenlace. Pero, así como nada efectivo realizó la sociedad para derrocar al dictador, tampoco se dio a la empresa de desarraigar el estilo de vida aclimatado en las entrañas de su régimen. Primero aceptó "con el pañuelo en la nariz" la herencia del Benemérito, para luego permitir el retoque de una conducta cuya esencia es característica de ese autoritarismo que, en apariencia, comenzó a languidecer en 1935. Sin embargo está aquí y ahora, porque la muerte natural apenas tocó a un individuo. Quedaron su espíritu y sus criaturas. Como historiador y como venezolano de hoy, quise entonces rastrear las pruebas de tal permanencia, con el objeto de ayudar a sepultar al muerto-vivo a través del aporte que pudiera resultar de una investigación metódica. En el empeño me acerqué a los positivistas y pude comprobar su condición de simples acólitos de un formulario acartonado que les sirvió para ignorar la realidad, mientras obtenían prestigiosos estipendios del tirano a quien justificaban. Mas también me he topado, últimamente, con el nieto de Laureano Vallenilla. Sólo con el deseo de proseguir la misma faena de enterramiento, paso ahora a replicar las pocas cosas de relevancia que trató de pergeñar contra mis aludidos puntos de vista.

En una respuesta titulada, "El positivismo venezolano juzgado por los miopes", el profesor NikitaHarwich Vallenilla asegura que el positivismo gomero reinterpretó con acierto a Venezuela, logrando así la ampliación del ámbito de conocimiento de la escuela europea. Ojalá hubiera ocurrido así.

Antes que la realidad nacional, a los positivistas gomeros les importó el magisterio de las neuronas foráneas, en cuanto sin su ayuda no hubiesen podido legitimar al tirano. En consecuencia, fallaron al disparar ante un blanco que tenían frente a las narices. Les pasó como a sus correligionarios de Bolivia que estudia Guillermo Francovich. Los "científicos" del altiplano cambiaron a Comte por el rastreo de una escena próxima que despreciaban abiertamente: "Se sentían avergonzados de su historia, de sus déspotas y de sus tiranos..., encontrando en Europa el ideal de equilibrio político y del orden social". Asimismo, los "científicos" tropicales tomaron con pinzas algunas piezas de esta comarca poblada de mestizos, de gente oscura, de montoneras rapaces,

de caciques y gamonales ignaros, para acoplarlas el diagnóstico de los catedráticos de París. Gracias a la receta importada pretendieron construir sobre la marcha un gobierno de "gente decente", susceptible de corregir los desatinos de la sociedad turbulenta. De manera que, si alguna variante de entidad introdujeron los letrados criollos en la cartilla del positivismo, fue la de colocarlo al servicio de un tenebroso dictador allegado a su proyecto de un orden impuesto desde arriba, cerca del petróleo y el dinero.

Mas no hace falta el cotejo con los intelectuales de Bolivia –o con otros que siguieron el mismo método en Argentina, Brasil y México, por ejemplo– para confirmar cuanto llevo dicho. El propio profesor Harwich Vallenilla proporciona una irrebatible evidencia sobre el particular, en el siguiente fragmento de su escrito de réplica que copio con toda fidelidad:… "uno de los puntos de enfrentamiento entre la visión positivista y la visión marxista se centraba en torno al papel que jugaba la variante socio-económica en relación con otras variables como medio ambiente, raza o cultura. Ludwing Gumplowicz refutando a Marx, oponía el "poligenismo", como respuesta sociológica, al concepto de lucha de clases. Por ello, Arcaya, Gil Fortoul, Alvarado o Vallenilla Lanz no insistían sobre "esos problemas tan importantes". En el por ello de la frase está la clave. Así fue, en efecto: únicamente porque lo decía un civilizado sociólogo, nuestros positivistas no pudieron observar los fenómenos inmediatos. La luz de Gumplowicz les ocultó el panorama.

La miopía, según el diccionario de bolsillo, "es un defecto de la visión que sólo permite captar los objetos próximos al ojo". Queda claro, pues, cómo a los positivistas criollas no los distinguió esta limitación que vendría a convertirse en dolencia para cualquier individuo, más en ellos sería como una bendición de cielo: algo hubieran atisbado en sus escritos. No obstante, un resplandor lejano los dejó en la invidencia. Quien quizás padece alguna distorsión en la facultad de percibir las cosas en su flamante lazarillo, según se colige de cuanto afirma sobre el alegato de Gumplowicz ante Marx. No es cierto que el corifeo del sociologismo opusiera el Poligenismo a la lectura marxista, cuando buscaba una interpretación del pasado. En sus obras mayores, *Lucha de Razas* y *Raza y Estado*, Gumplowicz opone el enfrentamiento de las clases sociales (classenkampt), como explicación de la conducta colectiva. El Poligenismo, vocablo referido al origen múltiple de la humanidad,

no tiene nada que ver en el asunto de la diferencia entre los dos autores. Por consiguiente, leyó mal sus fuentes el profesor Harwich Vallenilla cuando pretendió usarlas para alumbrar el camino de sus impedidos antecesores.

Por cierto, la referencia a Gumplowicz, a estas alturas de la historia, se presta para muchas cavilaciones. Gumplowicz entendía a la sociedad como un proceso dirigido por un grupo racial victorioso que, gracias a su poder, controlaba a grupos menos aptos a los cuales sometía a relaciones de esclavitud y servidumbre con ayuda de la ley. En consecuencia, el Estado, según su concepción, era resultado del ejercicio de la autoridad por una raza eminente cuya misión era explotar a las razas subyugadas, a las cuales imponía un lenguaje y una conducta homogéneos. Dentro de tan peculiar análisis, el individuo es ignorado como elemento susceptible de sentir y producir ideas propias. Abrumado por el peso del influjo colectivo, el ser humano es un ingrediente insignificante de una trama mayor, a la que pertenece como las células al tejido del organismo.

Burda manera de entender la historia, compartida por los positivistas de ayer y por muchos voceros del mismo linaje que hoy prosiguen diagnosticando a Venezuela. Estos últimos son las criaturas del gomecismo que no ha muerto.

En: Papel Literario de *El Nacional*, Caracas, 7 de julio de 1985, p. 8.

UN DETRACTOR CONTUMAZ O LA "NEUROSIS SEPULTURERA" DEL DOCTOR PINO [1985]

NikitaHarwich Vallenilla

Nuevamente, en las columnas del Papel Literario de *El Nacional* del 07 / 07 / 1985, el doctor Elías Pino Iturrieta, en su peculiar e inconcebible estilo, arremete, pluma en mano a falta de una pala contra las "criaturas muertas-vivas" del pasado venezolano, intentando así reducir la historia de la nación al guión de una película de la serie *La Venganza de los zombies* o *Cazafantasmas* (2da. Parte), donde a él −claro− le tocaría el papel del héroe incontaminado y salvador.

Sin embargo, la forma que le da el eminente catedrático a la parte personal de su polémica indica que, a falta de haberse convertido en *zombie*, ha internalizado los mismos fantasmas que pretender combatir. Regodearse por el hecho de poder, en 1985, "enmendar libremente la plana" con su supuesto "portavoz" de la familia Vallenilla –de satánica memoria– equivale a expresar (y regodearse en ello) un anhelo inconsciente hacia un pasado en el cual el disentir públicamente podía llevar a una mazmorra y a una posterior aureola de martirio. El propio doctor Pino constituye entonces una viva expresión de la persistencia del gomecismo como fenómeno y, por lo tanto, antes de descalificar a los demás, debería empezar por exorcizarse a sí mismo.

Para el doctor Pino, el gomecismo "constituye un fenómeno que persiste" puesto que "así como nada efectivo realizó la sociedad para derrocar al dictador, tampoco se dio a la empresa de desarraigar el estilo de vida aclimatado en las entrañas de su régimen". A nuestro entender, un historiador, en el sentido pleno de la palabra, está obligado a tratar de descubrir el por qué de los hechos y no simplemente aceptarlos. Si la sociedad venezolana, a la cual alude nuestro colega, no llegó a una cohesión de intereses que le permitiera derrocar al tirano, valdría la pena indagar acerca de la lógica social interna que motivó esa situación. Si no se ha desarraigado aún en el país "el estilo de vida aclimatado en las entrañas" del oscurantismo gomero, convendría analizar las causas de esta supervivencia dentro de su contexto histórico respectivo. El mesianismo asumido por el doctor Pino le impide, quizás, razonar en esos términos.

Buscar una explicación para los 27 años de permanencia del gomecismo presupondría una vía indagatoria que fuera más allá del hecho fáctico y tendería a una necesaria explicación de la historia de Venezuela en términos más complejos que los que de una simple oposición entre víctima y victimario, siendo el pueblo constantemente la víctima y cambiando constantemente de máscara el victimario, llámese conquistador, oligarca, caudillo, burócrata, ejecutivo o imperialista yanqui. Como fiel representante de cierto intelectualismo, el doctor Pino se atribuye la misión de redimir la aparente carencia en la Venezuela contemporánea de una revolución social, en contraste con el modelo mexicano (el cual parece, por cierto, avivar las "criollas neuronas" de nuestro contendor). Para cumplir con esa misión, recurre a su "faena de

enterramiento" y eleva a la categoría de un logro popular el poder polemizar con quien considera ser una "criatura del gomecismo", lo cual es darle una importancia desmedida a la criatura y elevar bien poco las aspiraciones para Venezuela de una auténtica reivindicación de carácter social.

Pero, más allá de unas imputaciones de carácter personal, juego en el cual parece deleitarse el doctor Pino, su juicio acerca del Positivismo Venezolano, ilustrado a lo largo de esta polémica, parte de la confusión perfectamente deliberada que hace entre la praxis histórica y la praxis política de sus representantes más destacados. El peso historiográfico de positivismo en el análisis del pasado venezolano es un elemento que, por ser difícil de soslayar, molesta a quienes, como el doctor Pino, no han logrado, por ahora, madurar una alternativa en cuanto a la interpretación de ese pasado.

No se trata, entonces, para el doctor Pino, de plantear una discusión para saber si la Guerra de Independencia fue o no una guerra civil, si el Cabildo fue o no la institución a través de la cual se fue conformando la aristocracia municipal, lejano antepasado de las clases dominantes de hoy, si los partidos históricos de la Venezuela decimonónica fueron o no el producto de un debate de prensa o si la Guerra Federal contribuyó o no al proceso de igualación social. En otras palabras, no se trata de definir la contribución o falta de contribución de la escuela Positivista a la comprensión histórica de Venezuela. Ello no encaja dentro del tipo de análisis que se pretende considerar. Por lo tanto, se vienen a esgrimir argumentos como la inaplicabilidad del positivismo, como doctrina extranjera, a la realidad venezolana y se acusa a sus exponentes de haber copiado servilmente "una receta importada". Lo curioso es que el propio doctor Pino se delata cuando, al querer demostrar la inconsistencia de nuestra refutación, cita, con toda fidelidad según afirma, un fragmento de nuestro texto reproducido en *El Nacional* del 26 / 05 / 1985.: "uno de los puntos de enfrentamiento entre la visión positivista y la visión marxista se centraba en torno al papel que jugaba la variable socio-económica con relación a otras variables como medio ambiente, raza o cultura. Ludwig Gumpliwicz, refutando a Marx, oponía el 'poligenismo' como respuesta sociológica al concepto de lucha de clases. Por ello, Arcaya, Gil Fortoul, Alvarado o Vallenilla Lanz no insistían sobre 'esos problemas tan importantes'…" (Estos último se refiere al comportamiento de las relaciones económicas, la dinámica de los conflictos

sociales y la intervención del capital monopolista que el doctor Pino, en su libro *Positivismo y Gomecismo*, reprocha a esos autores no haber considerado). Lamentablemente por la "fidelidad" de su transcripción, nuestro colega omite el final de la frase que era el siguiente: "no porque los ignorasen, sino porque los enfocaban desde otra perspectiva". Aparte de echar una luz reveladora sobre la técnica de citar fuera de contexto –una aparente innovación promovida por el director del Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad Central de Venezuela– la omisión del doctor Pino no es casual, porque de haber concluido la frase citada habría tenido que admitir la posibilidad de considerar como alternativa de referencia a otro sociólogo, economista y filósofo de la historia, tan europeo y distinguido como Gumplowicz, llamado Carlos Marx. Descalificar al positivismo para Venezuela porque es una doctrina importada significaría también descalificar al marxismo. Al darse cuenta de ello, el doctor Elías Pino Iturrieta prefiere obviar la flaqueza de su argumentación, así como la mala fe y el chancletismo de su posición intelectual.

En ese mismo orden de ideas, confundir praxis histórica y praxis política es una vía de escape conveniente. Por desprecio hacia "la comarca de mestizos, de gente oscura, de montoneras rapaces, de caciques y gamonales ignaros" el positivismo venezolano tuvo que buscar el diagnóstico de "los catedráticos de París". Porque se puso deliberadamente al servicio de un "tenebroso dictador", la escuela positivista venezolana se ha condenado. Importa poco estudiar el contexto en que se fraguó el proyecto político del gomecismo, como expresión de un proyecto nacional, ciertamente impuesto desde arriba –aquí coincidimos con nuestro colega–. Se trata tan solo de etiquetar, descalificar y enterrar.

Lamentablemente, no por ello deja de desarrollarse la historia de las ideas en torno a un proceso de acumulación (donde, en el fondo, importa poco saber quién copió a quién) y que lleva, eventualmente, a un salto, a una ruptura con lo anterior. El pasado reciente de la nación venezolana no deja, por ello, de plantear una serie de interrogantes que aún no han sido contestadas. Cualquier instrumento de análisis, sea cual sea su origen, es útil para tal fin. No se trata de reivindicar o de condenar a un régimen o una doctrina en particular, sino de buscar la explicación de un contexto social determinado, así sea en forma de hipótesis.

Pero de lo que sí se trata es de rechazar −si es posible de una vez por todas− a un cierto tipo de dogmatismo ciego que juzga los fenómenos históricos antes de comprenderlos y que es incapaz de formular una argumentación lógica o plausible acera de ellos, porque su fin no es sino el de ocultar la responsabilidad de su propio fracaso como actor político dentro de la Venezuela de hoy. Creemos que nuestro contendor, en el fondo, nunca ha considerado esta polémica como un debate sobre un problema de interpretación histórica, sino como una discusión en torno a una inquietud política, con razón o sin ella, parece guiar su acción.

Dejemos por lo tanto al Dr. Pino Iturrieta dar rienda suelta a su "neurosis sepulturera", con un celo y un ahínco propiamente estakhanovistas. Enterrar muertos no ayuda a explicar lo que fueron sus vidas. Como lo dijera Marc Bloch, amar la historia es amar la vida. Sólo así puede adquirir la historia su verdadera dimensión, en las palabras del mismo Bloch, como "ciencia de los hombres en el tiempo". ¡De hombres, no de fantasmas, zombies o cadáveres!

En: "Papel Literario" de *El Nacional*, Caracas, 11 de agosto de 1985, p. 8

PRÓLOGO A UNA NUEVA EDICIÓN DE CESARISMO DEMOCRÁTICO [1990]

MANUEL CABALLERO

Cuando se dice que un libro ha tenido mucha influencia en las ideas de un país, se piensa que lo ha hecho por haber dejado escuela. *El Cesarismo democrático* de Laureano Vallenilla Lanz ha sido uno de los libros más comentados en toda la historia de la inteligencia venezolana, pero se puede decir que sus tesis se conocen mayormente a través de sus adversarios. Que sepamos, nadie en Venezuela se ha declarado abiertamente seguidor de las ideas expuestas por Vallenilla, y desde hace cincuenta años, por el contrario la actitud general es declararlas enemigas. Ponerse al lado de Vallenilla es hacerlo con el director de *El Nuevo Diario*, portavoz oficial de Gómez; es de una forma u otra, justificar el gomecismo, el largo terror que todavía hiela la sangre de los venezolanos.

No hay la menor injusticia en esa actitud: Vallenilla mismo lo quiso, y así lo escribió al responder a la crítica que Eduardo Santos hiciera desde *El Tiempo* de Bogotá a este libro: «Entre mis convicciones de historiador y de sociólogo y mis convicciones políticas no hay discrepancia de ningún género». Positivista en cuanto a su posición teórica, y polémico por su actitud, corrió además Vallenilla con la suerte de que quienes primero insurgieron contra sus ideas fueron marxistas; que de una u otra forma el pensamiento de éstos haya estado en el centro de las discusiones durante el medio siglo posterior; y que su polémica permanente contra el positivismo al final terminó por mostrar lo que trataba de ocultar o de negar: en qué medida le era tributario. Todo eso ha contribuido a que los textos de Vallenilla, pero sobre todo este *Cesarismo democrático*, hayan permanecido vigentes, así sea la suya la vigencia de lo negado.

No se crea sin embargo que la polémica con Vallenilla sea una pelea póstuma, o que en su tiempo sólo haya causado escándalo entre quienes, desde el extranjero, lo veían sobre todo como el teórico, el justificador de la dictadura. Los planteamientos del autor de *Cesarismo democrático* estaban destinados a molestar, y eso incluso entre la gente que estaba de acuerdo con lo que el escribía cada día en las columnas de *El Nuevo Diario*. No se trataba entonces de simples peleas políticas cotidianas, donde la frontera era fácilmente determinada, sino que el combate se daba en un terreno más elevado, que llevaba a la reflexión sobre la condición misma del venezolano y de su historia, y hacerlo siempre perturba viejos hábitos mentales, ideas mineralizadas: eso disgusta, y eso escandaliza.

¿Cuál es esa piedra de escándalo, qué es lo que podía causar tanta molestia? ¿Acaso la justificación de la dictadura? No es de creer que eso pudiese causar escándalo en la Venezuela de un hombre que muere apenas once meses después de Gómez. No: lo más insoportable en Vallenilla Lanz es su consideración de la guerra de independencia como una guerra civil. Por cierto, hay aquí un hecho curioso. Hay una queja bastante generalizada en los autores cuya obra es sometida a discusión: que no se les ha comprendido, que se ha interpretado una cosa cuando querían decir otra. En el caso de este libro, ha sucedido lo contrario. Vallenilla expuso su tesis sobre la guerra de independencia venezolana en términos tan claros, que todo el mundo lo tomó al pie de la letra: aquello fue, para él, una guerra civil. Si el propio Vallenilla lo decía, ¿para qué ponerse a buscarle cinco patas al gato? Rastreando cuidadosamente su argumentación, se nos reveló una cosa diferente, y así lo planteamos en un largo (y tedioso) estudio publicado en 1966: en verdad, lo que Vallenilla había dicho realmente era que esa guerra era una guerra de conquista. Los llaneros habían venido desde el ignorado fondo de la historia venezolana («los pueblos pastores no tienen historia» decía citando a otro autor) para destruir la civilización venezolana o por lo menos «tres siglos de industria, de ilustración y de cultura» como lo decía el Libertador. De esa manera, la historia venezolana no hacía sino repetir el esquema de la historia europea con la destrucción del Imperio Romano por aquellos pueblos pastores venidos desde el fondo de la estepa.

Como sea, el resultado es el mismo. Lo que en todo eso podía provocar disgusto es la actitud de escribir la historia de un país haciendo caso omiso

de los pedestales. En general, a los hombres les subleva que les destruyan sus dioses, que los echen a andar en la calle, entre nosotros. Porque es mejor que los dioses nos gobiernen, decidan sobre nosotros y nos dejen permanentemente en la incertidumbre, a que, reducidos a nuestra propia escala, nos obliguen a tomar decisiones, a enfrentar responsabilidades. Decir que la guerra de independencia fue una guerra civil, aun si se quiere decir en verdad que fue una guerra de conquista, es rebajar los dioses de la religión patriótica a una dimensión que disgusta, por aquello que Simón Rodríguez había dicho: "No hay más patriota que un tonto".

No solamente se empeña así Vallenilla en traer a los libertadores del cielo a la tierra, sino que además, sumando blasfemia a la blasfemia, los llena de debilidades. Porque esos hombres que guerrearon hace siglo y medio ni siquiera eran dueños de su propia voluntad: VallenillaLanz es determinista. La historia deja así de ser una marcha triunfal, para convertirse en el terreno donde se disputan y se matan hombres cuyo diverso entorno (geográfico, cultural, social y no solamente político) los ha impulsado a actuar de determinada manera, porque «la historia, como la vida, es muy compleja». ¿Tiene sentido reeditar a Vallenilla en una colección popular? Hay que comenzar diciendo que tal vez su propia respuesta hubiese sido negativa. A través de toda su obra, lo vemos proponer siempre dos lenguajes: uno para la élite dirigente e ilustrada, otro para la masa dirigida e inculta. Pero aparte de eso, sería un error considerar este libro como una simple curiosidad bibliográfica. No se crea que la lucha que libró Vallenilla porque la escritura de la historia tomase forma y contenido de ciencia se terminó con él, o con el brillante triunfo intelectual que fue el de los positivistas: a cada rato, la historia-leyenda, la historia-mito, la historia deificada reconstituye su tela de araña. Otra vez se vuelven a elevar, inaccesibles, los hombres que derrotaron el Imperio. Que equivale a renunciar otra vez a la responsabilidad, a refugiarse otra vez en el regazo materno. Es renunciar a comprender nuestra historia, y sobre todo que ella la han hecho, y la continúan haciendo, hombres de carne y hueso, no siempre movidos por bellas intenciones o instintos. Es renunciar a participar en esa historia conscientemente, pues sin conciencia lo hacemos todos los días.

¿Y la teorización de la tiranía? De este tipo de libros se puede decir lo que se ha dicho de Maquiavelo: que aquéllos que realmente tienen la posibilidad o

la voluntad de implantar alguna, no necesitan de consejos ni de elucubraciones teóricas. En verdad, Vallenilla tampoco estaba diciendo cosa nueva: desde muy temprano, quienes reflexionan sobre la historia de la sociedad y sobre las formas de gobierno habían intuido o simplemente constatado que la anarquía siempre deriva en personalismo y, a veces, en despotismo. Lo que Vallenilla escribió o tal vez simplemente describió, Venezuela lo había vivido con Páez, y lo volvería a vivir larga y duramente con Juan Vicente Gómez.

¿Es Vallenilla inocente, entonces? Ni él lo pretendió, ni nadie lo es, porque nadie opina inocentemente. Aunque él mismo no lo haya querido, el problema es si es posible una crítica de Vallenilla que no sea una crítica de *El Nuevo Diario*. Hace años, en el texto a que aludíamos más arriba, lo intentamos, y creemos que todavía conservan, algunas de ellas, su vigencia.

En primer lugar, se hace evidente la contradicción entre su idea de la imposición determinante del medio por encima «de la flaca voluntad humana» y el hecho de que el héroe, el dictador, pueda amasar a su antojo la psicología de un pueblo formado bajo la presión de aquellas determinaciones. Una de dos, decíamos entonces: o aquellas determinaciones del medio no lo son tanto que una «voluntad humana» no puede contrariarla, o el héroe es un demiurgo, lo que se enfrenta a su llamado de «humanizarlo para engrandecerlo». Sin olvidar que al libre pensador, al positivista, al científico que Vallenilla se jacta de ser le está prohibido pensar que su fuerza, el héroe, el César, la extrae de la voluntad divina.

A pesar de que es, si no el único ni el primero, si el más claro en ver la historia como historia social, y pese a que la suya pareciera ser una concepción muy dinámica de la sociedad, ella es, si no estática, por lo menos desarrollada en círculo cerrado: en el binomio caos oclocrático-tiranía unipersonal se resolvería la historia humana y la venezolana.

En cuanto al racismo, que Vallenilla rechaza con violencia en el plano horizontal, ¿no cae en la tentación de practicarlo verticalmente? Porque eso es lo que sedesprende de ese desprecio suyo por el pueblo, esa desconfianza en sus capacidades creadoras, en la posibilidad de su elevación intelectual y moral. ¿Es acaso eso otra cosa que el viejo reflejo de casta, el incontenido orgullo de aquella aristocracia que durante sus buenos siglos ejerció «la tiranía doméstica»?

Finalmente, aunque Vallenilla se declare a cada paso partidario del método científico y «enemigo de las improvisaciones de todo género», pocos como él exaltan la improvisación en el terreno político, y es así como la ciencia del General Gómez «que es la de saber gobernar», no la adquirió en los libros, ni siquiera en la reflexión sobre los hechos: la trajo consigo, por revelación o ciencia infusa. Otra vez la contradicción entre el científico y el hombre de fe se resuelve en favor del último.

Hay algo que es necesario decir, ya para poner el punto final a esta nota de introducción. Es habitual que cuando se combate o se rebate un autor, éste se queje de que no se le ha leído, o de que se lo ha hecho descuidadamente. No es muy fácil pensar que este haya sido el caso de Laureano Vallenilla Lanz. El dragoneaba de rigor científico, de objetividad, de frialdad para analizar los hechos. Cuando un autor dice eso, uno tiende a temblar ante lo que le espera: un texto seco, moroso, gris. Más allá del interés que puedan despertar sus teorías y sus opiniones, la permanencia de Vallenilla se debe también y muy seguramente al hecho de que sus textos estaban tan bien escritos, con una pluma que, entre los escritores de su generación, de su tendencia y sus pecados, sólo le igualaba Gil Fortoul.

En: Manuel Caballero. "Prólogo" en: *Cesarismo Democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la Constitución efectiva de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1990, pp. 7-12.

PRÓLOGO A UNA NUEVA EDICIÓN DE CESARISMO DEMOCRÁTICO [1991]

NIKITA HARWICH VALLENILLA

I

Nace Laureano Vallenilla Lanz el día 11 de octubre de 1870 en Barcelona, capital del Estado del mismo nombre, según la nomenclatura administrativa sancionada por la Constitución Federal de 1864. Pocos meses habían transcurrido desde que Antonio Guzmán Blanco, al aplastar el movimiento conservador de los "Azules", se había instalado en Caracas. Pocas semanas antes, en Francia, los cañones prusianos de Sedán habían precipitado la caída del Segundo Imperio de Luis Napoleón Bonaparte.

La infancia y juventud de Vallenilla transcurren durante uno de los períodos de mayor demagogia política y de caudillismo rebelde; cuando parecía, como lo apunta Harrison Sabin Howard, que: "Los hombres apenas estaban motivados […] por luchas personalistas por el poder, más que por cualquier interés sincero por el bienestar de la nación. Gritos demagógicos a favor dé autonomías locales no parecían sino máscaras del derecho a ejercer el saqueo local".[1]

La triste realidad venezolana se le hace quizás más presente al joven Vallenilla por el papel que ha jugado su familia en la evolución histórica del país. En el prólogo de *Cesarismo Democrático*, el historiador colombiano Antonio Gómez Restrepo escribía que: "…para Vallenilla Lanz, el amor de la Patria se confundía con el culto familiar". Fin efecto, la familia Vallenilla ha actuado en Venezuela desde la segunda mitad del siglo XVII. El apellido Vallenilla (o Ballenilla) procede de un linaje oriundo de las montañas de Burgos, en Castilla.

1 Harrison Sabin Howard, *Rómulo Gallegos y la revolución burguesa en Venezuela*, Caracas: Monte Avila, 1976, pp. 76-77.

Hacia 1650, un Domingo de Vallenilla contrae matrimonio en el lugar de Isla, Tramiera, partido judicial de Santoña, en la provincia de Santander, con doña Catalina Arana, de antiguo abolengo vasco. De ese matrimonio nace el primer Vallenilla que se traslada a Venezuela: Diego de Vallenilla Arana, Caballero de la Orden de Santiago, quien se radica en Cumaná donde desempeña los empleos militares de Castellano y Alcalde de la Real Fortaleza de Araya, así como el cargo de Tesorero de la Real Hacienda. Contrae matrimonio en Cumaná, el 6 de enero de 1694, con doña Josefa Vázquez y del Barrio, descendiente directa del conquistador Damián del Barrio.

Uno de los hijos de este matrimonio, Félix de Vallenilla y Vázquez, nacido en Cumaná en 1710, llega a ser Alcalde Ordinario de su Ayuntamiento. Casa en 1735 con doña María de Salaverría y Cortés, hija del Tesorero de la Real Hacienda, Capitán don Gaspar de Salaverría y Sánchez. Su hijo mayor, don Félix Antonio de Vallenilla y Salaverría, Escribano Público y de Gobernación, se encarga de pregonar la aplicación de la Real Cédula de 1777 que une la Provincia de Cumaná a la recién creada Capitanía General de Venezuela.

Del matrimonio de Félix Antonio de Vallenilla y Salaverría con doña Isabel María de la Guerra Vega y Alcalá, nacen: el Coronel y prócer de la Independencia, don Diego de Vallenilla y Guerra, quien es el Secretario por aclamación del Cabildo Abierto convocado en Cumaná el 27 de abril de 1810, el cual se une al movimiento iniciado en Caracas el 19 de abril de ese mismo año; y el bisabuelo paterno de Laureano Vallenilla Lanz, José de Jesús Vallenilla y Guerra, Alférez Mayor y Regidor Perpetuo de su Ayuntamiento. José de Jesús Vallenilla y Guerra casa en Cumaná en 1799 con doña Paula Centeno Mejía y fallece a los 30 años de edad en 1805.[2]

El abuelo paterno de Laureano Vallenilla Lanz, el Comandante y Procera de la Independencia José de Jesús Vallenilla Centeno, nace en Cumaná en 1802. Se alista inicialmente en las filas realistas, es hecho prisionero en la batalla de Carabobo en junio de 1821 y termina incorporándose al ejército patriota, donde sirve como Ayudante del General José Francisco Bermúdez. Primer Comandante de Milicias de Cumaná, se casa en 1829 con una de sus

2 Carlos Iturriza Guillén, *Algunas familias de Cumaná*, Caracas: Italgráfica, 1973, pp. 783-808.

parientas, Francisca de la Cova y Alcalá, prima hermana del Mariscal Sucre y sobrina, a su vez, de don Mariano de la Cova, cuya firma aparece en el Acta de la Declaración de la Independencia del 5 de julio de 1811. Tiene una destacada actuación en la "Revolución de las Reformas" de 1835 y es uno de los creadores del lema "Dios y Federación" que sería adoptado luego, en 1859, por el bando Federalista y pasaría a figurar en todos los documentos oficiales de la República. Herido en los combates de Puerto Cabello que sellan el final de la "Revolución de las Reformas" en 1836, es expulsado del país. Muere en 1842 y su viuda contrae nuevo matrimonio con uno de sus parientes, el General Ramón Centeno y Mejía, quien había acompañado a Simón Bolívar, en calidad de Edecán, hasta el momento final en Santa Marta. Curiosamente, el primer testimonio escrito que se tiene de Laureano Vallenilla Lanz es… una pieza musical, una polka titulada "Aspiración", que su joven autor de nueve años dedica a su anciano "Tío Ramón" Centeno, como testimonio de afecto, y que sería reproducida en las páginas del semanario literario caraqueño El Zancudo.[3]

El padre de Laureano, José Vallenilla Cova, es médico de profesión. Es el primero de los Vallenilla en residenciarse fuera de Cumaná, hasta Barcelona, donde se instala poco antes de estallar la Guerra Federal. Detenido a causa de sus simpatías liberales, es llevado a las bóvedas de La Guaira donde permanecerá hasta el fin de los combates. Uno de sus hermanos, el General José de Jesús Vallenilla Cova, quien también había sido capturado y encerrado en la Rotunda de Caracas, es ultimado al tratar de fugarse junto con su compañero de celda, el general Renato Beluche, el 14 de febrero de 1863. Terminada la "Guerra Larga", Vallenilla Cova regresa a Barcelona, donde se casa con Josefa María Lanz Morales, hija del Licenciado y prócer José Prudencio Lanz, Ministro de Justicia de la Gran Colombia, y donde nacen sus siete hijos: Leonor, José de Jesús, Laureano, Baltazar, Hercilia, Josefina y Agustín.

Desde temprana edad, un gran afecto une a Laureano con su hermano Baltazar, compañero de juegos y, también, de las largas veladas durante las cuales su padre les lee y comenta trozos de la *Historia de los girondinos* de Lamartine, de *Los Miserables* de Víctor Hugo, de los *Discursos d*e Mirabeau o les habla acerca de los acontecimientos de la historia de Venezuela. Para Lau-

3 *El Zancudo,* Caracas, 27 de agosto de 1880, p. 4.

reano, la historia ha de convertirse en algo vivo. Al igual que Voltaire quien utilizó parte de sus recuerdos de infancia para escribir *El siglo de Luis Catorce*, Laureano Vallenilla Lanz entra directamente en contacto con los personajes y hechos de la historia venezolana de la Independencia.

En 1878, la familia Vallenilla es expulsada de Barcelona por orden del Presidente del Estado, General José Antonio Velutini. La velada oposición del Dr. Vallenilla Cova hacia la política de Guzmán Blanco lo ha hecho sospechoso ante las autoridades. Los Vallenilla se instalan temporalmente en Porlamar, donde el joven Laureano es alumno del maestro Dámaso Villalba. En 1882, entra a cursar estudios en la 3a. Sección del Colegio "Baute" de Barcelona, regentado por Don Bernardo Baute y en 1884 ingresa en el Colegio Federal de Barcelona donde culmina sus estudios secundarios. Es indudable que, dadas las deficiencias del sistema de instrucción pública existente en Venezuela para ese momento, la educación formal de Laureano Vallenilla Lanz no puede ser considerada como un elemento de gran peso en su formación intelectual. Él mismo lo reconocerá al admitir deberle a la reflexión personal, al estudio autodidacta, el haber podido llevar a cabo sus investigaciones en el campo de las ciencias sociales. "Jamás he encontrado a nadie que enseñara lo que yo quería saber; por eso me ha sido necesario convertirme en mi propio maestro y, en cierto modo, darme yo mismo las clases", escribirá, adoptando como propios estos conceptos de Georges Sorel en la Introducción de su afamado libro *Réflexions sur la violence*.

Sin embargo, fuera de las aulas de clase, la biblioteca de su padre le ofrecerá los primeros elementos de aquellas "anotaciones para su propia instrucción". Allí se familiariza el joven Laureano con los nombres de John Stuart Mili, de Charles Darwin, de Henry Thomas Buckle, de Herbert Spencer y de Auguste Comte. Allí se nutre de los clásicos de la literatura castellana y francesa. En medio de la vida sosegada y monótona de un pueblo de provincia como lo es Barcelona, las bibliotecas privadas representan, de hecho, uno de los puntos de contacto con el mundo de las ideas. En ellas, durante las tardes, mientras las mujeres de la familia se reúnen en un cuarto adyacente para rezar el rosario, se organizan tertulias que se extienden hasta avanzadas horas de la noche. Se comentan las noticias del exterior, se habla de literatura, de política, de las nuevas teorías filosóficas, como el positivismo, que pretende revolucio-

nar el estudio del comportamiento del hombre. Esta función de enseñanza extracurricular la llenan también los templos masónicos que, bajo el impulso de Guzmán Blanco, se convierten en baluartes de lo que entonces se considera como el progreso y la civilización. Al igual que su padre y sus hermanos, Laureano Vallenilla Lanz ingresará en la confraternidad masónica, como la mayor parte de la "intelligentsia" de su época.

Concluidos sus estudios secundarios, es enviado, en 1886, a Caracas, bajo la tutela de su tío abuelo político, el abogado Pedro Centeno y González, para inscribirse en la Universidad Central. Inicia sus clases en la Facultad de Ingeniería, pero siente poca afición por las matemáticas. Según su propio testimonio, atraviesa en esa época una "crisis de frivolidad, de dandysmo",[4] Una sucesión de fiestas, bailes y saraos, donde salen a relucir sus dotes musicales de violinista, producto de las clases que ha tomado en Barcelona, bajo la dirección de un profesor de apellido Depool. Evidentemente que la calidad de los estudios deja mucho que desear. A los dos años, se ve obligado a abandonar la carrera. Para entonces, también empieza a padecer del mal que lo azotará por el resto de su vida: el artritismo. No existe cura para ese tipo de enfermedad, sólo llevar una vida tranquila y dedicada al estudio. Hasta cierto punto, Vallenilla tiene trazado su camino.

A comienzos de 1889, regresa a Barcelona donde participa, junto con Miguel Romero Sánchez y Manuel Segundo Sánchez, en la redacción del periódico *La Nueva Era*, cuyo título sugiere los nuevos tiempos de la vida política del país que ha inaugurado el Presidente Juan Pablo Rojas Paúl, al reaccionar contra Guzmán Blanco. Con el advenimiento, en 1890, del Presidente Raimundo Andueza Palacio, Vallenilla Cova logra obtener para su hijo el cargo de Interventor de la Aduana de Guanta. Además, "los dolores reumáticos se acentúan y el médico recomienda que viva un tiempo a orillas del mar"[5] Vallenilla Lanz se instala en Puerto La Cruz. "De día cumple con sus deberes de funcionario, y dedica las noches a cultivarse y a escribir".[6]

4 Laureano Vallenilla Lanz, hijo, *Escrito de memoria*, París: Lang Grandemange, 1961, p. 12.

5 *Ibíd*., p. 13.

6 *Ibíd*.

Colabora también en el primer diario que nace en Barcelona, *La Revolución*, donde firma algunos de sus artículos con el seudónimo "Justo de Veras". En 1892, a los pocos meses de haber estallado la "Revolución Legalista" que lleva al poder al nuevo caudillo Joaquín Crespo, muere el Dr. Vallenilla Cova.

Los Vallenilla han sido "continuistas" y la contienda armada que finaliza en octubre de 1892 con la entrada victoriosa de Crespo a Caracas ha destruido lo que quedaba del patrimonio familiar. La apretada situación económica en la que se encuentran los suyos obliga a Laureano a solicitar un nuevo empleo, esta vez como tenedor de libros en la empresa inglesa de las Hulleras de Naricual. Al poco tiempo, pasa a ser Secretario Privado del General Nicolás Rolando, Presidente del Gran Estado Bermúdez, y uno de los caudillos regionales cuya estrella política está en ascenso. Una gran amistad une a los Vallenilla con los Rolando.

En julio de 1896, Vallenilla Lanz inicia, desde las columnas de *El imparcial* de Barcelona, la primera de una larga serie de polémicas históricas. El tema en cuestión es el de la figura del General José Antonio Páez, tal como ha sido presentada en un estudio del renombrado abogado Nicomedes Zuloaga, escrito con motivo del proyecto de inauguración, en Caracas, de un monumento al prócer llanero. Zuloaga, en la tradición de la oligarquía conservadora, sólo quiere ver en Páez al civilista, mientras Vallenilla insiste en que Páez es también la personificación de las fuerzas brutas del caudillismo venezolano. Allí está uno de los temas centrales de *Cesarismo Democrático*. Zuloaga se muestra complacido con los argumentos de su versado contendor: "El Sr. Vallenilla no es de los que ven la historia patria a través de las brumas espesas en que la envolviera la mala fe, sino que, muy al contrario, sabe elevarse a las altas regiones en que se divisa bien el cuadro…"[7]

Nombrado Fiscal de Instrucción Pública en el Gran Estado Bermúdez y Sección Nueva Esparta, a comienzos de 1897, figura en agosto de ese año como miembro de la Junta Directiva del Partido Liberal Unificado del Estado Bermúdez, que apoya la candidatura presidencial de Ignacio Andrade. En noviembre de ese año, es nombrado Tenedor de Libros de la Empresa

7 Citado en Héctor Parra Márquez, *En elogio de don Laureano Vallenilla Lanz*, Caracas: Imprenta Nacional, 1955, p. 20.

Nacional de las Minas de Carbón y Ferrocarril de Guanta. Sin embargo, la vida provinciana le pesa a Vallenilla. A comienzos de 1898, decide renunciar a su cargo y marcharse definitivamente a Caracas, para dedicarse de lleno al periodismo y proseguir con sus lecturas y sus investigaciones. Desde ese momento, presiente que la explicación de los males de Venezuela se encuentra en el estudio cuidadoso del pasado.

II

En Caracas, reanuda sus relaciones con toda una nueva generación de jóvenes intelectuales, animados por la misma inquietud ante los problemas del país: José Gil Fortoul, Luis Razetti, Pedro Emilio Coll, Manuel Díaz Rodríguez, Lisandro Alvarado, Manuel Vicente Romerogarcía, Vicente Lecuna, Santiago Key-Ayala y muchos otros. Todos ellos forman parte del movimiento que pasará a la posteridad con el nombre de *Generación Positivista*. Gil Fortoul ya está preparando el manuscrito de su obra magna, la *Historia Constitucional de Venezuela*, que será la base de todos los estudios posteriores sobre el proceso de la Independencia. Alvarado, a su vez, intenta aplicar el nuevo criterio científico al estudio de la etnología y de la lingüística en Venezuela. Razetti sistematiza, en el campo de la medicina, las enseñanzas de sus maestros Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio. Todos frecuentan con asiduidad la redacción de *El Cojo Ilustrado* que habrá de convertirse en el vocero de sus inquietudes y de sus visiones innovadoras.

Secretario particular del General Zoilo Bello Rodríguez y, luego, del General Ramón Ayala, Vallenilla publica en las columnas de *El Ciudadano* una serie de editoriales sobre uno de los principales temas políticos del día: el asunto de la autonomía de las Secciones de los Grandes Estados. Su firma también empieza a figurar con regularidad en las columnas de *El Tiempo*, *El Monitor Liberal* y *La Linterna Mágica*. Sus comentarios sobre los problemas de actualidad muestran su agudo desencanto con la realidad venezolana:

> Una sociedad política, cuando llega al extremo de que sus hombres sólo ejercitan los medios de la violencia, reconoce su incapacidad para gobernarse por la sola virtud de las leyes y no

> encontrará reposo sino al abrigo del despotismo, y no respetará otros gobiernos que aquellos que la hieran, y no tendrá más derechos que aquellos que le conceda la voluntad del sable que la domine.[8]

Este es ya el lenguaje del *Cesarismo*.

Para fines del siglo XIX, esa voluntad del sable se expresa con la llegada al poder de Cipriano Castro, el caudillo andino. Es una nueva etapa en el proceso de la integración nacional de Venezuela la que se perfila. Vallenilla Lanz ha conocido a Castro desde los días de la Administración Anduecista, cuando el fogoso jefe de la "Revolución Liberal Restauradora" era Diputado de la Sección Táchira del Gran Estado Los Andes. En compañía de Manuel Vicente Romerogarcía, lo visita a su llegada a la Casa Amarilla. La entrevista es cordial. Castro promete hacer un gobierno progresista: "Nuevos hombres, nuevos ideales, nuevos procedimientos". Vallenilla, mientras tanto, ve con inquietud el porvenir. Se ha enamorado de María Planchart Lovera y piensa casarse; pero carece de recursos y prefiere esperar. Logra convencer a su madre y a dos de sus hermanas, Leonor y Josefina, que se vengan a vivir con él a Caracas; toma en arrendamiento una casa, de Reducto a Miranda, donde fija su residencia.

Se avecinan horas sombrías. A través de su hermano Baltazar, quien ha permanecido en Barcelona como Secretario del General Nicolás Rolando, se entera Laureano de los preparativos de una nueva contienda armada que pasará a la posteridad con el nombre de "Revolución Libertadora". La "Libertadora" habría de ser la última guerra civil venezolana, la última resistencia de los caudillos feudales contra la soberanía del Estado moderno, representado por Cipriano Castro. Pero, al mismo tiempo, y por primera vez, los intereses de los caudillos regionales se combinan con los de las empresas extranjeras que operan en el país. El banquero Manuel Antonio Matos, el jefe nominal de la revolución, forma el vínculo entre ambos grupos.

El alzamiento ocurre en diciembre de 1901. Pronto, el país entero se convierte en un gigantesco campo de batalla. La "Revolución Libertadora" es,

8 *El Monitor Liberal*, Caracas, 25 de septiembre de 1899.

para Laureano Vallenilla Lanz, el momento de una toma de conciencia. Sus dos hermanos, Baltazar y Agustín, combaten en las filas revolucionarias, bajo las órdenes de Nicolás Rolando. Más que nunca, siente en carne propia que el imperio de la violencia y del desorden no logrará sacar a Venezuela del atraso estructural al cual la han condenado más de setenta años de guerras civiles. Sus investigaciones en el campo de la historia confirman su naciente convicción.

En julio de 1902, la revolución ha cobrado fuerza suficiente como para convertirse en una seria amenaza para el futuro del régimen de Cipriano Castro. Vallenilla es detenido y llevado al Cuartel de Policía de Caracas. A los pocos días, llega a sus manos un ejemplar de la Proclama emitida por Cipriano Castro el día 5 de julio, con motivo del aniversario de la Independencia, donde se declara "en campaña" y anuncia su salida de Caracas para ponerse personalmente al frente de las tropas gubernamentales. La lectura de la proclama marca para Vallenilla el inicio de lo que vendrá a ser su obra magna. Con un lápiz, fija al margen de la hoja oficial una serie de apuntes, el punto de partida de *Cesarismo Democrático* y de *Disgregación e Integración*:

> Los hábitos guerreros adquiridos en la lucha por la Independencia se acentuaron por la práctica constante de la Guerra Civil. Los héroes legendarios de la guerra magna fueron reemplazados por los héroes fratricidas. Los gobiernos de hecho se sucedieron sin interrupción, y cuando se habló de leyes y se proclamaron instituciones liberales, no fue sino para falsearlas y desprestigiarlas, alejando al pueblo de las prácticas efectivas de la ciudadanía.[9]

A los pocos días, gracias a la intervención de Romerogarcía, Vallenilla es liberado. Pero considera más prudente esconderse hasta que se precisen los acontecimientos. La batalla de La Victoria, librada en octubre de 1902, decide del resultado final de la lucha. La derrota que sufren ahí las fuerzas revolucionarias se viene a consumar en Ciudad Bolívar, en julio de 1903. Con la rendición de Nicolás Rolando en Ciudad Bolívar, caen presos sus dos her-

9 Archivo de Laureano Vallenilla Lanz, Notas fechadas en 1902-1903, Caracas.

manos, Baltazar y Agustín, quienes son trasladados al Castillo de San Carlos, frente a la barra del lago de Maracaibo.

Son duras horas para la familia. Las condiciones de vida en San Carlos son un infierno. Los presos se encuentran *apersogados*, es decir atados por los pies a una barra de hierro de sesenta libras. Transcurren los meses. Vallenilla es ahora colaborador de los periódicos *El Corresponsal*, *El Patriota* y *El Pregonero*. A fines de abril de 1904, el General Matos, refugiado en Curazao, se dirige al Congreso para pedir "el desembargo de sus bienes y la libertad de sus amigos prisioneros". A Vallenilla le molesta que quien fuera el Jefe de la revolución hable primero de sus intereses y después de sus compañeros. Aprovecha la oportunidad y, en una carta que publica el día 4 de mayo en las columnas de *El Pregonero*, afirma que considera más honroso ser enemigo de Castro que amigo de Matos y que prefiere, por lo tanto, que sus hermanos continúen presos. El mismo día de la publicación, Castro lo manda llamar: "Vallenilla Lanz", le dice, "esto se llama fundir grillos con la pluma…".[10] Además de la libertad de sus hermanos, Castro le promete un nombramiento consular en Europa. Sus hermanos aprueban la decisión. Baltazar toma el camino del exilio hacia Trinidad, mientras Agustín se retira a ejercer su profesión de médico, lo cual ayudará a sostener al resto de la familia.

En octubre de 1904, zarpa Laureano Vallenilla Lanz para el viejo continente. Tiene 34 años. Es su primer viaje fuera de Venezuela. A los pocos meses, se reúne con él su joven esposa, con quien se había casado por procuración. Un poco más de cinco años durará para Vallenilla esta primera estancia en Europa. Serán años de intenso estudio: una etapa crucial de su formación intelectual.

III

En los primeros años del siglo XX, el París de la *Belle* Époque es la capital indiscutida del mundo intelectual de Occidente. Escritores, artistas, hombres de ciencia, todos gravitan hacia ella. Sus funciones como agente consular en Amsterdam le permiten a Vallenilla disponer de suficiente libertad como

10 Vallenilla Lanz, hijo, *op. cit*., p. 18.

para pasarse la mayor parte de su tiempo en París, donde fija su residencia en un modesto hotel del *IXéme arrondissement*, cerca de los Grandes Bulevares. Allí nacerán sus dos hijas: María Luisa, cuyo padrino será José Gil Fortoul, en 1906; y Josefina, en 1909.

Allí se une al animado grupo de hispanoamericanos que frecuentan los cafés de la capital francesa: venezolanos, como sus amigos Tito Salas, Felipe Guevara Rojas, José Gil Fortoul o Diógenes Escalante; colombianos, como Santiago Pérez Triana y José María Vargas Vila; mexicanos, como el poeta Amado Nervo. Entabla amistad con Rubén Darío; con el polemista Henri de Rochefort, Director del diario *L' Intransigeant*; con Louis Barthou y Anatole de Monzie quienes, luego, ocuparán posiciones importantes en los gobiernos de la Tercera República francesa. Pero, por sobre todo, este primer contacto con París y con el mundo es la oportunidad, para Vallenilla, de llevar a cabo una intensa actividad cultural. Toma lecciones de francés, para perfeccionarse en el idioma (logrará hablarlo casi sin acento), y se inscribe como alumno oyente en la Sorbona y en el *Collège de France*.

Las enseñanzas del positivismo, enunciadas sesenta años atrás en el *Cours de philosophie positive* de Auguste Comte, han tenido un enorme impacto sobre la evolución de las ideas. La aplicación del criterio científico al estudio de la acción humana ha abierto el campo para toda una nueva serie de disciplinas, conocidas bajo el nombre genérico de "ciencias humanas".

Conviene destacar, sin embargo, que el positivismo, en Europa, fue y sigue siendo una filosofía; lo que en Venezuela se llamó "positivismo" fue, ante todo, un método conveniente de análisis, inmediatamente percibido como tal por una élite que lo adoptó porque ayudaba a contestar ciertas preguntas muy concretas que los miembros de esa élite –Vallenilla Lanz entre ellos– se estaban formulando en torno a Venezuela, a su pasado y a su porvenir: ¿Quiénes somos? ¿A dónde vamos? ¿Cómo se construye un Estado? ¿Qué define una nación?

Uno de los procesos de reflexión que evidencia en mayor grado el carácter original del pensamiento positivista venezolano es el que atañe a la historia. No solamente porque se trata de una reflexión en torno a la historia de Venezuela, sino porque, en la obra de un Gil Fortoul o de un Vallenilla Lanz, se pone de manifiesto una visión novedosa de la historia, analizada bajo un criterio multidisciplinario de totalidad y no como una simple crónica.

En la Europa de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, imperaba la noción de que la historia, como patrimonio cultural específico de cada nación, sólo debía tener como función la de relatar acontecimientos de manera desapasionada y "objetiva", mediante una escrupulosa investigación hecha a partir de la "materia prima" de la historia: la documentación de archivo. Sólo el estudio cuidadoso del documento, de la "información de primera mano", permitía lograr un criterio objetivo de explicación para un acontecimiento del pasado.

Este método *heurístico* es el que exponen los trabajos de Charles Langlois y Charles Seignobos, en particular su *Introduction aux* études *historiques (*1897). Langlois, Profesor de Paleografía y de Historia de la Edad Media en la Sorbona, es uno de los fundadores de la afamada *École des Chartes*, que sistematiza la enseñanza del tratamiento del material de archivo. Para Vallenilla, las lecciones de Langlois y Seignobos son de fundamental importancia a la hora de emprender la tarea de elaborar un discurso histórico. "La afirmación", escribirá Vallenilla varios años después, "de que la historia se hace con documentos, aceptada en bloque, ha inducido a errores lamentables. Nada vale en sí un documento si aquel que está llamado a utilizarlo carece de los conocimientos auxiliares necesarios para su examen crítico".[11] El *análisis* documental es el principio mismo de toda investigación histórica. Y este análisis documental, a su vez, se debe elaborar en base a una doble crítica: la de *sinceridad*, que determina la autenticidad del documento considerado, y la de *exactitud*, que examina ya el fondo de información suministrada por el mismo documento. No es mera casualidad que, muchos años después, al recopilar una colección de folletos y otros escritos sueltos, Laureano Vallenilla Lanz haya escogido el título de *Críticas de sinceridad y exactitud* como definición genérica.

"*Sans érudition, point d 'histoiré'* ("Sin erudición, no puede haber historia"), esta frase de Paul Lacombe es de singular importancia al emprender la necesaria labor de una crítica de sinceridad, o crítica restitutiva del documento considerado. Para comprobar la verosimilitud de un documento, es menester del historiador verificar la forma del mismo dentro del contexto general

11 Laureano Vallenilla Lanz, "Sobre metodología histórica", *El Nuevo Diario*, Caracas, 2 de abril de 1913.

de la época a la que se refiere. Se debe también controlar cuidadosamente el estilo de la redacción, con el fin de comprobar, por ejemplo, si el documento es original, o producto de una recopilación posterior.

Estas y otras lecciones de Langlois y Seignobos, cuyas conferencias ha escuchado detenidamente, le revelan a Vallenilla las deficiencias de su formación como investigador, así como el deplorable estado en que se encuentra el estudio de la historia en Venezuela. Para los primeros años del siglo XX, el acervo documental venezolano es todavía una tierra incógnita en cuanto a investigación se refiere. Ningún ordenamiento sistemático de los archivos de la Colonia o de la Independencia se ha emprendido. *La Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela* de José de Oviedo y Baños, junto con los conocidos relatos de viajeros como el barón Alejandro de Humboldt, el padre jesuita José Gumilla, o los franceses François Depons y J. J. Dauxion-Lavaisse, siguen siendo prácticamente las únicas fuentes utilizadas en cuanto a la historia de la Colonia se refiere. En cuanto a la Independencia, fuera de memorias como las de Páez, o las de Daniel Florencio O'Leary, sólo existen los compendios documentales referentes a la vida pública del Libertador editados por Francisco Javier Yanes y Cristóbal Mendoza, ampliados posteriormente por José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, bajo instrucciones del Presidente Antonio Guzmán Blanco. Ni siquiera las cartas del propio Simón Bolívar han sido ordenadas en forma coherente. A pesar de avances pioneros como aquellos logrados por Arístides Rojas, la historia en Venezuela es todavía el campo de relatos sin fundamento crítico, como en el caso del *Resumen de la historia de Venezuela* de Rafael María Baralt y Ramón Díaz, o de epopeyas románticas, al estilo de la *Biografía de José Félix Ribas* de Juan Vicente González o de la *Venezuela Heroica* de Eduardo Blanco. Las costumbres de la tradición oral, todavía profundamente arraigadas, convierten al potencial historiador en un simple cronista, carente de juicio crítico, a no ser el que le imponga su propia parcialidad.

Vallenilla Lanz, en ese sentido, será uno de los primeros en comprender esa necesidad "de consagrar tal vez los mejores años de la vida a la penosa tarea de revolver archivos… de descifrar documentos casi ilegibles, de andar durante meses a la caza de un dato nuevo, de una publicación no conocida". Son, sencillamente, las labores básicas del oficio. Sin embargo, aun con el rigor del análisis científico, Vallenilla Lanz se cuida de conferirle a la erudición

un fin en *sí misma*. Sin erudición, no puede haber historia, pero la erudición en la historia no lo es todo. Aquí Vallenilla se propone ampliar el ámbito de la crítica histórica y, en cierta forma, busca ampliar los horizontes de la historia como disciplina.

Uno de los principales problemas que se plantea como resultante del proceso de reflexión sobre la ciencia histórica desde finales del siglo XIX es el objeto mismo de esa ciencia. Tradicionalmente, se habla de la historia en términos del elemento básico que –aparentemente– la constituye: el acontecimiento. Una crítica documental buscaría, en otras palabras, precisar un acontecimiento, basándose en el análisis documental, y nada más. De hecho, esta es, en gran parte, la conclusión de los trabajos de Langlois y Seignobos: el historiador restituye el acontecimiento, lo analiza con base en la documentación que ha logrado reunir y recrea el pasado a través de la narración. En cierta forma, el carácter científico de la historia se limitaría a precisar y a definir el carácter cronológico del acontecimiento, dentro de una secuencia, necesariamente preestablecida. Las historias "científicas" producidas en la Europa de fines del siglo XIX no cuestionaban la finalidad en sí del acontecimiento histórico.

El rigor heurístico propugnado por Charles Langlois, Charles Seignoboso Gabriel Monod en Francia, Theodor Mommsen en Alemania o Jorge Trevelyan en Inglaterra, buscaba propiciar una historia supuestamente "neutral" y "erudita", puesto que basada en una escrupulosa investigación de la documentación existente, pero carente de toda visión globalizadora y, aparentemente, de todo compromiso de carácter político o social. La historia, considerada como ciencia depurada, no necesitaba referirse a "leyes sociales" cuya relevancia no se percibía o podía constituir, como en el caso del marxismo, una amenaza para el orden establecido. Se comete muchas veces el error de llamar "positivista" a esta corriente historiográfica que ameritaría, más bien, como lo indica Charles Olivier Carbonell, el calificativo de "escuela metódica" de la historia.[12]

Ya Henry Thomas Buckle, en su *Historia de la civilización en Inglaterra* (1857-1861), a pesar de lo criticable e ingenuo de algunas de sus teorías, insis-

12 Ver Charles Olivier Carbonell, *La mutation idéologique des historiens français* 1865-1885, Toulouse: Privat, 1976.

tía en que la naturaleza propia de la historia era la de dedicarse al estudio de las masas y no de los individuos excepcionales. A su vez, Fustel de Coulanges en *La ciudad antigua* (1864), Ernest Renán en la *Historia de los orígenes del cristianismo* (1863-1883) e Hippolyte Taine en *Los orígenes de la Francia contemporánea* (1876-1893) plantean el análisis de fuerzas sociales y de lo que llamaríamos "mentalidades colectivas" como factores evolutivos de una civilización. Pero, en realidad, le tocaría a un olvidado discípulo de Comte, Louis Bourdeau, publicar en 1888 virtualmente el único manifiesto de "historia positivista" del cual se tenga conocimiento: *L'histoire et les historiens. Essai critique de l'histoire considérée comme science positive*, cuyos criterios metodológicos, a un siglo de distancia, todavía mantienen una asombrosa vigencia. La historia, según Bourdeau, tiene un sentido, es total, es progresiva y rechaza la noción de ruptura brusca, debe ser impersonal y otorgarle poca importancia a la acción de los individuos, no es un simple relato de acontecimientos, es determinista y obedece a leyes que le son propias.

Con la excepción de Buckle, y ello por motivos más ideológicos que propiamente científicos, ni Fustel de Coulanges, ni Renán, ni Taine pueden ser considerados como autores representativos de una corriente historiográfica europea. No fundaron escuela, ni tuvieron discípulos. La calidad individual de sus obras respectivas fue reconocida en su tiempo; como pensadores se les escuchaba, mas no se les imitaba. En cuanto a Bourdeau, su "manifiesto" sólo parece haber caído en la más absoluta indiferencia.

Pero mientras la historiografía "burguesa" decimonónica europea le negaba, de hecho, a la historia su carácter de ciencia social, encajonándola dentro de una mera "ciencia de los hechos", para Vallenilla Lanz, la necesaria reacción frente a los "viejos conceptos" utilizados para justificar, con carácter de epopeya, los avatares del proceso emancipador, lograba combinar el rigor de la "escuela metódica" con una visión de conjunto de los fenómenos históricos. En uno de los primeros esbozos, escrito en 1903, de lo que vendría a ser el capítulo introductorio de *Disgregación e Integración*, Vallenilla Lanz denunciaba "las viejas teorías metafísicas que atribuyen a influencias extranaturales o a la voluntad libre del hombre las causas esenciales de todo fenómeno social". Y, en la misma vena, afirmaba: "Todo parece surgir de nuestra historia como por arte de magia… Jamás se ha tenido en cuenta la noción de causa y de

evolución que prevalece en la ciencia moderna, y con lamentable ligereza se han venido atribuyendo al azar, o a influencias puramente individuales, fenómenos que tienen sus orígenes en las fuentes primitivas de nuestra sociedad".

Ciencia en movimiento, la historia evoluciona. Parafraseando a Langlois, para Vallenilla, "en las ciencias históricas como en las otras ciencias, ningún error se funda ni ninguna verdad se pierde". Ciencia experimental por excelencia, la historia se fundamenta en la formulación de hipótesis que la experiencia posterior puede confirmar o destruir. En ese sentido, el conocimiento de la organización político-administrativa del régimen Colonial, heredado de España, es fundamental para comprender la evolución federalista y disgregativa de los pueblos de América Hispana en el siglo XIX. Ahí están los orígenes de la nacionalidad. Concluye Vallenilla: "La Venezuela del presente tiene su razón de ser en todo ese pasado que las abstracciones políticas y la historia romántica, literaria y declamatoria han impedido estudiar científicamente".

Conocedor de la obra de Louis Bourdeau, Vallenilla Lanz, al igual que los demás intelectuales de su generación, se mostró asiduo lector de Taine, Fustel de Coulanges y Renan y es muy probable que la atención que les da en sus estudios a las instituciones de la Venezuela Colonial se haya derivado, en parte, de su apreciación de la obra de Paul Lacombe *De l'histoire considérée comme Science (*1894), cuyo autor afirmaba que "las instituciones constituyen el principal objeto de la historia-ciencia".[13] A través de la historia, se trata para Vallenilla de "integrar los elementos que necesariamente [deben] formar la nacionalidad" [14]y, al pensar la historia como fenómeno social, de precisar una reflexión sobre la sociedad venezolana.

IV

Concebida en sus orígenes por Auguste Comte como una ciencia de la realidad social en su conjunto, la sociología, para fines del siglo XIX, aún era una disciplina que buscaba fijar el objeto de su estudio. ¿Qué constituía un

13 Paul Lacombe, *De l'histoire considérée comme science*, Paris: Hachette, 1894, pp. 12-13

14 Laureano Vallenilla Lanz, *Disgregación e Integración*, Caracas: Universidad Santa María, 1984, p. 118.

hecho social? ¿Cuál era la función del individuo con relación a su entorno? Las respuestas a estas preguntas, formuladas por Émile Durkheim en su libro *Las reglas del método sociológico*, publicado en 1894: que los hechos sociales deben ser tratados como cosas y se caracterizan por su exterioridad obligante, han sido generalmente aceptadas como las bases de la sociología contemporánea. La influencia dominante de la escuela durkheimiana sobre todos los estudios posteriores ha tendido a opacar los aportes de otro grupo de pensadores cuyas investigaciones, hoy relativamente ignoradas, tuvieron en su momento una vigencia y una relevancia dignas de ser tomadas en cuenta. No es nuestro propósito llevar a cabo un análisis historiográfico de la sociología europea. Nos limitaremos aquí a mencionar la importante contribución aportada por el Instituto Internacional de Sociología, fundado en París en 1893 por René Worms, cuyo vocero, la *Revue Internationale de Sociologie*, logró reunir un destacado elenco de colaboradores, un ejemplo, quizás único para la época, de cooperación multidisciplinaria internacional. Bajo la dirección de Worms, figuraban en la Revue los nombres de Ludwig Gumplowicz, Jacob Novicow, Georg Simmel, Charles Letourneau, Léon Duguit y Gabriel Tarde, junto con otros como Émile Boutmy, Théodule Ribot, Alfred Fouillée, Julius Lippert, Achille Loria o Thorstein Veblen, cuyas obras, traducidas al francés, pasaron a configurar la colección editorial de la *Bibliothè*que *Sociologique International*.[15] Worms no pretendió nunca crear una escuela como tal y virtualmente el único denominador común entre los autores de la *Revue* y de la *Bibliothèque* es que no eran durkheimianos. El lector de ambas publicaciones, y, ciertamente, Vallenilla Lanz fue uno de ellos, podía así beneficiarse de una perspectiva teórica ecléctica, de donde se desprendía que la psicología social, la economía y la sociología como tal, eran disciplinas perfectamente legítimas y que no planteaban conflicto alguno entre ellas en términos del análisis de tal o cual fenómeno social. En consecuencia, instituciones económicas, religiosas, políticas, legales o familiares poseían todas un cierto grado de autonomía y podían influir una sobre otra.

Ello no significó tampoco que Vallenilla Lanz, en este caso, haya descartado a Durkheim, aunque no le confirió la importancia que este último

15 Véase Terry N. Clark, "Empirical social research in France, 1850-1914", Ph.D. Thesis, Columbia University, 1965.

logró adquirir después. Al mencionar en *Cesarismo Democrático* los conceptos de "solidaridad mecánica" y de "solidaridad orgánica",[16] es evidente que Vallenilla había leído la *División del trabajo social*, la primera gran obra de Durkheim, publicada en 1893.

Al pensar la historia como fenómeno social, Vallenilla adopta un criterio abiertamente multidisciplinario que ayudará a determinar el verdadero alcance del "hecho social" considerado. Es este criterio el que guía a Vallenilla al estudiar textos de sociólogos como Edmond Demolins cuya obra, *Lesgrandes routes des peuples, essai de géographie sociale* (1901-1903), describe los efectos de las migraciones, de las grandes vías naturales de comunicación, sobre los hábitos y costumbres de los individuos; textos de psicólogos sociales como Gustave Le Bon, el renombrado autor de *La psychologie des foules*(1895) y de Lois *psychologiques de l'évolution des peuples* (1894), cuyo libro *La civilisation des arabes* (1883) le permite a Vallenilla evaluar los efectos del aporte islámico en las raíces españolas del pasado venezolano; textos de geógrafos como el alemán Friedrich Ratzel quien se aplica en demostrar en su A*ntropogeografía* (1882-1891) las relaciones que existen entre la configuración de un Estado y el medio ambiente.

Con el economista austríaco de origen polaco Ludwig Gumplowicz, adopta Vallenilla la teoría del "poligenismo", expuesta en trabajos como *La lutte des race*s (1883) o como *Sociologie et politique* (1892), es decir la existencia de "grupos humanos", fundamentalmente diferentes y que, inevitablemente, terminan por enfrentarse. Con Georges Sorel, analiza la violencia como fenómeno social y sus implicaciones como elemento de evolución para los pueblos. Comparte con René Worms y su *Philosophie des sciences sociales* (1903-1907) la doctrina del organicismo, que asimila las sociedades con organismos vivientes. Félix Le Dantec y su teoría de la "asimilación funcional" le confirman a Vallenilla la importancia de tomar en cuenta el medio ambiente como factor de modificación en el comportamiento del ser humano. Estudia con detenimiento los trabajos de Édouard Laboulaye sobre la *Historia política de los Estados Unidos* (1855-1866). Concuerda con Laboulaye en que las constituciones, aquellas "magníficas inscripciones al frente de un templo del cual Dios está ausente", no son en

16 Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático* .Caracas: Universidad Santa María, 1983), pp. 113-114.

sí suficientes para asegurar su cumplimiento. Es en el libro de Laboulaye donde Vallenilla encuentra la expresión "César démocratiqué' que habrá de adaptar como título de uno de sus propios trabajos. En la obra de Célestin Bouglé, particularmente *La démocratie devantla science* (1904), *Les idées* égalitaires (1902) y *Essais sur le régime des castes* (1901), encuentra Vallenilla analizado el concepto de "concentración social" que ayuda a determinar la psicología de los grupos y a caracterizar el comportamiento global de una sociedad.

Una de las influencias de mayor alcance en Vallenilla la constituye la monumental obra de Hippolyte Taine *Les origines de la France contemporaine*. Para Taine, "la historia es, en el fondo, un problema de psicología… La verdadera historia sería la de cinco o seis ideas fundamentales que imperan dentro de la cabeza de un hombre. Es decir el ver cómo un hombre ordinario, hace dos mil años, consideraba la muerte, la gloria, el bienestar, la patria, el amor, la felicidad…". Para Taine, son tres los elementos que se deben tomar en cuenta al intentar ofrecer una respuesta: el clima, la raza, el momento histórico. Es Taine quien utiliza la expresión de "gendarme necesario" que alcanzará notoriedad en los ensayos posteriores de Vallenilla. Finalmente, en los gruesos tomos de *Histoire des origines du christianisme* de Ernest Renán, analiza Vallenilla el papel de la religión dentro de una sociedad como una manifestación del instinto colectivo de esa misma sociedad.

Pero más allá de un estudio de influencias y de fuentes de inspiración, lo que merece destacarse aquí es la aplicación práctica que hacen, tanto Vallenilla como los demás científicos sociales venezolanos del momento, de esta reflexión metodológica al caso de la sociedad venezolana, cuya evolución sólo podría ser explicada, entonces, en términos de un análisis de sus estructuras, sus instituciones, sus tradiciones y su psicología colectiva. Uno de los principios rectores de esta reflexión es el de una "sociologización de la sociedad" en su conjunto. Es decir, parafraseando a Durkheim, se parte del postulado de que es el individuo el que nace de la sociedad y no la sociedad la que surge del conjunto de individuos que la conforman. Existiría, por lo tanto, una prioridad histórica de la sociedad sobre el individuo, lo que, a su vez, define y condiciona las instituciones que lo rigen. Pensar "sociológicamente" a la sociedad lleva entonces a una reflexión sobre el Estado y su papel como institución rectora de un proceso evolutivo.

A su llegada a París, Vallenilla Lanz había llevado con él un grueso legajo de apuntes y notas, producto de sus reflexiones sobre Venezuela y su pasado, que había empezado a escribir a comienzos de 1903- Ayudado por sus lecturas, tanto de los autores europeos que hemos mencionado, como de autores hispanoamericanos como el peruano Francisco García Calderón o el argentino Lucas Ayarragaray, Vallenilla va ampliando los temas tratados: las instituciones de la Venezuela Colonial, la verdadera naturaleza de las guerras de la Independencia, la función del Estado, el caudillismo.

El proyecto de Vallenilla, a la luz de estos estudios preliminares, es la redacción de un libro sobre Venezuela, cuyo título, tentativamente, sería el de *Federalismo y Democracia. La evolución democrática* o, sencillamente, *Democracia.* El libro constaría de dos partes: la primera que trataría del período Colonial; la segunda, del período de la Independencia y de los gobiernos de la República. Poco a poco van tomando cuerpo los capítulos de la obra. Desde París, envía a la redacción de *El Cojo Ilustrado* sus primeros borradores que aparecen publicados, a partir de 1905, en las páginas de la prestigiosa revista.

El proyecto inicial de Vallenilla nunca se llevará a cabo. El libro, producto de sus años de estudio, saldrá a luz pública bajo la forma de dos tomos que, en realidad, no son sino una recopilación de artículos previamente publicados: *Cesarismo democrático*, en 1919 y *Disgregación e Integración* en 1930. Pero, en vista de los violentos ataques de que fue y sigue siendo objeto Vallenilla como "apologista de la dictadura", es menester destacar el hecho de que los capítulos del *Cesarismo* y gran parte de los capítulos de *Disgregació*n fueron pensados y redactados en Europa, entre 1905 y 1909, antes de la llegada al poder de Juan Vicente Gómez, a quien, por lo demás, Laureano Vallenilla Lanz no conocía personalmente para ese momento. Como prueba irrefutable de esta afirmación están los manuscritos de su obra y las publicaciones de *El Cojo Ilustrado*. Aun el controvertido capítulo titulado "El gendarme necesario", aparece publicado originalmente en octubre de 1911, es decir, en momentos en que Gómez, ya encargado del Ejecutivo, todavía no había asumido los poderes dictatoriales que lo mantendrían al frente de Venezuela durante veintisiete años.

Este es, hasta cierto punto, el error que también se comete al afirmar que *Cesarismo Democrático* es la obra de juventud y *Disgregación e Integración* la obra de madurez para Vallenilla Lanz. Ambos trabajos fueron iniciados

al mismo tiempo, y sólo los avatares de la vida pública y el cuantioso trabajo de investigación en los archivos, necesario para respaldar muchos de los conceptos emitidos en *Disgregación*, explican el que más de diez años hayan separado la publicación de estas dos obras.

V

En junio de 1907, Vallenilla Lanz acompaña a José Gil Fortoul como Secretario de la Delegación Venezolana en la Segunda Conferencia Internacional de la Paz, celebrada en La Haya y convocada por iniciativa del gobierno de los Estados Unidos, que había recientemente servido de mediador en el conflicto bélico entre Rusia y Japón. Entre los puntos debatidos en la Conferencia están el del cobro de obligaciones entre Estados y el de la formación de la Corte Permanente de Arbitraje en La Haya. En el recinto de la Conferencia, tiene oportunidad Vallenilla de conocer a destacados representantes diplomáticos y juristas: el Canciller argentino Luis María Drago y el norteamericano W.F. Steed, entre otros.

En noviembre de ese mismo año, es nombrado Cónsul de Venezuela en Santander de España. Aprovechando las curas para el artritismo en las estaciones termales del sur de Francia, había tenido ya la oportunidad de visitar la península y de conocer a algunos de los intelectuales de renombre de la llamada "Generación de 1898": los escritores Pío Baroja, Benito Pérez Galdós y Vicente Blasco Ibáñez, el periodista Eduardo Zamacois, el poeta Francisco Villaespesa, el filósofo Miguel de Unamuno. La vida en Santander es animada, particularmente durante la temporada de verano, cuando se desplaza allí la familia real. Su estadía en España le permite a Vallenilla ahondar sus conocimientos sobre la historia de la Madre Patria que considera fundamental para la justa apreciación de la evolución social del continente hispanoamericano. Entre mayo y julio de 1908, pasa una temporada en Madrid, entre otras cosas, para consultar los archivos históricos de la capital española.

Mantiene una nutrida correspondencia: con José Gil Fortoul, Diógenes Escalante, Felipe Guevara Rojas y Francisco Antonio Rísquez, Por su hermano Baltazar y su concuñado Armando Rolando (hermano de Nicolás) se entera de los acontecimientos más recientes. La ruptura de relaciones diplo-

máticas con Francia, Estados Unidos y Holanda ha aislado a Venezuela. La situación de Cipriano Castro es precaria; Baltazar mantiene a su hermano al corriente del movimiento de oposición al "Restaurador" que va cobrando fuerza. La oficialidad andina y los antiguos jefes de la "Libertadora" ven ahora en Juan Vicente Gómez una posible solución a la crisis del régimen.

En noviembre de 1908, llega a Santander la noticia del viaje de Cipriano Castro a Europa. Castro, enfermo, piensa someterse en Alemania a una operación quirúrgica del riñón. A su llegada al puerto español, rumbo a Berlín, Castro es recibido por las autoridades y por los funcionarios del Consulado. A los pocos días, los cables informan del alzamiento ocurrido en Caracas el19 de diciembre. El General Gómez ha tomado el poder. El 14 de enero de 1909, Vallenilla entrega el Consulado en Santander y regresa a París. Su hermano Baltazar ha regresado a Venezuela donde figura ahora en las altas esferas políticas. Aunque ha sido nombrado nuevamente Cónsul de Venezuela en Ámsterdam, Laureano Vallenilla Lanz empieza a preparar su retorno. Piensa continuar en Venezuela su labor de investigación histórica.

A su regreso, a comienzos de 1910, fija su residencia en la misma casa de Reducto a Miranda, que ha adquirido a fines de 1909. Reanuda sus actividades periodísticas, en *El Cojo Ilustrado*, en *El Universal*, un nuevo matutino recientemente fundado por Andrés Jorge Vigas y Andrés Mata, y en *El Tiempo*, el periódico de los hermanos Pumar, donde inaugura una columna que lleva como título "Cuestiones del Día". Para las fiestas conmemorativas del centenario del 19 de abril, la Gobernación del Distrito Federal abre un concurso de ensayos. Vallenilla resulta vencedor en el certamen con su trabajo *Influencia del 19 de abril de 1810 en la independencia suramericana*. Es precisamente durante uno de los actos oficiales del centenario cuando Leopoldo Baptista presenta a Vallenilla al nuevo jefe, Juan Vicente Gómez.

Desde ese momento, Laureano Vallenilla Lanz inicia su carrera como hombre público. Su apoyo a Juan Vicente Gómez y a su régimen es un hecho que nunca pretendió negar. Consideró siempre a Gómez como el elemento necesario para cerrar definitivamente la etapa del caudillismo y de las guerras civiles en Venezuela. Esta convicción surgía de sus propias investigaciones en el campo de la historia de Venezuela y por las conclusiones que, de ellas, había sacado. Después de la muerte del Caudillo Supremo, escribiría:

> Mis relaciones con el General Gómez fueron siempre de la más absoluta corrección. Jamás abdiqué de mi condición de hombre decente, ni mucho menos del concepto que me merecían muchos de sus servidores a quienes los histriones que rodeaban al General denigraban al salir de los puestos que ocupaban… Siempre he tenido tan exacta idea de mí mismo que jamás me creí obligado a convertirme en cortesano de Maracay para ganarme el favor del General y alcanzar posiciones que nunca me halagaron. Siempre creí, y lo sigo creyendo, que más me debía el General Gómez a mí que yo a él… Jamás he aspirado a lo que, en Venezuela, se llama altas posiciones, y que, por lo regular, han sido ocupadas por una turba de mediocridades, que desaparecen en la anonimia una vez que dejan de ser. En lugar de honrarme, he creído siempre que honraría con mi nombre a uno de esos puestos tan anhelados, tan solicitados por los que nada valen sino por el puesto que ocupan.[17]

En abril de 1911, le toca a Vallenilla desempeñar la Secretaría del Congreso de Municipalidades, organizado por César Zumeta, y que presenta en sus *Memorias* un valiosísimo cuadro de la situación de Venezuela para ese momento. En julio de ese mismo año, es nombrado Superintendente de Instrucción Pública del Distrito Federal, a solicitud de Gil Fortoul quien ha sido encargado de la cartera ministerial correspondiente. La tarea es ingrata; todo queda por hacer. El estado de la instrucción en Venezuela es desastroso y el reducido presupuesto apenas alcanza para emprender unas tímidas reformas. A los pocos meses, Vallenilla se retira, descorazonado. Pero seguirá preocupado por los problemas de la educación, como lo comprueba el interesante informe que someterá, en abril de 1913, al ministro de Instrucción Pública Felipe Guevara Rojas sobre el tema de "La modernización de la enseñanza".

Mientras tanto, sus escritos sobre la historia del país alcanzan ya una polémica notoriedad. El 9 de octubre de 1911, prepara una conferencia para la Academia Nacional de Bellas Artes sobre la guerra de la Independencia, en la

17 Archivo de Laureano Vallenilla Lanz, Notas fechadas en 1935-1936, Caracas.

que sostiene, con datos irrefutables, que la gesta emancipadora fue una guerra civil, como todas las demás. La tesis provoca un sonado escándalo; pero no se puede negar la evidencia que, en cierta forma, sanciona el reconocimiento oficial: en abril de 1912, es elegido Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia.

A comienzos de 1913, gracias a la intervención de Gil Fortoul, Vallenilla Lanz obtiene el cargo que, quizás, más se ajustaba a sus intereses y a sus capacidades: el de Director del Archivo Nacional. Allí podrá dedicarse de lleno a la difícil tarea de organizar el acervo documental del pasado venezolano. De hecho, la labor emprendida por Vallenilla y sus colaboradores, Pedro José Muñoz y Carlos Aristimuño Coll, sienta las bases del actual Archivo General de la Nación. Al mismo tiempo, encuentra allí las fuentes que le permitirán completar sus propias investigaciones. Uno de los resultados de esa labor de Vallenilla en el Archivo es la publicación, en 1917, del primer tomo de una colección sobre *Causas de infidencia*, que reúne una serie de documentos inéditos relativos a la revolución de la Independencia.

A fines de enero de 1913, muere en París su hermano Baltazar. Sufría de leucemia y había viajado a Europa en pos de una hipotética cura. La muerte de Baltazar es para Laureano un duro golpe. Desde la infancia, había sido su confidente y su mejor amigo. "Sus charlas sobre el pasado y el futuro de la Patria se prolongaban horas y horas. Siempre salían juntos y se leían mutuamente sus trabajos".[18] Baltazar, en su corta vida, se había convertido casi en una leyenda: poeta y guerrero. Sus recuerdos de la "Revolución Libertadora" habían sido el tema de una novela, *Guerra y fiebre*, parcialmente publicada en las columnas de *El Cojo Ilustrado*. Como poeta, había cultivado el arte del soneto, a la manera del modernismo hispanoamericano. Años después, Laureano Vallenilla Lanz dedicaría *Cesarismo Democrático* a la memoria del hermano desaparecido.

Desde sus oficinas del Archivo, Vallenilla prosigue con sus actividades periodísticas. Le ofrece ahora una colaboración regular, bajo la forma de "Notas Diplomáticas", a un nuevo periódico, fundado en enero de 1913 y dirigido por Diógenes Escalante: *El Nuevo Diario*. *El Nuevo Diario* había sido lanzado para servir de vocero de la reelección de Juan Vicente Gómez,

18 Vallenilla Lanz, hijo, *op. cit*., p. 27.

en la convulsionada etapa de consolidación del régimen. Pronto se convierte, de hecho, en el periódico oficioso de la "Rehabilitación" y de su nuevo lema: "Gómez único".

Durante el año de 1914, sostiene Vallenilla en las columnas de *El Nuevo Diario* una de sus más famosas polémicas históricas. El tema en cuestión esta vez es el del libro del historiador y diplomático Carlos A. Villanueva, publicado en París en 1913 y titulado *El imperio de los Andes*, en el cual su autor buscaba comprobar que "los hombres conspicuos de la Revolución, y en particular Bolívar y San Martín, fueron partidarios de la monarquía". La polémica se inicia con la reseña irónica que hace Vallenilla del libro. En su contestación, publicada en *El Universal*, Villanueva increpa duramente la posición asumida por don Laureano. Este, a su vez, responde y termina poniendo en ridículo a su adversario. El resultado de la contienda es un folleto que publica Vallenilla con el sugestivo título de *El Libertador juzgado por los miopes*.

A mediados de 1915, Escalante, quien ha recibido un cargo diplomático en Europa, propone a Vallenilla como su sucesor a la cabeza de *El Nuevo Diario*. Este se muestra indeciso. Pero ante la insistencia de Pedro Manuel Arcaya, Ministro de Relaciones Interiores, termina por aceptar y, a partir del11 de julio de 1915, asume su nuevo cargo de Director.

VI

Desde julio de 1915 hasta junio de 1931, la vida de Laureano Vallenilla Lanz se confunde con la vida de *El Nuevo Diario*. La mayor parte de su producción hemerográfica, durante este período, se encuentra publicada originalmente o reproducida en ese periódico. Secundado por un brillante equipo de colaboradores, donde figuran los nombres de Delfín Aurelio Aguilera, Leopoldo Landaeta, José Rafael Pocaterra, Lucas Manzano, el poeta Francisco Pimentel (Job Pim) y el caricaturista Leoncio Martínez (Leo), Vallenilla emprenderá una importante labor editorial en apoyo al régimen de Gómez, que reúne parcialmente en los dos tomos de *La rehabilitación de Venezuela. Campañas políticas de "El Nuevo Diario"* (1915-1926), publicados respectivamente en 1926 y en 1928.

En *El Nuevo Diario* aparecen también publicadas las numerosas polémicas que sostiene Vallenilla, tanto en el ámbito histórico como en el político, con sus detractores, las reseñas que escribe sobre libros nacionales y extranjeros, sus conferencias y sus discursos, "guardando en toda esta amplia gama una posición firme y una unidad de pensamiento poco común".[19] La tertulia diaria a las puertas de *El Nuevo Diario*, al finalizar las labores, pronto se hace proverbial. Según el testimonio de Vicente Dávila, las charlas de Vallenilla, "salpicadas de su decir castizo y elegante, con la sal ática de sus finas ironías, mantenían la jovialidad del grupo que las escuchaba".[20] Todos los testimonios concuerdan en hacer de Vallenilla Lanz uno de los más insignes conversadores de su época.

En febrero de 1916, muere su esposa María Planchart Lovera. Ese mismo año, en abril, es elegido Senador por el Estado Apure y le toca pronunciar el discurso inaugural de las sesiones ordinarias de la Cámara Alta. En julio de 1918, es incorporado por resolución ejecutiva como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, junto con otros once miembros electos: Félix Quintero, Pablo Giuseppi Monagas, Rafael Villanueva Mata, Andrés Mata, José Santiago Rodríguez, José Gil Fortoul, José Ladislao Andara, Manuel Segundo Sánchez, Carlos F. Grisanti, José J. Mendoza y Santiago Key-Ayala. La tardanza de todos ellos en presentar sus respectivos discursos de incorporación amenazaba con paralizar a la institución. Curiosamente, ni Vallenilla, ni ninguno de los demás "incorporados por decisión ejecutiva" se sometieron a la formalidad de escribir un discurso de incorporación. A comienzos del año siguiente, cae gravemente enfermo con una iritis, causada por la epidemia de gripe española que azota al país. Permanece más de dos meses bajo cuidado médico, pero, como consecuencia de la enfermedad, pierde parte de la visión del ojo izquierdo y debe usar, en adelante, lentes oscuros.

En diciembre de 1919, sale publicada la primera edición de *Cesarismo Democrático*. El impacto de la obra, en los círculos intelectuales del país y del continente es de consideración y termina por asentar a su autor como uno de

19 Arturo Sosa Abascal, *La filosofía política del Gomecismo*, Barquisimeto: Centro Gumilla, 1976, p. 41.

20 Vicente Dávila, "Homenaje al historiador Laureano Vallenilla Lanz", Boletín dela Academia Nacional de la Historia, Tomo XXIII, No. 91, Caracas, julio-septiembre de 1940, p. 518.

los primeros sociólogos de Hispanoamérica. Sus ideas, alabadas por muchos, son también atacadas con ferocidad. Vallenilla Lanz es el blanco de los opositores del gomecismo que no ven, en su obra, sino una servil defensa de la tiranía. El líder conservador colombiano Laureano Gómez no vacilará en llamar a Vallenilla Lanz: "el inescrupuloso apologista y filósofo de la dictadura". Y la reseña que hace de *Cesarismo Democrático* en las columnas de *El Tiempo* de Bogotá el dirigente liberal Eduardo Santos, es motivo de otra enconada polémica. La respuesta de Vallenilla a los ataques de Eduardo Santos, titulada "Cesarismo Democrático y Cesarismo Teocrático", argumenta que las supuestas libertades civiles que imperan en Colombia no son sino una ficción formal detrás de la cual se escuda una oligarquía cerrada, apoyada por un clero abiertamente reaccionario. Algunos de los comentarios surgidos a raíz de la publicación de *Cesarismo Democrático* serán incluidos, posteriormente, en el folleto *El sentido americano de la democracia*, publicado en 1926.

En abril de 1920, Vallenilla Lanz vuelve a inaugurar las sesiones del Congreso, esta vez como Presidente de la Cámara del Senado, cargo que ocupará en 1923, 1930 y 1931. En agosto de 1921, se publica *Críticas de sinceridad y exactitud*, donde Vallenilla recoge una serie de estudios históricos, reseñas bibliográficas, discursos y conferencias dispersos en folletos y periódicos. A raíz de la muerte de Felipe Tejera, en julio de 1924, es elegido Director de la Academia Nacional de la Historia, para completar el período 1923-1925. Luego, es reelegido para el período 1925-1927. Ha llegado el momento de los honores oficiales: condecoraciones y homenajes. En junio de 1926, le toca encabezar la Delegación Venezolana ante las ceremonias de conmemoración, en Panamá, del centenario del Congreso Anfictiónico. En septiembre de ese año, se casa en segundas nupcias con Carmen Luisa Blanco Lecuna.

Con el pasar del tiempo, los problemas de salud, presentes desde su juventud vuelven a ser, para Vallenilla, motivo de preocupación. En mayo de 1927 viaja, por segunda vez, a Europa, para someterse a tratamiento médico en un sanatorio de Berlín, por vía de Panamá, Cuba y Estados Unidos, acompañado de su segunda esposa, de sus dos hijas y de su hijo Laureano, nacido en Caracas en 1912, quien terminará en Suiza y, luego, en Francia, sus estudios secundarios. En La Habana, Vallenilla es víctima de un intento de agresión por parte de un exiliado venezolano.

Poco después de su regreso a Venezuela, estallan los sucesos de la "Semana del Estudiante", de febrero de 1928, que cristalizan la oposición al régimen de Juan Vicente Gómez por parte de una nueva generación política. Vallenilla Lanz es el blanco de violentos ataques en la prensa venezolana publicada en el exilio. En octubre de 1928, desde las columnas de *Libertad*, vocero en México del Partido Revolucionario Venezolano, Rómulo Betancourt lo tilda de "Maquiavelo tropical empastado en papel higiénico".[21] En septiembre del año siguiente, estalla una bomba en la puerta de su casa, de Reducto a Miranda, la cual sólo ocasiona daños materiales.

En octubre de ese mismo año 1929, sale publicada una segunda edición, ampliada y corregida, de *Cesarismo Democrático*. Las actividades intelectuales de Vallenilla, para ese entonces, siguen siendo múltiples: discursos, conferencias, artículos, publicados muchos de ellos en la afamada revista *Cultura Venezolana* que dirige José A. Tagliaferro. Corrige las últimas galeradas para la primera parte de su estudio sobre los orígenes de la nacionalidad, que es publicado en diciembre de 1930, con motivo de los actos del centenario de la muerte del Libertador, bajo el título de *Disgregación e Integración*. Los manuscritos de la parte inédita: un análisis del período comprendido entre 1810 y 1830, nunca serían publicados. Vallenilla proyecta también escribir una biografía del General José Francisco Bermúdez y, para ello, empieza a reunir material documental; pero este último proyecto quedará inconcluso.

En mayo de 1931, Laureano Vallenilla Lanz es nombrado Ministro Plenipotenciario ante las Legaciones de Venezuela en Francia y en Suiza. El cargo es, para él, una forma de retiro. Así puede estar cerca de su hijo quien estudia en Europa. París, donde fija su residencia es, además, su verdadera *Alma Mater*. Mucho ha cambiado el viejo continente desde los tiempos de la *Belle Époque*. La Primera Guerra Mundial y la crisis económica han dejado huellas difíciles de borrar. Ávido lector de la prensa internacional, Vallenilla acumula en sus cuadernos de notas juicios y comentarios acerca de los acontecimientos mundiales: el fascismo en Italia, el advenimiento de la república en España, de Hitler en Alemania. En diciembre de 1933, le toca pronunciar

21 Rómulo Betancourt, "Perfiles de la Venezuela decadente", *Libertad*, Año 1, No. 5, México, octubre de 1928.

el discurso de orden en la inauguración de la estatua ecuestre de Simón Bolívar, colocada en la Porte de Champerret de París. En febrero de 1934, con motivo de la publicación en italiano de *Cesarismo Democrático*, viaja a Roma donde se entrevista con Benito Mussolini. A los pocos meses de su regreso a París, se muda, con su familia, a la recién comprada residencia diplomática de Venezuela en París: 11, rué Copernic, la sede de la actual Cancillería.

Finalmente, en diciembre de 1935, recibe la noticia de la muerte de Gómez. Según el testimonio de su hijo, al enterarse de lo acontecido, de pronto exclama:

> ¡Se murió el loquero!" y luego explica: "El General Gómez me ha dado muchas veces la impresión de esos loqueros de antiguos manicomios que empleaban la terapia de la lata de agua y del látigo. No curaban, pero mantenían en orden al establecimiento… Fue un hombre importante y patriota, a su manera y de acuerdo con su formación. Un mediocre no se mantiene veintisiete años en el poder… Quedo pobre después de una larga colaboración con él; pobre a conciencia, pues nunca quise traficar con mis ideas. Me he limitado a exponerlas y las juzgo valederas para muchos años, a menos que en Venezuela se cumpla un proceso radical de transformación.[22]

Vallenilla Lanz prefiere renunciar de inmediato a su cargo, "antes de que lo quiten". Sabe que una reacción es inevitable: las oficinas de *El Nuevo Diario* han sido saqueadas y la casa de Reducto a Miranda estuvo a punto de correr la misma suerte. No le sorprenden todas estas noticias; quizás, en el fondo, sabe que no podrá regresar más a Venezuela. Contempla el proyecto de radicarse en Panamá, pero pronto desiste de la idea; se quedará en París por los momentos. Mantiene una nutrida correspondencia y sigue comentando en sus cuadernos los acontecimientos de Europa, que parecen precipitar una inevitable Segunda Guerra Mundial: el rearme de Renania, la guerra de Etiopía. Pasa el verano de 1936 en Biarritz, en la costa vasca francesa, donde presencia el estallido de la

22 Vallenilla Lanz, hijo, op. cit., p. 123.

Guerra Civil española. En noviembre de ese mismo año, contrae un resfriado, que se convierte en pulmonía. Todavía no se han descubierto los antibióticos; ya pronto se hace inevitable el desenlace fatal: muere el día 16, a los sesenta y seis años de edad. Sus restos permanecerían enterrados durante casi veinte años en el Cementerio del Pére-Lachaise, en París, antes de ser trasladados al Cementerio General del Sur de Caracas, en octubre de 1955.

VII

Con el pasar del tiempo, las controversias que han suscitado los conceptos emitidos por Laureano Vallenilla Lanz en sus obras han cobrado una renovada vigencia, ya que plantean un debate en torno a las bases mismas de la modernidad política. Se tiende a olvidar que el surgimiento de la sociología, como disciplina científica, aportó nuevas alternativas para el análisis de los principios y de las manifestaciones efectivas de esa modernidad política.

El hecho de anteponer la sociedad al individuo implicaba una reconsideración, en profundidad, del alcance real del individualismo y del "contrato social" rousseauniano; al mismo tiempo, el hecho de analizar la historia como un proceso evolutivo implicaba un replanteamiento del binomio dialéctico de continuidad y ruptura. Las estructuras sociales de Antiguo Régimen, tanto en Europa como en la América Hispana, no se habían transformado por el mero hecho de que sus élites hubiesen adoptado un lenguaje o unos principios políticos nuevos; de ahí que se precisara el problema de la dicotomía entre una doctrina de pensamiento y su aplicación.

La modernidad promueve los principios de soberanía popular y de democracia, cuya expresión, en términos de representatividad, es el Estado-Nación. De ahí las expresiones, comúnmente admitidas: "es la representación lo que crea la Nación" y "el Estado es el órgano supremo de la Nación". Pero la revisión de estos principios plantea una serie de preguntas: ¿Cuál es la verdadera esencia de la representatividad? ¿Cuál es la naturaleza del llamado "contrato social"? ¿Cuál es la vinculación entre un gobierno representativo y la voluntad general? ¿Cuáles son, en otras palabras, las bases orgánicas de una estructura política determinada? La sociología postula que la voluntad general no es un simple agregado de voluntades individuales. Desde un pun-

to de vista jurídico, la "Nación" es un concepto ficticio y no existe ninguna definición clara acerca de la naturaleza del "contrato" que rige el proceso de representatividad sancionado por una elección.

Frente a la tradicional visión subjetiva e idealista de las instituciones políticas, se sobrepone una percepción objetiva, emanada de las propias relaciones sociales que conforman una determinada comunidad humana. El Estado moderno, por lo tanto, no es el mero producto de la voluntad colectiva, sino que se define a través de las funciones de carácter social que le toca cumplir. Esta concepción orgánica del Estado y de la noción de soberanía, que se desprende, entre otros, de los trabajos de Georg Jellinek y de Léon Duguit,[23] lleva a contrastar una organización social con sus instituciones políticas, lo que, a su vez, permite la formulación de una teoría orgánica de los procesos políticos a partir de las relaciones internas de cada sociedad. De ahí se desprende entonces un análisis de los mecanismos políticos: el sufragio y su representatividad, el papel desempeñado por los partidos o por las ideologías. Se trata, en otras palabras, de reinterpretar "sociológicamente" a la modernidad.

En el caso específico de Venezuela y de la obra de Laureano Vallenilla Lanz, esta reinterpretación parte de la evidente contradicción entre los postulados políticos institucionales, cuyo fundamento en el pensamiento liberal "se alimentaba de sus propias fantasmagorías",[24] según la expresión de Germán Carrera Damas, y las estructuras de una sociedad que la ruptura del nexo colonial parecía haber condenado a un estado de anarquía disgregadora. Era necesario, no solamente elaborar un diagnóstico de la situación, sino fijar unas pautas correctivas que lograran, mediante una estabilización del sistema político, reducir los términos de esa contradicción. Este diagnóstico y estas pautas constituyen lo que Arturo Sosa ha llamado con propiedad el "paradigma de pensamiento del positivismo venezolano".[25] Pero, más allá de su identificación

23 Ver, a título de ilustración: Léon Duguit, "Fonctions de l'Etat Moderne", en RevueInternationale de Sociologie, 2ème année, No. 3, Paris, mars 1894, y el volumen L Etat,les gouvernants et les agents en Études de Droit Public (tomo III), Paris: Albert Fontemoing, 1903.

24 Germán Carrera Damas, "Consideraciones sobre los límites históricos del liberalismo en Venezuela", *Paideia*, No. 2, Vol. II, Caracas, enero-marzo, 1959, p. 7.

25 Arturo Sosa, Ensayos sobre el pensamiento político del positivismo venezolano, Caracas: Centauro, 1985, p. 7.

con el régimen específico de Juan Vicente Gómez, este paradigma, elaborado a partir de una reflexión sobre la historia y la sociedad venezolanas en un momento determinado de su evolución, propone, a través de su reflexión sobre la modernidad, un modelo teórico de análisis y de acción política.

Simplificando, quizás, a ultranza, se podría decir que las principales ideas que conforman el paradigma positivista surgen del celebrado binomio "orden y progreso", siendo el orden el medio necesario para alcanzar la meta del progreso.

Se considera, en primer lugar, un "etapismo determinista". Se parte de la "convicción de que la humanidad marcha en su historia a través de etapas determinadas", pero también que cada etapa se encuentra "determinada", por así decirlo, por los factores objetivos que la conforman. Mientras estos factores objetivos no cambien, no será posible pasar a una etapa superior en términos de su complejidad orgánica.

La segunda consideración es la de que una sociedad no avanza por saltos. El evolucionismo positivista no trata una revolución como un momento de ruptura, sino como "un momento de aceleración de la evolución" que permanece condicionado por las fuerzas de continuidad inherentes a todo cuerpo social. Son estas estructuras sociales, que se mueven dentro de una dinámica de larga duración, las que ayudan a concebir la historia como un proceso.

El tema de la "raza" es tratado por Vallenilla Lanz bajo una doble perspectiva: en primer lugar, para refutar la teoría racista, al denunciar lo absurdo del concepto de "raza pura" y al rechazar la explicación de la supuesta decadencia de las civilizaciones a través de la mezcla de razas; en segundo lugar, para definir las características que conforman al pueblo venezolano como pueblo mestizo. Pero más allá de una acepción puramente biológica del término, el concepto de "raza" adquiere aquí una nueva dimensión: la de "raza social", que se define por los procesos a través de los cuales un grupo logra establecer su propia idiosincrasia. "Raza debe significar, en este caso, para que no se cometa un enorme disparate, psicología, mentalidad, cultura". [26]

26 Laureano Vallenilla Lanz, *Críticas de sinceridad y exactitud*, Caracas: Imprenta Bolívar, 1921, pp. 319-320.

Junto con la inmigración, que encauzaría el dinamismo creador del pueblo venezolano, la educación es el segundo elemento clave para alcanzar una transformación cualitativa de la sociedad venezolana. Pero se trata, en este caso, de una educación utilitaria, orientada hacia la formación técnica, "práctica y profesional". "En las sociedades modernas, vale más un comerciante, un industrial, un obrero que ejerzan bien su oficio que un médico o un abogado que no conozcan a fondo su profesión",[27] afirma Vallenilla, parafraseando a Alfred Fouillée y a Célestin Bouglé.

La meta final del paradigma positivista es la "libertad" de la cual se gozará cuando las fuerzas disgregadoras de la sociedad hayan sido detenidas. Pero conviene precisar que se trata aquí de una "libertad" derivada de una nueva organicidad del cuerpo social; una libertad que se afirma, no como la aplicación de un principio individualista, sino como producto de una "realidad objetiva", fundamentada en el progreso material

La clave del paradigma positivista es que parte de una revisión crítica de la ideología y del lenguaje político. Bajo este criterio, es necesario, ante todo, determinar el verdadero alcance de ese lenguaje. Conceptos como los de "soberanía", "pueblo", "constitucionalidad" no definen en sí nada más que una mitología demagógica: el trasplante estéril de fórmulas y de instituciones que, de por sí, no cambian una realidad social, sino que, más bien, contribuyen a fomentar frustraciones y anarquía. Como "liberales realistas", los positivistas venezolanos –y Vallenilla Lanz entre ellos– no niegan los aportes de la modernidad política; no pretenden, en ningún momento, erigirse en defensores reaccionarios de una sociedad de Antiguo Régimen. Su situación como élites los hace pertenecer al mundo de la modernidad, pero su formación intelectual les confiere una conciencia aguda del desfase que puede existir entre la difusión de unas teorías ideales y el movimiento evolutivo de una sociedad. No reconocer este desfase es, para ellos, caer en la demagogia anarquizante del "jacobinismo" que pretende manejar un cuerpo social en base a principios abstractos.

Se trata, por lo tanto, de reinterpretar la modernidad, de reencontrar al individuo a través de los procesos que conforman a la sociedad. El primero de

27 Laureano Vallenilla Lanz, "Modernización de la enseñanza" *El Nuevo Diario*, Caracas, 2 de mayo de 1913.

estos procesos es el de la historia que ayuda a definir la "tradición", los puntos de referencia que acompañan la evolución de un pueblo y que, a la vez, condicionan su propia conducta política. De ahí la importancia, en el caso de Venezuela, de precisar el alcance y el significado de las mutaciones que señalan el camino hacia la modernidad. Querer explicar las guerras de la Independencia por un simple trasplante ideológico de principios políticos es caer en dogmatismos románticos, en una "confusión de ideas" que oculta el profundo contenido social de estas luchas. La guerra civil de la cual habla Vallenilla Lanz en el primer capítulo de *Cesarismo Democrático* enfrenta una sociedad rigurosamente estratificada a la invasión de los "tártaros y beduinos que irrumpen en la historia desde el anonimato de las llanuras". [28]A todo lo largo del siglo XIX, el juego de estas fuerzas antagónicas es el que acompaña la formación de un nuevo Estado y la conciencia de una nueva soberanía nacional.

Pero, más allá de la historia, está el "medio físico y telúrico" que moldea las costumbres y crea las especificidades del "ser social". No se debe solamente destacar, como se ha hecho habitualmente, la relación determinista que el pensamiento positivista venezolano le atribuye al medio; igual importancia reviste el carácter dialéctico de esta interacción entre el hombre y las fuerzas telúricas que lo rodean, cuya violencia anima el proceso evolutivo de una sociedad. La violencia, concebida en los términos tratados por Georges Sorel en su celebrado estudio, es la expresión efectiva de las mutaciones que lograron alterar las estructuras mismas del cuerpo social. Es necesario, por lo tanto, dirigir la atención hacia las "modalidades prácticas" de esas mutaciones, para poder así precisar su verdadera "constitución orgánica".

Si el individuo surge de la sociedad, su papel como agente de un proceso evolutivo se confunde con el de un actor colectivo: el "pueblo", la "masa popular", conceptos mal definidos en verdad, pero que importa tomar en cuenta a la hora de un diagnóstico, pues sólo así tiene sentido evaluar la acción efectiva de la modernidad como fenómeno social. Para el pensamiento positivista venezolano y para Vallenilla Lanz, no son unos principios teóricos los que, en reali-

28 Manuel Caballero, "Filosofía de la historia", en Germán Carrera Damas (ed.), *El concepto de la historia en Laureano Vallenilla Lanz*, Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1966, p. 68.

dad, motivan una acción de masas, sino el propio juego de las fuerzas sociales. Estas fuerzas, a su vez, pueden ser orientadas por la acción de las élites, siempre y cuando éstas, también como actores colectivos, estén conscientes del proceso que desatan y dispongan de los medios necesarios para frenar las tendencias anarquizantes generadas por todo cambio en las estructuras sociales. Evidentemente .que ello no siempre es el caso. La evolución política de la Venezuela del siglo XIX ofrece, en ese sentido, un buen ejemplo de este fenómeno. Pero una sociedad genera también sus propios factores de cohesión: el caudillo, como producto natural de la anarquía desintegradora, puede convertirse en el recurso para lograr una estabilidad fundada en la "sujeción inconsciente" de la mayoría. Este "gendarme necesario" pasa entonces a ser el "representante y regulador de la soberanía popular", el demiurgo de la modernidad.

VIII

Uno de los principios del positivismo es el de descartar toda formulación *apriorística* y de derivar cualquier certeza de una verificación empírica de los hechos. Por ende –en el ámbito político– no pueden construirse sistemas que no sean producto de la evolución orgánica de una comunidad. Pensar "positivamente" la modernidad implica entonces un proceso inverso al de un racionalismo idealista: no es la teoría la que lleva a la praxis, sino la praxis la que fundamenta su propia teoría. El modelo político del positivismo parte entonces de un cuestionamiento global de conceptos para encontrar en la sociología un intento global de reinterpretación.

Se ha insistido sobre la especificidad del pensamiento político del positivismo venezolano, en términos de Venezuela y de sus circunstancias históricas, logrando establecer una relación privilegiada positivismo-Guzmán Blanco y, sobre todo, positivismo-Gómez; pero no se ha destacado que esta reinterpretación crítica de la modernidad iba mucho más allá de lo meramente local. Los positivistas venezolanos no elaboraron su diagnóstico sobre el país en base a criterios distintos de los que hubieran utilizado para estudiar los casos de Francia, Estados Unidos, Inglaterra o España. Muchos de los artículos de Vallenilla Lanz son un elocuente testimonio al respecto. Una interpretación sociológica sólo varía en términos de un objeto concreto de

estudio y no en términos de una metodología; y lo que se trataba de hacer aquí era de sociologizar a la política.

Para ello, era necesario medir el verdadero alcance de las ideas y conceptos políticos surgidos a lo largo del siglo XIX. Una perspectiva histórica permitía señalar el evidente desfase entre la teoría y los hechos. La concepción positivista de la historia (en el sentido que le da Louis Bourdeau) combate la noción de ruptura en beneficio de una continuidad acorde con la evolución "natural" de la sociedad. La modernidad tradicional centra su atención en el individuo para construir un sistema político; la modernidad positivista inicia su reflexión a partir del cuerpo social, pero de un cuerpo social desmitificado por la historia. Más allá del individuo, se descubre el "actor real" de un proceso. De ahí que lo que importe no son los mecanismos del sistema: el sufragio universal, los partidos, una constitución; sino el grado de cohesión entre estos mecanismos y las estructuras del cuerpo social que pretenden regir. Sólo así se podrán evitar, tanto la anarquía como la ficción democrática.

Aplicando este diagnóstico al caso de Venezuela, el pensamiento positivista propone una solución voluntarista: un proyecto de autoridad que imponga el orden para salir del caos, pero que sea también generador de modernidad. El Estado pasa entonces a ser definido como la expresión de la *soberanía nacional* y no de la *soberanía popular*; lo cual permite ofrecerle una respuesta al problema de la representatividad.

En términos concretos, es indudable que el positivismo venezolano, una de cuyas destacadas expresiones es la obra de Laureano Vallenilla Lanz, defiende la visión elitesca de un proyecto político: una suerte de "tutela de pueblos" como la que proponían Joaquín Costa en España o la *Action française* de Charles Maurras en Francia. Es fácil ceder a la tentación, por analogía, de asimilar este "despotismo esclarecido" de nuevo cuño con una manifestación precursora del fascismo. Ello, a nuestro parecer, constituye una extrapolación. A pesar de que Vallenilla Lanz nunca ocultó su admiración por la figura y la obra de Benito Mussolini, el modelo político que se desprende de su pensamiento nunca fue el de un régimen totalitario. Lo que buscaba era responder a los problemas coyunturales de un momento histórico. Su condena del "jacobinismo" o del "socialismo" no partían de un rechazo doctrinario, sino de los excesos demagógicos que resultaban del desfase entre unos princi-

pios ideológicos "en íntimo consorcio con la teología y el peripato" y la lenta evolución de las sociedades humanas "realizada casi siempre en contra de la voluntad de aquellos a quienes la historia señala como reformadores y creadores",[29] Más que crear o reformar, era necesario promover transformaciones a largo plazo, acordes con el proceso evolutivo de una sociedad, para así no cambiar *instituciones*, sino *mentalidades*.

Pero es indudable que el reduccionismo sociologizante del positivismo venezolano no le permitió valorar debidamente la, fuerza que tiene la ideología como elemento motor de una sociedad. Y es ese mismo poder ideológico el que ha mantenido, hasta ahora, un alto nivel de apasionamiento en torno a una evaluación de los aportes de una obra como la de Laureano Vallenilla Lanz. En los años posteriores a la muerte de Juan Vicente Gómez y, luego, a partir de 1958, la acción de los llamados "partidos políticos modernos", legitimada a través del sufragio universal directo, instauraría en Venezuela nuevos mecanismos de sociabilidad. Pero los "momentos ideológicos" quedan sujetos a movimientos pendulares si no logran mantener una adecuada vinculación con las fuerzas sociales que pretenden representar. Cuando ello ocurre, vuelven a surgir dudas, se vuelve a evaluar el verdadero alcance de los principios que se proclaman y se plantea, casi forzosamente, la alternativa de pensar sociológicamente la modernidad como fenómeno, en el marco de una nueva coyuntura, producto de la dinámica evolutiva de una nación, en este caso de una nación llamada Venezuela.[30]

En: Nikita Harwich Vallenilla. "Prólogo" (1991), en: *Cesarismo Democrático y otros textos.* Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991, pp. IX-XXXVII.

29 Laureano Vallenilla Lanz, "Los peligros del socialismo", *El Cojo Ilustrado*, Año XX, No. 472, Caracas, 15 de agosto de 1912, pp. 458-460.

30 Expresamente utilizamos aquí el título que el Prof. Germán Carrera Damas le ha dado a uno de sus estudios donde analiza precisamente la problemática conceptual de la modernidad en términos de la "evolución mental" de la sociedad venezolana.

LAUREANO VALLENILLA LANZ Y EL GENDARME NECESARIO [1994]

ÁNGEL J. CAPPELLETTI

El fundamento filosófico del pensamiento político e histórico-sociológico de Vallenilla Lanz se encuentra, sin duda, en Comte, Spencer y Taine. Su formación política, en el ámbito del liberalismo venezolano, se vincula inclusive con la francmasonería. Hasta el final de su vida persisten en él rastros de los principios liberales de su juventud. Se muestra adverso a la vieja oligarquía y a las pretensiones hegemónicas de los godos; no ve con buenos ojos el clericalismo ni concibe ninguna reivindicación teocrática; ataca la antropo-sociología y el racismo (aunque ciertas expresiones nos revelen luego un fondo oscuro de prejuicio racial). Este es el aspecto progresista de su positivismo. Como Spencer, cree en la necesidad de suplantar la antigua aristocracia militar; como Comte, prescinde del racismo (al menos del racismo abierto y manifiesto); como Taine y Renán, es contrario al dominio clerical en la cultura y en la vida (aunque reconoce la utilidad de la religión como medio de control social). Análogos rasgos ideológicos se podrían encontrar, sin embargo, inclusive en el Mussolini de los primeros meses del fascismo, que ataca a la burguesía, pide la nacionalización de los bienes del clero, se niega a la discriminación racial y al antisemitismo[1].

> El pensamiento liberal de Vallenilla Lanz, como el del neohegeliano Giovanni Gentile en Italia, sin renunciar a sus raíces racionalistas y laicas, se va convirtiendo, a la luz de nuevas realidades políticas (el fascismo en Italia, la autocracia gomecista

1 Cfr. F.L. Carsten, *La ascensión del fascismo*, Barcelona, 1971, p. 66; C. M. Rama, *La ideología fascista*, Madrid, 1979, p. 72

> en Venezuela), en justificación del Estado autoritario y en legitimación del poder del Duce o del Benemérito jefe. Para ello no necesita Vallenilla renunciar a su positivismo, como Gentile no necesita abjurar de su idealismo hegeliano. Le basta con arrimarse a la cara regresiva del mismo pensamiento. Y así como del neohegelianismo italiano salen, a la vez, Gentile, defensor del fascismo y alma de su reforma educativa, y Croce, crítico constante e implacable del régimen totalitario, así del positivismo, no menos ambivalente que el neohegelianismo, salen en Venezuela un defensor del gendarme necesario, como Vallenilla Lanz, y un enemigo de la dictadura, como Gallegos.

Las objeciones que Comte, Taine y Spencer le sugieren contra la constitución democrática y contra el régimen representativo y federal imperante en Venezuela acercan el pensamiento de Vallenilla significativamente a los críticos reaccionarios de la tercera República francesa y a los discípulos de Maurras, aunque Vallenilla no sea católico ni monárquico. Lo acercan aún más, si cabe, al pensamiento de los fascistas italianos, sobre todo al de quienes provienen de la derecha liberal.

El concepto que Vallenilla Lanz tiene de la historia y del método histórico lo ubica dentro de un positivismo abierto y un tanto ecléctico: «Aceptar de una manera absoluta esta o aquella doctrina, apegarse a ella sistemáticamente sería como detener el progreso del espíritu humano», dice[2].

Por una parte, rechaza de plano la filosofía providencialista de la historia (tipo San Agustín o Bossuet). Por otra parte, se niega a seguir el romanticismo historiográfico de Baralt y los secuaces de la historia retórica y apologética. No acepta tampoco –y por ello elogia a Lecuna– "la tesis aristocrática, preconizada por Renán y Nietzsche, que atribuye toda la evolución de las sociedades a la lucha por la preeminencia, es decir: al triunfo de los grandes hombres conductores de pueblos"[3]. Por otra parte, se aparta decididamente de cualquier apriorismo histórico y ataca a los que denomina "historiadores

2 L. Vallenilla Lanz, *Críticas de sinceridad y exactitud*, Caracas, 1956, p. 160

3 *Ibíd*., p. 39.

esquemáticos", que interpretan los hechos a partir de una idea o un sistema de ideas, así sean estas las del cientificismo o el materialismo. Tal es el caso de Taine. Vallenilla toma como modelo de método histórico al más positivista de los grandes historiadores europeos: Fustel de Coulanges. Se atiene –o pretende atenerse– a hechos y documentos, y espera –o dice esperar– que ellos le dicten las conclusiones[4]. A la historia *heurística* (que cree cultivar), basada en "el trabajo analítico, el método científico y objetivo", opone la historia evocatriz, cuyo "método intuitivo" da como resultado una obra que no se separa "de la poesía y de la pintura". Entre los cultores de esta historia subjetiva incluye a Thierry y Michelet en Francia; a Reich, Hallam, Carlyle y Dilke en Inglaterra, y, por si fuera poco, a Benedetto Croce en Italia. Estos ilustres escritores se adscriben, según Vallenilla Lanz, a "la historia novelesca, fundada en la intuición viviente"[5], que él, como buen positivista, no puede menos que rechazar por su carácter no científico.

Vallenilla Lanz es determinista como Comte. Sin embargo, su determinismo, igual que el de Gil Fortoul, es limitado. No admite la idea de una transmisión absoluta de los caracteres adquiridos, especialmente cuando se trata de caracteres anímicos y psicológicos.

En un ensayo titulado "El paso de Numancia" critica tácitamente "la efectiva constitución aristocrática" de Chile, donde los individuos valen mucho por su nacimiento. Allí –dice– los patricios no sólo pretenden ser políticos sino también historiadores en base a su alcurnia y a su apellido. Olvidan "que la ciencia moderna, dando razón a la democracia, ha reducido a límites muy estrechos la doctrina de la transmisibilidad de los caracteres adquiridos, sobre todo en lo que se refiere a la herencia psicológica, considerada hoy por aquellos que racionalmente se han situado en un justo medio, entre las escuelas extremistas de Lamarck y de Weismann, no como una regla general, a cada paso desmentida por la experiencia, sino como una rara excepción"[6].

En un ensayo publicado en 1914, denuncia Vallenilla Lanz la opinión de algunos sedicentes "liberales" venezolanos, que proclaman "la desigualdad

4 *Ibíd.*, p. 105.
5 *Ibíd.*, p. 145.
6 *Ibíd.*, p. 61.

psíquica de las razas" y se afilian "sin saberlo, a la escuela que tiene como precursor y apóstol al conde de Gobineau"[7]. Ataca en especial a un historiador liberal "de subido amarillismo y católico fervoroso", partidario de la antroposociología, "que atribuye la formación de nuestros partidos políticos a causas puramente encefálicas". Y pregunta: "¿Cómo podría conciliarse este positivismo grosero con el espiritualismo católico?". Se trata casi –añade con razón– de la tesis de Moleschott, "rechazada por los materialistas como demasiado material: el cerebro secreta las ideas como los riñones secretan la orina". De acuerdo con esto, "las ideas, los principios, las opiniones políticas se encuentran, pues, grabados a cincel en ciertas estructuras cerebrales". Y concluye: "Es la doctrina de Gobineau y de sus discípulos, los antroposociólogos, quienes establecen una estrecha relación entre la forma del cerebro y las situaciones sociales, las ideas, los caracteres y las filiaciones políticas"[8]. Ante tal determinismo racista (que estaba todavía lejos de haber dado todos sus frutos políticos en Europa), Vallenilla Lanz exclama con firmeza: "Yo, demócrata y liberal convencido, protesto contra semejante afirmación"[9]. En aquellos días un conocido crítico, J. S. (sin duda Jesús Semprum, positivista como el propio Vallenilla) había elogiado a un panegirista de Piar y de la raza blanca, en artículo de *El Cojo Ilustrado.* Vallenilla Lanz escribe: "La procedencia étnica, señores, no explica nada por sí sola. No es más que uno de los tantos factores en la evolución social de los pueblos. Ni las naciones ni los individuos son más o menos inteligentes, ni más o menos valientes, ni más o menos aptos para la civilización porque pertenezcan a esta o aquella raza. Allí están los sociólogos, apologistas de la raza blanca, sin saber qué hacer con los japoneses"[10].

La explicación que Vallenilla ofrece del origen de clases y castas en la Venezuela colonial está plenamente de acuerdo con la mejor tradición liberal y progresista de la historiografía latinoamericana. En un ensayo titulado "Las castas coloniales", vincula toda desigualdad de clases y de castas con las diferencias raciales[11]. Los descendientes de los españoles –dice– "perdieron

7 *Ibíd.*, p. 162.
8 *Ibíd.*, p. 164.
9 *Ibíd.*, p. 165.
10 *Ibíd.*, p. 166.
11 *Ibíd.*, p. 151.

por completo, en presencia de la raza africana y de sus derivados inmediatos, toda idea y todo sentimiento de igualdad, llegando a constituir, sobre todo en las colonias donde los negros fueron más numerosos, una verdadera casta tan hermética e intransigente como en La India"[12]. El racismo español –dice, distanciándose bastante de su amigo y colega Arcaya– fue tan acentuado que se extendió a moros, judíos, cristianos nuevos y aun a los nativos de las islas Canarias. Entre los musulmanes –anota con razón– los prejuicios de religión se sobreponen a los de raza. "Pero en los españoles trasladados a América la iglesia misma fue un instrumento de vejamen para las razas inferiores". Hasta en los libros bautismales se las colocaba aparte[13].

Vallenilla considera imposible "que haya en Venezuela quien se empeñe en negar todavía la jerarquización de las clases sociales en la Colonia y las luchas a que daban lugar los prejuicios y las preocupaciones que de manera tan trágica repercutieron en la Revolución de la Independencia". Más aún, esas clases no eran en realidad tales, "sino verdaderas castas con todos los caracteres de repulsión, de exclusión y de antagonismo feroz que tienen hoy mismo en la India"[14]. Por otra parte, sin embargo, como buen seguidor de Comte, opina Vallenilla Lanz "que las religiones constituyen una de las bases fundamentales del edificio social", ya que sólo en tiempos recientes "la educación y la moral laicas comienzan a predominar en los pueblos más cultos". Pero cree también que la religión católica ha tenido en Venezuela una acción poco fecunda, reduciéndose, como la democracia, a puro verbalismo y representación exterior. Y hace esta acertada observación: "El rasero igualitario de la revolución no dejó entre nosotros ni siquiera una casta militar y jerárquica que hubiera podido servir de aliada al catolicismo, como sucedió en otras naciones de Hispano-América". Cuando Bolívar, por razones políticas (y no por sentimientos atávicos) solicitó la alianza de la Iglesia católica para salvar al país de la anarquía, la opinión pública se puso en contra de tal propósito y los hombres más allegados a él, como Páez (que consideraba la Dictadura como la mejor constitución) se lo manifestaron categóricamente[15]. En 1830,

12 *Ibíd.*, p. 152.
13 *Ibíd.*, p. 153.
14 *Ibíd.*, p. 156.
15 *Ibíd.*, p. 248.

godos y liberales apoyaron el extrañamiento del Arzobispo y se sancionó en la constitución la libertad de cultos[16].

En sus *Notas sobre religión,* escritas a petición de «un católico», dice Vallenilla Lanz: *"Librepensador, determinista, positivista,* en toda la extensión que racionalmente quiere darse a estos conceptos, soy sin embargo el primero en condenar el indiferentismo religioso de nuestro pueblo, que lejos de ser una demostración de cultura, –como vulgarmente se cree– es un signo inequívoco de barbarie, porque nada es más conforme con la naturaleza humana que el instinto religioso y nadie puede desconocer su importancia como lazo social y como freno moral para las multitudes". Por boca del pensador venezolano hablan Augusto Comte (a quien no cita) y, sobre todo, Hipólito Taine, "uno de los más grandes filósofos del positivismo", a quien cita *"in extenso"*[17]. De modo análogo a aquellos idealistas que consideraban la religión como la filosofía del pueblo y como el primer escalón hacia el saber filosófico (definitivo y absoluto), Vallenilla Lanz sostiene: "Yo creo que mientras el progreso de la ciencia y la educación laica y democrática no hayan modificado lenta y evolutivamente la herencia psicológica de los pueblos hispanoamericanos, es no sólo inútil sino peligroso pretender suprimir la influencia de la religión. Tan grande es su acción educadora que el mismo pueblo angloamericano, uno de los más positivistas, le atribuye una enorme importancia a causa de las reglas de vida que ella impone"[18]. Más aún, Vallenilla cree –y aquí se va revelando ya el aspecto reaccionario de su positivismo– "que cien años de prédica jacobina y de demoliciones revolucionarias, que han destruido a la vez el prestigio de las leyes y el prestigio de la religión, nos han hecho retrogradar violentamente hacia la tribu, indígena o africana"[19]. Hace una apología de la acción moralizante de la Iglesia en la época colonial y arremete contra sus enemigos, "hombres sin sólida cultura, envenenados por los filósofos franceses del siglo XVIII y sus discípulos"[20].

No se le escapa a Vallenilla Lanz que, después de estas palabras, se le podría acusar de incoherencia, y responde con impecable lógica positivista:

16 *Ibíd.*, p. 249.
17 *Ibíd.*, p. 253.
18 *Ibíd.*, p. 254.
19 *Ibíd.*, pp. 254-255.
20 *Ibíd.*, p. 255.

"Pero es que yo no veo en el catolicismo, como en ninguna otra religión, sino *su grande, imprescindible e insustituible utilidad social;* el aporte que puede dar –dentro de los estrictos límites de sus funciones sociales– a la obra de la reconstrucción nacional, sin exponer su prestigio a los embates de las luchas políticas"[21]. Más aún, Vallenilla Lanz racionaliza así la política de Gómez frente a la Iglesia Católica y el Vaticano: "En el seno del Estado laico, del Estado arreligioso, que es el ideal de un pueblo que necesita atraer a su seno los hombres de todas las naciones civilizadas, para dejar de ser algo más que una simple circunscripción geográfica, el catolicismo puede recuperar su influencia moral y educadora, contribuyendo al afianzamiento del orden social, sin perjuicio de las instituciones políticas a cuya efectividad aspiran los venezolanos"[22].

El odio comteano al jacobinismo y al liberalismo radical lleva a Vallenilla a atacar las ideas básicas plasmadas en el Acta de la Independencia de Venezuela (5 de julio de 1811), donde, según él, "se descubren las influencias de las doctrinas disolventes de la Revolución Francesa". Ataca también con particular saña el más profundo y radical de los ideales socio-políticos del liberalismo hispanoamericano: el federalismo, que considera como principio eminente de disgregación, de anarquía y de atraso[23]. Para Vallenilla Lanz, federalismo es sinónimo de desatadas pasiones y primitivo desorden; unitarismo o centralismo, por el contrario, equivale a racionalidad y sensatez política. (No tiene presente, sin duda, que durante la Revolución Francesa los jacobinos fueron centralistas y unitarios): "A partir de esta época (de la Independencia) no hay una sola de las colonias españolas en que no resuene el grito *de federación;* y por todas partes, desde Méjico hasta el Plata, se entabla la lucha entre un grupo de hombres *conscientes* que aspiran a la centralización del Gobierno, y la inmensa mayoría de los pueblos que, empujados por un móvil instintivo, por un prejuicio hereditario, proclaman la independencia provincial, el localismo, no por un simple espíritu de imitación sino por un movimiento indeliberado hacia las formas tradicionales disgregativas, cuyos

21 *Ibíd*., p. 256.
22 *Ibíd*., p. 258.
23 *Ibíd*., pp. 19-20.

orígenes se perdían en los más remotos tiempos de la historia española"[24].

Sin llegar a defender la instauración de una monarquía en Hispanoamérica, pone de relieve el origen militar y "heroico" del Estado en los países europeos: allí "el Estado es por su origen y por su esencia una institución militar, en la que el heroísmo se ha hecho el campeón del derecho"[25]. Aun cuando, como vimos, Vallenilla Lanz no adhiere al determinismo biológico extremado de los antroposociólogos y de los racistas discípulos de Gobineau, en sus trabajos de historia y sociología venezolanas parte de un determinismo de tipo comteano[26].

Uno de los rasgos más notorios del positivismo de Comte es el determinismo, que se extiende desde el mundo natural hasta el histórico-social. Leyes inflexibles rigen la sucesión de los fenómenos no solamente a nivel de la realidad físico-química sino también en el más complejo ámbito de la vida vegetal y animal; no solamente en los organismos sino también en las sociedades humanas. A decir verdad, para el positivismo, la sociedad y la historia forman parte de la naturaleza y se reducen a ella. Ningún abismo separa lo natural y lo histórico. La realidad es concebida como un *continuum* regido por las mismas leyes universales y necesarias. En todas sus partes puede, por tanto, ser conocida científicamente. La ciencia de la sociedad no tiene por qué ser inferior o diferente de la ciencia de la naturaleza. Inclusive la posibilidad de predecir los fenómenos, que caracteriza a la ciencia natural, puede considerarse propia de una ciencia social madura. Hablar de «libertad» en el sentido de libre decisión del individuo o del grupo frente a la realidad carece de sentido. La libertad no puede entenderse sino como consciente adecuación del comportamiento a las leyes necesarias de la sociedad. Toda praxis social auténtica comporta el conocimiento de dichas leyes y el cuidado constante de no transgredirlas en ningún momento. De lo contrario, se precipita en "ideología"y "utopía".

Ya lo afirmaba así Villavicencio en su curso de 1866, al sostener que,

24 *Ibíd.*, p. 13.

25 *Ibíd.*, p. 19.

26 Cfr. F. Brito Figueroa, "La contribución de Laureano Vallenilla Lanz a la comprensión histórica de Venezuela", en L. Vallenilla Lanz, *Obras completas*, Caracas, 1983, I, p. XXIV.

en cualquier fenómeno natural, sin excluir la sociedad, la intervención del hombre resulta ineficaz cuando se ignoran las leyes necesarias de la realidad. Vallenilla Lanz intenta desarrollar, a partir de estos supuestos deterministas, una filosofía de la historia y de la sociedad venezolanas. A ello está dedicada su más conocida obra, *Cesarismo democrático.*

Allí considera necesario remontarse al momento inicial de la nacionalidad y a las guerras de la independencia, es decir, a la revolución emancipadora. Y sin ocultar ni por un instante la metodología que se propone aplicar, comienza por dejar sentado que "las revoluciones, como fenómenos sociales, caen bajo el dominio del determinismo sociológico en el que apenas toma parte muy pequeña la flaca voluntad humana"[27]. Como muchos positivistas europeos (siempre tan apegados a "los hechos"), y también como José De Maistre, el ultramontano mentor de Augusto Comte, cree Vallenilla Lanz que la guerra ha sido siempre, en todos los tiempos y países, "uno de los factores más poderosos en la evolución progresiva de la humanidad"[28]. De haber vivido unas pocas décadas más podría haber hallado en la guerra nuclear el factor más poderoso de todos (sin duda el definitivo) en "la evolución progresiva" hacia la nada. En lo referente a los orígenes de la nacionalidad venezolana su tesis fundamental es que la guerra de la independencia no fue sino una guerra civil, es decir, no una lucha de conquistados y colonizados contra conquistadores y colonizadores, sino simplemente una guerra entre hermanos.

La tesis resulta, como veremos, profundamente equívoca. Reconoce, sin duda, Vallenilla Lanz que aquella guerra tuvo una doble finalidad: 1) romper los lazos políticos con la madre patria y 2) iniciar una evolución liberadora hasta el estado actual, que reclama aún "dos grandes remedios de todos nuestros males: *población* para dejar de ser un miserable desierto y hacer efectiva la democracia por la uniformidad de la raza, y *educación* para elevar el nivel moral de nuestro pueblo y dejar de presentar la paradoja de una república sin

27 L. Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático, Obras completas*, I, p. 5.

28 Cfr. Arturo Sosa, *Ensayo sobre el pensamiento político venezolano*, Caracas, 1985, pp. 137-142.

ciudadanos"[29]. Por encima de todo, se empeña en mostrar que la guerra de la Independencia fue peleada por criollos; que fue una lucha *entre venezolanos* más que de venezolanos contra españoles; que los realistas no fueron más crueles que los patriotas. Pero el problema histórico importante no consiste en determinar estadísticamente qué número de criollos luchaban en los ejércitos realistas, sino en averiguar si la guerra representaba algo más que el intento de sustituir, en la administración y en el gobierno, a los peninsulares por los nativos; si había allí una verdadera pugna ideológica que enfrentaba a dos concepciones de la sociedad, del Estado y de la cultura; si había, en realidad, una lucha de clases.

Aun cuando fuera cierto, como sostiene, que "hasta 1815 la inmensa mayoría del pueblo de Venezuela fue realista o goda, es decir, enemiga de los patriotas"[30], el hecho no tendría nada de extraordinario. ¿Se puede esperar acaso que después de tres siglos de incesante indoctrinación, a través del púlpito, el pueblo dejara de ver en el rey de España al depositario del poder de Dios sobre la tierra? Unos pocos años y el ejemplo de algunos jefes, como Bolívar y Páez, bastaron en todo caso para cambiar ese gregario acatamiento a la corona de Castilla. Lo que envuelve, en todo caso, el equívoco más grave es la afirmación de que bajo el nombre del rey se escondían verdaderos intereses populares[31]. Nadie que tenga un mínimo conocimiento de la monarquía española como institución (absolutista y de derecho divino) o del rey Fernando VII como persona (ultrarreaccionario e imbécil de nacimiento) podría imaginar alguna coincidencia objetiva entre la causa realista y los intereses de pardos, negros y mulatos. Boves pudo azuzar todo cuanto le haya parecido bien el odio de sus soldados de color contra los blancos mantuanos que encabezaban la lucha independentista. Lo cierto es que, por poco que estos últimos se hayan interesado en implantar una efectiva igualdad social y económica, menos estaban interesados en ello el rey Fernando, sus representantes y su corte. Si negros y mulatos vieron, pues, posibles aliados en los realistas, no fue sino porque ignoraban el significado del poder monárquico, colonial y esclavista

29 L. Vallenilla Lanz, *Ibíd.*, p. 6.
30 *Ibíd.*, p. 8.
31 *Ibíd.*, p. 6.

o porque, con ayuda de la educación católica, se los engañó hábilmente. El engaño no duró mucho, por otra parte. Vallenilla Lanz, como fiel discípulo de Comte, aborrece la Revolución francesa y por eso no logra comprender el sentido de la Revolución hispanoamericana. No entiende que ésta consistió, ante todo, en una lucha contra el colonialismo y en una afirmación de la idea de "patria" contra la idea de "dinastía"; que la guerra por constituir una nación independiente de la metrópoli fue, al mismo tiempo, guerra contra la sociedad esclavista, contra el absolutismo, contra la nobleza parasitaria, contra la cultura clerical e inquisitorial, y que precisamente por ello adquirió un sentido universal y trascendente, más allá de la mera voluntad secesionista y del afán por constituir un gobierno local. Que los iniciadores de tal revolución, cuyos mentores ideológicos fueron Rousseau, Montesquieu y los enciclopedistas, hayan pertenecido muchas veces a las clases altas no encierra ningún misterio, ya que esas clases eran en la colonia las únicas que tenían fácil acceso a los libros y a las ideas. Por otra parte, tampoco es cierto que los primeros patriotas fueran *únicamente* hijos de mantuanos. Hubo entre ellos criollos de modesta posición, blancos de orilla y aun pardos y mulatos. Y, al menos desde 1815, según el propio Vallenilla Lanz reconoce, fueron hijos del pueblo los que vertieron su sangre en las batallas contra los ejércitos realistas.

Hay, sin embargo, un punto en que Vallenilla Lanz tiene razón, y, gracias a ello, como sucede algunas veces, a fuerza de reaccionario se convierte por un momento casi en revolucionario. Insiste en que los ideales de libertad e igualdad, proclamados por la revolución, *no se han concretado ni tuvieron nunca vigencia efectiva para el pueblo.* La soberanía no pertenece ni ha pertenecido nunca a la mayoría de los habitantes del país, sino que es y ha sido detentada por una clase minoritaria, es decir, por una oligarquía. El poder político y económico, lejos de fluir hacia las grandes masas, ha sido represado y reservado a caudillos y doctores, políticos y generales, con frecuencia descendientes de los aristócratas hispanos. De estos hechos, que ninguna retórica "democrática" podría ocultar, cabe extraer las siguientes conclusiones, que Vallenilla Lanz ciertamente no extrae: La revolución iniciada en 1810 fue promovida por un grupo de criollos pertenecientes en buena parte, aunque no exclusivamente, a las clases elevadas. A ella fueron adhiriendo paulatinamente, en los años siguientes (y sobre todo a partir de 1815), las clases

populares, las grandes masas urbanas y campesinas, constituidas por indios, mestizos, mulatos y negros. Una vez lograda, en los campos de batalla, la independencia, y proclamada la república, los criollos de las clases altas que habían militado en el bando patriota (y aun muchos de los que se habían mantenido fieles al rey de España) reivindicaron para sí mismos *de facto* (aunque no *de iure)* los privilegios de la antigua nobleza hispana. Los derechos del hombre, los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, en el mejor de los casos quedaron consignados en los textos legales, cuando no simplemente voceados en el parlamento y en los periódicos de la época. El pueblo no logró participación efectiva en el poder político y, aun después de abolida la esclavitud, siguió socialmente sujeto y económicamente dependiente de los dueños de la tierra. Esto, que es cierto en Venezuela, lo es también (y aún más, si cabe) en los otros países latinoamericanos. Algo análogo sucedió inclusive en Francia, la patria de la Gran Revolución. Esta fue preparada ideológicamente e inicialmente promovida por grupos burgueses (en los que no faltaban algunos nobles). Contó pronto con la adhesión del pueblo de París y de otras muchas regiones (artesanos, campesinos, etc.), que contra los emigrados y los príncipes alemanes, así como reprimió a la aristocracia y al clero contrarrevolucionario. Sin embargo, al quedar liquidado el antiguo régimen, la burguesía no tardó en acaparar para sí buena parte de los privilegios de los nobles y del clero, y logró, ante todo, apoderarse de sus tierras. Los intereses de clase limitaron y tergiversaron los ideales revolucionarios. La libertad y la igualdad adquirieron el sentido de meras formalidades jurídicas. Todos los ciudadanos eran libres e iguales *para la ley,* no lo eran de hecho para la sociedad y para la vida. La burguesía, nueva clase dominante, se escudó desde entonces en la abstracción y se defendió con la retórica republicana. Al pueblo defraudado no le quedaba otro recurso que una segunda revolución (y tal vez, después, una tercera, y una cuarta y así *ad infinitum).* Había que hacer concreto lo abstracto, transformar en libertad real y en igualdad social y económica lo que se había quedado en el limbo de las proclamas retóricas y de las fórmulas jurídicas. Francia vio nacer así el socialismo, la Revolución de 1848, la Comuna de París, etc. Venezuela tuvo su guerra federal. Vallenilla Lanz, como buen positivista, no puede obviamente llegar a estas conclusiones, aunque advierte con lucidez algunos hechos que la historia oficial ignora. Las clases altas de la

colonia iniciaron la revolución, proclamaron los derechos del hombre –dice– y "pretendieron fundar la República de 1811 sobre las bases de la democracia y el federalismo". Ideas que llegaron de contrabando desde las Antillas, "teorías que los criollos adoptaban sin examen y profesaban con entusiasmo; principios abstractos que tenían para estos el atractivo picante y estimulador de la prohibición, bebidos como néctar sabroso a la luz de una bujía, en el silencio profundo de la noche, en una ciudad que se entrega al sueño profundo al toque de oraciones"[32]. Para explicar por qué estos mismos criollos de las clases altas (o sus descendientes) restringieron después el alcance de dichas teorías hasta privarlas casi de todo sentido real, Vallenilla Lanz apela al psicologismo de Taine (a quien historiadores actuales, como Nolte, consideran uno de los precursores de la ideología fascista). Para el autor de *L'Ancien Régime* hay en el espíritu humano dos pisos, el superior "donde se elaboran los razonamientos puros", y el inferior "donde se asientan las creencias activas", y la comunicación entre ellos no es rápida ni completa. En los aristócratas franceses los principios democráticos permanecían en el piso superior y no se encarnaban en la práctica cotidiana[33]. Vallenilla Lanz cree que lo mismo sucedía entre los criollos de las clases altas que proclamaron en Venezuela la independencia y la república. Y con más razón todavía, ya que en Francia "las ideas democráticas habían ido invadiendo poco a poco todas las clases sociales", mientras en Venezuela "el proceso es mucho más rápido" y "la nobleza colonial pasa de uno a otro extremo, sin preparación alguna"[34]. Se complace en señalar en los mantuanos el contraste entre lo que hicieron y dijeron antes y lo que proclamaron a la hora de la independencia. Recuerda que la oligarquía caraqueña acusó ante el rey de España a los magistrados enviados por la Metrópoli de proteger abierta y escandalosamente a pardos y mulatos, "para menoscabar la estimación de las familias antiguas, distinguidas y honradas", y que esos mismos agraviados o sus descendientes inmediatos, "poseídos por un puro idealismo democrático, nacido al calor de los principios abstractos preconizados por los filósofos franceses", pospondrán luego sus preocupacio-

32 *Ibíd.*, p. 24.
33 *Ibíd.*, p. 25.
34 *Ibíd.*, p. 26.

nes de casta y llamarán a aquellas clases viles a compartir los honores "de la soñada República democrático-federativa"[35]. El positivismo comteano de Vallenilla Lanz se revela en la insistencia con que señala el carácter "abstracto" de los principios revolucionarios y su origen "filosófico" (que equivale a decir, "metafísico"). No se le ocurre pensar que la oligarquía criolla pudo ser, como la burguesía francesa, única usufructuaria y no protagonista única de la revolución, la cual le sirvió para verse libre del rey, de la nobleza y de la burocracia peninsulares, pero no para instaurar una real y efectiva igualdad entre los habitantes del país. Por eso, la "abstracción" (real y no meramente intelectual) no fue tanto obra de la filosofía cuanto de los intereses de clase. El odio por las "ideas abstractas" (o mejor dicho, por los "ideales") es la mejor manera de encubrir los propios temores ante la posibilidad de una verdadera igualación social y económica, la más perfecta "racionalización" de ese miedo al pueblo que resulta, en el fondo, más fuerte que cualquier aversión a la monarquía, a la rancia aristocracia hispana, al colonialismo.

Vallenilla prefiere que el rey iguale a los pardos con los blancos mediante unos miles de reales a que la revolución, encabezada por los nobles, nivele "a todas las clases libres bajo la denominación de ciudadanos, en virtud de los *principios abstractos* que habían conmovido los tronos"[36]. Debe reconocerse, sin duda, que no niega el racismo ni la absoluta intolerancia religiosa reinantes en la colonia, y recuerda "las prolijas inquisiciones genealógicas, imprescindibles no solamente para contraer matrimonio y recibir las sagradas órdenes, sino para llegar a ocupar puestos en los Ayuntamientos, en los Tribunales, en los Cabildos eclesiásticos, en el Real Colegio de Abogados, en el Consulado, en la Real Universidad Pontificia"[37]. Pero, por otra parte, tiende a una ilegítima generalización cuando infiere que muchos hombres de superiores facultades, ultrajados por la discriminación social, tomaron parte "a favor de la causa realista por odio a la nobleza" (criolla) y, más aún, se distinguieron por sus crueldades. El mismo Vallenilla recuerda, en nota, que Juan Germán Roscio, nieto de una india y sujeto a mil humillaciones antes de poder inte-

35 *Ibíd.*, pp. 26-27.
36 *Ibíd.*, p. 28.
37 *Ibíd.*, p. 29.

grar el Real Colegio de Abogados, militó entre los patriotas[38]. Y no fue, sin duda, el único. Según Vallenilla, no sólo en Caracas sino en todas las capitales de provincia existía una casta aristocrática "hermética e intransigente", que conformaba "una oligarquía opresora y tiránica, siempre en pugna con los agentes enviados de España"[39]. Dicha casta no sólo pugnaba por mantener el abismo social que la separaba de negros, pardos y mulatos sino también por diferenciarse netamente de los blancos plebeyos o "de orilla". La ciudad de Caracas "estaba dividida no sólo en esclavos, quinterones, mestizos, sino que la misma clase de blancos se dividía también en grupos denominados, despreciativamente, por el barrio en que estaban domiciliados, o bajo el calificativo general de blancos de orilla"[40]. Los verdaderos opresores de la clases populares –dice– no eran los peninsulares que, como aves pasajeras, llegaban a Venezuela para ejercer cargos de gobierno sino los aristócratas criollos, apegados al terruño, celosos de su alta posición, que estaban llamados a ejercer las posiciones de alcaldes, corregidores, síndicos, justicias mayores, tenientes de justicia, oficiales de milicias, recaudadores de impuestos, celadores de estanco y del fisco, etc., y componían la tropa entera de empleados municipales perpetuos y electivos que reclamaba el complicado organismo administrativo de la colonia"[41]. Los españoles que llegaban al país –prosigue– no eran, por lo general, nobles ni ricos. Debían sus empleos a favoritos de una corte corrompida. Veían con malos ojos a "la empingorotada nobleza criolla, pronta a cerrarles las puertas y a discutirles su preponderancia oficial"; se apoyaban en las clases bajas y tendían a favorecerlas con sus influencias[42]. Trabajaban, de hecho, "inconscientemente por la evolución democrática, por la igualación de las castas", mientras los mantuanos que en 1810 proclamarían los derechos del hombre y en 1811 la República, clamaban contra el despotismo de España al par que luchaban «hasta las mismas vísperas de la revolución por conservar las hondas desigualdades sociales». Así se explica –para Vallenilla Lanz– "el hecho singular de que en el partido realista o godo figurara la gran mayoría

38 *Ibíd.*, pp. 29-30.
39 *Ibíd.*, pp. 30-31.
40 *Ibíd.*, p. 33.
41 *Ibíd.*, p. 34.
42 *Ibíd.*, p. 37.

de los plebeyos y gentes de color"[43]. Pero después de tales afirmaciones parece contradecirse cuando enseguida reconoce (con el objeto de negar las crueldades de los funcionarios peninsulares) que la Revolución de Gual y España "encontró a la nobleza de Caracas al lado de las autoridades españolas". Más aún, que en dicha revolución, precedente inmediato sin duda de la de 1810 que condujo a la independencia, hubo muy pocos sujetos "de mediana distinción social" y que la mayoría de su promotores y autores "eran comerciantes, labradores, zapateros, herreros, barberos, soldados, sargentos, cabos de milicia, etc.", lo cual se opone a la tesis sostenida por él mismo, que no ve en el proceso revolucionario "sino la pugna de los nobles contra las autoridades españolas"[44].

La nobleza criolla –dice– no estaba ciertamente exenta de mezclas raciales y por las venas de los mantuanos corría sangre negra e india. Pero tampoco los españoles de cualquier clase social ni siquiera los de alta alcurnia, podían preciarse de ser enteramente blancos. Durante muchos siglos los cristianos se habían casado en la Península no sólo con árabes, judíos y bereberes sino también con negros llegados desde el interior de África junto con las invasiones musulmanas[45]. Los estudios de Américo Castro parecen confirmar esta afirmación de Vallenilla Lanz. La discriminación racial –dice con razón– fue en España de origen religioso. El horror que la Inquisición supo promover contra la incredulidad y la heterodoxia hizo que corporaciones y familias trataran de excluir de su seno a descendientes de moros y judíos. Esta discriminación se ejerció en América contra negros y mulatos, puesto que judíos y moros no existían, aunque la historiografía posterior ha demostrado la existencia de no pocos descendientes de judíos entre los españoles que llegaron a América.

Boleslao Lewin ha estudiado diversos procesos de la Inquisición contra judaizantes y relapsos. Tiene razón, sin embargo, el autor de *Cesarismo democrático* cuando sostiene que los españoles, igual que los musulmanes, se mostraban mucho más intolerantes en materia religiosa que en cuestiones étnicas.

43 *Ibíd.*, p. 38.
44 *Ibíd.*, p. 39.
45 *Ibíd.*, pp. 40-43.

Al contrario, podría añadirse, de los anglosajones, cuya progresiva tolerancia religiosa nunca dejó de correr paralela con una honda discriminación racial (lo cual se prueba por el escaso número de mulatos y mestizos que hay en los Estados Unidos, frente a la gran masa de los mismos de América Latina). Podríamos concluir que en las colonias españolas la intolerancia religiosa traía como consecuencia la discriminación racial, mientras en las inglesas sucedía más bien lo contrario.

Lo cierto es que en Venezuela, como anota Vallenilla, las distinciones sociales se fundaron hasta donde ello era posible, en el color de la piel y que, como en la India, la diferencia de castas (o de clases) fue originariamente una diferencia de color (varna)[46].

Los positivistas después de Comte concedieron mucha importancia a los factores étnicos en sus teorías histórico-sociológicas (Spencer, Taine, Renán, etc.). De hecho las doctrinas racistas de Chamberlain, Gobineau, etc., forman parte del darwinismo social. En América latina la explicación racista de la historia afectó inclusive, en algún momento, a pensadores positivistas y cientificistas influidos por el marxismo, como José Ingenieros. Vallenilla hace notar que el color de la piel no puede constituir en Venezuela una prueba absoluta de sangre negra o indígena, ya que algunos mulatos resultan ser más blancos que ciertos españoles[47]. Pero comprueba al mismo tiempo que "se conservan con mayor fuerza los perjuicios de raza, precisamente por la gran cantidad de gente de color que resultó de la unión de los españoles con los negros"[48]. Estos perjuicios, según él, fueron particularmente notables, aún en plena época republicana de evolución igualitaria, en las aristocracias provincianas o "municipales", como la de Coro. Vallenilla polemiza con su contemporáneo y "correligionario" Arcaya (positivista y gomecista como él) en torno a la existencia de dichas aristocracias, a las que caracteriza como "oligarquías opresoras y tiránicas".

Más aún, considera que ellas constituyen (de acuerdo con la descripción de Bouglé) "no ya una clase sino una casta, con todos los caracteres típicos

46 *Ibíd.*, pp. 43-46.
47 *Ibíd.*, pp. 46-48.
48 *Ibíd.*, p. 48.

de esta institución"[49]. La intransigencia de los mantuanos se exasperaba más contra aquellos hombres de color que más se asemejaban a los blancos, porque ya no podían alegar con ellos diferencias étnicas como fundamento de las diferencias de clase.

La actitud relativamente anti-racista de Vallenilla Lanz se funda en una determinada interpretación no rígidamente determinista de la herencia de los caracteres adquiridos, pero no deja de esconder un fondo racista. La prueba de ello está en su concepción del progreso igualitario como un proceso natural, que se realiza fatalmente, y abre el camino del ascenso social a los descendientes de africanos que *mejoran* sus caracteres somáticos "por los enlaces sucesivos con los blancos"[50] Ciertamente este pensador, amado por los fascistas europeos, no es, como cree Arturo Sosa, "un ardiente antirracista"[51]. Admite, sin duda, que en los tiempos históricos no existen razas puras, y considera a Gobineau como "precursor de una ciencia en derrota". Sostiene que "entre raza y nación no existe hoy ninguna relación", con lo cual se opone a los ideólogos del nacionalsocialismo, que tanto ruido hacían en Europa por los años en que Vallenilla escribía su libro en Venezuela. Pero, por otra parte, se inclina a ver en la historia una lucha de razas, aun cuando ésta desemboque siempre en la mezcla y el mestizaje[52]. Su tesis fundamental es la siguiente: El predominio de la nobleza criolla en Venezuela no se fundaba en su dudosa pureza étnica sino en hechos históricos, sociales y, sobre todo, económicos, "que dieron a aquella casta dominante el derecho de sacudir el yugo que la mantenía en un grado humillante de inferioridad política dentro de su propia patria". He aquí, para Vallenilla, la clave de la independencia o, como prefiere decir, de la emancipación. Pero no se puede olvidar que antes ha sostenido que las castas en la Venezuela colonial se fundaban, como en la India, sobre el color de la piel (varna). La primera tesis se complementa con otra, no menos fundamental, que constituye, a su vez, la clave genérica de las luchas emancipadoras en Venezuela. En una sociedad como la colonial, cuya historia

49 Cfr.P. M Arcaya, "Apuntaciones sobre las clases sociales en la Colonia", *Estudios sobre personajes y hechos de la historia venezolana,* Caracas, pp. 126 ss.

50 *Cesarismo democrático*, p. 49.

51 A. Sosa, *op. cit*., p. 132.

52 *Cesarismo democrático*, pp. 49-50.

íntima está constituida por la pugna secular de las castas, sólo el inmovilismo puede mantener el equilibrio y el orden. La revolución tuvo por eso hondas repercusiones, al romper el equilibrio y el orden tradicionales y al sacar a flote la anarquía latente. "El carácter feroz que asumió la revolución en Venezuela, así como nuestra rápida evolución igualitaria, hecho de que no hay ejemplo en ninguno de los otros pueblos de Hispano-América, se halla explicado, en parte, por la heterogeneidad misma de la sociedad colonial".[53]Tesis difícil de sostener, cuando se tiene en cuenta que tal heterogeneidad no era menor en Colombia, en Ecuador, en Perú o en México y que el sistema de castas estaba inclusive más rígidamente estructurado en estos países.

Para Vallenilla Lanz, de todas maneras, la Revolución de la independencia fue un "error de psicología". Quienes la emprendieron, "surgidos en su totalidad de las altas clases sociales, en nombre de la filosofía racionalista y del humanitarismo optimista de Condorcet y de Rousseau, creyeron que una mera declaración de derechos era suficiente para convertir a las masas degradadas por la opresión colonial en un pueblo libre y consciente de sus destinos.

Cuando el pueblo se insubordine, aparezcan las montoneras, los odios y rivalidades hereditarias estallen en cada ciudad y en cada aldea, los esclavos se levanten contra sus amos, los peones contra los propietarios, los plebeyos contra los aristócratas y el país entero se transforme en una vasta carnicería, el despertar de los nobles republicanos será espantoso"[54]. "No pensaron, no vieron que al alterar el orden, al romper el equilibrio colonial, al elevar todos los hombres libres a la dignidad de ciudadanos, destruían la jerarquización social, fundamento de su preponderancia; y ante aquella desencadenada tempestad, unos lanzando un grito de arrepentimiento volvieron a reconocer la autoridad del Monarca, otros huyeron a refugiarse en tierras extrañas esperando el resultado final de la lucha, y los más valientes, los más convencidos, los más poseídos por la idea de una Patria libre e independiente, dieron la cara a las montoneras delincuentes"[55].

53 *Ibíd.*, p. 50.
54 *Ibíd.*, p. 51.
55 *Ibíd.*, pp. 52-53.

Esta explicación de Vallenilla Lanz, tan afincada en el espíritu reaccionario de Augusto Comte, tiene sus flancos débiles y parte de afirmaciones no enteramente ciertas. No es verdad, como ya dijimos, que los promotores de la revolución emancipadora hayan sido "en su totalidad de las clases altas", pues entre ellos había blancos del estado llano y aun pardos y mulatos. Por otra parte, si la filosofía "racionalista" de la Enciclopedia propició cambios que la realidad social y cultural del país no estaba preparada para acoger, como sostiene Vallenilla, la filosofía "positivista", que él mismo profesa, propicia una aceptación de los hechos que está reñida con las exigencias fundamentales de transformación ético-política y socio-cultural que el país exige (exigencias tan reales como los "hechos" mismos a que él pretende atenerse). La "espantosa anarquía", desencadenada "con todos los caracteres de las grandes catástrofes de la naturaleza", no se produjo sólo en Venezuela sino que fue fenómeno común a muchos países hispanoamericanos (Argentina, Uruguay, México, etc.). Pero la conclusión que Vallenilla saca tiende, de hecho, a justificar el caudillaje y la instauración de una nueva especie de feudalismo: "Los bandidos no pueden someterse sino a la fuerza bruta; y del seno de aquella inmensa anarquía surgirá por primera vez la clase de los dominadores: los caudillos, los caciques, los jefes de partido"[56]. Parece como si dijera, de acuerdo con el esquema del materialismo histórico, que después de la esclavitud no puede esperarse sino la servidumbre feudal. Pero no es ciertamente el materialismo histórico el método que inspira a Vallenilla Lanz, sino el positivismo con su determinismo sociológico y pasivo. Encuentra así, al modo de Gumplowicz, una estrecha similitud entre el terremoto que asoló al país en 1812 y la aparición de Boves, el caudillo que, al frente de diez o doce mil llaneros, "debía llenar con su figura cruel y heroica las más sangrientas páginas de la historia de la emancipación en todo el continente". El admirativo retrato que de él traza, va, sin embargo, más allá de la mera explicación determinista, la cual tiende a ver en el pulpero degollador de pueblos un fenómeno asombroso de la naturaleza. No sólo le concede "valor heroico" sino también inteligencia, generosidad, lacónica elocuencia. Más aún, le atribuye la abolición de la esclavitud y el inicio de la igualación racial, al elevar a zambos y mulatos a las

56 *Ibíd.*, p. 53.

más altas jerarquías militares. Y hasta lo recompensa con la nacionalidad venezolana, considerándolo "tan llanero como si hubiera nacido en Guárico o el Apure». Pero la razón de esta exaltación es clara. El determinismo sociológico y el positivismo le sirven para mostrar a este producto de la naturaleza virgen como portador de no insignificantes valores tras su apariencia de "hombre pavoroso". El caudillo sanguinario y autocrático no es sólo un efecto necesario del medio sino también (cuando se juzga "con criterio libre de prejuicios") un efecto altamente positivo para el desarrollo de la civilización. Con Boves quedan justificados y aun exaltados como "beneméritos" todos los caudillos y todos los autócratas posteriores. Lo reaccionario de la tesis de Vallenilla no consiste tanto en considerar la guerra de la Independencia como una guerra civil sino en identificar al caudillo ignaro, sanguinario y monárquico con la causa popular, con el igualitarismo, con la abolición de la esclavitud. De esa manera sacraliza de antemano la acción de todos los déspotas, valiéndose de un sofisma histórico. Porque aquellos bárbaros «azotes de Dios"[57], que formaban las huestes de Boves, no luchaban contra los blancos criollos porque éstos fueran sus amos, como dice Vallenilla, sino porque les habían hecho creer que eran unos amos sacrílegos y usurpadores, que pretendían sustituir a los legítimos amos consagrados por Dios, el rey y los españoles representados por el caudillo. No luchaban contra una clase dominante sino contra una fracción de dicha clase que la otra fracción les presentaba como causa de su servidumbre y de su miseria. La prueba de ello está en el hecho de que una convicción contraria trasladó a miles de ellos, poco después, hasta las filas patriotas.

Al modo de Le Bon y de algunos positivistas argentinos, intenta Vallenilla Lanz una "psicología de la masa popular" con la finalidad de rebatir la tesis tradicional (sostenida por los pensadores patriotas «y en primer término por el Libertador Simón Bolívar") que atribuía al fanatismo y la ignorancia de las mayorías la adhesión a la causa monárquica y la pertinaz oposición a la independencia. El positivismo le sirve aquí para corroborar, con hechos no siempre bien establecidos, su idea de la radical incapacidad del pueblo para ver más allá de sus resentimientos y sus odios inmediatos. Para él, el fondo íntimo del pueblo en la república siguió siendo el mismo que en la colonia:

57 *Ibíd.*, p. 60.

"Las pasiones, los instintos, los móviles inconscientes, los prejuicios hereditarios, tenían que continuar siendo en él elementos de destrucción y de ruina, contenidos únicamente por los medios coercitivos que tan ampliamente ha tenido que ejercer el jefe del Estado, sin sujeción posible a las soñadas garantías escritas en las constituciones"[58].

Acostumbrados los soldados venezolanos durante la guerra a considerar comunes todos los bienes, siguieron creyéndolo así una vez que aquélla concluyó. Creció de tal modo en las llanuras el abigeato y el bandidaje, sin que pudiera el gobierno acabarlo en muchos años. "Los blancos habían sido siempre los amos, los propietarios, los dominadores, los privilegiados por las leyes y las costumbres". Ellos habían proclamado la Independencia. Y contra ellos "debían desatarse, naturalmente, los odios de las clases populares". Con Boves y Yañes, identificaban "blanco, propietario y patriota"; más tarde identificarán "blanco, propietario y godo"[59]. Páez logró ganárselas al prometer a los llaneros repartirles las tierras de Apure y eximirlos de toda clase de impuestos. No logró, en modo alguno, al pasarlos de los ejércitos realistas a los patriotas, cambiar su mentalidad y sus costumbres. El que cambió fue el propio Páez, quien de jeque árabe o "jefe de bandoleros", como lo llamaban los realistas, se transformó en fundador del poder civil, restaurador de la constitución y jefe de la oligarquía conservadora. "Sus gloriosos servidores que le habían elevado al primer puesto de la República, le habían convertido también en el más rico propietario". Procedió entonces "de acuerdo con su nueva situación y con su carácter de representante de la sociedad; con sus altas funciones de *Gendarme necesario"*. Dejó de mostrarse tolerante con las fechorías de sus soldados y comenzó por "matar a lanzazos a sus antiguos compañeros de glorias y de afanes". "De entonces comenzó a declinar su popularidad; de entonces comenzó a sufrir la misma ley que ha conducido al pueblo en toda época de anarquía a quebrar sus ídolos, cuando éstos, guiados por otros sentimientos y otros intereses más elevados y más nobles, y con las responsabilidades que trae consigo el ejercicio del Gobierno, dejan de halagar las pasiones innobles de la turba, convirtiéndose de encubridores o cómplices de sus delitos, en de-

58 *Ibíd*.,p.73.
59 *Ibíd*.,p. 75.

fensores del orden social, en ejecutores de la justicia y en representantes de la soberanía nacional"[60]. Vallenilla Lanz logra así, a través de una interpretación de la idiosincrasia del llanero (en las que no faltan las típicas tesis positivistas del determinismo geográfico y étnico y la comparación del jinete sudamericano con el beduino), identificar al mayordomo Páez, primer presidente de Venezuela, con el arquetipo del gendarme necesario. El concepto mismo parece tomado de Taine, para quien en todos los países y en todas las épocas (inclusive en la nuestra), por encima de cualquier mecanismo constitucional, existe fatalmente "el gendarme electivo o hereditario de ojo avizor, de mano dura, que por las vías de hecho inspira el temor y que por el temor mantiene la paz". Si esto vale para cualquier sociedad, *afortiori* ha de valer para los pueblos hispanoamericanos, condenados a una vida turbulenta, arguye Vallenilla Lanz. Y concluye fácilmente que allí "el caudillo ha constituido la única fuerza de conservación social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las primeras etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen sino se imponen"[61]. No necesita avanzar mucho más para obtener una muy científica y positiva justificación de la dictadura de Gómez, con lo cual, obviamente, logra también una auto-justificación

Para él, la dictadura del caudillo "es el carácter típico del Estado guerrero, en que la preservación de la vida social contra las agresiones incesantes exige la subordinación obligatoria a un jefe". En dicho estado, el ejército es la sociedad movilizada y la sociedad el ejército en reposo. En dicho Estado no puede sino predominar la constitución orgánica (tácita, no escrita, fundada en la naturaleza) sobre la constitución escrita. En dicho estado se encontraba Venezuela después de la guerra de Independencia: la riqueza acumulada hacia el fin de la colonia había desaparecido, la clase alta, rica y culta había sucumbido o emigrado, el pueblo (negros, indígenas, esclavos) se hallaba en plena regresión. No es difícil comprender cómo llegaron a encumbrarse entonces "los más valientes y los más temidos". Citando otra vez palabras de Hipólito Taine, dice: "Entregado a sí mismo, retrotraído súbitamente al estado natural, el rebaño humano no sabría más que agitarse, pelear, hasta que la fuerza

60 *Ibíd*.,p. 78.
61 *Ibíd*.,p. 79.

bruta llegara al fin a dominar como en los tiempos bárbaros, y del fragor de la lucha surgiera un caudillo militar, el cual, generalmente, es un verdugo"[62]. Citando también a Mollien, en su *Voyagedans la Republique de Colombie en 1823,* compara a Páez en las orillas del Orinoco con Artigas en las del Plata, aunque se abstiene de adjudicar a Bolívar el dudoso honor de haber sido el primer "gendarme necesario" de Venezuela, porque "acá, en su país nativo, él no había sido el exponente de la masa venezolana que como fuerza no existía al estallar la revolución"[63].

Vallenilla Lanz, cuyo tácito pero obvio propósito es el de justificar la larga dictadura de Gómez, no se atreve a compararlo simplemente con Bolívar, y al optar por asignarle como gran ancestro a Páez, se ve, por otra parte, obligado a demostrar que el mayordomo "llegó a ser un verdadero hombre de Estado". Se trata de hacer comprender a los intelectuales anti-gomecistas, recalcitrantes "ideólogos", los cuales "no se dan cuenta de las enseñanzas *positivas* de la historia", que la ciencia de gobernar no se aprende en los libros. Se trata de demostrar, mediante el método filosófico-científico del positivismo, que un buen administrador de La Mulera puede convertirse en un excelente administrador de Venezuela. Páez, de origen humilde, carente de toda instrucción, jefe de nómadas y conductor de caravanas más que comandante militar en sentido estricto, llegó a ser en medio del desbarajuste político del país un gobernante digno de los mayores encomios. En contacto con la cultura urbana, se convirtió en un hombre urbano y culto. Esto ha sucedido en la historia muchas veces, dice. Los hijos de Tancredo de Hauteville, salteadores de camino, y Roberto Guiscar (el más valiente de todos ellos), legítimo ladrón, al invadir la Italia medieval, se transformaron –añade citando a Démolins*(Les grandes routes des peuples)* –"en hombres de gobierno, haciendo renacer el trabajo, desenvolviendo la cultura, amparando la propiedad, constituyendo la caracterización social, y sustituyendo, en fin, el orden a la anarquía"[64]. Y, para corroborar lo dicho con la autoridad de un sudamericano, vuelve a afirmar, con Juan Bautista Alberdi (autor de las *Bases para la Constitución Argentina):*

62 *Ibíd*.,p. 82.
63 *Ibíd*.,p. 89.
64 *Ibíd*.,pp. 90-91.

"Los que antes eran repelidos con el dictado de caciques, hoy son aceptados en el seno de la sociedad de que se han hecho dignos, adquiriendo hábitos más cultos, sentimientos más civilizados"[65]. Sólo que todo esto, aplicable tal vez a Páez, no podía sino en broma decirse del bisonte Gómez. ¿Dónde podían encontrarse en él esos hábitos cultos, como no fuera en la afición pueril y primaria por el "biógrafo"? En realidad, el verdadero mérito del gendarme necesario –y del General Gómez muy en especial– consistió en asegurar la propiedad y los privilegios sociales de la clase alta contra los desmanes, inconscientemente comunistas y libertarios, en todocaso igualitariosy niveladores, de las masas populares. De esas masas de indios y negros, y, sobre todo, de mulatos, «raza servil y trepadora», según Domingo Faustino Sarmiento, pero mayoritaria en Venezuela. Enemigo declarado de Rousseau y del contractualismo, Vallenilla Lanz reivindica la teoría aristotélica del origen "natural" de la sociedad y del Estado, ubicándola "sobre una base científica positiva". Esta base la encuentra, como Comte, Taine y demás filósofos positivistas, en"la raza, el clima, el medio físico y telúrico, la situación geográfica, la extensión territorial, el género de vida, y como complemento de estos factores primordiales, la religión, las inclinaciones (instintos y tendencias), la densidad de población, el comercio, las costumbres y cuantos rasgos especiales obran en cierto modo automáticamente en la existencia y el destino de las naciones"[66].

Al rechazar con desdén las teorías pactistas y las pretensiones de "ideólogos" y "sofistas", entiende elevar la ciencia social del plano metafísico al científico. Pero es significativo que, mediando, sin quererlo, en la antigua polémica de Aristóteles (representante de la burguesía griega y del poder macedónico), contra los sofistas (algunos de los cuales defendían una suerte de comunismo anárquico) y contra los cínicos (exponentes del "proletariado" helénico), tome partido por el primero de ellos contra todos los demás. Aristóteles, como Comte y Taine, sirve aquí para justificar el papel del caudillo, del «loquero», del gendarme necesario. El "realismo político" del Estagirita, no menos que el "positivismo" del hijo de Montpellier, avala "la gran verdad",

65 *Ibíd*.,p. 91.

66 L. Vallenilla Lanz, "Los principios constitucionales del Libertador", *Obras completas*, I, p. 96.

formulada por el sociólogo norteamericano Ellis Stevens, que Vallenilla hace suya con entusiasmo: "Que no es en la democracia donde hay que ir a buscar la fuente de las instituciones americanas"[67].

Esta concepción "positivista" de la sociedad y de la historia tiene como fundamento una concepción mecánica del hombre, el cual, lejos de aparecer como un agente creador, es pensado como un elemento pasivo en el devenir histórico y social. Lejos de ser considerado como el sujeto de la historia, es mirado como su objeto; lejos de ser su protagonista, es más bien su víctima. Y si alguien dijere que, durante una época como la de Gómez no se podía pensar al hombre y a la historia de otra manera, éste caería, a su vez, en la misma concepción antropológica. Dicha concepción reduce al individuo humano a la condición de miembro de un organismo, por el cual y para el cual tiene sentido su vida.

Vallenilla Lanz adopta, consecuentemente, el organicismo social de Spencer, aunque pretenda salvarse de "las exageraciones de la escuela spenceriana"[68], y sobre todo del radical individualismo spenceriano[68bis]. No deja de ser significativo que esta visión de la sociedad como organismo (defendida por el ultra-liberal Spencer) sea análoga también a la de Aristóteles (que Popper critica como una de las concepciones de la sociedad cerrada). Es difícil sustraer tal teoría social aristotélica de la acusación de "totalitarismo", y de hecho no pocas veces se ha utilizado en la práctica para justificar gobiernos y políticas autoritarias, cuando no abiertamente totalitarias. Pero tampoco se debe olvidar que del evolucionismo darwiniano y spenceriano derivan tanto el racismo de Gobineau y Chamberlain (premisas del nacional-socialismo) como el liberalismo manchesteriano (ocasión o pretexto frecuente del fascismo en el Tercer Mundo).

Después de dejar sentado que "el César democrático... es siempre el representante y el regulador de la soberanía popular", y, con palabras de Laboulaye, que "él es la democracia personificada, la nación hecha hombre", la síntesis de democracia y autocracia (casi se diría el Espíritu Absoluto a

67 *Ibíd*.,p. 114.

68 L. Vallenilla Lanz, "Los partidos históricos", *Obras completas*, I, p. 133, nota1.

68bis Cfr. H Spencer, *El individuo contra el Estado* (Traducción de A. Gómez Pinilla), Valencia.

caballo), intenta demostrar Vallenilla Lanz que su figura es producto de la evolución orgánica de las sociedades ibéricas e iberoamericanas. Ilustra así, para ello, su teoría organicista de la sociedad: "El concepto organicista de que las naciones, como seres colectivos, siguen en todo un movimiento análogo al de los seres individuales se halla ya definitivamente establecido. Ciencia de la vida, la biología abraza también la historia de las sociedades. Los órganos del cuerpo social aparecen primero como esbozos rudimentarios, que poseen en su conjunto un carácter de agregación. Sometidos estos diversos elementos a la acción y la reacción recíprocas, en esa lucha incesante que constituye la manifestación misma de la existencia, va entonces definiéndose, especializándose paulatinamente, hasta que surge el principio de coordinación común, que es el principio vital de la sociedad, como la primitiva agregación celular lo es del organismo individual. Y de igual manera que éste, una vez constituido, encuentra dentro de sí mismo todos los elementos necesarios para su desarrollo por el fortalecimiento de sus órganos, la sociedad genera también en sí un pensamiento, un ideal, un interés que viene a ser a un tiempo mismo el norte que la dirige y la fuerza interior que la empuja en su desenvolvimiento y en la afirmación de su personalidad nacional, por etapas sucesivas, que el sociólogo debe observar con la misma curiosidad y el mismo espíritu científico con que el biólogo estudia la evolución del organismo individual en las diversas fases de su desarrollo"[69]. De acuerdo con el criterio spenceriano, considera, pues, Vallenilla Lanz que a la evolución inorgánica (de la materia), le sigue la orgánica (de la vida) y a esta, por fin, la superorgánica (de la sociedad y todas sus instituciones)[70]; que las sociedades humanas constituyen organismos vivientes en los cuales las partes dependen enteramente del todo y cumplen funciones específicas en relación con ese todo[71].

No se preocupa tanto, sin embargo, por señalar, como lo hace Spencer, que cada individuo que integra la sociedad tiene una conciencia propia vinculada a órganos centrales, mientras la sociedad misma no tiene una conciencia particular dependiente de su organización central, de lo cual infiere que la

69 *Ibíd*.,pp. 132-133.

70 Cfr. H. Spencer, *Principios de sociología*, Madrid, s/a, p. 1.

71 *Ibíd*.,p. 2.

sociedad vive para los individuos y no viceversa, al contrario de lo que sucede con los organismos biológicos donde las partes viven para el todo[72].

En el ensayo Disgregación e integración, cuya redacción fue iniciada por Vallenilla Lanz en 1903, pero que sólo se publicó como libro en 1930, por resolución del gobierno de Gómez, se parte de la idea comteana de que toda política progresista debe basarse en la ciencia y no en la metafísica o en la pasión. Las desgracias de Venezuela, su sangre derramada a torrentes, el lento desarrollo de sus riquezas, la pérdida de los esfuerzos de su pueblo para la civilización, se deben a "la ignorancia de las leyes que rigen el desenvolvimiento de las sociedades, cuyo estudio no puede hacerse al resplandor ofuscante de las pasiones políticas, sino a la luz pura y serena de la investigación científica". Y si aún no se ha explicado con exactitud la evolución histórica del país, ello se debe a «los errores científicos que aún viven en nuestra atmósfera intelectual, como resabios persistentes de viejas teorías metafísicas, que atribuyen a influencias extranaturales o a la voluntad libre del hombre, las causas esenciales de todo fenómeno social"[73]. Cientificismo, determinismo, naturalismo aparecen así como presupuestos no sólo de una auténtica explicación histórico-sociológica sino también de una genuina política civilizatoria.

Por otra parte, Vallenilla Lanz cree que la tendencia del espíritu humano a las explicaciones teológicas y metafísicas se halla acentuada en Venezuela "por la mescolanza de razas, por el medio y por la educación"[74], aunque no debe serle fácil explicar científicamente cómo "la mescolanza (sic) de razas" inclina a la metafísica más que a la ciencia positiva. Según él, jamás se ha tenido en cuenta, en el análisis de los acontecimientos históricos y sociales, "la noción de causa y evolución que prevalece en la ciencia moderna, y con lamentable ligereza se han venido atribuyendo al azar, o a influencias puramente individuales, fenómenos que tienen sus orígenes en las fuentes primitivas de nuestra sociedad". En la apreciación de los movimientos políticos ha prevalecido "el concepto metafísico que apareció con la República en 1811 y que los padres de la patria aprendieron de los filósofos europeos del

72 Cfr. H. Spencer, *El organismo social*, Madrid, s/a, pp.16-26.

73 L. Vallenilla Lanz, "Disgregación e integración", *Obras completas*, II, p. 88.

74 *Ibíd*.,pp. 88-89.

siglo XVIII", según el cual las instituciones eran moldes para fabricar pueblos y "bastaba consignar principios abstractos en las páginas de un libro, para modificar hondamente los caracteres de una comunidad social"[75]. Acusa a Baralt de aplicar el concepto bíblico de la creación del mundo al nacimiento de la nación venezolana, aunque en su descargo anota que cuando él escribía su *Historia* (1840), "hacía muy pocos años que se había iniciado en Europa el movimiento científico basado en el método experimental", es decir, el positivismo. En efecto, "Augusto Comte, que fue uno de los primeros en considerar la historia y la política sometidas a las leyes naturales, lanzó sus ideas en 1823, al independizarse de su maestro Saint Simón". Y sin embargo –dice, citando a Paul Janet– "es todavía una novedad el afirmar que la política y la historia deben conformarse a las leyes positivas"[76]. Ninguna tarea más noble, por eso, según Vallenilla, que "la de aplicar al estudio de la evolución histórica de Venezuela los fecundos métodos positivos, a fin de que ese pasado tan oscurecido por los viejos conceptos, por la literatura épica y por las pasiones banderizas, sea en realidad fuente de saludables y fecundas enseñanzas". Los prejuicios a superar presentan así, de acuerdo con su criterio, una doble cara: por un lado provienen de la metafísica y el racionalismo (que "como un precipitado químico, se ha quedado fuertemente adherido a las paredes del espíritu"); por otro, de la emotividad (la exaltación épica y patriótica) y las pasiones de partido[77]. El método experimental (es decir, positivista), que "ha hecho de la historia y de la política dos ramas estrechamente ligadas a las ciencias positivas", ha invadido el terreno de las antiguos teorías y ha producido una verdadera revolución en las ciencias sociales. Entre quienes lo han desarrollado cuenta Vallenilla Lanz no sólo a Comte, Spencer, Taine, Tarde, Gumplowicz, Durkheim y Worms sino también a Bastiat, Letourneau, Lazarus, Wagner, Ihering, Ratzel, Loria, Bouglé y Simmel, sin tener en cuenta que este último, por ejemplo, aunque parte de cierto relativismo pragmatista, apunta a la fundamentación de un Absoluto y postula una metafísica de la vida como fuerza creadora.

75 *Ibíd*.,p. 89.
76 *Ibíd*.,p. 90.
77 *Ibíd*.,p. 91.

La teoría evolucionista y el determinismo sociológico, aplicados a la historia de Venezuela, comenzarán por demostrar, según Vallenilla Lanz, que no hay, como se ha pretendido, solución de continuidad entre la colonia y la república y que en todos los rasgos que constituyen el carácter del pueblo venezolano se impone la herencia colonial. Ilusiones de "buenos visionarios" fueron las convicciones de quienes, después de sancionar muy democráticas y liberales constituciones, "creyeron sinceramente que habían fundado una obra sólida y estable sobre las ruinas del pasado", pues no vieron "que la influencia de las instituciones políticas es siempre nula, cuando ellas no se adaptan al estado social, y que los principios políticos son puras abstracciones, cuando las leyes que deben servirles de medios de aplicación, no corresponden al sistema establecido"[78].

La obra de Vallenilla Lanz, cuyo objetivo final es la justificación del "gendarme necesario", tiene, pues, como fundamento, la afirmación del método positivista y del determinismo histórico. Su propósito es descalificar el liberalismo radical; su punto de partida consiste en una negación tajante de cualquier filosofía teológica y metafísica (o racionalista). Su tácita y obvia exaltación de la ominosa dictadura gomecista pasa por la desvalorización de todo el pensamiento pre-comteano, ya se trate de la antigua escolástica (dominante en la colonia); ya del romanticismo y del socialismo utópico; ya, sobre todo, del iluminismo francés (que, mal que le pese, proveyó la ideología de la independencia hispanoamericana). Tales corrientes de ideas no están muertas y, desgraciadamente, dice Vallenilla, pesan aún como poderosa rémora en el destino del país y de la región: "Todavía existen, no sólo entre nosotros sino en la América entera, muchas mentalidades encasilladas en las viejas teorías teológicas, metafísicas y racionalistas que desconocen por completo las leyes fundamentales de la evolución y del determinismo sociológico; todavía hay quienes creen en el imperio absoluto de la razón y del libre albedrío, y en la posibilidad de reformar la sociedad según el método especulativo y deductivo, cuyo natural desenvolvimiento conduce forzosamente a apartarse de la observación de los hechos históricos, como bases positivas de toda la evolución social". Estos filósofos de la razón pura y del derecho natural –dice

78 *Ibíd*.,p. 94. Cfr. A. Sosa, *op. cit*., pp. 90-94.

citando a Savigny, el fundador del historicismo jurídico– constituyen la "escuela antihistórica". Para ellos, cada época y cada generación crea libremente su mundo, según su fuerza y su inteligencia; la historia nada nos enseña y se reduce a una compilación de ejemplos político-morales (Tanon, *L'évolution du droit et de la consciencesociale,* p. 11). "Doctrina absolutamente disolvente en sus consecuencias y de efectos tan desastrosos para la humanidad que aún es ella la que están invocando *los energúmenos y los revolucionarios, para trastornar el orden social e interrumpir la evolución normal de las naciones"79,* dice Vallenilla, vinculando no sin razón la metafísica y el racionalismo con la revolución. Piénsese no sólo en Rousseau y en Kant sino también en Hegel y los jóvenes hegelianos, de donde salen Marx y Bakunin. El positivismo es presentado así por Vallenilla Lanz como la doctrina anti-revolucionaria por excelencia, de acuerdo con el espíritu de Augusto Comte e Hipólito Taine.

Aplicando el criterio positivista (que suele denominar "método experimental") a la historia de Venezuela y de Hispanoamérica, comienza por negar la "trivialísima manera de pensar" de quienes suponen que la independencia significara el despertar de un Continente esclavizado por el régimen absolutista de la Colonia y que los pueblos "sacudidos violentamente de su letargo secular por la espantosa algarada de la Revolución Francesa", se levantaran para sacudir el ominoso yugo. "El hecho de que a un mismo tiempo, en las dos extremidades del continente, sin acuerdo ni preparación posible, estallara la rebelión revistiendo los mismos caracteres y fundándose en las mismas razones", descarta la iniciativa del libre albedrío y la acción del héroe[80] y demuestra cuán superficiales son los historiadores que atribuyen "una acción demasiado poderosa a la influencia de las ideas y los principios de la Revolución Francesa"[81]. Para Vallenilla Lanz, el hecho de que en toda Hispanoamérica, simultáneamente y sin acuerdo alguno, los hombres de la clase alta iniciaran el movimiento de emancipación, adujeran los mismos fundamentos para destituir a las autoridades españolas, usaran los mismos términos en los documentos revolucionarios, etc., demuestra claramente que

79 *Ibíd*.,p. 97.
80 *Ibíd*.,p. 99.
81 *Ibíd*.,p. 100.

nada tuvieron que ver allí la libre voluntad de los iniciadores del movimiento y otras causas accidentales, y comprueba "el cumplimiento necesario y fatal de las leyes sociales"[82]. De igual modo, no puede atribuirse la disolución de la Gran Colombia a la deslealtad de Páez, al odio de Miguel Peña o al maquiavelismo de Santander sino que se debe interpretar "como la sanción legal de un hecho preparado ya por el medio geográfico; consumado por la tradición y por la guerra, y consagrado en la Historia por las glorias continentales de sus hijos"[83]. Algo parecido debe decirse de la génesis de los partidos políticos venezolanos. "Los partidos no se forman, ni las sociedades se conmueven por la sola voluntad de un hombre".

Es absurdo afirmar que el fundador del Partido Liberal fue Antonio Leocadio Guzmán, según él mismo proclamaba. En realidad, dicho partido "estaba ya constituido por las necesidades, los intereses, las pasiones y los principios proclamados por el liberalismo doctrinario y sancionados por el constitucionalismo abstracto desde 1811". La oposición entre el Partido Liberal y el Partido Conservador "no era en el fondo sino la continuación de la lucha civil de la Independencia, entre patriotas o liberales y realistas o godos"[84]. Explicar la popularidad y el éxito del Partido Liberal supone, según Vallenilla Lanz, tener en cuenta, ante todo, "cómo los miserables, los proscritos de los goces sociales, los adeudados por el alto interés del capital y arruinados y perseguidos por las leyes de crédito, los militares desposeídos del fuero y sin pensión de retiro, los llaneros habituados al abigeato y castigados ahora con la pena de azotes, los esclavos y manumisos que habían saboreado el goce de libertad y hasta conquistado grado y honores en la guerra, perseguidos por sus amos con el apoyo de las autoridades; todos esos grupos sociales para quienes la vida era un tormento, y cuyos cerebros eran incapaces de concebir las verdaderas causas de aquel 'profundo malestar social' tenían que ver con odio a los hombres del gobierno y considerar como 'redentores' a quienes les hacían promesas de bienestar"[85]. El sistema federal, que para

82 *Ibíd*.,p. 99.
83 *Ibíd*.,pp. 101-102.
84 *Ibíd*.,p. 102.
85 *Ibíd*.,pp. 103-104.

muchos historiadores no fue adoptado sino por "espíritu de inconsciente imitación al régimen político de los Estados Unidos"[86], tiene en Venezuela y en toda Hispanoamérica, por más que sus doctrinarios y defensores no lo hayan advertido, poderosos antecedentes en la tendencia instintiva de nuestros pueblos "hacia la disgregación política y administrativa"[87]. Quienes estudien la historia de la conquista y colonización de Venezuela, tomando en cuenta las influencias del medio, la organización de las tribus indígenas, el régimen municipal de los españoles, el aislamiento geográfico y económico de las poblaciones, y sepan guiarse sólo por la doctrina evolucionista, comprenderán fácilmente –dice Vallenilla Lanz– que "la inclinación de nuestro pueblo hacia la disgregación anárquica, bautizada desde 1810 con el nombre de Federación o de Confederación, fue un móvil inconsciente perfectamente lógico en agregados sociales que tienden a constituirse y por eso mismo más poderoso y vivaz que si hubiera sido el resultado de una ilustrada convicción: porque el autonomismo municipal era entonces la única forma posible de «amoldarse hasta en sus menores rasgos a los rasgos vivientes del organismo colonial"[88]. Podría parecer extraño que Vallenilla Lanz justifique así el ideal federalista, concediéndole raigambre histórica, pero ello se explica fácilmente cuando se advierte que identifica, con el reaccionario historiador Guizot, federalismo y feudalismo. "En América, como en la Europa medieval, –dice– la ausencia completa de intereses colectivos que se puso de relieve con la desmembración del Imperio romano, trajo como consecuencia el desmigajamiento feudal: y el feudalismo general –como lo observa Guizot– era una verdadera federación; descansaba sobre los mismos principios en que funda hoy día, por ejemplo, la federación de los Estados Unidos de América".[89] La confusión conceptual de Guizot, acogida por Vallenilla, resultaría bastante burda si no se pudiera sospechar que es más bien interesada y que tiene por objeto desprestigiar las formas radicales de la democracia política. La noción de "federalismo" es no sólo diferente sino directamente contraria a la de "feudalismo", ya que

86 *Ibíd*.,p. 104.
87 *Ibíd*.,p. 105.
88 *Ibíd*.,pp. 105-106.
89 *Ibíd*.,p. 106.

federalismo supone siempre pacto entre iguales y feudalismo equivale a pacto entre desiguales. El federalismo es eminentemente horizontal; el feudalismo es esencialmente vertical. En la Edad Media, las comunas o ciudades libres, cuya constitución interna suponía una federación o pacto entre gremios y guildas, se asociaban federativamente con otras comunas o ciudades libres, en pie de igualdad, formando ligas o hansas; el feudalismo, por el contrario, conformaba una amplia pirámide, en cuya base estaba el juramento de vasallaje de los campesinos al barón y en cuyo vértice estaba el emperador del Sacro Imperio. De hecho, una buena parte de la historia medieval transcurre en las luchas de las ciudades libres contra el feudalismo circundante. El florecimiento de las primeras se debió a su resistencia contra los señores feudales y a la defensa de sus propias libertades urbanas y artesanales contra el ruralismo militar, así como al acogimiento de los siervos fugitivos en el seno de los gremios y guildas. La decadencia de las ciudades libres y, por ende, del federalismo, se debió precisamente al triunfo de los señores y a la adopción de formas feudales de jerarquización en la estructura de los gremios, durante los siglos XIV y XV. En lo que Vallenilla Lanz tiene razón "*malgré lui"*es en vincular federalismo con tendencias igualitarias y comunistas en "casi toda la América, desde México hasta el Plata"[90].

Otra tesis equívoca –y muy cara a Vallenilla Lanz– es la de que "los primeros movimientos revolucionarios de la América en 1810 fueron puramente españoles y tradicionalistas"[91]. Es verdad que los hispanoamericanos heredaron en buena parte de España lo que Vallenilla Lanz denomina «la anarquía localista» y un amor por la independencia que también pudieron recibir de sus ancestros indígenas. No es verdad que esta repulsa del centralismo absolutista deba identificarse simple y llanamente con caudillaje y "caciquismo". Lo importante es advertir –cosa que no hace Vallenilla– que si la Revolución de la independencia no rompió con todo lo español, quiso romper radicalmente con la España oficial, absolutista, inquisitorial, monárquica.

Y más importante todavía es comprender que centralismo político y gobierno unitario de ninguna manera son equivalentes a auténtica integración,

90 *Ibíd*.,p. 107.
91 *Ibíd*.,p. 109.

la cual no será estable y duradera si no está fundada en un pacto entre comunas y regiones, únicos ámbitos en que puede funcionar una democracia no-ficticia. Vallenilla Lanz, que tanto combate las abstracciones, no llega a ver que el Estado "integrado", centralista y unitario que él propicia es la más nefasta de las abstracciones y que lo verdaderamente concreto es la comunidad local.

Vallenilla Lanz tiene un estilo claro (a pesar de los párrafos demasiados extensos), elegante y aun castizo, que revela morosas lecturas juveniles de los clásicos españoles. Su erudición no es escasa y, más allá de la literatura positivista, se extiende a pensadores anarquistas (como Proudhon o Sorel) y marxistas (como Kautsky y Jaurés). Su dialéctica, sin embargo, es pobre y su argumentación monocorde. Las ideas que esgrime son escasas y aunque, al ser usadas contra algunos de sus adversarios, pueden parecer a veces convincentes, no resisten una verdadera profundización crítica. Filosóficamente sus maestros son Spencer y los darwinistas sociales, pero, sobre todo, Comte[92] y Taine que, nacidos, como él mismo, en el regazo de un liberalismo iluminista, se esforzaron por liquidar las secuelas de la Revolución francesa y por instaurar una nueva Edad Media donde los hombres de ciencia serían a la vez señores feudales y monjes, inquisidores y cruzados. Como a ellos, aunque más inmediatamente en el tiempo, se le puede considerar un precursor intelectual del fascismo.

En 1925 apareció en París, en las *Editions de la Revue de l'Amérique Latine,* una traducción francesa de *Cesarismo democrático,* con prólogo de Marius André. Este sostiene la tesis de que, en América Latina como en Europa, se escriben siempre dos historias: una simplificada, falsa y edificante (para el pueblo); otra profunda, sincera, confidencial, para la élite. Y ubica a Vallenilla Lanz entre los cultores de la segunda. La tesis es, desde luego, peregrina, ya que esta segunda especie de historiografía, no por demoler algunos mitos, deja de erigir los suyos propios, más peligrosos y nefastos que los anteriores. Tal es el caso, en Hispanoamérica, del revisionismo histórico "hispanófilo", que pretende sustituir una leyenda negra (muchas veces nada legendaria) por una leyenda dorada (digna de la hagiografía medieval).

92 Cfr. A. Sosa, *op. cit.*, pp.98-101.

André es un historiador fascistoide, cuyo prólogo a *Cesarismo democrático* concluye con estos significativos párrafos: "En Uruguay y Argentina no se plantea la cuestión indígena, pero el desarrollo de la industria y la enorme afluencia de trabajadores europeos han llevado allí el peligro socialista y comunista. En todas partes, finalmente, las necesidades de la defensa y las aspiraciones hacia la autoridad son las mismas. También la palabra 'democracia' ha dejado de ser, sólo desde hace algunos años, un fetiche en América. El nacionalista Vallenilla Lanz, que sostiene una doctrina democrática, aclara que no le da el mismo sentido que Rousseau y los revolucionarios europeos.

La América española no puede elegir sus medios de salvación. Ninguno de sus Estados ha tenido una dinastía real que pueda volver a llamar. Ninguna tiene, por otra parte, una aristocracia. Ahora bien, la historia de todos los pueblos enseña, y Bolívar, el genio más clarividente del Nuevo Mundo, no ha cesado de decirlo, que una república democrática está destinada a la anarquía, sobre todo en América, si se funda en las doctrinas revolucionarias europeas. No hay sino un medio para asegurar la paz interior, y más de un siglo de historia americana así lo prueba: una dictadura a la vez paternal y fuerte, positivista, bolivariana, de origen popular o que tenga el asentimiento del pueblo, eso que en Venezuela se llama *Cesarismo democrático*"[93]. El prologuista, traductor y admirador de Vallenilla Lanz revela en estas palabras todos los elementos de la mentalidad fascista, en pleno auge durante la década del 20: 1) temor a las masas indígenas (y el racismo), 2) temor a la clase obrera, 3) odio al socialismo y al comunismo, 4) primacía de las necesidades de la defensa (seguridad nacional), 5) aspiración al fortalecimiento de la autoridad (autoritarismo y, al fin, totalitarismo), 6) rechazo de la democracia y odio a la Ilustración, 7) anacrónico monarquismo (propio de la "ActionFrancaise" y de los "Camelots du Roi"), 8) no menos anacrónico aristocratismo, 9) apelación a una dictadura fuerte y paternal, 10) vinculación ideológica con ancestros positivistas. No es casualidad que Vallenilla haya encontrado tal traductor y prologuista en Francia. Tampoco lo es que una década más tarde, un entusiasta apologista del fascismo, Paolo Nicolai, prologue la traducción italiana de *Cesarismo democrático* (Roma, Cremonese, 1934). Después de lla-

93 Marius, André, "Prólogo" a la edición francesa, *Ibíd.*, p LXVIII.

mar a Mussolini "el más grande de los italianos", quiere reivindicar el mérito extraordinario "de aquellos pensadores y escritores que, antes de la primera guerra mundial, y en el curso de la misma", han tenido la audacia de preludiar las ideas fascistas: "Entre ellos debemos contar indudablemente a Laureano Vallenilla Lanz, ilustre escritor e historiador venezolano que, en más de treinta años de agitada vida política, ha puesto siempre su agudo ingenio y su incitante habilidad polémica al servicio de un sano patriotismo y de la verdad histórica, entendida en su más riguroso significado"[94]. Para Nicolai, el mayor mérito de Vallenilla (entre los muchos que le reconoce) consiste en "haber denunciado, con la palabra y con la pluma, los incalculables daños de orden material y moral que acarrea a las Repúblicas de Centro y Sudamérica el principio de la alternabilidad presidencial"[95].

Cuando el doctor Laureano Gómez, político colombiano que no era por cierto la figura más autorizada para atacar a nadie en nombre de la democracia y de la libertad, llamó a Vallenilla Lanz "inescrupuloso apologista y filósofo de la dictadura", éste declaró no sentirse herido o deprimido, sino orgulloso de contarse entre los hombres que "preconizaron valientemente la necesidad de los gobiernos fuertes, para proteger la sociedad, para establecer el orden, para amparar el hogar y la patria contra los demagogos, contra los jacobinos, contra los anarquistas, contra los bolshevistas, contra los que se encumbran, medran, tiranizan, roban y asesinan al amparo de la anarquía y en nombre de la libertad de la humanidad". Estas frases, aparecidas en El *Nuevo Diario* de Caracas el 21 de febrero de 1922, podrían haber sido firmadas ese mismo día por DinoGrandi o ítalo Balbo en // *Popólod'Italia,* mientras se preparaban para la marcha a Roma.

La aparición de *Cesarismo democrático* provocó muchas reacciones adversas y también algunas favorables en América latina. En julio de 1925, el escritor y político uruguayo Mario Falcao Espalter publicó en el diario *La Prensa* de Buenos Aires un artículo titulado *Cesarismo democrático en América.* En él comienza afirmando que la declaración de derechos del hombre americano "tuvo caracteres netamente individualistas, en cuanto el problema agudo del

94 Paolo Nicolai, "Prólogo" a la edición italiana, *Ibíd*., p LXX.

95 *Ibíd*., p. LXI.

criollo y del indio humillados por el hispano dominador en la usurpación de todas las altas funciones administrativas, salvo honrosas excepciones, decidió en grandísima proporción del estallido revolucionario". Más aún, para él, "la revolución americana no se hizo en nombre del Estado, sino de la sociedad" y, aunque proclamó primero los derechos políticos del ciudadano, y dejó un poco atrás los derechos sociales, criollos, indios y negros no dudaron de la meta hacia la cual ella se dirigía"[96].

Falcao Espalter sostiene que la revolución americana no se hizo sólo para que la ley fuera modificada según la voluntad pública, que era la de los hombres ilustrados, sino también "contrariando los viejos intereses de clase". Siguiendo a Ricardo Levene, pone de relieve el factor económico en la revolución rioplatense y, citando a José Manuel Estrada, dice que ella fue una revolución sin caudillo, "un movimiento esencialmente popular, una insurrección de las masas contra la opresión económica y política de que eran objeto"[97]. Vallenilla Lanz, "historiador de Venezuela, escritor de pulcro y fuerte estilo" –dice– escribió un libro (*Cesarismo democrático),* defendiendo la idea del "gendarme necesario" y del César gobernador de una democracia. Su teoría "es hábil e ingeniosa y quizá no carezca de mucha dosis de verdad sustancial", pero podría manejarse en menoscabo de su posición personal. "En efecto, Venezuela se halla regida hace ya algunos años por el jefe único, cuyo mandato el señor Vallenilla Lanz habría venido a sancionar, con la pluma del historiador, que, compulsando los hechos constitucionales del país, habría comprobado su necesidad"[98].

Pero lo que Falcao Espalter encuentra objetable, en definitiva, en la tesis de Vallenilla Lanz es la suposición de inmadurez en la revolución emancipadora de 1810. Reconoce, haciendo una concesión tal vez excesiva al pesimismo reaccionario del historiador venezolano, que el problema del indio y del criollo inculto tardará un par de siglos en solucionarse. Y concluye su muy moderada crítica asomando tímidamente esta pregunta: "¿No fuera mejor experimentar un tiempo las desazones y las inquietudes democráticas como los

96 *Ibíd*., p. 307.
97 *Ibíd*., p. 308.
98 *Ibíd*., p. 309.

pueblos del Plata las experimentaron, que no acostumbrar al pueblo nativo a una inacabable postergación de sus derechos políticos, con el ejemplo de un mandato presidencial único?"[99].

Vallenilla Lanz responde con cómodo desenfado a la endeble argumentación de su objetor uruguayo, apelando una vez más a la oposición entre «las Constituciones de papel y las Constituciones orgánicas». Afirmar que sólo merecen la independencia los pueblos capaces de practicar los principios abstractos de la democracia representativa implica, para él, destruir el principio de las nacionalidades y el derecho a la soberanía, por el cual cada país debe gobernarse a sí mismo según sus tradiciones y su temperamento. Repite la ya manida idea sarmientina (tan gustosamente asimilada por los positivistas, defensores de la influencia del medio físico y telúrico) de que "el caudillo surgió de las patas de los caballos en los países de llanuras como Venezuela y la República Argentina". América -dice-"es definitivamente el continente de la democracia". En esto, sin duda, Vallenilla Lanz está lejos todavía de los teóricos del nacionalismo fascistoide que durante la década del 30 pretendieron (sobre todo en Argentina y en Brasil)desligar el alma nacional de todo parentesco con la revolución francesa y retrotraerla a los días "luminosos" de la Inquisición y de Felipe II. Para él, la falta de tradiciones de gobierno propio ha permitido que el gobierno representativo se haya desenvuelto sin el peligro de un retroceso hacia el antiguo régimen.

"Nuestras luchas han sido precisamente, sobre todo en los pueblos de llanuras, contra los excesos de libertad individual, contra el nomadismo, contra los sacudimientos anárquicos y comunistas de pueblos impacientes y aventureros que han pugnado por la preponderancia absoluta, con menoscabo de toda jerarquización, de todo principio de autoridad y de orden". Se destruyó la disciplina republicana. Es interesante advertir que el "comunismo" (palabra cuyo significado corriente no ignoraba Vallenilla Lanz) es considerado propio del espíritu individualista, cosa que muchos considerarán error o confusión conceptual, pero que tal vez constituya un rasgo de profunda intuición filosófico-política. Oponiendo, en todo caso, la democracia europea a la americana, sostiene que "en América la democracia igualitaria y niveladora

99 *Ibíd.*, p. 310.

impone la necesidad de los gobiernos fuertes, capaces de establecer la disciplina y el respeto a la autoridad emanada del pueblo mismo, graduar la libertad que es patrimonio de todos, mantener el orden y sofrenar las ambiciones caudillescas". El lector podría preguntarse enseguida en qué sentido la autoridad de Gómez y de sus esbirros emanaba del pueblo mismo. Pero lo que más debería interesarle es comprobar el paralelo que Vallenilla establece entre las democracias "anticomunistas" de Europa y las dictaduras latinoamericanas: "El fantasma social y político que sobre la Europa en ruinas aparece vestido de rojo, -el color de la barbarie- es en esencia el mismo contra el cual luchan desde hace un siglo la mayor parte de estas naciones iberoamericanas y que al fin vamos dominando para entrar en la vida del orden y de la civilización".[100.] No se olvide que Vallenilla Lanz escribe esto en 1926, en pleno período de reacción anticomunista en Europa, con Mussolini ya en el auge de su poder, con Hitler pujando por apoderarse del gobierno. Y si los fascistas europeos, en Francia, Italia, España, etc., no dejaron de mostrar simpatías por sus ideas, los "demócratas" norteamericanos, más eficientes y concretos, no necesitaron de ellas para apoyar a Gómez y a casi todas las dictaduras de la época.

Para fundamentar filosóficamente su tesis del Cesarismo democrático, acude Vallenilla a una idea surgida en Tocqueville y otros liberales conservadores de comienzos del siglo XIX, pero acogida, desarrollada y difundida luego por escritores positivistas como el sociólogo Bouglé y el historiador Fustel de Coulanges, idea tan arraigada que aún hoy goza de la predilección de autores formados en el positivismo, como Arturo Uslar Pietri: igualdad y libertad son contradictorias y, en principio, se excluyen. "La democracia, favorable a la igualdad, es enemiga de la libertad", o también: "La victoria de la democracia igualitaria es la derrota de la libertad", pero, no sin aclarar: "de la libertad como se entiende y se practica en los pueblos donde todavía existen clases privilegiadas, que son las que gozan de ella, donde todavía no se concibe que de las clases proletarias puedan surgir los hombres capaces de dirigir los destinos de una nación". Y menciona acertadamente a Chile y a Colombia, entre las repúblicas latinoamericanas donde persiste una democracia basada en los privilegios incontestables de la oligarquía. La argumentación

100 *Ibíd.*, p. 313.

vale en cuanto se refiere a la "democracia burguesa" donde hay libertad (para algunos) a costa de la negación de la igualdad. Pero valdría, al revés, para la llamada "democracia socialista", donde hay justicia (para algunos) a costa de la negación de la libertad. Lo que aquí se debe inferir es que ni la una ni la otra son verdaderas democracias, y que sólo una sociedad autogestionaria merecería con pleno derecho tal nombre, en la medida en que en ella la libertad fuera condición de la igualdad y la igualdad no se reconociera como tal sino a partir de la libertad. Pero esto, desde luego, para un positivista habituado a ver los hechos con anteojeras más que con largavistas, sonará como pura utopía o como mero sin sentido. Para Vallenilla Lanz, en Chile el parlamentarismo, que coartaba las facultades del ejecutivo, sirvió para asegurar durante muchos años el dominio de la oligarquía; ésta no ha necesitado en Colombia un sistema parlamentario, porque el partido conservador, gobernante desde 1885, ha contado con el amplio apoyo del clero que ejerce allí el poder del cual carece el gobierno. Grave error de teorizantes es, para él, "creer que fuera del republicanismo democrático, como ellos lo entienden, no hay salvación posible". Así como la gente culta no admite ya panaceas en medicina, no puede admitir tampoco panaceas en política.

Así como no hay enfermedades sino enfermos, tampoco hay una sociedad sino muchas sociedades diferentes. El nominalismo de Taine y de los positivistas fundamenta el relativismo político-sociológico, que aquí como en otros muchos casos es pretexto y excusa de las más reaccionarias conclusiones. El inmoderado deseo de imitar instituciones exóticas fue, para Vallenilla Lanz, causa de la anarquía que azotó como un vendaval todos los países latinoamericanos, desde México hasta Argentina.

En respuesta a la invitación hecha por Falcao Espalter, de "experimentar por un tiempo las desazones y las inquietudes democráticas", contesta que en el norte de Sudamérica también se han ensayado todas las formas posibles de gobierno democrático y que inclusive se ha jugado a las constituciones.

Es significativo para comprender la mentalidad política de Vallenilla atender a lo que opina sobre el federalismo colombo-venezolano, que fue sin duda la forma más pura y radical del liberalismo y la que más se acercó, al menos como proyecto, a una democracia que mereciera nombre tal: "En Colombia, por ejemplo, el liberalismo llevó al país casi a la disolución con

la constitución federal de Río Negro de 1863, imitada por Venezuela el año siguiente. Ni la Francia revolucionaria llevó a mayor extremo las teorías disolventes y anárquicas. No han sido desazones democráticas sino verdaderas tempestades oclocráticas, laocráticas en ocasiones, las que hemos experimentado".[101]Razón lleva, en gran parte, cuando afirma que en América Latina las luchas de partidos no han sido con frecuencia sino luchas personalistas por el poder. No la lleva, en cambio, cuando supone que sólo "una personalidad prestigiosa", como la de Rafael Núñez en Colombia o la de Julio Roca en Argentina, puede salvar a la patria de la disolución y del descrédito. Quizá no se equivoque al comparar tácitamente a Núñez y Roca con Juan Vicente Gómez, pero no deja de ser un abuso poner a Irigoyen y, sobre todo, a Batlle Ordóñez en el mismo plano que éste. Resulta, por otra parte, interesante ver cómo finalmente el sociólogo positivista, el historiador "científico", hace la apología del bisonte Gómez y de su gobierno: En Venezuela se ha puesto fin a la lucha funesta de los partidos tradicionales "con la creación de un gobierno eminentemente nacional, que ha enarbolado por encima de todos los trapos representativos de facciones, de odios y de sangre, la bandera de la Patria. Hace ya veintidós años de la última revolución y dos generaciones de venezolanos, por primera vez en nuestra historia, no han presenciado los horrores de la guerra civil".[102]Y, para hacer honor al lema, después de la paz y del orden, encomia el progreso logrado con el trabajo. Nótese, de paso, que el lema del gobierno de Gómez es casi sinónimo del "Orden y progreso"comteano, que la república brasileña grabó en su pabellón nacional. "Esta obra de patria y de humanidad –agrega Vallenilla– no ha sido el resultado de las imposiciones de la fuerza. Siete mil kilómetros de carreteras y de vías férreas, el saneamiento del país, la extinción del bandolerismo y de la vagancia, la disminución de la criminalidad por medio de la aplicación rigurosa de la ley sobre importación, fabricación y porte de armas; el respeto a la propiedad y las más amplias garantías al capital extranjero; la protección a las clases trabajadoras; la organización científica de la hacienda pública, que ha permitido hacer enormes erogaciones sin apelar a empréstitos extranjeros y disminuyendo al mismo tiempo las contribuciones

101 *Ibíd*., p. 319.
102 *Ibíd*., p. 321.

públicas; la supresión de los derechos de exportación; la reducción de nuestras deudas que algunas de ellas databan de la Independencia; la conversión del proletario en propietario por medio de la distribución equitativa y gratuita de las tierras baldías pertenecientes al Estado, con el fin de acabar con el nomadismo, creando elementos populares conservadores que sirvan de fundamento a la democracia; la organización del ejército nacional que ha acabado con lo que Fourier llamó en Francia el tartarinismo democrático, es decir, la montonera armada e inorgánica; y por último, todos los beneficios, todos los progresos que se desprenden de veinte años de una paz fundada en el asentimiento general del país, bajo la dirección continuada de un Hombre de Estado, venezolano, que no sabe ni quiere saber de partidos ni de banderías"[103]. No sería difícil mostrar el sentido (o el sin sentido) de cada uno de estos progresos gomecistas (que en parte reivindicaría también para sí, más tarde, la dictadura perezjimenista). Pero éste no es lugar apropiado para ello. Baste decir, como ejemplo, que si Gómez acabó con el bandolerismo y el robo en Venezuela, fue simplemente porque hizo de ellos un monopolio en provecho propio.

Otra severa crítica a *Cesarismo democrático* partió del político liberal colombiano Eduardo Santos. En nombre de una presunta normalidad democrática, cuyos pivotes eran la alternabilidad presidencial y la libertad para criticar a los gobernantes, execra desde las columnas de *El Tiempo* de Bogotá, la apología del gendarme necesario. La crítica resulta endeble porque tiene tras de sí un régimen político-social que, pese a todas las formalidades legales y constitucionales, está lejos de ser una auténtica democracia. Con una agudeza que la mala conciencia afina, Vallenilla Lanz opone al «cesarismo democrático», imperante en Venezuela, el "cesarismo teocrático", vigente en Colombia. Con ello saca a luz, sin duda, el anticlericalismo militante de positivistas como López Méndez, nunca del todo olvidado, sin embargo, por quienes se valieron del positivismo para servir a la dictadura, como el propio Gil Fortoul. De la polémica entre Vallenilla y Santos surge firme, para nosotros, la convicción de que, por detestable que sea la dictadura de un caudillo ignaro y brutal como Juan Vicente Gómez, siempre será peor una democracia hipócrita, fundada en los más irritantes privilegios sociales y en la represión

103 *Ibíd*., p. 322.

inquisitorial, como la de los liberales y conservadores colombianos. ¿Quiénes sino los obispos de Colombia y el nuncio de su Santidad eligieron presidente al doctor Suárez, y trataron como herejes a los partidarios de Guillermo Valencia?, pregunta Vallenilla, no sin hacer notar, por contraste, que ello resulta "cosa inaudita para los venezolanos, porque ni a nuestro clero ni mucho menos al representante de la Santa Sede se les ha ocurrido jamás inmiscuirse en nuestros asuntos internos". Ante la triunfalista aseveración de Santos: "El pueblo de Colombia es el más ilustrado, el más libre, el más digno de toda la América", pregunta Vallenilla: "¿Serán las cien familias que desde la Independencia vienen figurando en el Gobierno, constituyendo las dos oligarquías que se han discutido el poder, llamándose liberales y conservadores?"[104]. Y reta a sus adversarios, los liberales colombianos: "Que me señalen siquiera una docena de hombres surgidos de las bajas clases populares que hayan sido en Colombia Presidentes, Ministros, Diplomáticos, etc.".

Más aún, previendo algunos esporádicos ejemplos, añade: "Y si los hubiera habido en cien años, no harían sino confirmar la existencia de un régimen oligárquico, aristocrático, hermético, apoyado en el clero o cayendo en la anarquía y en la dictadura, cuando han tratado de destruirlo. ¿Dónde está, entonces, esa democracia selectiva de que tanto se envanecen los colombianos? Hasta hombres eminentes, escritores ilustres que aquí hemos conocido, no han llegado, ni llegarán jamás a ocupar determinadas posiciones, porque no son de buena familia"[105].

Sin duda, los escritores verdaderamente enemigos de la oligarquía, como Moncaleano, se veían obligados a vivir en el exilio. Pero Vallenilla no se preocupa por éstos y aborrece la anarquía tanto como el más recalcitrante conservador colombiano. Lo que desea es la formación de una élite del saber en vez de una aristocracia de la sangre o del dinero. No quiere, desde luego, un pueblo sin tutores; pero, como buen positivista, no acepta que éstos sean los representantes de una ya superada mentalidad teológica. Su ideal democrático es, en realidad, el de una aristocracia "científica", como la que postulan Taine o el mismo Comte. A la espera de ello, prefiere con Renán al "buen tirano".

104 *Ibíd*., p. 284.
105 *Ibíd*., p. 285.

Y es claro que, así como en Venezuela su positivismo se puso al servicio de la barbarie encarnada en el brujo de La Mulera, en Colombia se habría aliado, como Núñez, "ateo, materialista, spenceriano", al arzobispo Paúl, para acabar con la anarquía, esto es, con la federal y popular constitución de Río Negro. Al recordar la polémica Vallenilla-Santos es necesario advertir, pues, que, en un plano superficial, se plantea la contradicción entre cesarismo democrático y cesarismo teocrático, pero en un plano más profundo ambos oponentes concuerdan en su concepción de una democracia "selectiva", es decir, no igualitaria, fundada en el reconocimiento de ciertos méritos intelectuales, ajena a todo radicalismo jacobino y, sobre todo, a cualquier lucha de clases.

Vallenilla Lanz no cesa de reafirmar aquí, significativamente, los fundamentos filosóficos positivistas de sus ideas socio-políticas y de sus interpretaciones históricas. Reivindica su condición de historiador "científico", capaz de juzgar *"sine ira et studio"*. Según el espíritu de Hipólito Taine, que comparaba el estudio del pensamiento con el de las secreciones hepáticas, dice; "Yo no concibo al bacteriólogo que odie a unos microbios y sienta amor por otros... Hay que estudiarlos, analizarlos, seguirlos en su evolución, sin otra pasión, sin otro interés que los de extraer de la observación toda la utilidad posible en bien de la humanidad; y es también ésta la misión del historiador y del sociólogo"[106]. Poco más adelante hace profesión de fe evolucionista: "Yo creo firmemente en las leyes de la evolución; creo que las sociedades son organismos en un todo asimilables a los organismos animales y sometidos a leyes análogas; creo que las constituciones no son obras artificiales; creo que ellas se hacen por sí solas, porque no son sino expresiones de un estado social y por consiguiente cambiantes como la sociedad misma"[107]. Está convencido, "como el gran filósofo francés" Renán, "de que Calibán, en el fondo, nos presta mayores servicios que Próspero, apoyado por los jesuitas y por los zuavos pontificios"[108]. Si Juan Vicente Gómez hubiera leído a Shakespeare, podría haberle reprochado a Vallenilla la comparación con Calibán. Lo indudable es que Santos y los apologistas de la democracia de "sus mercedes" y

106 *Ibíd*., p. 287. Cfr. A. Sosa, *op. cit.*, p. 96.

107 Paolo Nicolai, "Prólogo", p. 289. Cfr. A. Sosa, *op. cit.*, p. 100.

108 *Ibíd*., p. 290.

"reverendos padres" deben haber considerado denigrante poner a los zuavos y a los jesuitas por debajo del espíritu de la oscuridad.

Laureano Vallenilla Lanz nació en Barcelona el 11 de octubre de 1870. Cursó estudios secundarios en el Colegio Nacional de dicha ciudad y se graduó de bachiller en 1886. Fue, sin embargo, esencialmente un autodidacta. Aunque inició en la Universidad de Caracas estudios de ingeniería, no persistió en ellos más que un bienio. Su verdadera universidad fue la biblioteca, que Carlyle considera la universidad de nuestra época. Dice, en efecto, el biógrafo NikitaHarwich Vallenilla, que la biblioteca paterna ofreció al joven Laureano los primeros elementos de su autodidactismo: "La biblioteca del Dr. Vallenilla Cova, hoy desaparecida, es el compendio clásico de obras que han forjado la conciencia liberal en la historia hispanoamericana del siglo XIX. Allí se familiariza el joven Laureano con los nombres de John Stuart Mill, de Charles Darwin, de Herbert Spencer y de Augusto Comte. Allí se nutre de los clásicos de la literatura española y francesa. En medio de la vida sosegada y monótona de un pueblo de provincia como lo es Barcelona, las bibliotecas privadas representan de hecho, uno de los puntos de contacto con el mundo de las ideas. En ella, durante las tardes, mientras las mujeres de la familia se reúnen en un cuarto adyacente para rezar el rosario, se organizan tertulias que se extienden hasta avanzadas horas de la noche. Se comentan las noticias del exterior, se habla de literatura, de política, de las nuevas teorías filosóficas, como la del positivismo, que pretende revolucionar el estudio del comportamiento del hombre"[109]. Durante un tiempo se dedicó Vallenilla al periodismo. En octubre de 1904 partió hacia Europa, nombrado por Cipriano Castro cónsul en Ámsterdam. Permaneció cinco años y medio en el viejo continente, pero, más que en Ámsterdam, en París. Allí siguió, como oyente, las clases de los historiadores Seignobos y Langlois. En 1908 pasó a ser cónsul en Santander y tuvo algún contacto con escritores de la generación del 98 (Baroja, Villaespesa, Unamuno). Participó con Gil Fortoul, representando a Venezuela, en la Conferencia Mundial de la Paz, en La Haya. A comienzos de 1910 regresó a Caracas, ya bajo la férrea bota de Gómez.

109 NikitaHarwich Vallenilla, "Arma y coraza, Biografía intelectual de Laureano Vallenilla Lanz", *Obras completas*, I, p. XXXI.

"Desde ese momento Vallenilla inicia su carrera como hombre público. Su apoyo a Juan Vicente Gómez y a su régimen es un hecho que nunca pretendió negar. Consideró siempre a Gómez como el elemento necesario para cerrar definitivamente la etapa del caudillismo y de las guerras civiles en Venezuela"[110]. Nombrado primero Superintendente de Instrucción y después Director del Archivo Nacional, desde 1915 se hizo cargo de la dirección del Nuevo Diario, vocero principal del gobierno e infatigable defensor de la dictadura gomecista. Desde 1931 ocupó el cargo de Ministro Plenipotenciario en París, al que renunció en 1935, tras la muerte de su Benemérito jefe, "el loquero". En París murió poco más tarde, el 16 de noviembre de 1936.

En: Ángel J. Cappelletti. *Positivismo y evolucionismo en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994, pp. 263-296 y 474-479.

110 *Ibíd*., p. XL.

EL GENDARME NECESARIO I [1996]

ELENA PLAZA

> Si en todos los países y en todos los tiempos (…) se ha comprobado que por encima de cuantos mecanismos institucionales se hallan hoy establecidos, existe siempre, como una necesidad fatal "el gendarme electivo o hereditario de ojo avizor, de mano dura, que por vías del hecho inspira el temor y que por el temor mantiene la paz", es evidente que en casi todas estas naciones de Hispano América, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el Caudillo ha constituido la única fuerza de conservación social (…)
>
> Es el carácter típico del Estado guerrero, en que la preservación de la vida social contra las agresiones incesantes exige la subordinación obligatoria a un jefe.[1]

De todo el pensamiento positivista venezolano, tal vez ninguna idea haya ocupado un lugar tan destacado en la historia de las ideas políticas -por lo controversial y por la vinculación que se estableció entre ella y el régimen de Juan Vicente Gómez- que la visión del caudillo en tanto que "gendarme necesario", tal y como quedó definida por Don Laureano en los términos arriba citados. Abordaremos aquí la idea del gendarme necesario en sus fuentes teóricas e historiográficas y dejaremos para la tercera parte de este trabajo

1 Vallenilla Lanz. «Cesarismo Democrático»; en: *Obras Completas*, Ed. U.S.M., Tomo I, p. 79

la recepción que tuvo por parte de la crítica especializada ya que las polémicas que suscitó llevó a su identificación con la personalidad y régimen de Juan Vicente Gómez.

LAS FUENTES TEÓRICAS DEL GENDARME NECESARIO

Las tres fuentes citadas por Vallenilla Lanz para respaldar su definición del caudillo como gendarme necesario son: Hipólito Taine, *Les Origines de la France Comtemporaine* (Tomo I); Mariano Cornejo, *Sociología General*; y Herbert Spencer, *Principes de Sociologie*, citado a través de la obra de Louis Bourdeau, *Les Maitres de la Penseé Contemporaine*.[2] De todas ellas, la que respalda directamente la definición del gendarme es la obra de Taine.

Como dijimos anteriormente, *Les Origines de la France contemporaine* y la *Histoire de la Littérature anglaise* son tal vez las dos obras históricas más importantes de Taine. La primera, de proporciones monumentales, está dividida en tres partes: la Francia pre-revolucionaria, la Revolución y la Francia post-revolucionaria. Taine, al inicio de la obra, anuncia que se conducirá como un naturalista que observa la metamorfosis de un insecto. En efecto, como era organicista y creía que las sociedades humanas eran análogas a los organismos vivos, ello lo llevaba a entender la historia de las sociedades como algo análogo a la historia natural.[3]

2 *Cesarismo Democrático*, Ed. Cit., p. 79. No analizaré la obra de Cornejo, ya que es un tratado de sociología general y constituye, en el tratamiento de la idea del gendarme necesario, tan sólo una fuente de consulta de la historia del pensamiento sociológico.

3 "(…) Une civilisation fait corps, et sesparties se tiennent à la facón de partiesd'un corps organique. De même que dans un animal les instincts, les dents, les membres, la charpente osseuse, l'appareil muscutaire, sont lies entre eux, de telle facón qu'une variation de l'un d'entre eux determine dans chacun des autres une variation correspondante, et qu'un naturaliste habile peut sur quelques fragments reconstruiré par le raisonnement le corps presque tout entier; de méme dans une civilisation, la religión, la philosophie, la forme de famille, la littérature, les artscomposent un systèmeoùtoutchangement local entraîne un changementgénéral, en sorte historien experimenté qui en étudiequelqueportionrestreinteaperçoitd'avance et prédità demi les caractères du reste. Rien de vague dans cette dépendance. Ce qui la règledans un corps vivant (…) Ce qui la regle dans une civilisation (…)"
Taine, H.A. *Histoire de la littérature Anglaise*. París, Librairie Hachette et Cié., 1885, Vol. I, p. XI.

Por estas razones, Taine fue considerado uno de los fundadores de los principios de la "crítica positivista" o "sociológica", en virtud de la cual la teoría tomaba los caracteres de una interpretación general o filosófica de los hechos, cualesquiera que fuera su índole.[4]

En el tomo I de *Les Origines de la France Contemporaine,* Taine introduce el concepto de "gendarmería" para tipificar a la sociedad francesa del antiguo Régimen:

> (…) aprés tant de siécles, voici dans chaqué cantón des brasarmés, une troupe sédentaire, capable de résisteràl'invasion nómade; (…) une figure idéale se dégageaprèscelle du saint, celle du héros, et le nouveau sentiment, aussi efficace que l'ancien, groupe ainsi les hommes en une societé stable. Celle-ci estune gendarmerie àdemeureoú, de péreàfils, on est gendarme (…).[5]

La gendarmería es parte esencial de la sociedad antigua. En ella, los "gens d'armes", hombres de armas, fuertes, ejercían el control del poder político. La sociedad del antiguo régimen, poco evolucionada, se estructuraba sobre tres bases: el clero, la nobleza y el rey. En una sociedad disgregada, no centralizada, compuesta por agrupaciones locales que giraban en torno al dominio de uno (o varios) jefes, hombres de armas.

Unos cuantos tomos más adelante, en su descripción de la personalidad política de Napoleón y sus colaboradores y al hacer el análisis comparativo entre la Francia post-revolucionaria y el Antiguo Régimen, Taine retoma la

4 Véase: *Enciclopedia Británica*, artículo sobre Taine.
Enciclopedia Universal Ilustrada, artículo sobre Taine.
Kohn de Beker, Marisa. *Tendencias positivistas en Venezuela.* Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la U.C.V., 1970, pp. 135 et seq.
Lopez de Nuño. *Ideas sociales del positivismo en Venezuela*, Op.cit., pp. 97 et seq.

5 Taine. *Les Origines de la France Contemporaine*, París: Librairie Hachette et Cie. 1922-27, Vol. I,pp. 11-12.

tipología del gendarme.[6] Razonando analógicamente, algunos de los rasgos políticos de Napoleón le recuerdan a los antiguos gendarmes.

Taine no calificó a Napoleón de "gendarme necesario". Sin embargo, al analizar su personalidad política, encontró que las características de la forma en que Napoleón ejercía el poder político –su personalismo, su autoritarismo, su pragmatismo[7]-, en una sociedad que renace después de haber padecido una etapa de violencia, anarquía y disgregación social, recuerdan al poder de los gendarmes: el dictador, por sus características personales y culturales, poseía dotes para dominar a la sociedad francesa análogas a la de los antiguos gendarmes.[8] Este análisis corre paralelamente en la obra a otra analogía entre la supervivencia de formas políticas arcaicas en la Francia contemporánea y las características de dichas formas políticas en la Roma Antigua.[9] Es importante destacar que no es posible establecer una filiación mecánica entre la obra de Taine y el concepto de "gendarme necesario" de Vallenilla tal cual está presentado en *Cesarismo Democrático*, aunque ciertamente es una elaboración hecha a partir de lo que podía haberle sugerido la lectura de una obra histórica monumental como *Les Origines…* Allí, la idea de "gendarme" no

6 "(…) il [Napoleón] ne tolere plus autour de lui que des âmes conquises et captives; ses premiers serviteurs sont des (…) fanatiques, un adorateur dévot comme Maret, un gendarme a tour faire com Savary (…)".*Ibidem*., Yol. 11, p. 79.

7 "Si les livres lui sont servis c´est pour lui suggérer des questions, et á ces questions il ne répond jamais que par son expérience propre. Seules les vérites mathématiques, les notions positives de la géographie et de l'histoire l' ont pénetré et s'y sont gravées. Tout le reste, en lui comne en ses prédécesseurs du XV e siecle, lui vient du travail original et direct de ses facultés au contact des hommes et des choses, de son tact rapide et sur, de son attention infatigable et minutieuse, de ses divinations indéfiniment répétées et rectifiées pendant ses longues heures de solitude et de silence. En toutes choses, c'est par la pratique,non par la spéculation, qu'il' est instruit, de même un mécanicien élevé parmi les machines (…)". Ibídem., vol. 11, p. 79.

8 En Venezuela, la relación entre la personalidad política de Napoleón y la idea del gendarme necesario, o más precisamente, el título del libro de Vallenilla –*Cesarismo Democrático*–, fue señalada por Carracciolo Parra Pérez, en su libro *Bolívar,* en una nota al pie de página escrita a propósito del libro de Vallenilla: "(…) A principio del siglo XIX, Napoleón vuelve a las ideas romanas y resucita el cesarismo: es el césar plebiscitario, democrático por excelencia (…)". Cfr. Carracciolo PARRA PÉREZ. *Bolívar*, Caracas, Talleres de Artes Gráficas, 1942, (2ª Ed.), p. 204-205. (n.p.p.)

9 Taine, *Les origines…/*, vols. 10 y 11.

ocupa un lugar primordial: es tan sólo una manera de caracterizar la forma de dominación propia del Antiguo Régimen, que de alguna manera sobrevivía en la personalidad política de Napoleón. El objetivo general de la obra es un análisis estructural de la evolución de la sociedad francesa antigua hasta la contemporánea, y la tipología del "gendarme" es tan sólo una pincelada en el complejísimo y bellísimo cuadro descrito a lo largo de trece volúmenes.

La segunda cita que sirve de fundamentación a la definición de la idea del gendarme es la obra sociológica de Spencer, *Principies of Sociology*. De allí tomó Vallenilla la tipificación social spenceriana de sociedades militares, para ubicar las características del poder político propias del gendarme, en una sociedad poco evolucionada, como lo son estas sociedades en el pensamiento de Spencer. Como es bien sabido, Spencer estableció una tipología de evolución social que iba de las sociedades militares a las sociedades industriales. En las primeras el poder político está en manos de los más fuertes (léase los mejores adaptados al medio ambiente), debido a la poca diferenciación social que existe, a la constante amenaza externa, al tipo de cooperación imperante y que determina el carácter de las relaciones sociales existentes en esas comunidades;[10] el poder político y el poder militar van unidos, los guerreros son dueños de ambos simultáneamente y así son capaces de asegurar la estabilidad interna.

Vallenilla no leía inglés, y leyó a Spencer en traducciones francesas o españolas. En su definición del gendarme, lo cita a través de una fuente indirecta, la obra de Louis Bourdeau, *Les Maitres de la Pensée Contemporaine* que, obviamente, era un compendio sobre la obra de los pensadores más importantes de la época. Pareciera, entonces, que para la génesis de la idea del gendarme necesario, la influencia spenceriana fue menos importante que la influencia de la obra histórica de Taine.

Estas son las fuentes teóricas que apoyan la definición del gendarme necesario en Vallenilla Lanz. El término era muy usado en el léxico político de la época y Taine lo refleja en su obra. Entre esas influencias y el resultado que podemos leer en *Cesarismo Democrático* media una gran distancia: la pe-

10 Véase: Spencer, H. *Principles of Sociology*, London, Williams & Norgate Ed., 1902, Vol III, pp. 473 et seq.

culiaridad de la historia de Venezuela frente a los modelos europeos tomados para interpretarla, la imaginación y la intuición de su autor.

EL GENDARME NECESARIO DE CESARISMO DEMOCRÁTICO

El Gendarme Necesario del siglo XIX venezolano es el caudillo; y Páez fue el prototipo histórico tomado por Vallenilla para construir su noción del caudillo como un gendarme necesario. Producto de la unión de las razas, Páez pertenecía a ese resultado racial -el llanero- perfectamente adaptado al medio ambiente en donde se desenvolvió la guerra de la Independencia, las grandes llanuras venezolanas; fue un guerrero valeroso, fuerte, que controlaba la violencia en su región; fue un producto del momento histórico que le tocó vivir.

Vallenilla fue el primer historiador que le demostró a las élites caraqueñas que ellas, si bien fueron las primeras en declarar la Independencia, no fueron quienes la ganaron, y que fueron los caudillos llaneros quienes "salvaron la patria"[11]. Hubo un momento en la guerra de Independencia en que Bolívar y los hombres de su clase se mezclaron con los caudillos, pero, alcanzado el triunfo, tenía que ocurrir la separación, ya que, de acuerdo a su definición y apartando la variable de la guerra, Bolívar no cumplía con los requisitos para ser definido como un caudillo: no provenía de una baja extracción social, no era llanero, etc.

> El caudillo llanero (…) era el jefe nato de los venezolanos, el hijo legítimo de nuestra democracia igualitaria; empujada violentamente por razones étnicas y geográficas (…) en tanto que

11 Esta interpretación, a pesar de haber sido lanzada por Vallenilla tan temprano como en 1908 y 1909, no ha sido desarrollada sino recientemente en estudios tales como los de Miguel Izard. (Véase al respecto: Miguel Izard, *El miedo a la revolución*, Madrid, Ed. Tecnos, 1979, 205 p.), en los cuales hay un explícito reconocimiento a la originalidad de los planteamientos de Vallenilla. También, la vida y prestigio político del General Páez han sido estudiados recientemente por la Dra. Graciela Soriano en trabajos que, lamentablemente, han permanecido inéditos.

> el Libertador continuaba siendo el aristócrata, el mantuano, el gran señor superviviente de la alta clase social (…)[12].

El prestigio militar de Páez se había gestado durante la Independencia, fue producto de su valentía y de su calidad de guerrero. Para dominar a aquellas hordas se necesitaba tener con ellas ciertas afinidades que permitieran establecer entre estas y el jefe una camaradería, una familiaridad; que facilitaran la aceptación y el reconocimiento del liderazgo por parte de éstas. La jerarquización no existía en la cultura de los llaneros; por ello, Páez era el jefe natural de ellos. Cuando finalizó la guerra, Páez se colocó a la cabeza del movimiento separatista de Venezuela, y su autoridad personal pasó a cumplir la función política de un gendarme: proteger con su autoridad personal y su poder militar el funcionamiento de un gobierno regular. A partir de ese momento, comenzaría a consolidarse el prestigio político del General Páez, imponiendo con su autoridad de caudillo, de gendarme necesario, un gobierno ordenado y estable, que fue el que tuvo mayor crédito para aquella época en toda la América emancipada.

> (…) La organización de la República de Venezuela en 1830, es la prueba más elocuente de que bajo la autoridad del General Páez, los hombres intelectuales de la época, cualesquiera que hubiesen sido sus pasadas opiniones, tuvieron la libertad de sus iniciativas encaminadas noble y decorosamente a darle un matiz de civilización a aquella dolorosa nacionalidad (…)[13].

Vallenilla construye una analogía entre el llanero y la "sociedad llanera" y el "gen d'armes" de la Europa antigua. A pesar de las grandes diferencias que median entre ambos, el elemento en común que le permite construir la analogía es el patrocinio militar, la supremacía del más fuerte, del más sagaz, del más vigoroso, del más valiente que –dueño de la violencia– es también

12 Vallenilla. *Obras Completas*, Tomo I, Ed. U.S.M., Op. Cit., pp. 89-90.
13 *Ibídem*., p. 93.

dueño del poder. Y por ello cita, para concluir, la frase que le dijeron a Páez los separatistas en 1830: "General, usted es la Patria"[14].

En su primera versión (1911), el ensayo sobre el gendarme necesario es mucho más corto que en la segunda (1920). Curiosamente, en la primera versión, el texto entrecomillado que define el término y que supuestamente ha sido tomado de Taine, no aparece respaldado por la cita del autor francés, que sí es explícita en la segunda.[15] En la primera versión no trabaja tanto la fundamentación de su idea del caudillo como gendarme, sino que más bien se detiene en distinguir las personalidades políticas de Bolívar y Páez para-*c*oncluir que la primera no se ajustaba a la tipología del caudillo, como sí sucedía con la segunda. Esto se debía, según el autor, a las siguientes razones: el medio al cual pertenecía (Caracas); su condición económica; su condición racial (aunque en algunos párrafos habla de Bolívar como el exponente más acabado de la mezcla cultural y racial americana, el exponente más representativo de lo que eran los blancos criollos, esta «mezcla racial» pareciera ser algo «superior» a la mezcla -conformada por los mismos elementos raciales-de la cual es producto el caudillo, mejor adaptado a las condiciones del medio). Desde el punto de vista racial, el caudillo es un producto del efecto que ejerce el medio sobre las razas. Por su educación, Bolívar tampoco cumplía con las características del caudillo que, en la visión de Vallenilla, era también una persona de origen popular y, por ende, de poca ilustración. Por último, la impopularidad de Bolívar en Venezuela durante los últimos años de su vida (precisamente el momento histórico escogido por el autor), fue muy grande, y el caudillo es, por definición, un hombre popular. El único elemento común de la tipología caudillista de Vallenilla que está presente en ambos hombres, es la supremacía militar. La investidura política del caudillo es «bárbara», por lo cual concluye el autor, con dejo clasista y bolivariano.

14 *Ibídem*., p. 44

15 Vallenilla Lanz, L. «El Gendarme Necesario»; en*: El Cojo Ilustrado* Caracas, Año XX, N° 475, (1 de Octubre de 1911), pp. 542-546.Recogido también en: Vallenilla Lanz, L. *Obras Completas*, Tomo I, Apéndice I, (Versión Original de los capítulos publicados en *El Cojo Ilustrado* entre los años de 1905 a 1913, en *El Nuevo Diario* y en *Cultura Venezolana*), pp. 199-207.

"A don Simón Bolívar no le ajustaba esta bárbara investidura".[16]

En esta primera versión el autor usa ciertos términos que no aparecen en la segunda, y que indican una visión marcadamente organicista y evolucionista de los procesos sociales, tales como «anarquía espontánea», subrayada explícitamente para tipificar el estado del organismo social venezolano inmediatamente después de la guerra de la Independencia.[17] Por otra parte, así como en esta primera versión estudia sobre todo la personalidad política de Bolívar, en la segunda se detiene mucho más en considerar la personalidad política de Páez, que termina siendo el prototipo histórico escogido para construir su noción del caudillo como un gendarme necesario.

Páez es el gendarme necesario de Cesarismo Democrático.

LA RECEPCIÓN DEL ENSAYO "EL GENDARME NECESARIO" POR LA CRÍTICA VENEZOLANA EN 1911[18]

En la primera época de su aparición, «El Gendarme Necesario» fue el tercero de una serie de ensayos que Vallenilla Lanz publicó entre los años de 1905 y 1919. El orden cronológico de estos ensayos es el siguiente:

L. Vallenilla Lanz «La evolución democrática. Capítulo I»: en: *El Cojo Ilustrado,* Caracas, Año XIV, N° 333, (1 de Noviembre de 1905), pp. 666-672.

____"La evolución democrática"; en: *El Cojo Ilustrado,* Caracas. Año XX, N° 469, (1 de Julio de 1911), pp. 371-375.

____"El Gendarme Necesario"; en *El Cojo Ilustrado,* Caracas,Año XX, N° 475, Caracas, (1 de Octubre de 1911), pp. 542-546.

____"La guerra de independencia fue una guerra civil"; en: *El Cojo Ilustrado,* Caracas, Año XX. N° 477. (1 de Noviembre de 1911), pp. 598-601.

16 Vallenilla, *Obras Completas*, Tomo I, (Ed. U.S.M.) *Op Cit*., p. 207.

17 *Ibídem*, p. 202.

18 La descripción de la recepción de este ensayo como parte de Cesarismo Democrático envuelve la consideración del pensamiento político de Vallenilla Lanz, cosa que hemos dejado para la tercera parte de esta investigación.

____"La evolución democrática"; en: *El Cojo Ilustrado,* Caracas, Año XXI, N° 485, (1 de Marzo de 1912), pp. 131-136.
____"La evolución democrática. Capítulo II"; en: *El CojoIlustrado*, Caracas, Año XXII, N° 525, (I° de Noviembre de 1913), pp. 578-581.
____"Los principios constitucionales del Libertador"; en: *El Nuevo Diario.* Caracas, (22 de Octubre de 1917).
____"La psicología de nuestros partidos históricos"; en: *CulturaVenezolana,* Caracas, Año I, Tomo II, N° 6, (Mayo de 1919), pp. 277-291.

En ese entonces lo que causó un auténtico revuelo -como lo dijimos anteriormente- fue la conferencia sobre "Fue una Guerra Civil" que Vallenilla dio el 9 de octubre de 1911. Si bien esta visión de la Independencia suscitó gran escándalo, no sucedió lo mismo con su ensayo sobre "El Gendarme Necesario". No encontramos ni una sola reseña de su publicación, a pesar de haber aparecido el 1° de octubre en *El Cojo Ilustrado*, es decir, antes de la fecha de la conferencia -que, como queda dicho, fue el 9 de octubre-y un mes antes de la transcripción de esta (1° de noviembre). El ensayo había pasado totalmente desapercibido por la crítica e inmediatamente opacado por los efectos de la conferencia.

En 1919 apareció como parte de *Cesarismo Democrático.* En **ese**momento, "El Gendarme Necesario" provocó reacciones muy adversas a Vallenilla Lanz por la identificación que se hizo entre las ideas políticas contenidas en este ensayo y el régimen de Juan Vicente Gómez. Este aspecto, como ya lo indicamos, lo trataremos detenidamente en la tercera parte de este trabajo, ya que envuelve consideraciones vinculadas al pensamiento político de Vallenilla Lanz.

En: Elena Plaza. *La tragedia de una amarga convicción. Historia y política en el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936).* Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, 1996, pp. 271-280.

EL GENDARME NECESARIO II [1996]

ELENA PLAZA

Decíamos más arriba que *Cesarismo Democrático* fue una obra que despertó gran interés en Hispanoamérica y España. Las críticas desde países como Colombia, Panamá, México, Cuba, Puerto Rico, Argentina, Uruguay, Chile y España no se hicieron esperar.[1] Las dos tesis más comentadas en 1920 fueron la guerra civil de la Independencia, que es ahora muy alabada y reconocida y la del gendarme necesario que, a estas alturas, sí capturó el interés de los críticos y motivó una lluvia de consideraciones en torno a las posiciones de Vallenilla en relación con el caudillismo venezolano y latinoamericano en general.

Comenzando por el país, en donde por cierto hay el menor número de críticas, tenemos que la primera reseña nacional fue escrita por Lisandro Alvarado en *Cultura Venezolana*. La crítica de Alvarado era muy favorable a la obra, y dedica un espacio pequeño a la teoría del gendarme necesario, de la cual se hace solidario.[2]

En la reseña hecha por Juvenal Anzola para *El Universal*; se establece por primera vez la relación entre la idea del gendarme necesario y el régimen de Juan Vicente Gómez:

1 Aquí se mencionan las críticas más conocidas y las más importantes sobre la idea del gendarme necesario, que es lo que estamos trabajando en esta parte de la investigación. Una presentación completa de los juicios y opiniones sobre Cesarismo Democrático tanto en Venezuela como en el extranjero puede encontrarse en la edición de la Universidad Santa María, de las *Obras Completas* de don Laureano. Cfr. Vallenilla Lanz. *Obras Completas*. E.U.S.M., Vol. I, pp. 226-279.

2 Lisandro Alvarado. "Los libros. L. Vallenilla Lanz "Cesarismo Democrático". Imp. "El Cojo". Caracas, 1919; en *Cultura Venezolana*. Caracas. Año 2, N° 12. (marzo-abril 1929), pp. 357-360.

> Con lo dicho queda evidenciado que Laureano Vallenilla Lanz es un notable colaborador del jefe de la Causa (…) que en estos últimos tiempos más ha llamado la atención del país (…).[3]

Encontraba el crítico que la idea capital de *Cesarismo Democrático,* era mostrar que el gendarme necesario es un elemento esencial de las sociedades latinoamericanas.

En Panamá el libro no fue bien recibido. En el mes de agosto de 1920, apareció reseñado en el *Diario de Panamá.* La reseña, de poca altura y muy pobre en cuanto a elementos críticos se refiere, acusaba a Vallenilla Lanz de elaborar apologías de los gobiernos dictatoriales y de ser un escritor mercenario:

> Si miramos a fondo en la vida y psicología del autor de "Cesarismo Democrático" (…) es (sic) la explicación de por qué el señor Vallenilla Lanz ha sido durante doce años un incensador del tirano Juan Vicente Gómez (…)
>
> Este libro, de un oportunismo chocante, que se disfraza sin embargo con una inoportunidad de la historia y de la ciencia (…) está llamado a hacer fortuna con todos los gobernantes y todos los críticos que mantienen idénticas causas.(…)[4].

El 22 de abril de 1922, *El Nuevo Diario* reprodujo un juicio de Juan Demóstenes Arosemena sobre el libro. Esta era muy favorable, y volvía sobre la idea de la presidencia boliviana:

> Verdad es como usted lo apunta, que la *constitución efectiva* de nuestras repúblicas ha sido en cierto modo la boliviana, en cuanto a la duración del gobernante y a la elección del sucesor;

3 Juvenal Anzola. "Escritores y pensadores. Laureano Vallenilla Lanz. Director de "El Nuevo Diario" "Cesarismo Democrático"; en: *El Universal*. Caracas, junio de 1922 (Tomado de: Vallenilla Lanz. *Obras Completas.* Tomo I, pp. 262-266).

4 "Cesarismo Democrático"; en *Diario de Panamá,* Panamá (3 de agosto de 1920). A.L. V.L., recortes.

> pero ahí ha estado siempre, en contraposición con ella, la constitución escrita, sirviendo de bandera a todas las revueltas y éstas han entorpecido constantemente el funcionamiento regular de la constitución efectiva. Si hubiéramos mantenido acordes la teoría y la práctica, si hubiéramos vivido en la verdad en vez de agitarnos en perpetua mentira convencional, todo habría sido distinto.[5]

Otra crítica, aparecida en Madrid, sostenía que lo que había hecho Vallenilla era justificar la conveniencia de la presidencia boliviana en los países latinoamericanos:

> Los heraldos y fieles de la Democracia uniforme y cristalizada repetirán, respecto a Vallenilla Lanz, la acusación del orador y político colombiano don Laureano Gómez: "el inescrupuloso apologista y filósofo de la Dictadura". Pero los que lean *Cesarismo Democrático* sin prejuicios ni apasionamientos sabrán que Vallenilla Lanz no hace sino exponer y justificar el concepto boliviano de la presidencia vitalicia. Se comprende que para ello se necesita cierta dosis de pesimismo con respecto a la madurez política de sus compatriotas y de los hombres en general (…).[6]

A juicio del crítico, la presidencia boliviana era el único régimen orgánicamente vinculado a las realidades latinoamericanas, y la idea del gendarme necesario de Vallenilla no era sino una reinterpretación en clave positivista y, por lo tanto, más propia de su época de la visión bolivariana del poder ejecutivo.

El periodista Valentín de Pedro, redactor del diario *La Esfera*de Madrid, también reseñó el libro. En su crítica acepta como algo inevitable el hecho de

5 Arosemena, J. D. "Cesarismo Democrático" en *El Nuevo Diario*. Caracas, 22 de abril de 1922. A.L.V.L. recortes.

6 Andrés Revesz"Vallenilla Lanz y la presidencia boliviana" en *ABC*. Madrid, 10 de marzo de 1927. En Vallenilla Lanz. *Op. Cit*. pp. 270-272.

que un hombre que piense lo que está escrito en *Cesarismo,* apoye al gobierno de Juan Vicente Gómez:

> Sus conclusiones históricas y sociológicas lo llevan de la mano a la exaltación individualista, única forma de dar unidad política a una democracia caótica y en formación, hasta llegar a la teoría que da título a su libro, a la definición del César Democrático. Esta conclusión responde a su concepto de la historia, lo mismo que a su ideología, es natural que sea el defensor de esa política y un militante de esa política, pues sus conclusiones históricas y filosóficas son las mismas en el libro, que en el parlamento, que en el periódico. Esta es cosa que da una gran seriedad a la vida y a la obra de un hombre y aun los que no estén de acuerdo con él han de mirarle con respeto y estudiarle con seriedad. (…).[7]

La más importante crítica española a *Cesarismo,* la hizo privadamente don Miguel de Unamuno en una carta que le escribió a don Laureano, y que fue reproducida con orgullo por el autor en *El Nuevo Diario.* A don Miguel le interesó mucho la tesis de la guerra civil de la Independencia, aunque no compartía la visión de don Laureano acerca de las razas.[8] No nos detendremos en ella dado que no toca el problema que veníamos tratando.

El profesor Guillermo Sherwell, Jefe del Departamento de Español de la Universidad de Georgetown, Estados Unidos, le envió un juicio sobre la obra a don Laureano. Allí tocaba el tema de la democracia hispanoamericana:

> Yo quisiera que las repúblicas americanas todas fueran verdaderas democracias y que vivieran de acuerdo con los principios que inspiraron sus constituciones. Me duele que, por ser esas constituciones tan avanzadas y tan lejanas de las condiciones

7 *Ibídem,* p. 261.

8 "Carta de don Miguel de Unamuno. Salamanca, 9 de julio de 1920"; en: *El Nuevo Diario.* Caracas, (17 de septiembre de 1920). También en Vallenilla Lanz. *Obras Completas,* Ed. U.S.M., pp. 246-248.

> reales de los pueblos para quienes se hicieron, hayan quizá producido más males que bienes. Pero esas son cosas del pasado. Ya ni discutimos siquiera lo bueno o lo malo de violar las constituciones escritas puesto que hemos reconocido que antes que nada los gobiernos deben adaptarse a las necesidades de los pueblos. Pero hemos creado nuestra deidad moderna o mejor dicho, nuestra Dulcinea, que llamamos Democracia (…) Todo ello quiere decir que vamos en desacuerdo entre las ideas, las aspiraciones y los ensueños por una parte, y las realidades por otra. ¿Deberá censurársenos el que deseemos poner de acuerdo los primeros con las segundas?.[9]

Sherwell no respondía la pregunta, pero, evidentemente, con ella había planteado uno de los problemas más importantes que implicaba la teoría del gendarme necesario de Vallenilla Lanz.

Pasemos ahora a las reseñas colombianas, que cubren una buena parte de las críticas hechas a *Cesarismo Democrático.* Gabriel Porras Troconis,desde El *Diario de la Costa,* en Cartagena, reseña el libro, aceptando la estatura del historiador y la novedad de las tesis por él sostenidas, aunque no las considera lo suficientemente demostradas.[10]

Pero la crítica colombiana más importante a *Cesarismo Democrático*que vinculará la idea del gendarme necesario con la justificación política del gomecismo provino de Eduardo Santos, director del diario El *Tiempo*de Bogotá, y con quien Vallenilla Lanz sostuvo una enconada polémica.[11]

9 Sherwell, Guillermo A. "El señor Laureano Vallenilla Lanz, Director de El Nuevo Diario". Caracas, Venezuela», en Vallenilla Lanz. *Op. Cit.* p. 252-253. También AL.V.L. recortes.

10 Gabriel Porras Troconis "Cesarismo Democrático"; en: *El Diario de la Costa.* Cartagena, 1920. En: A.L.V.L., recortes.

11 Eduardo SANTOS. "Cesarismo Democrático"; en *El Tiempo*, Bogotá (9 de julio de 1920). También: Vallenilla Lanz. *Cesarismo Democrático y otros textos*. Ediciones Biblioteca Ayacucho "Cesarismo Democrático y Cesarismo teocrático", pp. 151-179. (Esta última versión será la que seguiremos en la reconstrucción de la polémica).

El primer artículo de Santos apareció el 20 de julio de 1920 en el día El *Tiempo*.Es una crítica muy aguda, que obvia el ensayo sobre la guerra civil de la Independencia y enfila directamente sus baterías contra El Gendarme Necesario. Comienza analizando el epígrafe del libro, cuya autoría es de Renán, lo cual le da gran autoridad, ya que Renán fue admirador del buen tirano; concluye Santos que, el cesar democrático de Vallenilla es, sin duda, un remedo americano del buen tirano de Renán.

> No vaya a creerse que lo de democrático, que se añade al cesarismo, consiste en que en esta clase de gobierno se apliquen las formas usuales de democracia. No; este cesarismo se llama democrático porque cualquier hijo del pueblo, por humilde e ignorante, puede llegar a ser el César, o mejor, que precisamente las clases más bajas de la sociedad son la madera de los Césares (…)[12].

Para Santos, el césar democrático de don Laureano es un buen tirano de origen humilde que ha alcanzado posiciones de poder por un proceso de "selección por lo bajo". Para el crítico, no era posible dejar pasar estas teorías sin refutarlas, sobre todo porque se trataba de reflexiones muy agudas, muy bien sustentadas y que habían sido escritas en unas condiciones y circunstancias que le daban gran alcance a la obra. Por todo ello, no era posible dejar pasar en silencio apologías al cesarismo americano como las escritas por Vallenilla. Las últimas reflexiones de la crítica se dirigían con dureza al autor de *Cesarismo:*

> Vallenilla Lanz justifica la necesidad del cesarismo en Venezuela precisamente por la altivez e insumisión del pueblo venezolano (…) Esto quiere decir, hablando en buen romance, que los gobiernos constitucionales no son posibles sino con indiadas sumisas. Los pueblos altivos necesitan tiranos… Paradoja inofensiva y absurda, que sería cruel comentar.

12 Vallenilla Lanz. *Op. Cit*. p. 156

> Quédese para Venezuela -para la Venezuela oficial, no para la gloriosa hermana nuestra- este libro, que haría muy poco honor a una democracia efectiva; quédense estos ensayos de cesarismo para otros pueblos, que el nuestro -el más independiente, el más digno de América- sí ha sabido demostrar cómo no obraron con imprevisión ni con empirismo los fundadores de nuestra nacionalidad, que se apresuraron en sustituir el prestigio personal del caudillo por el prestigio impersonal de la ley, a cuyo amparo vamos progresando lentamente, pobres quizá, pero orgullosamente libres.[13]

Esta reseña apuntaba a los temas que dieron el tono dominante en las críticas colombianas a la idea del gendarme necesario: la interpretación hecha por el autor de la idea de cesarismo democrático, la visión del papel que juega la democracia constitucional liberal en la historia de estos países y la posición política de Vallenilla Lanz en lo que tocaba a su relación con el gobierno de Juan Vicente Gómez.

Vallenilla le respondió a Eduardo Santos en un artículo titulado "Cesarismo Democrático y Cesarismo Teocrático", que apareció publicado en *El Nuevo Diario*el 4 de noviembre de 1920. Su defensa es la defensa de un positivista. En primer lugar, consideraba que la crítica era un juicio sobre su persona y no sobre el libro y lo que se demostraba allí. En segundo lugar, consideraba que Santos, al alabar el proceso de sustitución de la voluntad personal del caudillo por la voluntad impersonal de la ley en su país, olvidaba momentos importantísimos de la historia política colombiana, tales como las presidencias del Dr. Rafael Núñez, régimen que don Laureano califica como de "cesarismo teocrático" y que, gracias al gobierno personal del Dr. Núñez, fundó el Estado moderno colombiano. En tercer lugar, Vallenilla apuntaba el "resultado objetivamente observable" de lo que era Venezuela desde que Gómez había llegado al poder. Ese resultado "objetivo" consistía en un grado de progreso jamás alcanzado en toda la historia republicana de Venezuela, y él se atenía a esto con un criterio "esencialmente positivista". Si la verdad

13 *Idem.*

escandaliza, apunta don Laureano, que se produzca el escándalo, pero que sea dicha la verdad. Allí, argumentaba su apoyo al general Gómez relacionando por primera vez el libro con el régimen:

> Entre mis convicciones de historiador y de sociólogo y mis convicciones políticas, no hay discrepancia de ningún género (…) Sostengo el régimen actual de Venezuela, porque estoy plenamente convencido por los resultados de que es el único que conviene a nuestra evolución normal (…) Y esto no se obtiene con tarasconadas ni con prensa libérrima para insultar al gobierno, ni con discursos incendiarios, ni con la absoluta preponderancia de la Iglesia Católica (…).[14]

Las cosas no son como los ideólogos quisieran que fuesen, apunta don Laureano, sino son como los hechos lo muestran. Eso es lo que él ha hecho en su obra, mostrar la evidencia que sostiene su teoría del gendarme necesario. Los hechos sociales deben ser analizados sin pasiones, sin amores, ni odios, ni rencores. ¿Quién ha visto un bacteriólogo que quiera u odie a los microbios que observa? se pregunta don Laureano. El único interés que debe guiar a un científico, cualquiera que sea, debe ser decir la verdad y extraer a partir de ella algo útil para la humanidad. Don Laureano le propone al Dr. Santos que estudie su sociedad como ha hecho él con la suya, a la luz del positivismo y no a la luz del dogmatismo. Por eso, le parece apropiado que Santos asuma el método taineano, que es el que él mismo ha utilizado, en el análisis crítico de *Cesarismo.* Si lo hace, verá que no es una obra oportunista como la ha calificado, sino que, por el contrario, encontrará que el gendarme necesario es el producto del medio, el momento y la raza venezolana.

> Yo no puedo dar recetas de política; lo que sí aseguro es que la sociedad tiene, antes que todo, el derecho de vivir; que no vive sino en un ambiente de orden y de regularidad y que todo

14 *Ibídem*., p. 161

> pueblo genera, de acuerdo con su idiosincrasia, el poder capaz de crear y mantener aquel ambiente (…).[15]

En cuarto lugar, don Laureano consideraba que no era necesario que el Dr. Santos le enseñara lo que es la democracia. El negaba en su libro que el pueblo venezolano fuera demócrata, en el sentido científico del vocablo. En Venezuela lo que había existido desde el fin de la guerra de Independencia en adelante era una selección de caudillos o gendarmes. Caudillos de extracción popular, y por ello los llama cesares democráticos. Paradójicamente, en este sistema caudillista venezolano ha habido una mayor participación de individuos de extracción popular en la cosa pública que en la depurada democracia colombiana, en la cual lo que ha existido ha sido la figuración de las mismas familias que vienen del período colonial en una evolución desesperantemente lenta, que no ha llevado a ningún tipo de movilidad social. En Venezuela, en cambio, no se puede negar que durante este siglo de caudillismo el pueblo ha lanzado a la superficie social a sus mejores exponentes, por un proceso de selección aplicado a la política, y no sólo en este campo, sino también en el periodismo, la literatura, la medicina, los abogados, etc. Nuestra sociedad es mucho más igualitaria aunque no tengamos la democracia colombiana, en la cual no pueden participar sino miembros de «buena familia», quienes constantemente han cerrado el paso a la participación del pueblo colombiano en la conducción de los destinos políticos de su país. En fin, para don Laureano, la democracia colombiana era la colonia pura y simple revestida con otro nombre, que él había llamado «cesarismo teocrático» dado el papel determinante que tiene la Iglesia Católica en la política de aquel país.

Por último, don Laureano lamenta que la crítica del Dr. Santos se confundiera con alusiones de tipo personal mezcladas con la venezolanofobia que tenían los colombianos. Le pedía y daba la bienvenida a una crítica montada sobre argumentos y reducida a su libro, sin alusiones personales ni insultos para el pueblo venezolano.

Santos, a su vez, respondió en dos artículos. El Primero, titulado "Sobre las teorías del señor Vallenilla Lanz", publicado en *El Tiempo* el 28 de

15 *Ibídem*., p. 165

diciembre de 1920[16] y el segundo, titulado "Colombia, país teocrático", publicado en *El Tiempo* el 31 de diciembre de 1920.[17] Comenzaba su artículo con un provocador epígrafe de Renán: "El verdadero objeto del mundo es el desarrollo del espíritu, y la primera condición para el desarrollo del espíritu, es la libertad"[18]. A propósito de ello, Santos se preguntaba hasta qué punto era posible sostener una discusión objetiva y mesurada sobre el régimen de Juan Vicente Gómez con intelectuales venezolanos, aunque fueran de la talla de Vallenilla Lanz. Para el Dr. Santos, los intelectuales venezolanos del momento se dividían en dos grandes bandos, a favor y en contra del régimen de Gómez, y, en ambos casos, era imposible mantener una postura equilibrada y objetiva. Unos, arremetían contra el régimen y pedían venganza; otros, como Vallenilla Lanz, incurrían en discursos apologéticos y callaban oportunamente verdades oscuras y lamentables. Así, no era posible discutir. Sin embargo y a pesar de aceptar esta situación, procedería a refutar, dejando de lado el libro de don Laureano, las afirmaciones esgrimidas por él en su artículo. Santos procedió a contra argumentar la visión que tenía Vallenilla de la democracia colombiana, la necesidad yconveniencia de las dictaduras en América Latina, y, por último, el papel que jugaban ideólogos como don Laureano en la justificación y legitimación de tales regímenes.

En cuanto a lo primero, Santos consideraba, por supuesto, que las afirmaciones de don Laureano eran erradas. La democracia colombiana había sido un proceso de selección meritoria de aquellos ciudadanos capacitados para gobernar, en el cual se habían presentado individuos de todas las condicionessociales, siempre y cuando hayan tenido méritos suficientes. En fin, una meritocracia en la cual los señoritos de buena familia habían quedado, por lo general, rezagados.

En cuanto a lo segundo, Santos procede a evaluar el sistema en sí, con lo cual responde a la visión de Vallenilla en lo que tiene que ver con la necesidad

16 E. Santos. "Sobre las teorías del señor Vallenilla Lanz"; en *El Tiempo,* Bogotá, (28 de diciembre de 1920).
También: Vallenilla Lanz, *Op.Cit.,* pp. 168-173.

17 E. Santos. "Colombia, país teocrático"; en *El Tiempo,* Bogotá. (31 de diciembre de 1920), También:Vallenilla Lanz, L. *Op.Cit.,* pp. 174-178.

18 *Ibídem.,* p. 168.

de buenos tiranos en Hispanoamérica."¿Es realmente un tirano lo que estos países necesitan para prepararse a ocupar su puesto entre los grandes pueblos civilizados?"[19]

Para él, los "buenos tiranos" no eran necesarios para lograr los resultados objetivos que tanto alababa Vallenilla. Un examen imparcial de los hechos mostraría que esos "resultados" igualmente podían conseguirse en regímenes democráticos, a un costo social mucho más bajo y menos doloroso que el que implicaba un régimen autoritario como el de Juan Vicente Gómez. Por otra parte, Santos dudaba que un tirano, por más bueno que fuese, pudiera otorgar ese beneficio económico y material en condiciones tolerantes; más bien se trata de condiciones humillantes, que han colocado a las naciones sometidas a regímenes dictatoriales en una situación análoga a la que estaban al finalizar su independencia: a la disposición de las potencias extranjeras.

La paz a la que aludía Vallenilla era, para Santos, el bien supremo en toda sociedad. Pero una paz compartida por todos los ciudadanos, y no una paz impuesta por la fuerza de las armas y las cárceles, sujeta a desaparecer a la menor debilidad del tirano.

Por último, Santos consideraba que autores como Vallenilla cargaban con una pesada responsabilidad al convertir en una teoría política la fortuna de caudillos tales como Gómez, en lugar de orientarlos hacia fórmulas democráticas de mayor amplitud. Su apoyo político al gomecismo y, peor aún, la justificación que había hecho de un régimen como ese lo hacía más responsable que cualquier ciudadano común del costo social y humano que conllevaba el gomecismo. Era posible que la aparición del caudillo fuera explicada por la teoría taineana de la raza, el medio y el momento, pero ello no quería decir que el caudillismo fuera una fatalidad inevitable. Concluyó Santos su último artículo con su principal acusación, que quedaría para la posteridad como el juicio ético más duro que se le hiciera a Laureano Vallenilla:

> En pesada responsabilidad incurren los pensadores y escritores que, como el señor Vallenilla Lanz, ponen su influencia y su talento al servicio de estos despotismos, que acaban en el pueblo

19 *Ibídem*., p. 171

> con la idea de la ciudadanía y el derecho. Terrible falta cometen cuando con el pretexto de una aparente prosperidad material, que se conseguiría más pronto y más tempranamente por otros caminos, quieren dar carta de naturaleza al caudillaje y hacer necesidad del medio y consecuencia de las circunstancias (…) Esos hombres de pensamiento podrían orientar el Gobierno de sus caudillos hacia fórmulas republicanas de generosa amplitud, pero prefieren envolver al jefe en las nubes de un incienso perturbador y son por eso más responsables que nadie de la existencia de un régimen en el cual están aún por descubrirse los derechos del hombre y del ciudadano que hace ciento treinta años difundiera entre nosotros don Antonio Nariño.[20]

El segundo artículo de Santos, llamado "Colombia, país teocrático", hacía referencia al cesarismo teocrático de Vallenilla. Santos consideraba que la exposición hecha por Vallenilla para calificar a Colombia de país teocrático demostraba que conocía poco la historia colombiana, y se dedicaen varios párrafos a presentar evidencias recurrentes de luchas por parte delos liberales colombianos en contra del poder eclesiástico en la sociedad colombiana. Considera que la única dictadura eclesiástica digna de tal nombre que ha existido en Hispanoamérica es la de Gabriel García Moreno en el Ecuador. Eso no ha existido en Colombia. Ha existido una Iglesia poderosa que persistentemente ha tratado de mantener su primacía social; y ha existido también una élite política que ha luchado y todavía lucha por redimensionar el papel de la Iglesia en la vida social. Lo importante para Santos era que los colombianos aceptaban sus problemas y trataban de combatirlos y solucionarlos; en ese sentido, estaban conscientes de lo negativo que era para un país como Colombia, el que la Iglesia católica se inmiscuyera en su vida política. Pero lo más importante para él era que los colombianos aspiraban a crear unas relaciones entre la Iglesia católica y el Estado que le dieran al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.[21]

20 *Ibídem*., p. 173.
21 *Ibídem*., p. 176.

Por último, Santos se consideraba un verdadero panglossiano, ya que aceptaba los males de su patria, los reducía a su verdadera proporción, se negaba a tenerlos por inevitables y, por el contrario, luchaba por mejorarlos lo más posible.

> (…) quizá si somos discípulos de ese buen Pangloss, porque creemos que el mejor de los lugares posibles en este pobre mundo nuestro es aquel en donde los males se miren de frente y se combatan, con ánimo entero; en donde no se encubra la sumisión con la capa sombría de las doctrinas hipócritas; en donde, como consuelo a tantas deficiencias, a la pobreza y al fracaso, exista el campo abierto para el esfuerzo y la lucha (…).[22]

Don Laureano no respondió estas dos últimas críticas de Santos.

La polémica Santos-Vallenilla Lanz no quedó confinada a los dos personajes. Del lado colombiano, otros escritores metieron la mano para opinar en contra de Vallenilla; estas opiniones, a excepción de una quepodríamos calificar de «equilibrada», eran sumamente agresivas con don Laureano. En general, los críticos colombianos que se metieron en medio de la polémica sostenían que Vallenilla había insultado al pueblo colombiano en sus respuestas a Santos, y que ello era inaceptable. Los insultos no se hicieron esperar:

> Colombia, para todos los gobiernos civilizados, es hoy un país que, gracia; a su autonomía legislativa, prefirió por muchos años padecer hambre antes que entregar al extranjero sus riquezas inexplotadas (…)

> El doctor Vallenilla Lanz no obstante habla con sinceridad, al censurar que mi país haya preferido las dificultades económicas al yugo de la dictadura y el predominio de otras razas (…)

22 *Ibídem.,* p. 178.

> Señor Vallenilla Lanz (…) envidio su talento; si no viviera tan orgulloso de mi dignidad, envidiaría también la posición económica que se ha conquistado usted con la pluma en el gobierno de los Gómez (…).[23]

En el *Diario de la Mañana* también aparecieron opiniones sobre la polémica:

> Algunos de los periódicos anticonservadores, al hablar de los últimos acontecimientos de la República vecina, emitieron conceptos contra sus mandatarios, pero no contra Venezuela (…) Por eso no nos explicamos que el claro talento del señor Vallenilla Lanz, al contestar censuras hechas a individuos, se haya ofuscado hasta el extremo de atacar a Colombia, como si opiniones individuales (…) fueran voz del gobierno de la Nación (…) Cuando la serenidad vuelva al señor Vallenilla, él será el primero en deplorar la injusticia momentánea de su pluma (…).[24]

El diario *La Nación,* por su parte, le señalaba a don Laureano que había sido injusto con el pueblo colombiano:

> Es posible, casi seguro, que aquí ignoremos mucho de lo bueno que el gobierno actual esté realizando en Venezuela y que hasta nosotros lleguendesfigurados los hechos que algunos órganos de la prensa han comentado: pero si hubiere habido error de apreciación por parte de nuestros escritores, lo indicado parece refutarlos a ellos, pero no agredir en conjunto al pueblo colombiano. La ira no ha sido jamás buena consejera de los hombres.[25]

23 Luis Enrique Osorio. "Colombia juzgada por el tronante Vallenilla"; en *La Época*, Cartagena de Indias. (27 de septiembre de 1922) A.L.V.L., recortes.

24 "Por la Patria"; en *Diario de la mañana*. Bogotá. (28 de noviembre de 1920). A.L.V.L., recortes.

25 "El Cesarismo Democrático", en: *La Nación*. Bogotá (22 de diciembre de 1920). A.L.V.L., recortes.

En síntesis, los intelectuales colombianos opuestos a las ideas de Vallenilla se sentían heridos en su orgullo como pueblo por las afirmaciones emitidas por don Laureano en la polémica. Había evidentemente fuertes diferencias en el nivel de vida en ambos pueblos; ya para esta época, en Venezuela comenzaba a sentirse el efecto del petróleo, que constantemente mejoraba los niveles de vida de la población y la solvencia del Estado. Los colombianos continuaban teniendo una economía agrícola que no podía medirse en términos de ingreso per cápita con la nueva economía petrolera venezolana. Paralelamente a ello, Colombia se había convertido en uno de los más importantes refugios de la oposición antigomecista y, en ese sentido, los críticos se hacían eco de los juicios que hacía la oposición venezolana al régimen. Pobres pero dignos, los colombianos se sentían orgullosos de sus instituciones liberales, sus tradiciones políticas y su colaboración con los exilados venezolanos. Y, por si fuera poco, las relaciones entre ambos países estaban tensas, porque los problemas limítrofes continuaban alimentando una tensión mutua muy susceptible a cualquier pronunciamiento sobre uno u otro país por cualquier político o intelectual venezolano o colombiano. En esa situación, cualquier frase, cualquier alusión, cualquier burla o sarcasmo era magnificado por cualquiera de las dos partes; a fin de cuentas, el laudo arbitral que había perjudicado a los intereses venezolanos en los problemas limítrofes estaba fresco en la memoria de ambas élites.

Por fin, en el mes de diciembre de 1920, un juicio más sereno pidió a los colombianos calma, cordura y no continuar la cadena de insultos:

> ¿Es conveniente, en esta hora de la vida internacional, que la prensa de Colombia entable con la de Venezuela polémicas ardorosas sobre el sistema de gobierno que en esa nación amiga prevalece? La sosegada reflexión nos dice que no.
>
> Se dirá de parte y parte que el amor a la patria es quien inspira y dicta los acalorados debates a que nos referimos. Sí, pero el patriotismo puede ser también sereno y abstenerse de innecesarias declamaciones y de arrebatos inconducentes.

> Si un escritor venezolano afirma que en Colombia impera una «tiranía clerical» y otro escritor colombiano replica que Venezuela está agobiada por un despotismo militar, fundado exclusivamente en el caudillaje, lo único positivo, lo único cierto, es que ninguno de los dos tiene de su parte la verdad y la justicia (…)
>
> Así se entibian, y aún se hielan a veces, sin culpa alguna de los gobernantes, los afectos recíprocos de las dos Repúblicas hermanas (…)[26]

Después de este sabio consejo, terminó el debate.

Eduardo Santos y Laureano Vallenilla Lanz se conocieron algunos años más tarde en París con motivo de un viaje de Santos a esa ciudad en 1932. En carta al Dr. José Rafael Valencia, don Laureano le comentala cuestión:

> ¡Eduardo Santos! (…) Por aquí anda; pero ni siquiera lo he visto, a pesar de que le ha manifestado a algunos colombianos amigos míos el deseo de conocerme. Esa gente no se explica mi sinceridad y mi desinterés. ¡Y sus grandes argumentos consisten en llamarme oportunista y decir que el General Gómez me ha enriquecido! Así pretendían arrebatarle el valor moral a los juicios que sostengo y mis servicios al régimen político que le ha dado casi treinta años de paz a Venezuela (…) ¡Pluma vendida! ¿A que no hay uno solo que se atreva a decir cuándo y por cuánto me la compraron?. [27]

Para ese momento las cosas estaban más calmadas, y el Dr. Santos manifestó su interés en conocer a don Laureano. De allí en adelante cultivaron una amistad llevada con cortesía y altura por ambas partes, aunque don Laureano no olvidó nunca las acusaciones de escritor mercenario que el Dr. Santos le hizo. Para 1935, las relaciones colombo-venezolanas habían mejorado sustancialmente, y el asunto limítrofe avanzaba en términos que se suponían

26 "Patriotismo sereno", en *La Nación*. Bogotá (Diciembre de 1920). A.L.V.L., recortes.

27 Carta de L.V.L. al Dr. José Rafael Valencia, París, 15 de enero de 1932.

esperanzadores. Santos se pronunció sobre el asunto en un editorial, que don Laureano siguió con interés desde París y le comentó asu amigo y colega Diego Carbonell, Embajador venezolano en la República de Colombia para ese momento:

> Con mucho placer he leído tu carta (…) y celebro las buenas noticias que me das sobre nuestro asunto de límites con esa nación hermana (…)
>
> En *El Nuevo Diario* insertaron un magnífico editorial del Doctor Eduardo Santos, que hice conocer aquí y en el cual el eminente escritor demuestra el elevado espíritu de que están animados los colombianos respecto a nuestras relaciones.
>
> (…) Después leí el discurso del mismo Santos en el Senado donde en los más nobles términos hace alusión al asunto de Venezuela.
>
> Para mí también ha sido una gran satisfacción conocer al Doctor Santos. Su gran talento está realzado por la cultura de sus modales y por una gran simpatía, que desde el primer momento hace su trato sumamente agradable.[28]

A pesar de que don Laureano no olvidaba, tuvo, desde el momento en que lo conoció y hasta el final de su vida, una elevada opinión de su antiguo enemigo y contendor.

En fin, y para concluir, podríamos decir que, a pesar de las críticas buenas y malas, anónimos, acusaciones e insultos que recibió Vallenilla Lanz a cuenta de *Cesarismo Democrático* desde 1920 en adelante, por lo menos tuvo que aceptar que el libro había tenido una acogida internacional y un éxito editorial que nunca sospechó cuando, por allá por los años de 1904-08, escri-

28 Carta de L.V.L.…. al Dr. Diego Carbonell, Ministro de Venezuela en Bogotá. París, 8 de abril de 1935, en A.L.V.L…., correspondencia enviada, letra C.

bía sus *Observaciones sobre la historia política y social de Venezuela*. En efecto, cuando en 1927 el periodista español Andrés Revészle pide un ejemplar en castellano de *Cesarismo,* le responde, sin abandonar su habitual ironía:

> (…) Sentí mucho no tener un ejemplar en castellano de Cesarismo Democrático, cuya edición está agotada (…) Este libro ha corrido con suerte, y de toda la América me hacen pedidos. Creo que esto tengo que agradecérselo a los adversarios, quienes en definitiva son los que en estos casos hacen nuestra reputación.[29]

EL SENTIDO AMERICANO DE LA DEMOCRACIA

Una de las críticas más constructivas que se le hicieron a *Cesarismo Democrático,* fue la formulada por el escritor y parlamentario uruguayo Mario Falcao Espalter. Esta crítica motivó a don Laureano a escribir una respuesta titulada "Las constituciones de papel y las constituciones orgánicas" que, junto con tres textos posteriores compiló en el conocido folleto titulado *El sentido americano de la democracia*.[30]

Falcao comenzaba su crítica precisando cómo la democracia ha sido blanco de agresiones desde su mismo origen, en la sociedad ateniense; "de entonces data la incredulidad acerca de la democracia, dice Falcao, y ya ha corrido mucho tiempo".[31] La democracia no es un fin en sí misma; es un medio para alcanzar la igualdad política. Y, aunque su primer paso sea éste, no es el único. Para Falcao lo más importante del libro de don Laureano radicaba en la demostración intentada por éste del carácter prematuro de democracia como forma de dominación en América. La tesis de Vallenilla es percibida por el crítico como la continuación de los presupuestos de Bolívar, y ello conllevaba

29 Carta de L.V.L. al Sr. Andrés Revész, Caracas, 31 de enero de 1927, en A.L.V.L., correspondencia enviada, letra R.

30 M. Falcao Espalter. "Cesarismo Democrático en América"; en: *La Prensa*. Buenos Aires, julio 1925. (Tomado de: Vallenilla Lanz, Ed. U.S.M., *Op.Cit*. pp. 305-310).

31 Vallenilla Lanz. *El sentido americano de la democracia*. Caracas, Tipografía Universal, 1926, 50 p. también en: U.S.M. *Op. Cit*. pp. 304 et seq.

a suponer a su vez la prematurez de la independencia americana. Esto, a las alturas en que ambos escribían era algo inadmisible. Un medio social como el que tenemos, en el cual existen indios y negros incultos y que no saben vivir en democracia es una realidad que ha sido así ypromete ser así por mucho tiempo. Aceptar como única forma posible de dominación el tutelaje del cesarismo democrático equivale a aceptar su inevitabilidad quién sabe hasta cuándo. Se preguntaba Falcao, ¿no será mejor experimentar los problemas de la democracia y no acostumbrar a la sociedad a la tutela del cesarismo democrático? ¿Hasta cuándo ocurriría la postergación de los derechos políticos del pueblo de aceptar el cesarismo democrático propuesto por Vallenilla Lanz?

En el primero de los textos, "Las constituciones de papel y las constituciones orgánicas", Vallenilla le responde a Falcao Espalter. Allí, intentó describir las características de la democracia liberal americana del siglo XIX, sus vicios y limitaciones en relación con los modelos de democracia liberal de la época, y su visión -inspirándose siempre en Bolívar- de lo que debía ser una democracia genuinamente americana.

En primer lugar, Vallenilla le respondía a Falcao que él nunca había considerado que la guerra de Independencia había sido un evento prematuro en Hispanoamérica. Eso no tenía nada que ver con la incapacidad de estos pueblos para practicar principios exóticos o teorías importadas; es decir, que esa incapacidad no se derivaba, en su visión, de una supuesta ineptitud del pueblo, o falta de madurez para vivir en democracia. La incapacidad se basaba en el carácter ajeno a sus costumbres e idiosincrasia que tenían los principios jacobinos. Don Laureano afirmaba que, si no se hubiesen dado las revoluciones francesas y americanas, el pueblo hispanoamericano no hubiera imitado esas formas políticas y hubiera encontrado en las instituciones y tradiciones españolas las formas políticas más adecuadas a su idiosincrasia y costumbres. Estas, si bien no fueron instituciones propias, ya que se trataba de sociedades coloniales, estaban más adaptadas a las costumbres locales que las recién adquiridas instituciones liberales. América es un continente que no tiene tradiciones de gobiernos propios, pero, definitivamente, hay instituciones más ligadas a nuestra naturaleza como pueblo que otras.

Afirmar que *las naciones* hispanoamericanas *deben* gobernarse a partir de un mismo modelo, es desconocer los orígenes y la evolución de esta región

del continente americano. La aplicación de estas formas ajenas implica la destrucción de nuestro derecho a la soberanía, a gobernarnos según nuestras tradiciones, costumbres e historia. La mejor manera de conocer las sociedades americanas es haciendo historia comparada de Europa y América, ya que los tratadistas europeos no conocían la América cuando hicieron sus obras.

A las preguntas hechas por Falcao en su artículo don Laureano contestaba en los siguientes términos:

> El señor Falcao dirá si sería preferible que los venezolanos continuáramos experimentando por más tiempo las luchas feroces de los partidos tradicionalistas a las que donosamente llama *desazones e inquietudes* democráticas o que persistamos en el empeño de hacer cada vez más sólidos la paz, el orden y el crédito de que gozamos, no sólo por los grandes bienes que se derivan para el presente y para el porvenir, sino como el único y poderoso medio de mantener incólume nuestra soberanía (…).[32]

LA IDEA DE DEMOCRACIA EN VALLENILLA LANZ

Siguiendo las respuestas de don Laureano a sus críticos, intentaremos ahora sistematizar la idea de democracia construida por Vallenilla Lanz.[33]

La democracia liberal americana que prendió en este continente durante el siglo XIX tuvo un signo distinto a la democracia liberal europea; derivado de las características de estas sociedades, de la historia colonial local y de los respectivos procesos de emancipación. Estos factores han determinado los siguientes rasgos distintivos:

a. La democracia americana tiene un sentido distinto a la democracia europea;

32 Vallenilla Lanz. *El sentido americano de la democracia*, p. 24.

33 Las ideas expuestas en este punto estántomadas de un artículo publicado en *El Nuevo Diario,* en 1924 y de *El sentido americano de la democracia.*
Cfr. L. Vallenilla Lanz. "Lo que es Democracia", en: *El Nuevo Diario*, Caracas (15 de junio de 1924).
El sentido americano de la democracia.

b. En América, democracia es igualdad, ascenso social y político sin esfuerzo depurador;

c. Los dos aspectos más importantes de la democracia liberal europea que echaron raíces en la América española fueron el sentido igualitario (social) de la democracia y el principio de la no-reelección:

> (…) En nuestra América -permítaseme no hacer excepciones- ha sucedido un curiosísimo fenómeno: que de todo el complicado andamiaje republicano-democrático importado de Francia y Norte América, sólo haya quedado como paladín o como desiderátum, la alternabilidad o la no reelección del Presidente de la República. Las luchas de partidos no han sido sino luchas personalistas por el poder, por más que en el tumulto de las pasiones se oscurezca algunas veces la realidad, por la gárrula palabrería de nuestro chancletismo intelectual (…).[34]

d. Esta forma de entender la democracia produjo la anarquía política, una vez terminados los procesos de Independencia;

e. Esto había sido advertido por el Libertador, y de allí que propusiera gobiernos centralistas y fuertes, con presidencias vitalicias y senados hereditarios, capaces de imponer el orden y evitar la anarquía política producida por la multiplicidad de caudillos:

f. Es erróneo pensar que la única forma política consecuente con el liberalismo y el pensamiento político de la ilustración sea el republicanismo tal y como lo entienden los políticos latinoamericanos, i.e. libertad, igualdad legal y alternabilidad absolutas;

g. Las leyes liberales americanas deben tomar en cuenta las características de las sociedades, el medio y el clima de estos países.

Ubicando la necesidad de esta forma de gobierno en el contexto de una sociedad entendida de manera organicista, don Laureano consideraba que su teoría del gendarme necesario era un desarrollo reciente de la idea de la presidencia boliviana, que, en definitiva, de todas las formas políticas que había

34 *Ibídem*., p. 319.

producido el pensamiento político americano, fue la única expresión "natural" de la organización de las sociedades americanas; y el haber sabido elaborar una teoría de las formas políticas como esta, tan cónsona con lo que son nuestras sociedades, era, según él, el rasgo más genial del pensamiento político de Bolívar. Entre 1830 y los comienzos del siglo XX, en Venezuela se habían ensayado todas las formas posibles de la democracia liberal, sin éxito. La única proposición que tenía sentido, para Vallenilla, era la presidencia boliviana: no en balde el Libertador había criticado tanto los intentos de importación dogmática del pensamiento liberal a la América española. Don Laureano siempre sostuvo que Bolívar tenía razón, y no los congresos constituyentes venezolanos y neo-granadinos que permanentemente se opusieron a la puesta en práctica de sus ideas políticas.

La democracia no ha fracasado, dirá don Laureano; lo que ha fracasado son las democracias hispanoamericanas del siglo XIX, que se fundamentaron en sistemas parlamentarios y en una idea viciada de la alternabilidad política reducida a períodos de cuatro años. En Hispanoamérica, el parlamentarismo y la alternabilidad dieron lugar al constante enfrentamiento de partidos. La humanidad no se ha detenido ni un instante en su evolución hacia la igualdad. Los exclusivismos de partido son una deformación perniciosa de la democracia, ya que la reducen al poder de unas élites que se apoderan de las direcciones de estos grupos políticos. El régimen democrático invita al concurso de todos los ciudadanos y, en base a las aptitudes de cada uno de ellos, seleccionará a los mejores. No se trata de rebajar, sino de elevar. La igualdad democrática no es el predominio de multitudes, ni la preponderancia de pequeños grupos o asambleas. Democracia es selección, no nivelación.

En el segundo texto del folleto *El sentido americano de la democracia,* don Laureano continuó trabajando su idea de democracia en un artículo titulado "Por la democracia venezolana". Este ya no es respuesta a algún crítico, sino un texto escrito a raíz de un mensaje del General Gómez al Congreso Nacional en 1924, y que don Laureano publicó en El Nuevo Diario*,* un año después.[35]

El texto es un estudio comparado del desarrollo de la democracia europea, particularmente en Francia, y el desarrollo de las naciones hispanoamericanas,

35 L. Vallenilla Lanz. "Por la democracia Venezolana", en: *El Nuevo Diario*, Caracas (16 de diciembre de 1925).

especialmente Venezuela, en las primeras décadas del nuevo siglo. Para la época en que don Laureano escribía este artículo, la situación económica de las naciones europeas dejaba mucho que desear. Esa situación le permite afirmar que el régimen económico de estos países era una burla alas promesas democráticas. Las clases más bajas se hallaban en una situación de constante pauperización, y lo que existía no era una democracia sino una oclocracia, es decir, la igualdad de la miseria. La democracia había fracasado en Europa, y a ello se debía el surgimiento del comunismo y el bolchevismo. Para don Laureano, no era posible la igualdad política donde reinaba la desigualdad económica:

> La democracia impone primeramente cierto grado de independencia económica, aunque sea aquel en que el hombre posea lo suficiente para subvenir a las necesidades de la familia que ha creado (…).[36]

Igualdad económica, y con ella la igualdad política conformaban los pilares básicos de la democracia para don Laureano, y eso era, a sus ojos, lo que estaba ocurriendo en la Venezuela gomecista. El gobierno había suprimido los impuestos que directamente pesaban sobre la clase trabajadora, le estaba otorgando una amplia protección, distribuía entre ellos tierras baldías. Las nuevas políticas emprendidas por el Estado para redistribuir la renta petrolera entre los menos favorecidos colocaban al gobierno de parte de los trabajadores y enrumbaban al país hacia la posibilidad efectiva de practicar una verdadera democracia basada en la igualdad económica. Ese era el camino de Venezuela y el resultado de la paz, orden y trabajo instaurados en el país por más de treinta años.

En "Tengo Fe",[37] artículo escrito por don Laureano en 1922 para responder la famosa acusación del político colombiano Laureano Gómez, "el inescrupuloso apologista y filósofo de la Dictadura", encontramos la más depurada vinculación entre historia y política del pensamiento social y político de don Laureano:

36 Vallenilla Lanz. El *sentido…/,* p. 32.

37 Vallenilla Lanz. "Tengo Fe"; en: *El Nuevo Diario.* Caracas (21 de febrero de 1922), reproducido en *El sentido americano de la democracia,* pp. 43-46.

> (…) Si la sociedad es un organismo o un superorganismo regido por leyes semejantes a las leyes biológicas, si ella sigue una evolución análoga a la de todos los seres animados, desde el infusorio hasta el hombre, ¿está en las solas facultades humanas acelerar, retardar o detener ese desenvolvimiento? He allí la diferencia que existe entre los que han llamado apologistas de la dictadura y los jacobinos que pretenden hacer marchar a empellones la sociedad. Cuando la ciencia vaya conquistando el dominio público, cuando el concepto determinista y de evolución se universalice, un demoledor de la sociedad hará el mismo papel que un loco que se empeñara en ver surgir un árbol secular un minuto después de haber echado la semilla en el surco.[38]

Don Laureano consideraba que su teoría del gendarme necesario era una demostración de que él profesaba los ideales políticos del Libertador. Manifestaba también que tenía fe en que, algún día, una visión rigurosa y científica de la política se generalizaría en los países hispanoamericanos y no sería un pecado profesar teorías ajustadas a las realidades sociales de estos países.

Finalmente, en el último de los escritos de este folleto, titulado "Por qué escribí Cesarismo *Democrático*"[39] continúa subrayando su visión de la constitución orgánica y el divorcio entre el derecho escrito y el derecho efectivo. Y, para referirse a sus críticos que lo llamaron "el Maquiavelo de América" a manera de insulto, les responde que agradece el insulto, aunque nunca se consideró a la altura de Maquiavelo. Su libro no fue una obra oportunista, pero sí estaba seguro de que ningún otro hubiera podido ser escrito más oportunamente en la historia contemporánea.

En: Elena Plaza. *La tragedia de una amarga convicción. Historia y política en el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936)*. Caracas: Universidad Central de Venezuela. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, 1996, pp. 360-383.

38 *Ibídem.,* pp. 44-45.

39 Vallenilla Lanz, L. «Por qué escribí Cesarismo Democrático»; en *El sentido americano de la democracia.,* pp. 47-50.

UNA FASCINACIÓN QUE NO CESA (FRAGMENTOS) [2000]

SIMÓN ALBERTO CONSALVI

Como lo hizo con mayor detenimiento y profundidad en otros ensayos como *Antítesis y tesis de nuestra historia*, *Proceso del pensamiento venezolano,* Picón Salas analiza la contribución y, desde luego, también la aparición en la escena de las letras venezolanas, del grupo de sociólogos que integraron José L. Andara, Ángel César Rivas, Julio C. Salas, Pedro Manuel Arcaya y Laureano Vallenilla Lanz. Mientras Andara estudia fundamentalmente el período colonial en su *Evolución política y social de Venezuela*, Ángel César Rivas en *Orígenes de la independencia de Venezuela* y en sus ensayos *de Historia política y diplomática*, sostiene que la conciencia autonomista de los americanos que se definió y se expresó en 1810, no proviene tanto de causas exteriores como de la propia evolución de las instituciones coloniales en el mundo indiano. "En la historia de España, hace notar Rivas, hay que distinguir la historia de la Nación y la del Estado, que no siempre marchan juntas". Julio César Salas, autor de *Tierra Firme, civilizaciones y barbarie y Los indios caribes* y de innumerables obras (muchas aún inéditas) fundador de las cátedras de Sociología y de Economía a comienzos de siglo en la Universidad de Los Andes, divulgó con persistencia los problemas y los métodos del positivismo social evolucionista.

Laureano Vallenilla Lanz y Pedro Manuel Arcaya figuran como los grandes positivistas venezolanos, y por sus vinculaciones con el poder, y de modo particular, (no sólo por sus escritos políticos) fueron junto con José GilFortoul, personajes influyentes durante la dictadura de Juan Vicente Gómez y, ambos, Arcaya y Vallenilla, se esforzaron en darle una explicación (y lo más importante, una justificación)"científica" o histórica al fenómenode la dictadura.

Tanto Arcaya como Vallenilla Lanz se erigieron en los filósofos del régimen. Como lo observó Andrés Eloy Blanco, en una breve biografía del

historiador, Gil Fortoul fue extremadamente discreto en sus escritos sobre la dictadura. No obstante, también figuró como uno de los presidentes de la República a quienes el Comandante en Jefe transfirió los símbolos del poder; pero, además, fue uno de los consejeros más influyentes de Juan Vicente Gómez en los asuntos petroleros, y, sobre todo, en los negocios de la Compañía Venezolana de Petróleo (la empresa privada del dictador), como muy documentadamente lo ha referido el historiador inglés Brian S. McBeth en *Juan Vicente Gómez and the Oil companies in Venezuela, 1908-1935*.

¿PERO, QUE SIGNIFICABAN LOS INTELECTUALES PARA EL DICTADOR?

Así, Gil Fortoul eludió en lo posible (en sus papeles y en sus tesis) un compromiso que no tuvo escrúpulo en asumir personalmente en terrenos que Vallenilla Lanzno trajinó. No ocurrió esto con Vallenilla. Sobre la significación y singularización de Vallenilla, Elena Plaza escribió: "Ahora bien,¿por qué Vallenilla Lanz es tan polémico? ¿Por qué algunos historiadores, al emitir sus juicios, han sido más severos con Vallenilla que con otros positivistas? Creo que se debe a que fue el único que buscó llevar una postura coherente hasta sus últimas consecuencias, y asumió esa búsqueda como un programa de acción política. En Vallenilla la relación entre las dos caras de la moneda -positivismo y gomecismo-, corona una amarga reflexión en torno a los procesos históricos y los problemas políticos del país-. Ajuicio de la autora de *La tragedia de una amarga convicción,* "…otros autores no fueron tan lejos, no llegaron a cuestionar los grandes valores de la democracia liberal, sino que intentaron una síntesis entre estos y sus convicciones'científicas', que los eximió del intento de derrumbar axiomas todavía muy importantes para la sociedad venezolana".

La respuesta a los positivistas quizás ha privilegiado lo que podía llamarse sofístico en la teoría del "gendarme necesario" o del Gran Dictador: en un momento, la sociedad reclama como única alternativa frente al desorden, la violencia, la anarquía y el caos, la figura del hombre fuerte. "Se ha dicho de ellos, escribió Picón-Salas, que, reaccionando contra el idealismo histórico de los románticos y aplicando al proceso venezolano formulas naturalistas, llegaron a una especie de darwinismo social en que nuestras autocracias se explicaban, en una sociedad turbulenta e informe, por una como simple ley de selección

biológica". La cuestión resulta más compleja si se comprueba la oscilación dictadura-democracia-dictadura. La explicación no parece estar ni en el fatalismo de los positivistas políticos, ni en el idealismo de sus antagonistas.

Como hubo positivistas pro-dictadura, también los hubo en el campo contrario. La tesis ni fue original, ni se suscitó sólo en Venezuela, También otros dictadores latinoamericanos o, la dictadura, en general, tuvieron sus filósofos, como Francisco García-Calderón, con su obra *Las democracias latinas de América.* ¿Dónde está entonces, la verdad? Gómez habría gobernado igual con positivistas o sin positivistas y, acaso, nunca se enteró de este confuso debate. La idea de la dictadura contra el caos estaba ya postulada en los *Discurso*de Nicolás Maquiavelo y en las páginas de *El Príncipe*, con muchos siglos de antelación a los teóricos venezolanos o latinoamericanos del "gendarme necesario", con lo cual apenas queremos indicar que se remonta a 500 años, si es que sus raíces no van más allá de las fórmulas del secretario florentino, como parece al usarse la palabra derivada de los "césares" romanos. (Al estudiar las fuentes del pensamiento político de Vallenilla, Elena Plaza explora la idea de la dictadura desde la antigüedad).

LA DEMOCRACIA Y LA LIBERTAD LES PERMITEN A LOS INTELECTUALES CONSTRUIRSE SU PROPIO REINO

De los autores de *Cesarismo democrático,* de *Críticas de sinceridad y exactitud y de Desintegración e integración* (Laureano VallenillaLanz) y de *Estudios de personajes y hechos de la historia de Venezuela*, de *Estudios de sociología venezolana* y de *Venezuela y su actual régimen* (Pedro Manuel Arcaya), Picón-Salas establece esta visión: "Diferentes en el estilo –Vallenilla con mayor ardor polémico, más artista de la historia, irónico y sarcástico; Arcaya, con su densa dialéctica de jurisconsulto–, parecen coincidir en la intención final. A través de sus documentadas monografías analíticas sobre problemas como el de la anarquía militar, el caudillaje, el papel de las multitudes en nuestra historia social, ellos quieren desprender las fórmulas que consideran más valederas del Estado venezolano".

La pregunta parece inevitable: ¿positivismo o maquiavelismo? Los alegatos de Picón-Salas contra los positivistas, como el papel civilizador de las

técnicas, la inmigración, las formas más modernas de producción que terminarían prevaleciendo en las sociedades, democratizándolas y negando, por consiguiente, la necesidad del gendarme, no han sido comprobadas por la realidad histórica ni en América Latina ni en Europa. El problema es más universal que regional y más antiguo que contemporáneo. Picón-Salas *añade una contra*-argumentación válida: "Sí, en efecto, las dictaduras venezolanas fueron la resultante de un estado social anárquico; de una como desintegración del Estado, no puede decirse que ellas sean o deban ser la fórmula permanente". Cuando apenas tenía 18 años y la tesis del "gendarme necesario" estaba fresca y gozaba de "aplicación" incuestionable, el joven estudiante (1920) refutaba a Vallenilla-Lanz con este mismo argumento, en una conferencia dictada en la Universidad de Los Andes: ¿por qué pretender hacer permanente lo que es circunstancial?

Para un análisis de las teorías de los positivistas habría que desvincularlos de la relación con el General Gómez, o sea, la personificación del Gómez-dictador como objeto y propósito de la teoría. En *Arma y coraza: biografía intelectual de Laureano Vallenilla-Lanz,* más como historiador que como abogado del abuelo, Nikita Harwich Vallenilla formula alegatos que es conveniente considerar, y el más importante probablemente sea la puntualización cronológica de los escritos; al respecto, dice: "Pero en vista de los ataques que le fueron proporcionados a Vallenilla como 'apologista de la dictadura', es fundamental destacar el hecho de que los capítulos de *Cesarismo* y gran parte de los capítulos de *Disgregación* fueron preparados y escritos en Europa de 1905 a 1909, antes de la llegada al poder de Juan Vicente Gómez, a quien por lo demás Laureano Vallenilla Lanz no conocía personalmente. En cuanto al capítulo más controvertible y fácil fuente de escándalo por su título, el de *El gendarme necesario*, fue publicado en 1911 en *El Cojo Ilustrado*, cuando Gómez, como en efecto señala Harwich, "todavía no había asumido los poderes dictatoriales que lo mantendrían al frente de Venezuela durante veintisiete años".

En cuanto a que Vallenilla haya sido "apologista de la dictadura" ya entra menos en la controversia de fondo, y es menos relevante. Creyó en Gómez, como Arcaya, y punto. También como GilFortoul, aunque los testimonios de este sean elusivos. Esa fue una conducta y sus consecuencias inescapables. Mucho más apologista de un sistema se puede ser dirigiendo un periódico

como *El Nuevo Diario* durante varios años, exaltando las excelencias del régimen y de su jefe, (en el volumen *La rehabilitación en Venezuela/Campañas políticas de El Nuevo Diario*), que escribiendo un libro como *Cesarismo democrático* que el dictador nunca leyó, ni tampoco su corte pretoriana. Fortuna la de Juan Vicente Gómez, comparado con otros dictadores (el mismísimo y presuntuoso Guzmán Blanco), cuyos apologistas fueron gacetilleros de tercera categoría, aparte de su gran padre Antonio Leocadio, claro, pero en ese caso, estaban de quién a quién. Se trataba, ni más ni menos, que de aquella elipse de una ambición de poder tan excelentemente interpretada por el historiador Ramón Díaz-Sánchez.

En 1929, el 25 de noviembre, Vallenilla Lanz, le confía a su amigo Carlos F. Grisanti, ministro plenipotenciario en Washington, que ha sido víctima de un atentado. En primer término, se congratula por las buenas noticias que le llegan del extranjero sobre la suerte o buena acogida de sus libros. Le dice: "…de muchos hombres eminentes de América y de Europa recibo aplausos por mi modesto libro".

"En cambio aquí, en mi tierra, han pretendido matarme junto con mi familia… Pero yo veo en esto mismo, aunque brutalmente expresado, un homenaje a mi pluma. El odio de estos bárbaros no se descarga contra aquellos que en cumplimiento de sus funciones públicas están obligados a reprimir a los revoltosos, ni sobre los que ocupan altas posiciones oficiales… sino sobre mí, que no soy más que un escritor, un periodista, que sostiene valerosamente sus ideas, sus convicciones, sin vacilar nunca, sin contradecirse jamás de acuerdo con las imposiciones de su conciencia y de su patriotismo; mejor sentido y comprendido que el de esos imbéciles y charlatanes que la desacreditan ante el mundo entero arrastrados por odios políticos, por ambiciones fracasadas; nostálgicos del presupuesto, la mayor parte de ellos, e incapaces de darse cuenta de que los hombres pasan y la Patria es y debe ser eterna; y que no es posible la larga permanencia de un hombre en la dirección suprema de un país, si no está virtualmente apoyado por la inmensa mayoría de sus habitantes. De manera que, según el obtuso criterio de esos señores, Venezuelaestá dividida entre un pequeño grupo de hombres dignos (Carlos León, Jacinto López, Rufino Blanco Fombona, Alberto Smith, Santos Dominici, los intelectualesde la Revolución) y el pueblo entero, a cuya cabeza nos en-

contramos los que nos hemos vendido a la tiranía, los que hemos abdicado de nuestros ideales y de nuestra dignidad… Por eso hay para mí una bomba, con la cual intentan asesinarme junto con mi familia, y seguramente hay un galardón para Rufino Blanco Fombona, quien vive rozándose con la gente honrada a causa de las deficiencias del Código Penal". Así retrata su situación personal el autor de *Cesarismo democrático.* Han tratado de asesinarlo, a él, que no ocupa posiciones oficiales, que no es más que un escritor y periodista, que no tiene guardia pretoriana.

El escritor confiesa la penitencia de su lealtad, que lo condena a un purgatorio en el cual las glorias del poder no las tiene al alcance de la mano; pero en cambio, es alto el precio de sostener sus ideas:" A los amigos del General Gómez nos ultrajan, nos condenan al desprecio público a tiempo que los honradísimos revolucionarios, representantes de la dignidad nacional, reconocen como jefe a Román Delgado Chalbaud y colocan su firma al lado de la de Rufino, cuando ambos han incurrido en todos los delitos que registra el Código. Ud. y yo, por ejemplo, que jamás hemos estado mezclados en chanchullos ni en especulaciones de ninguna naturaleza; que tenemos las manos limpias de peculado, somos unos hombres indignos al lado de Leopoldo Baptista, de José María Ortega Martínez y de Jacinto López, quien se apropia con la mayor desvergüenza los fondos del Consulado de New York, negándose a entregarlos al sucesor, y diciendo que los devolvería cuando en Venezuela surgiera un Gobierno honrado. Si parece cosa de chascarrillo. Por allá anda un negrito tipógrafo, llamado Flores Cabrera, quien asegura que el General Gómez le confiscó su casa solariega, y la emprende furiosamente contra mí. Aquí los mulatos, casi a excepción de Cipriano Morales, quien logró hacer fortuna a la sombra de aquella Ley protectora de los ladrones que se llamó de Retroventa, todos han tenido solares sin casa, como no fuera en los repartimientos…". Esta carta pertenece al archivo del Dr. Carlos F. Grisanti, en poder del Dr. Héctor Grisanti Luciani.).

La dilucidación de la tesis de los positivistas sobre "el gendarme necesario" fue, no cabe duda, una de las grandes cuestiones intelectuales y políticas del siglo. La sostuvieron, de modo muy consistente, y de manera fundamental, estos dos pensadores vinculados al régimen de Juan Vicente Gómez: Laureano Vallenilla Lanz y Pedro Manuel Arcaya. Las posibilidades

de discrepancia durante los largos años de la dictadura fueron, obviamente, nulas. El "gendarme necesario" se homologaba fatalmente con la figura del dictador; no había espacio para la polémica, a no ser que se librara desde lejos. Obviamente, el general Gómez no se enteró de que él era objeto y sujeto de una doctrina que quiso envolverlo en una red de consideraciones científicas, y otorgarle así una relevancia que jamás se propuso, ni tenía por qué proponerse, porque si bien era hombre singularmente astuto, intelectualmente era tan elemental como primario. ¿Una mínima ironía de la historia? Quizás.

Augusto Mijares, con Mariano Picón-Salas y el ensayista marxista Carlos Irazábal en uno de sus ensayos de *Hacia la democracia*, está entre quienes abordaron la tesis del "gendarme necesario", con su obra *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. Es uno de los ensayos más polémicos de este siglo en nuestro país, de tantas implicaciones que bastaba para consagrar a Mijares en el mundo de las ideas como uno de los intelectuales de mayor profundidad y solidez en el conocimiento de la historia, y de las teorías latinoamericanas, y en la defensa de los valores permanentes del venezolano.

AL PODER POLÍTICO CONTRAPONEN EL PODER DE LAS IDEAS

Augusto Mijares refuta la tesis que llamó, con razón, "pesimista" de que nuestros países estaban fatalmente destinados, por muy diversos factores, a la anarquía, al caos político o a su alternativa, el despotismo. Que en otras palabras, estaban vedados para los pueblos latinoamericanos los regímenes democráticos, los gobiernos representativos, y que de la inestabilidad sólo podía librarnos la mano fuerte y severa del caudillo. La realidad, (o la historia), le dio la razón a Mijares: cuando Juan Vicente Gómez murió el 17 de diciembre de 1935 también se llevó a su tumba la tesis del "gendarme necesario". El general Eleazar López Contreras fue la negación del dictador: tomó un camino diferente y salvó al país de la "anarquía" por otros métodos, y se convertía así, con sus huesos alargados y su voz ronca, con su imponderable astucia y su maquiavelismo admirable, en la primera refutación real de la tesis del "gendarme necesario".

En: *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios* (Coordinación y edición al cuidado de Asdrúbal Baptista). Caracas: Fundación Polar, 2000, vol. 3, pp. 18-23.

CESARISMO DEMOCRÁTICO: LAS TESIS Y EL REVUELO [2007]

ELSA CARDOZO

Finalmente, en 1919, la imprenta El Cojo publica tres mil ejemplares de *Cesarismo democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela*. Ya nos hemos aproximado a las versiones iniciales de dos de sus capítulos "Fue una guerra civil" y "El gendarme necesario"– que habían sido presentadas y publicadas en *El Cojo Ilustrado* ocho años antes, y habían provocado entonces el ya referido revuelo. Pero eso no restó impacto a un libro que salía a circular en circunstancias en las que era inocultable su interés académico y, más aún, sus indudables vínculos con la dinámica política venezolana. Con Zumeta y Gil Fortoul en funciones diplomáticas en el exterior, Vallenilla Lanz y Arcaya eran los autores positivistas más presentes entre los sustentadores intelectuales del gomecismo. La publicación de *Cesarismo democrático* convertía al entonces director de *El Nuevo Diario* en el más significativo y público apoyo político-intelectual del gomecismo.

El polémico concepto central que el famoso texto se propone apuntalar es el del "César democrático". Así es definido en sus últimas páginas, con expresa referencia a las obras del francés Eduardo Laboulaye y del portugués J.P. Oliveira Martins:

> El César democrático (…) es siempre el representante y el regulador de la soberanía popular. 'Él es la democracia personificada, la nación hecha hombre. En él se sintetizan estos dos conceptos al parecer antagónicos: democracia y autocracia', es decir: Cesarismo democrático; la igualdad bajo un jefe; el poder individual surgido del pueblo por encima de una gran igualdad colectiva…

La detallada argumentación que conduce a este concepto –en torno al cual Vallenilla Lanz insiste en afirmar que "explica" y no "propone"– se encuentra muy bien expresada por Lisandro Alvarado. El doctor Alvarado, uno de los positivistas que –como Luis Razetti– se distancia tempranamente de la política, presentará en *Cultura Venezolana,* durante los primeros meses de 1920, un comentario de este texto en ocho puntos.

Para "dar una idea cabal del libro", al que reconoce como significativa rectificación en los estudios históricos, el notable y excéntrico positivista reordena los capítulos de forma que revela el tránsito desde la explicación sociológica hacia la justificación política. Se mantiene fiel a lo esencial de la obra: los hechos, grandes y pequeños que hacen la historia y el destino, están escritos. También sabio en latín, así lo expresa Alvarado, graciosa y sinópticamente: *Habent sua fata libelli:* el destino, los hechos, tienen su libelo. Recorramos los ocho capítulos en el orden propuesto por Alvarado y sigamos de cerca sus comentarios. Por lo que ya conocemos del pensamiento de Vallenilla Lanz, no nos resultará difícil el recorrido.

LOS OCHO ARGUMENTOS

1. "La insurrección popular" fue un aspecto nunca bien estudiado de la revolución emancipadora. Por un "error de psicología" fue proclamada en nombre de la Enciclopedia, como si bastara una declaración de derechos para que el pueblo, condenado por el régimen colonial "al abyecto estado de semi-hombres o semi-bestias", se transformara en "noble y virtuoso, consciente de su misión y árbitro de sus derechos". En realidad, al alterar el orden colonial y su sistema de jerarquización social lo que se produjo fue una espantosa anarquía "con todos los caracteres de las grandes catástrofes de la naturaleza". En tal circunstancia, tan natural acontecimiento fue el terremoto de 1812, como el azote de José Tomás Boves entre 1813 y 1814.

Se detiene así Vallenilla Lanz en el caudillo nacido en Asturias –"llanero, tan llanero como si hubiera nacido en el Guárico o el Apure"– a quien no duda en caracterizar, tomando la expresión de Juan Vicente González, como "el Primer Jefe de la Democracia venezolana". El autor reconoce en Boves, como gran caudillo al frente de los llaneros: lo heroico de quien valiente, impetuoso

y terrible es capaz de actos de generosidad y "hasta clemencia"; el cuidado por su prestigio "al punto de recompensar constantemente con dádivas a los deudos de los oficiales y soldados que morían bajo sus banderas"; su iniciativa de liberar esclavos y comenzar la "igualación de las castas elevando a los zambos y mulatos de sus ejércitos a las altas jerarquías militares"; ser la legítima representación del medio en el que se hizo hombre y jefe natural de un pueblo con el que compartía "odios instintivos… pasiones plebeyas… móviles inconscientes… valor heroico… espíritu aventurero… legendaria ferocidad". De allí que los realistas, venezolanos y españoles, comprendieran tempranamente que la causa de Boves no era la de ellos. Con el "Taita", la guerra se había convertido en una campaña de exterminio contra los blancos criollos y los blancos europeos. Esa espantosa lucha social estaba montada sobre "la psicología de nuestra masa popular", que teje la trama de la evolución social y política. Resume Alvarado, *Ab uno disce omnes*: "que por uno aprendan todos".

2. "Los iniciadores de la revolución", sus corifeos, proclamaron el dogma de la soberanía popular y llamaron al ejercicio de los derechos ciudadanos. Pretendían así, sostiene Vallenilla Lanz, montar el edificio de la República democrática, suprimiendo en el papel las desigualdades y prejuicios de casta que por siglos caracterizaron la vida colonial. Las preocupaciones aristocráticas de los blancos "nobles" de Venezuela y sus fatuos pleitos por la "limpieza de sangre" –que obligaba al rebuscamiento genealógico de quienes aspiraran a ingresar a organizaciones como el ejército, la universidad o el colegio de abogados– persistieron en la generación que proclamó la Independencia, a la vez que mantuvieron las profundas desigualdades sociales coloniales. Dado que sólo el "hombre blanco y honrado" era apto para los cargos públicos, eran los empleados peninsulares quienes trabajaban inconscientemente por la evolución democrática y por la igualación de las castas; se apoyaban para ello en las clases bajas, a las que favorecían con sus influencias. Mientras, continúa el autor, los "nobles" mantuanos persistían en su idea de forjar "hombres falsos e hipócritas", que claman contra el despotismo de España a la vez que luchan, hasta la víspera de la revolución, por conservar sus fueros. Así va quedando definida la naturaleza de la guerra que sigue a la declaración de Independencia.

3. Al estudiar "Los prejuicios de casta", Vallenilla Lanz analiza la "calidad" de los corifeos, sometida a crítica cuando propone que era tan aventura-

do afirmar que los mantuanos no tuvieran en las venas sangre india y negra, como que los españoles, aun los de más alta alcurnia, no la tuvieran de moros y judíos. De la España de los tiempos de la Inquisición venían los estatutos de limpieza de sangre y sus arbitrarias investigaciones. En todo caso, la prepotencia y preponderancia de los criollos se asentaban sobre bases más firmes: históricas, sociales y, sobre todo, en sus intereses como grandes propietarios territoriales que se sentían en humillante situación de inferioridad en su propio país. Desde esta perspectiva, la ferocidad de la revolución venezolana encontraba también explicación en la pugna entre mantuanos y peninsulares.

4. El capítulo "Psicología de la masa popular" comienza por plantear que los prosélitos, afines a la Independencia o a la Corona, fueron considerados por los patriotas pensadores como "los fanáticos, los ignorantes, los serviles, los degradados por el régimen tiránico de la Colonia" y –cuando se oponían a la Independencia– eran vistos como "incapaces de comprender y mucho menos de amar la Libertad". En cambio, quienes la defendían eran estimados como "los inteligentes, los más libres, los más ilustrados, los más capaces de comprender y apreciar los inmensos beneficios de fundar una Patria libre, una república democrática". En luchas civiles posteriores se repetirá el patrón de la distinción entre bandos. Los conservadores se verán a sí mismos como: los buenos, honrados amigos del orden, defensores de la sociedad, representantes de la civilización; frente a los tramposos, los ladrones, los malvados, los destructores de la sociedad, los representantes de la oclocracia. Sus adversarios liberales se autodefinen como: los buenos, los magnánimos, los redentores del pueblo, los amigos de todos los progresos sociales, políticos, económicos, regeneradores morales, que se enfrentan a los sanguinarios, fanáticos, aristócratas, godos, enemigos jurados de todo progreso y de toda luz.

Estas distinciones obedecen, analiza Vallenilla Lanz, a una profunda ignorancia de la psicología de la masa popular. Cita al propio Páez, quien reconoce que sus "centauros" eran los mismos llaneros "degolladores y asesinos" comandados por Boves; también refiere el testimonio de Morillo: al cambiar de filas, los llaneros más que cambiar de bando, seguían a otro jefe natural. El "Mayordomo" era el heredero legítimo del "Taita", con capacidad para asegurar un relativo orden que las leyes y las constituciones no lograban imponer. Este estudio reconoce, también en Páez, virtudes que le permiten pasar de ser

el "jefe de bandoleros", el "señor absoluto", el "sucesor de Boves", para convertirse en el "Fundador del Poder Civil", "Ciudadano Esclarecido de Venezuela", "Restaurador de la Constitución" y "Jefe de la Oligarquía Conservadora". Concluye el comentarista: *Pars pro toto,* vale decir, "uno por todos".

5. Bajo el título "Fue una Guerra Civil", versión ampliada del ya comentado artículo "La Guerra de Independencia fue una guerra civil", publicado ocho años antes, Vallenilla Lanz amplía la atención al tema de Páez como caudillo, "genuino exponente de la revolución social victoriosa" en quien no sólo aprecia el espléndido triunfo en Carabobo, sino al hombre no asociado a ninguno de los "hechos engendradores de odios y de venganzas inextinguibles" propios de una guerra entre hermanos, llamado a unificar al país bajo su autoridad.

6. Con "Los principios constitucionales del Libertador", el autor introduce, a partir de comentarios a una conferencia de José Gil Fortoul, la cuestión política y sociológica en torno a las constituciones. Comienza por establecer que las leyes fundamentales no son obras artificiales "porque no son sino expresiones del instinto político de cada pueblo". Al proponer que la mejor Constitución no es la más perfecta desde el punto de vista de los principios, sino la más adecuada a la naturaleza del pueblo para el que se concibe, analiza Vallenilla Lanz el pensamiento expuesto por El Libertador en tres documentos: el Manifiesto de Cartagena (1812), en el que examinó las razones de la caída de la Primera República; el Discurso ante el Congreso de Angostura (1819), en el que delineó una Constitución para Colombia, y el Mensaje al Congreso de Bolivia (1826), con su proyecto de Ley Fundamental para el país del altiplano. Coincidiendo con Bolívar, el autor critica a los constitucionalistas "copistas" quienes, con mayor o menor talento, han estado empeñados en contrariar las leyes de la naturaleza imponiendo normas y principios republicanos, federalistas y liberales de otras latitudes. "No hay batalla –escribe– entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la Naturaleza". Considera que el modelo adecuado es la "Ley boliviana" –la que propone Bolívar en 1826– que establece la Presidencia vitalicia y el Senado hereditario.

Después de recorrer la experiencia de varios países latinoamericanos, concluye que nuestros pueblos son grupos sociales inestables, cuya solidaridad es mecánica, "fundada en el compromiso individual de hombre a hombre"; sólo

alcanzarán la solidaridad orgánica a medida que progrese el organismo nacional y permita otras formas de relaciones y derechos políticos. Cita al peruano Francisco García Calderón, renombrado positivista latinoamericano, para apoyar la necesidad de un "tirano bienhechor", con "don de mando". Se trata del "dictador necesario" para "conducir con mano de hierro la política nacional".

7. "El gendarme necesario" es presentado en la prosa del polémico positivista venezolano como el gobernante "adecuado" a las condiciones latinoamericanas y de Venezuela. Es el caudillo que, de forma natural, emerge del medio social. En nuestro caso, como ya hemos leído en el artículo publicado en 1911, se considera a Páez la mejor representación del caudillo que, después del proceso de la revolución emancipadora, desarrolla en la práctica las capacidades y habilidades para mantener la unidad del país. La descripción de este jefe natural, primero de los Llanos y la guerra, y después de la política nacional, le reconoce características también atribuidas a Juan Vicente Gómez en los editoriales de *El Nuevo Diario.* El director, en su faceta de sociólogo, cita a otro reconocido positivista, el argentino Juan Bautista Alberdi: "Esos jefes, antes rudos… han cultivado el espíritu y carácter en la escuela de mando, donde muchas veces los hombres inferiores se ennoblecen e ilustran. Gobernar diez años es hacer un curso de política y administración". A Miguel Peña, Ángel Quintero, Hilarión Nadal y José María de Rojas –cuatro políticos y doctores del siglo XIX, que en diferentes momentos sirvieron a Páez– Alvarado les anota: *sic vos non vobis,* "como ustedes no hay otros".

8. "Los partidos históricos" son concebidos, a consecuencia de la evolución social, política y jurídica descrita, como banderías que nacieron en la guerra civil de la emancipación y dividieron a la población urbana de Venezuela en godos y patriotas. Eran comerciantes, letrados y burócratas los primeros, agricultores los segundos, que "no profesaron doctrinas políticas definidas sino cuando los unos sostenían las banderas del Rey de España y los otros luchaban por obtener la Independencia". Después de fundada la República, tampoco hubo grandes diferencias doctrinarias entre godos y liberales y, en cambio, continuó "la misma lucha iniciada en 1810, la propagación del mismo incendio, oculto a veces bajo las cenizas o elevado hasta enrojecer el horizonte, pero siempre implacable en su obra de devastación y de nivelación". Así fue quedando trazada la evolución social y política posterior

a la emancipación, en la que más importante que la lucha por los principios republicanos sancionados en la Constitución de 1830 fue la evolución de las relaciones de poder que Páez comenzó a consolidar en 1826, desafiadas por los Monagas a partir de 1848.

El carácter "orgánico" de la democracia venezolana después de la Independencia, aventura el autor, sólo ha estado en "nuestros instintos absolutamente igualitarios, nuestro individualismo todavía indisciplinado, aventurero, irreductible y heroico" que ha imposibilitado "el predominio de una casta, de una clase, de una oligarquía". Es esa la realidad en la que Vallenilla Lanz ve surgir la figura del César democrático, como caudillo con las capacidades y virtudes naturales para mantener el orden e impulsar el progreso. *¿Qui est iste involvens sententias*…? –"¿Qué ideas lo mueven?"– pregunta en síntesis el sabio Alvarado.

EL PUEBLO "INEPTO" Y EL TIRANO "BUENO"

Cesarismo democrático despertó tanto grandes elogios como fuertes críticas. Muchos de los comentarios sobre la obra y al autor, con expresiones de acuerdo y admiración, fueron publicados en las páginas de *El Nuevo Diario y Cultura Venezolana*. Entre las notas destacan las del político colombiano José María Vargas Vila, el historiador estadounidense Guillermo Sherwell, el presidente peruano Augusto B. Leguía, el pensador peruano Francisco García Calderón, junto a las del español don Miguel de Unamuno, quien así termina su comentario: "El personaje real es el que fragua la historia o la leyenda. Boves sigue obrando. Como Don Quijote".

Los más relevantes desacuerdos fueron, sin duda, los del uruguayo Mario Falcao Espalter y el colombiano Eduardo Santos. El primero, menos áspero y muy centrado en lo esencial, queda recogido en el folleto *El Sentido Americano de la Democracia,* en 1926. Después de expresar sus acuerdos fundamentales, Falcao Espalter cierra su comentario de julio de 1925 presentando una objeción histórica y una política. La primera es que el autor de *Cesarismo democrático* flaquea al proponer que su tesis histórica y orgánica proviene de Bolívar "lo cual vendría, en realidad, a presuponer la premadurez de la Independencia de 1810, corolario ya inadmisible". La segunda, que complementa y aclara la crítica histórica, viene en forma de pregunta:

> ¿No fuera mejor experimentar un tiempo las desazones y las inquietudes democráticas como los pueblos del Plata las experimentaron, que no acostumbrar al pueblo nativo a una inacabable postergación de sus derechos políticos, con el ejemplo de un mandato presidencial único?

El uruguayo toca dos de los aspectos más criticados a Vallenilla Lanz y los otros positivistas gomecistas. Por una parte, el recurso al pensamiento de Bolívar, de forma que, "la recuperación y utilización de la emancipación y de Bolívar –como ha escrito la historiadora Inés Quintero en *Bolívar de izquierda. Bolívar de derecha - Nación y construcción discursiva*– se hace a partir de una argumentación que justifica y refrenda la figura de un gobierno autoritario y personalista como instrumento necesario para la consecución del orden y el progreso". El "dictador necesario", escribe Quintero con fina ironía, no hacía otra cosa que "seguir y ejecutar de manera fiel el pensamiento y la doctrina de Bolívar"; es más, "quiso la naturaleza dar una contundente demostración de la afinidad entre ambos: el General Gómez, al igual que Bolívar, nació un 24 de julio y murió un 17 de diciembre".

El otro aspecto criticado y temible es la idea sobre la incapacidad orgánica del pueblo, muy bien recogida por el historiador Elías Pino Iturrieta en varios trabajos. Leámoslo en *Positivismo y Gomecismo:*

> En la reunión del caudillo y sus letrados estaba, pues, el eje para la fragua de un régimen idóneo. La incapacidad manifiesta de un pueblo que todavía continuaba en la prehistoria de la vida política (…) obligaba a la instrumentación de un mandato enérgico que impusiese desde arriba –sin la interferencia de los partidos y libre del brusco apetito de los personalismos menores– las pautas de la nueva sociedad.

La respuesta a Falcao Espalter asume la forma de un largo artículo titulado "Las Constituciones de papel y las Constituciones orgánicas", en el que el autor de *Cesarismo democrático* se concentra en mantener sus tesis ante el crítico. Después de referirse a los ensayos de formas democráticas en Vene-

zuela, que sólo han conducido a "las luchas feroces entre los partidos tradicionales", expone sin tapujos: "permítaseme decir que yo no creo absolutamente –porque esto no ha sucedido todavía en ninguna parte del mundo– en la verdad, en la efectividad, en la honradez, en la pureza del sufragio universal…". Antes, Vallenilla Lanz había escrito en sus respuestas a Santos:

> Yo soy en el libro el mismo hombre que en la prensa, en la plaza pública y en el Congreso. Sostengo el régimen actual de Venezuela porque estoy plenamente convencido, por los resultados, de que es el único que conviene a nuestra evolución normal.

Tal había sido el tono de esa otra polémica que tuvo lugar en 1920. Mucho más agria que la sostenida con el uruguayo, mucho más cercana a las implicaciones políticas de la tesis del gendarme necesario.

Eduardo Santos, historiador, político y periodista que ocuparía la Presidencia de Colombia entre 1938 y 1942, había escrito en 1920 desde Bogotá fuertes críticas a *Cesarismo democrático* en las páginas de *El Tiempo,* periódico de su propiedad. A ellas respondió Vallenilla extensamente, y replicó Santos en dos largos artículos de prensa. Revisemos lo esencial de esta polémica por cuanto toca no sólo a los basamentos sociológicos e históricos de las tesis del tirano "bueno" y "necesario", sino a la relación del intelectual con la política de su tiempo. ¿Hasta dónde en su obra se atiene el comentado autor a la descripción positiva "verdadera" de los hechos? ¿Cuándo comienza a justificar y a recomendar la tiranía? Es este el fondo de una discusión que desde entonces no cesará y que, en la década de 1920, generará reacciones y respuestas en el propio ámbito del pensamiento y la política en Venezuela.

Sigamos el orden del folleto que recoge la polémica, *Cesarismo democrático y Cesarismo Teocrático,* y comencemos por revisar las tesis esgrimidas para enfrentar el primero y más breve comentario de Santos. El título mismo recoge el argumento central de la crítica y de su réplica. Mientras en Venezuela la constitución orgánica de la sociedad encuentra en el "tirano bueno" el camino para evolucionar hacia una democracia de momento orgánicamente imposible, en Colombia –bajo la apariencia republicana y democrática– se oculta otra forma de tiranía: la que impone el poder de la Iglesia.

El texto comienza con la acusación de que el juicio crítico de Santos es "más propiamente un ataque personal y una diatriba muy poco velada contra el actual régimen de Venezuela". Prosigue la argumentación con una abierta defensa del régimen gomecista:

> Sostengo el régimen actual de Venezuela, porque estoy plenamente convencido por los resultados, de que es el único que conviene a nuestra evolución normal; porque es el que, imponiendo y sosteniendo la paz a todo trance, está preparando al paíspara llenar ampliamente las dos grandes necesidades de todas estas democracias incipientes, con enormes desiertos y con poblaciones escasas y heterogéneas que carecen todavía de hábitos, de ideas y de aptitudes para cumplir los avanzados principios estampados en nuestras constituciones escritas: inmigración europea y norteamericana (gente blanca) y oro, mucho oro para explotar nuestra riqueza y hacer efectiva la unidad nacional por el desarrollo del comercio, de las industrias y de las vías de comunicación. Y esto no se obtiene con tarasconadas ni con prensa libérrima para insultar al gobierno, ni con discursos incendiarios, ni con la absoluta preponderancia de la Iglesia Católica.

En la frase final, se asoma la caracterización de Colombia. Por su medio geográfico, étnico y económico (su "constitución efectiva") –escribe el polemista venezolano– Colombia se sostiene con un específico régimen de gobierno: el del "Cesarismo teocrático". Ante la aseveración de Santos, que no duda en calificar de *panglossiana,* de que "El pueblo de Colombia es el más ilustrado, el más libre, el más digno de toda América", pregunta Vallenilla Lanz: "¿Quién es el pueblo de Colombia? ¿Serán las cien familias que desde la Independencia vienen figurando en el Gobierno, constituyendo las dos oligarquías que se han discutido el poder, llamándose liberales y conservadores?" Acto seguido interpela: "sus poetas, sus gramáticos, sus escritores, sus oradores insignes ¿Supieron consolidar la unidad nacional? En cien años de Independencia ¿No han tenido tantas guerras como nosotros?". Después de cuestionar la salud de las finanzas y el estado de sus vías de comunicación, le pregunta a

su crítico por el pueblo colombiano: "la masa ¿Ha sacudido definitivamente la modorra colonial, lanzando sus exponentes a las altas esferas sociales y políticas?". Luego, contrasta elmantenimiento de las estructuras jerárquicas de la Colonia en Colombia con la inversión de la pirámide social en Venezuela:

> La rebelión que comenzó como un juego de niños, dirigida por las manos finamente enguantadas del Marqués del Toro, viene a terminar sobre una gran charca de sangre y un inmenso montón de ruinas, como un potro cerril bajo la mano áspera y brutal del llanero Páez.

Al considerarse provocado a responder con agravios a Santos y otros críticos, no falta en la respuesta la hiriente agudeza: "bastaría copiar, sin más comentarios, los insultos que se han prodigado los unos a los otros; los ultrajes sin tasa ni medida que se han lanzado todos los partidos".

En cuanto al componente eclesiástico, sostiene que por las mismas causas de herencia, medio y momento, ha sido el "régimen teocrático" el único resorte eficaz y poder unificador para mantener un ambiente de orden en Colombia. Es esa, sostiene, la constitución efectiva, el sentido orgánico de la sociedad colombiana: allí la Iglesia desempeña el papel que, en Venezuela, representa el caudillo. Cierra citando a Renán:

> Yo creo… en el buen tirano; y lo digo no veladamente ni con eufemismos impropios de mi carácter; y bien convencido estoy como el gran filósofo francés de que "Calibán, en el fondo, nos presta mayores servicios que Próspero, apoyado por los jesuitas y por los zuavos pontificios".

Las respuestas de Santos, publicadas en *El Tiempo* los días 28 y 31 de diciembre de 1920, toman para su epígrafe un pensamiento de Renán que confronta al autor de *Cesarismo democrático:* "El verdadero objeto del mundo es el desarrollo del espíritu, y la primera condición para el desarrollo del espíritu es la libertad".

No pierde el director de *El Tiempo* el foco de su comentario inicial: objeta la caracterización teocrática que Vallenilla Lanz hace del orden político colombiano y abunda en la crítica al régimen tiránico venezolano y a quienes intelectualmente lo sostienen. Reconoce, en su primera entrega, que "el libro del señor Vallenilla (…) al lado de teorías imposibles de aceptar tiene capítulos admirables por la erudición, el pensamiento y el estilo".

Respecto a Colombia, baste señalar que Santos objeta el conocimiento que su contraparte en el debate se atribuye sobre la historia colombiana y señala, sin ambages, que convendría al autor venezolano revisar la lista de colombianos que en todos los campos han triunfado por su solo esfuerzo, pero que en su país no es admisible que alguien se encumbre "sólo por el azar de un golpe afortunado" y que todos los presidentes de su país han pasado por la escuela de la universidad. No deja de lado los condicionamientos físicos y etnográficos que les previenen de "caer bajo el yugo de una opresión organizada o a los pies de un caudillo voluntarioso". Concluye este punto –en cuyo desarrollo abunda en ejemplos– afirmando que "Nuestro bastón presidencial no anda en las maletas de los soldados de fortuna (…) He ahí la síntesis de nuestra idiosincrasia, genuinamente democrática". Y, luego, en cuanto al papel de la Iglesia, al que dedica su segunda entrega, no obstante que niega el poder decisivo que Vallenilla Lanz le atribuye, reconoce la importancia de la presencia e influencia del clero –propia por demás de los partidos conservadores– pero también registra la lucha que se ha desarrollado para combatir en diferentes ámbitos –la educación, los partidos, las gobernaciones– el peso del sector eclesiástico que, de ninguna manera, considera un imperativo del medio.

En cuanto al "César democrático" venezolano, Santos señala que lo definido por Vallenilla Lanz como el régimen del "buen tirano" ha suprimido "desde hace muchos años y de modo radical, la expresión de toda opinión adversa al régimen político existente". Paso seguido, caracteriza la intelectualidad venezolana dividiéndola en dos bandos:

> …unos que fuera de la patria protestan airados, y hacen de su prosa encendida un instrumento de venganza; y otros que, resignados a no ejercer derecho alguno de crítica, y comprando las garantías necesarias con la sumisión y el elogio, se dedican den-

> tro de su país a cultivar su inteligencia, recorriendo complacidos los campos neutrales del buen estilo, de la erudición literaria o histórica, del pensamiento sutil y refinado, que se nutre en fuentes europeas y cierra los ojos a todas las tristezas y a todas las dolencias actuales para refugiarse en temas que no ofrezcan peligro.

Es esta, hasta cierto punto, una mirada comprensiva al ambiente intelectual del momento, en el que es difícil conocer la verdad o aproximarse siquiera a los hechos con intelectuales colocados "por hechos implacables" en los extremos opuestos: "la voz trémula del turiferario, de un lado, y del otro, el grito ronco del odio, la pasión de la víctima que más que justicia, pide venganza", escribe el crítico colombiano.

Reclama, a quien considera "escritor de primer orden, espíritu cultivadísimo [que] sabe presentar sus ideas en forma sugestiva y de rara elegancia", que no obstante su talento y preparación intelectual, encubra "malsanos errores" y, a través de una "sociología violentada", convierta en teoría "lo que es un hecho brutal". Considera que *Cesarismo democrático* teje con erudita prosa una doctrina filosófica que encubre "la desnudez del machete". Objeta a los pensadores y escritores que en lugar de orientar el gobierno de los caudillos hacia formas republicanas, optan por ponerse al servicio del despotismo que en nombre de logros materiales, más que posponer, destruye en el pueblo la idea de ciudadanía y de derecho. Prefieren estos intelectuales "envolver al Jefe en las nubes de un incienso perturbador y son por eso más responsables que nadie de la existencia de un régimen en el cual están aún por descubrir los derechos del hombre y del ciudadano…". El gran desacuerdo de Santos –expresado también, aunque menos incisivamente por Espalter– queda resumido en una frase del historiador y político colombiano: haber hecho de la necesidad, virtud.

En: Elsa Cardozo. *Laureano Vallenilla Lanz*. (Biblioteca Biográfica Venezolana: número 50). Caracas: El Nacional, Banco del Caribe, 2007, pp. 81-94.

LAUREANO VALLENILLA LANZ Y LA VIGOROSA REVISIÓN POSITIVISTA [2015]

DIEGO BAUTISTA URBANEJA

Laureano Vallenilla Lanz es uno de los principales miembros de la corriente de pensamiento positivista que ejerció una gran influencia en la interpretación de la sociología y la historia venezolana desde finales del siglo XIX hasta las tres o cuatro primeras décadas del siglo XX.

Nació en 1870, en Barcelona, estado Anzoátegui. Realiza allí sus estudios de bachillerato y luego va a Caracas, donde comienza la carrera de ingeniería. La abandona pronto para iniciar su larga carrera de periodista. Estrecheces económicas de la familia le obligan a aceptar trabajos que lo llevan a Guanta y a Naricual. Sus hermanos, Agustín y Baltasar, participan en la Revolución Libertadora contra Cipriano Castro y caen presos cuando aquella es vencida. Una hábil actuación de Laureano en la coyuntura le vale la liberación de sus hermanos y un nombramiento consular para él en París. Así pues, en 1904 viaja a Europa, donde reside hasta 1910. Allí profundiza el conocimiento –pues a varios de ellos ya había tenido oportunidad de leerlos en la biblioteca de su padre, en las calurosas tardes barcelonesas– de la obra de los positivistas que más influirán en su pensamiento: Comte, Spencer, Mill, Taine, Bouglé, Le Bon, Darwin, Gumplowicz. Las clases de grandes historiadores y etnólogos como Seignobos y Langlois le llevan a tomar conciencia del rudimentario estado de nuestra historiografía y del acervo documental del país, lo cual le conducirá a redoblar sus escrúpulos como investigador de la historia y a apreciar la importancia del documento auténtico como fuente de conocimiento.

Si hubiera que adscribirle un oficio, habría de dársele el de periodista, pues fue en el periodismo de opinión que realizó lo principal de su actividad

profesional. Antes de cumplir los veinte años publica sus primeros artículos, apenas ha dejado la Universidad. En los noventa, colabora regularmente con la prensa y en 1896 sostiene una sonora polémica con Nicomedes Zuloaga en torno a la personalidad de José Antonio Páez. Desde 1915 hasta 1931 fue director de *El Nuevo Diario*, el periódico oficioso del gobierno de Juan Vicente Gómez. Desde esa tribuna Vallenilla Lanz se convierte en el más activo espadachín intelectual del gomecismo.

Al lado de su labor periodística, y en cierto modo solapándose con ella, nuestro autor escribe influyentes obras de historia y sociología. Esas obras son fundamentalmente dos: *Cesarismo Democrático,* la más famosa, publicada en 1919 y *Disgregación e Integración,* publicada en 1930. Se complementa esa labor historiográfica con los artículos polémicos con los que respondió a las críticas que desde fuera se le hicieron a *Cesarismo Democrático,* con una miscelánea de publicaciones recogidas en un volumen que, con el título de *Críticas de Sinceridad y Exactitud,* aparecieron en 1921, y con los editoriales que escribe en *El Nuevo Diario,* en los que se traslucen, en el lenguaje de la defensa y elogio del régimen gomecista, las tesis históricas expuestas en las obras mencionadas. Las respuestas a sus críticos está habitualmente incorporada como apéndice a las ediciones posteriores de *Cesarismo,* y constituyen en verdad una parte ya imprescindible de esa obra.

El primer libro que debemos comentar es *Disgregación e Integración,* por varias razones. Ya en 1904 Vallenilla había comenzado a reunir los materiales y a hacer los primeros esbozos de esta su otra gran obra histórica. Si bien esa obra será publicada sólo en 1930, se empezó aescribir en fecha anterior y su materia de estudio, la sociedad colonial, precede cronológicamente a los temas tratados en *Cesarismo,* que abordan la Guerra de Emancipación y la Venezuela post-independentista. Pero debe ser comentada primero sobre todo porque en el primer capítulo de *Disgregación,* titulado "La influencia de los viejos conceptos", se encuentra plasmado una de las grandes innovaciones que Vallenilla trae al estudio de la historia venezolana. En efecto, en ese capítulo el autor irrumpe contra la visión heroica y romántica del pasado nacional que según él había dominado hasta entonces el quehacer de nuestros historiadores. Propone que se le reemplace por una visión que vea la historia como el producto de factores y procesos objetivos, colectivos y evolutivos, procesos

dotados de legalidades propias que están por encima de las voluntades individuales de los protagonistas de la historia y de las emociones del historiador. Este debe encaminarse hacia la identificación de esos factores –raciales, geográficos, históricos, demográficos– y del estadio evolutivo en que se encuentra la colectividad, para desentrañar las claves de los acontecimientos de superficie que llaman la atención de los historiadores ingenuos, que creen que, por ejemplo, Páez realizó la Independencia con sus hazañas militares o que Antonio Leocadio Guzmán creó el liberalismo con sus editoriales de *El Venezolano.* De hecho, la significación que tiene *Disgregación* para el conjunto de la obra de Vallenilla es el de, al estudiar la organización política y social de la colonia, establecer los factores básicos a partir de los cuales evolucionará la sociedad venezolana y que serán indispensables para conocer el origen de las fuerzas que se desatarán con la Guerra de Independencia y que, más allá aun, seguirán expresándose a lo largo de nuestro siglo XIX.

Es a partir de estos postulados metodológicos que *Cesarismo Democrático* aborda los temas históricos y políticos de la manera que hace de ese libro uno de los más importantes de la historia de nuestro pensamiento histórico y político. En *Cesarismo Democrático,* Vallenilla hace aportes muy innovadores a la interpretación de la historia venezolana, y sostiene ideas de grandes implicaciones políticas, aportes y planteamientos que han pasado a la posteridad como su marca de fábrica. Se trata de un libro que compendia y perfecciona una serie de artículos publicados por Vallenilla entre 1907 y 1917, especialmente en la prestigiosa revista venezolana *El Cojo Ilustrado.*

El estudio de los hechos, realizado con el espíritu objetivo que el positivismo exige, le permite a Vallenilla una primera gran innovación: la Guerra de Independencia fue una guerra civil, en la que unos sectores de la sociedad venezolana se enfrentaron con otros, a propósito de un conflicto que, por otra de sus caras, ofrecía la dimensión internacional de la independencia de la corona española. Ese aspecto de la guerra emancipadora lo había ya entrevisto el Bolívar del *Manifiesto de Carúpano* y lo había intuido Juan Vicente González en su *Biografía de José Félix Ribas.* Lo que a uno le había revelado la propia guerra en la que participaba en papel protagónico, y al otro su pasión histórica y su talento literario, se lo decía a Vallenilla el estudio de los documentos y las evidencias.

Los capítulos más famosos de *Cesarismo* son aquellos en los que la interpretación histórica se entremezcla con proposiciones políticas de grandes consecuencias, que son: "El gendarme necesario" y "La ley boliviana", este último se refiere a un comentario sobre una conferencia pronunciada en 1917 por José Gil Fortoul. En el primero de esos capítulos, Vallenilla sostiene que el estudio de los hechos históricos, sociales, geográficos, que sirven de base a la sociedad venezolana, así como la identificación del estadio evolutivo en el que aquella se encuentra, indican la necesidad del mando de un hombre fuerte, capaz de producir la cohesión social que permitirá avanzar a nuevas etapas de la evolución social. En tal tipo de sociedades es la figura del caudillo la que puede servir de base a la cohesión de la colectividad, y reconocerlo así es un primer gran paso hacia el logro de un orden colectivo que permita avanzar en el camino evolutivo al que están sujetas las sociedades. Estos países necesitan pues un "César Democrático" que se convierta luego en un "Gendarme Necesario", productor de paz y orden.

En "La ley boliviana", esta tesis busca el respaldo de la autoridad de Simón Bolívar. Según Vallenilla, una intuición como esa es la que lleva al Libertador a proponer en 1826, en su discurso ante el congreso constituyente encargado de elaborar la primera constitución de la recién nacida Bolivia, la figura de un presidente vitalicio con derecho a designar un vicepresidente que sería su sucesor. Cosa muy distinta de la monarquía, por cierto, piensa Vallenilla. Ya en 1914 había protagonizado con Carlos Villanueva, autor que sostenía que Bolívar era partidario de la monarquía, una controversia donde defendía con contundencia al Libertador de esa imputación, al tiempo que mostraba las garras del feroz polemista que podía ser. No, nada de monarcas. El presidente vitalicio es la forma que Bolívar encuentra, sostiene nuestro autor, para dar forma jurídica a la necesidad que tienen sociedades como esta de dotarse de una autoridad única, que le sirva de fuente de orden. Pero más allá de la no muy buena suerte que corrió ese proyecto constitucional en tanto constitución escrita, dice Vallenilla que la ley boliviana, el presidente boliviano, es que se ha impuesto en los hechos en la historia política de Hispanoamérica, dijeran lo que dijeran las constituciones de papel de los distintos países.

Una idea que atraviesa toda la interpretación histórica de Vallenilla Lanz y que de una u otra forma aparece en todos los capítulos de *Cesarismo* y en

sus respuestas a sus críticos, es la de los efectos que tuvo en nuestra historia el repetido empeño que pusieron círculos dirigentes del país en adoptar teorías e instituciones traídas de países de un grado de evolución social más avanzado que el de la sociedad venezolana. Es así como, por ejemplo, en capítulo titulado "La insurrección popular", nos dice cómo los hombres que en 1810y 1811 dieron los primeros pasos hacia la independencia, desataron, en nombre de las hermosas tesis de la bondad y la igualdad natural del hombre, los lazos y jerarquías que mantenían la cohesión de la sociedad colonial, y de ese modo liberaron las energías y los rencores, o las rencorosas energías, que encontraron expresión en cosas como las hordas que siguieron a Bovesen 1814.

Las tesis expuestas por Vallenilla Lanz en *Cesarismo Democrático* le valieron duras críticas de políticos e intelectuales hispanoamericanos adversos al gobierno de Gómez. Fue en especial sustanciosa la polémica que sostuvo con el intelectual y político liberal colombiano, Eduardo Santos. Estas diatribas le dieron oportunidad a Vallenilla de subrayar aspectos de su pensamiento que en la versión original de su obra no aparecían de manera suficientemente diáfana y explícita. Una de ellas se refiere a lo que llama "el sentido americano de la democracia". Sostiene nuestro autor que la idea de democracia que priva en los países americanos -expresión que a veces incluye y a veces no a los Estados Unidos- es una idea igualitaria y niveladora, que deja de lado toda idea de superioridad, jerarquía y selección. De allí la necesidad de gobiernos fuertes, que impongan orden a esa tendencia igualitaria y les permita realizarse sin convertirse en una marea devastadora de nivelación. Otro aspecto de sus planteamientos que Vallenilla subraya en sus controversias se refiere a la idea de que el tipo de régimen político que deriva de las tesis de su polémico libro es concebido como un régimen transitorio, correspondiente a una etapa de la evolución de la sociedad en cuestión, y cuyos efectos benéficos son precisamente los que permitirán, e incluso exigirán, dejar atrás esos gobiernos personalistas.

Hacia 1931, Vallenilla deja la dirección de *El Nuevo Diario* y se va a Europa, con el cargo de Ministro Plenipotenciario ante las Legaciones de Venezuela en Francia y en Suiza, una especie de retiro dorado y anticipado. La década de los veinte ha sido para Vallenilla la de los altos cargos: Senador, Presidente del Congreso en varias ocasiones, Presidente de la Academia

Nacional de la Historia. En 1931 faltan cuatro años para que desaparezca el dictador a cuyo gobierno Vallenilla quiso dar una fundamentación histórica y sociológica, así como un sentido trascendente. Fallecido Gómez, Vallenilla no regresará. Sabía que venían nuevos tiempos y que en ellos su figura y su obra no serían bien recibidas. Indicios no le faltaban: a la muerte de Gómez, los talleres de *El Nuevo Diario* fueron saqueados. En todo caso, no habrá mucho tiempo para más nada, pues Laureano Vallenilla Lanz morirá apenas once meses después que el general Gómez.

La obra de Vallenilla Lanz ejerció una fuerte influencia en el pensamiento nacional y varias de sus tesis han quedado como legado perdurable. Unas para ser generalmente aceptadas, como la que sostiene que nuestra Guerra de Independencia fue en gran medida una guerra civil, mientras que otras han sido siempre objeto de intensa diatriba, como aquella del "gendarme necesario". Pero, nos dice Mario Briceño Iragorry, ni él ni sus ilustres compañeros –Alvarado, Arcaya, Gil Fortoul– crearon propiamente una escuela. El de esos hombres, aprecia Briceño, fue un meritorio esfuerzo individual, que careció de la continuidad y del carácter grupal requerido para tener sucesores sistemáticos.

La apreciación de los aportes de Vallenilla Lanz se ha resentido por su vinculación personal al régimen de Gómez y al dictador mismo, y por el hecho ya indicado de que sus tesis políticas parecían a propósito para justificar la dictadura del general. La larga relación con el Benemérito y las favores ocasionales que ello naturalmente producía, la defensaincondicional del régimen y los abundantes elogios al gobernante presentes en los editoriales de *El Nuevo Diario,* así como la existencia de una correspondencia obsequiosa, también empañan para algunos la visión de la valía intelectual de las ideas del autor que comentamos, así como la de la sinceridad de las convicciones a través de ellas expuestas. Pero es imposible no apreciar, cuando se le lee, el vigor de la pluma de Vallenilla, la variedad y pertinencia de sus referencias intelectuales, y la originalidad y audacia de sus interpretaciones históricas, y por mi parte adhiero a este juicio de Mariano Picón Salas: "Escribió con talento y seguramente fue sincero". En su propia idea de las cosas, no sentía haber sido favorecido por el dictador de maneras de las que tuviera que avergonzarse. Como defensor incansable del gobierno de Gómez y como intérprete de su significación, el autor de *Cesarismo Democrático* creía, que por el contrario, el

que estaba en deuda era el Benemérito: "Siempre creí, y lo sigo creyendo, que más me debía el general Gómez a mí que yo a él".

En: *25 intelectuales en la Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Banco del Caribe, 2015, pp. 177-185.

A MANERA DE EPÍLOGO. EL CESARISMO DEMOCRÁTICO DE LAUREANO VALLENILLA LANZ EN EL BANQUILLO

ALFREDO RODRÍGUEZ IRANZO

¿Tuvieron algo de razón las lúcidas mentes que en los albores del siglo XX, bajo el ropaje del positivismo como ideología, empeñaron todas sus capacidades intelectuales para justificar el caudillismo o la tesis del gendarme necesario, como realidades político-sociales imprescindibles para garantizar el funcionamiento y la evolución de sociedades como la venezolana, asediadas por el desorden y la anarquía, herencia en su momento, del convulsionado siglo XIX, con el proceso de independencia en su origen?

La búsqueda de respuesta a tamaña interrogante, la provee esa ciencia extraordinaria que es la historia, cuyos métodos y herramientas de análisis e interpretación, permiten hurgar en el pasado, en busca de puntos de apoyo para comprender las complejidades del tiempo presente y procurar perspectivas hacia el futuro, tal como se plantea en este exhaustivo trabajo sobre el *Cesarismo Democrático* de Laureano Vallenilla Lanz, en el que destacados analistas, historiadores, periodistas y en fin, avezados estudiosos del hecho histórico, se dieron a la tarea de auscultar el pensamiento de Vallenilla, cuya obra conserva inapreciable vigencia, como valioso instrumento para el estudio del fenómeno histórico, en este caso desde la perspectiva del acontecer de un convulsionado siglo XXI, en busca de ayuda para encontrar explicaciones, a las acuciantes realidades socio-políticas del momento presente, cuando precisamente la anarquía y el desorden político-institucional, reinan a sus anchas en Venezuela.

Se trata de un trabajo alimentado por el análisis y la interpretación, pero también por vivas polémicas en torno al positivismo, no solo visto como base de sustentación del pensamiento de Vallenilla Lanz, sino como corriente filo-

sófica que aún pervive en la Venezuela contemporánea, según algunos de los muy prestigiosos participantes en esta disección del *Cesarismo Democrático* de Vallenilla.

La defensa en pensamiento y obra que hace Vallenilla Lanz, a entidades como el caudillo autoritario y el gendarme necesario, cumpliendo rol de garantes de la paz, el orden y el progreso social, con el General Juan Vicente Gómez y José Antonio Páez como protagonistas principales, son conceptos que alimentan el análisis y las polémicas que dan vida a este trabajo.

La solidez como intelectual e historiador de Vallenilla, por encima de los sentimientos que generan sus propuestas, obligan a que su obra haya trascendido, no solo entre sus contemporáneos intelectualmente reconocidos por su lucidez y talento, sino como referente permanente para el estudio e interpretación de la evolución política y social de la Venezuela contemporánea.

Rómulo Betancourt, destacado político e intelectual integrante de la célebre generación del 28, es un buen ejemplo de las pasiones que despertaba y aún despierta la obra de Vallenilla Lanz.

El reconocido político guatireño, era militante de un profundo desprecio hacia regímenes dictatoriales como el de Juan Vicente Gómez, al que se enfrentó con todas sus capacidades de liderazgo y acción, y haciendo gala de tales sentimientos, dedicó ácidas y enconadas críticas a Vallenilla como defensor y sostén intelectual que fue del régimen gomecista.

En artículo de su autoría titulado *Perfiles de la Venezuela Decadente: Laureano Vallenilla Lanz (1928),* publicado en *La Nación* de Barranquilla, Colombia, el 19 de noviembre de 1928,[1] Betancourt expresa de Vallenilla, entre otras cosas lo siguiente:

> …Ningún ciudadano de los que, haciéndose reos ante la historia por delitos de lesa patria, se agrupa alrededor de un tiranuelo para ayudarle a conservar la usurpación del poder merece un desprecio tan acre y justiciero como el intelectual que le alquila su pluma.

1 Rómulo Betancourt. *Antología política*. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt, 1990, vol. 1, pp. 87-89.

> …quienes en el contacto con el libro aprendieron a respetar su decoro de hombre para prostituirse luego en la primera casa de tolerancia republicana que se toparon al paso, no pueden merecer de nosotros, los que avanzamos de vanguardia a la conquista de una hora de renovación nacional, ni siquiera esa mueca entre irónica y compasiva con que se plega a veces el labio frente a un aborto humano demasiado insignificante para merecernos odio. Vallenilla Lanz, con su perfil de aquelarre, personifica en el actual momento histórico de mi desgraciada patria ese tipo despreciable del escritor que cegó sus oídos imperativos de cultura y decoro para ir a lamerle la ruda mano de ordeñador a un sargento envalentonado e insolente, cuya vida ensombrece de crímenes más de un cuarto de siglo de historia venezolana.
>
> … *El gendarme necesario*, llama en forma eufemística a quien es sólo "necesario" para él, porque le paga la pitanza, y la posibilidad de darse una vida epicúrea y regalada y el "postín" de gastarse unas hijas "bien" que atropellen impunemente peatones con sus veloces *Cadillacs*, y de tener a sueldo un facultativo que a diario atisbe cuidadosamente, en su organismo averiado, cualquier rebelión del treponema, adormecido por una ola salvadora de arsénico y de bismuto…
>
> …Y así, entre órdenes cumplidas con medrosa actitud y malos chistes de un Rabelais pésimamente traducido, discurre plácida y regalona, hasta que suene para ella la hora inexorable, la vida de este Maquiavelo tropical empastado en papel higiénico.

No obstante tan irónicas críticas betancurianas, e incluso del silencio histórico del que ha sido objeto su talento intelectual, la trascendencia y el valor de la obra de Vallenilla ha merecido justa valoración por parte de reconocidos historiadores como Diego Bautista Urbaneja, quien dice de Vallenilla Lanz, a la luz de dos de sus trabajos más importantes, *Disgregación* y *Cesarismo Democrático:*

> … la significación que tiene *Disgregación* para el conjunto de la obra de Vallenilla es la de, al estudiar la organización política y social de la colonia, establecer los factores básicos a partir de los cuales evolucionará la sociedad venezolana y que serán indispensables para conocer el origen de las fuerzas que se desatarán con la Guerra de Independencia y que, más allá aun, seguirán expresándose a lo largo de nuestro siglo XIX.
>
> Es a partir de estos postulados metodológicos que *Cesarismo Democrático* aborda los temas históricos y políticos de la manera que hace de ese libro uno de los más importantes de la historia de nuestro pensamiento histórico y político. En *Cesarismo Democrático*, Vallenilla hace aportes muy innovadores a la interpretación de la historia venezolana, y sostiene ideas de grandes implicaciones políticas, aportes y planteamientos que han pasado a la posteridad como su marca de fábrica. Se trata de un libro que compendia y perfecciona una serie de artículos publicados por Vallenilla entre 1907 y 1917, especialmente en la prestigiosa revista venezolana *El Cojo Ilustrado*.[2]

También estudiosos del hecho histórico como Federico Brito Figueroa, destacado representante de la corriente marxista en cuanto a la óptica de análisis e interpretación en esta disciplina del conocimiento, valoran en grado superlativo el trabajo de Laureano Vallenilla Lanz:

> Algunos artículos de prensa escribimos en el pasado sobre el polémico autor de *Cesarismo Democrático*, uno de ellos en *El Nacional* titulado "La concepción histórica de Laureano Vallenilla Lanz" en el que señalábamos lo siguiente: "Soy entre los jóvenes preocupados por los problemas sociales y el estudio de

2 Bautista Urbaneja Diego (2015). *Laureano Vallenilla Lanz y la Vigorosa Revisión Positivista*. En: *25 intelectuales en la Historia de Venezuela* (2015). Fundación Banco del Caribe. Caracas. pp. 177-185.

> la historia nacional, uno de los que siente más honda admiración por Laureano Vallenilla Lanz. Causará asombro tal afirmación entre quienes conocen mi formación teórica y definida militancia en el campo de la democracia revolucionaria. Pero es que se trata de Laureano Vallenilla Lanz y su obra como historiador (…) con mayor agudeza y sentido crítico fue Laureano Vallenilla Lanz, del grupo de historiadores positivistas, quien mejor estudió nuestro pasado nacional. La guerra de Independencia comenzó a enfocarse como manifestación de la lucha de clases y castas, como en realidad lo fue, desempeñando en ella rol fundamental la necesidad de predominio político de la aristocracia criolla, en opinión de Laureano Vallenilla Lanz: *oligarquía* opresora y tiránica, propietaria de negros esclavos y de tierras"[3]

Aporta consistencia a los conceptos de Brito Figueroa respecto a la trascendencia como historiador de Vallenilla Lanz, lo que él mismo argumentaría dos décadas más tarde:

> En fecha reciente, el 06 de noviembre de 1970 publicamos un nuevo artículo en la página de opinión de *Ultimas Noticias* titulado "El Historiador Laureano Vallenilla Lanz". Quienes lo lean observarán que hay coincidencias con respecto al primero, pero también algunas rectificaciones, resultado de nuestra propia evolución como historiador profesional. Hay un hilo de continuidad en nuestro pensamiento, esto es evidente e innegable.[4]

Estas valoraciones de Diego Bautista Urbaneja y Brito Figueroa, testimonian sin duda el valor y trascendencia de la obra de Vallenilla Lanz, y

3 Brito Figueroa, Federico *"*La Concepción Histórica de Laureano Vallenilla Lanz*", El Nacional*, Caracas, 23 de agosto de 1950.

4 *Ibid.*

hacen inobjetables sus aportes para la comprensión de las complejidades del hecho histórico, por encima de cualquier diferencia ideológica o de enfoque en el análisis y las interpretaciones que propone, en muchos casos únicos cuando no incómodos y en extremo polémicos.

Cómo aceptar por ejemplo, sin sobresalto intelectual, las argumentaciones de Vallenilla, cuando propone que la gesta independentista de Venezuela sea conceptuada como una guerra civil y no como la heroica hazaña bélica, política y diplomática de alcance continental, tal como lo presenta la historiografía sin objeciones de ninguna naturaleza, argumentaciones éstas del polémico historiador, que al mismo tiempo bajan del pedestal de gloria, más allá de lo humano y lo divino, en que han sido colocados los adalides de la gesta independentista con Bolívar a la cabeza.

El también prestigioso historiador Manuel Caballero, se refiere a estas controversiales propuestas de Vallenilla, haciendo alusión al escándalo, a las molestias que según él, despertaron en su momento:

> ¿Cuál es esa piedra de escándalo, qué es lo que podía causar tanta molestia? ¿Acaso la justificación de la dictadura? No es de creer que eso pudiese causar escándalo en la Venezuela de un hombre que muere apenas once meses después de Gómez. No: lo más insoportable en Vallenilla Lanz es su consideración de la guerra de independencia como una guerra civil.
>
> …Vallenilla expuso su tesis sobre la guerra de independencia venezolana en términos tan claros, que todo el mundo lo tomó al pie de la letra: aquello fue, para él, una guerra civil. Si el propio Vallenilla lo decía, ¿para qué ponerse a buscarle cinco patas al gato?[5]

5 Las polémicas tesis de Vallenilla Lanz forman parte de un trabajo que bajo el título *PRÓLOGO (1990) de Manuel Caballero a una nueva edición de Cesarismo Democrático,* es citado en: *Cesarismo Democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la Constitución efectiva de Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1990, pp. 7-12.

Tan explosiva tesis de Vallenilla por supuesto, provocaría muchas y muy diversas interpretaciones entre sus contemporáneos, y aún en los tiempos que corren propician discusión entre estudiosos de la materia. El propio Manuel Caballero razona al respecto:[6]

> Rastreando cuidadosamente su argumentación, se nos reveló una cosa diferente, y así lo planteamos en un largo (y tedioso) estudio publicado en 1966: en verdad, lo que Vallenilla había dicho realmente era que esa guerra era una guerra de conquista. Los llaneros habían venido desde el ignorado fondo de la historia venezolana («los pueblos pastores no tienen historia» decía citando a otro autor) para destruir la civilización venezolana o por lo menos «tres siglos de industria, de ilustración y de cultura» como lo decía el Libertador. De esa manera, la historia venezolana no hacía sino repetir el esquema de la historia europea con la destrucción del Imperio Romano por aquellos pueblos pastores venidos desde el fondo de la estepa.
>
> Como sea, el resultado es el mismo. Lo que en todo eso podía provocar disgusto es la actitud de escribir la historia de un país haciendo caso omiso de los pedestales. En general, a los hombres les subleva que les destruyan sus dioses, que los echen a andar en la calle, entre nosotros. Porque es mejor que los dioses nos gobiernen, decidan sobre nosotros y nos dejen permanentemente en la incertidumbre, a que, reducidos a nuestra propia escala, nos obliguen a tomar decisiones, a enfrentar responsabilidades. Decir que la guerra de independencia fue una guerra civil, aun si se quiere decir en verdad que fue una guerra de conquista, es rebajar los dioses de la religión patriótica a una dimensión que disgusta, por aquello que Simón Rodríguez había dicho: "No hay más patriota que un tonto".

6 *Ibid.*

> No solamente se empeña así Vallenilla en traer a los libertadores del cielo a la tierra, sino que además, sumando blasfemia a la blasfemia, los llena de debilidades. Porque esos hombres que guerrearon hace siglo y medio ni siquiera eran dueños de su propia voluntad: Vallenilla Lanz es determinista. La historia deja así de ser una marcha triunfal, para convertirse en el terreno donde se disputan y se matan hombres cuyo diverso entorno (geográfico, cultural, social y no solamente político) los ha impulsado a actuar de determinada manera, porque «la historia, como la vida, es muy compleja».

Agrega el acucioso historiador en torno a los apasionantes enfoques de Vallenilla Lanz en su ponderada obra *Cesarismo Democrático*, un esclarecedor comentario, en el que al mismo tiempo deja a los lectores una puntual referencia a las jugadas de la historia, cuando de preservar mitos y acomodaticios valores se trata:

> …sería un error considerar este libro (*Cesarismo Democrático*) como una simple curiosidad bibliográfica. No se crea que la lucha que libró Vallenilla porque la escritura de la historia tomase forma y contenido de ciencia se terminó con él, o con el brillante triunfo intelectual que fue el de los positivistas: a cada rato, la historia-leyenda, la historia-mito, la historia deificada reconstituye su tela de araña. Otra vez se vuelven a elevar, inaccesibles, los hombres que derrotaron el Imperio. Que equivale a renunciar otra vez a la responsabilidad, a refugiarse otra vez en el regazo materno. Es renunciar a comprender nuestra historia, y sobre todo que ella la han hecho, y la continúan haciendo, hombres de carne y hueso, no siempre movidos por bellas intenciones o instintos. Es renunciar a participar en esa historia conscientemente, pues sin conciencia lo hacemos todos los días.[7]

7 *Ibid.*

Otro aspecto del pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz analizado exhaustivamente en esta radiografía de su *Cesarismo Democrático,* fue el relacionado con la justificación al caudillismo autoritario y dictatorial, al gendarme necesario, vistos por Vallenilla como una necesidad para garantizar la paz y el progreso, en sociedades sacudidas por situaciones de gran conflicto y violencia como los procesos de independencia en Venezuela, y más allá de nuestro contexto, lo propone como una realidad universal.

Entre los estudiosos evocados para analizar la polémica tesis de Vallenilla, figura el reconocido historiador Arturo Sosa, quien centra en el positivismo que alienta el pensamiento de Valenilla, su justificación a la figura del hombre fuerte como brújula para la evolución social de los pueblos. Propone Sosa al respecto:

> En breves palabras su tesis es que lo importante de un gobierno no es que se ajuste a la última de las teorías políticas ni que tenga las más bellas pretensiones de libertad e igualdad, sino que se acomode al pueblo del que es cabeza y logre para este el mayor bienestar común posible. Como otras veces, se apoya en las ideas del Libertador: "Y no era que las ideas positivas del gobierno fuesen entonces absolutamente desconocidas. Ya hacía muchos años que el Libertador había recomendado a los constituyentes de Angostura no olvidarse jamás:"que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye. El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política"[8].

Agrega Sosa en su análisis:

8 Arturo Sosa Abascal. *La filosofía política del gomecismo. Estudio del pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz.* Barquisimeto: Centro Gumilla, 1974, pp. 104-110.

> En el pensamiento vallenilleano el caudillo aparece como una especie de demiurgo que de la crisis de una sociedad hace surgir, gracias a su intuición y a la efectividad de su acción, la nacionalidad y el Estado que ha de preservarla. Es también el creador del Estado: "En Europa por lo menos, desde Rusia hasta Portugal y desde Noruega a las Dos Sicilias, el Estado es por su origen y por su esencia una institución militar en la que el heroísmo se ha hecho el campeón del derecho. Aquí y allá, en el caos de razas mezcladas y de sociedades derrumbadas, se encuentra siempre un hombre que por su ascendiente ha agrupado en torno suyo una banda de fieles, ha expulsado a los extranjeros, subyugado a los bandidos, restablecido la seguridad, fundado la patria y transmitido como una propiedad a sus descendientes su empleo de justiciero hereditario y de general nato"[9].

Pero también en esta radiografía al *Cesarismo Democrático* de Vallenilla Lanz, destacan los acertados análisis del historiador, Manuel Rodríguez Campos[10], quien analiza este aspecto en el pensamiento vallenilleano, con meridiana claridad.

Sostiene Rodríguez Campos que según el pensamiento de Vallenilla Lanz:

> …la grandeza de Gómez es equiparable a la de los Libertadores de la patria y así mismo que él, solamente él, pudo rescatarla para enderezar su rumbo; lo que ni siquiera muchos de aquellos (Páez, Soublette, los hermanos Monagas) fueron capaces de hacer. Se desprende también de otras múltiples declamaciones suscritas por Vallenilla que las aflicciones de Venezuela a principios del siglo XX no tenían más que una sola salida: resignar

9 *Ibid.*

10 Rodríguez Campos Manuel (1985). *El caudillo como necesidad orgánica en Laureano Vallenilla Lanz (1985).* En: *Tierra Firme: revista de Historia y Ciencias Sociales*. Caracas: ctubre-Diciembre de 1985, Año 3, Vol. III, número 12, pp. 579-590.

> en un tirano la potestad íntegra de decidir cuál habría de ser el futuro del país; renunciar a todo derecho de recusación política en beneficio de ese futuro, porque
>
> > "…hacia él [Gómez] iban como en un supremo anhelo de salvación los votos de la Patria, agonizante. Y el instinto popular no se equivocó."
>
> …Para Vallenilla, la necesidad primordial de las repúblicas iberoamericanas al comenzar sus vidas independientes era darse gobiernos capaces de restablecer el orden, profundamente alterado por los movimientos emancipadores y las secuelas de violencia, indisciplina y anarquía que estos arrastraron, cuyas consecuencias amenazaban la soberanía política recién conquistada[11].

Afianza el autor su argumentación, recurriendo a una cita de Vallenilla, en la que puntualiza su decidida justificación al hombre fuerte, como garantía de paz y progreso para la República:

> …Entre mis convicciones de historiador y de sociólogo y mis convicciones políticas, no hay discrepancia de ningún género. Yo soy en el libro [*Cesarismo Democrático*] el mismo hombre que en la prensa, en la plaza pública y en el Congreso. Sostengo el régimen actual de Venezuela, porque estoy plenamente convencido por los resultados, de que es el único que conviene a nuestra evolución normal; porque es el que, imponiendo y sosteniendo la paz a todo trance, está preparando al país para llenar ampliamente las dos grandes necesidades de todas las democracias incipientes… [paz y progreso][12].

11 *Ibid.*
12 *Ibid.*

Pero en torno a la presencia del fenómeno del caudillismo y el mandamás autoritario característico del post independentismo, también en la presente radiografía del *Cesarismo Democrático* de Laureano Vallenilla Lanz, se toman en consideración interesantes enfoques del médico, naturalista, historiador, etnólogo, lingüista y agudo pensador Lisandro Alvarado (1858-1929), quien ofrece interesantes enfoques sobre tan polémico asunto, desde una mirada crítica a las argumentaciones de Vallenilla Lanz sobre el tema contenidas en su *Cesarismo Democrático.*

Alvarado aborda el asunto, en un escrito bajo el título *Opiniones de Lisandro Alvarado (1920),* en el que destaca la figura del Libertador Simón Bolívar como uno de los grandes caudillos, derivados de la propia dinámica del proceso independentista. Al respecto argumenta Alvarado:[13]

> En Hispano-América el caudillismo surgió de las patas de los caballos. (pág. 233). Los que criticaron al Libertador, los que en su ceguera llegaron a calificarle de déspota, de autócrata, de tirano, y atentaron contra su vida creyendo realizar un acto de justicia y de amor a la libertad, no sólo están condenados por la historia sino que la ciencia misma los clasifica como seres perniciosos para la sociedad.
>
> … En muchas de estas naciones de Hispano-América, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el caudillo ha representado una necesidad social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen sino se imponen.

Pero Lisandro Alvarado complementa su punto de vista sobre el caudillismo, con una interesante hipótesis sobre otras fuentes de autoritarismo

13 Alvarado Lisandro. *Cultura Venezolana* (Año II, Tomo IV, No. 12, Caracas, Marzo-Abril 1920, pp. 356-360. En: Laureano Vallenilla Lanz. *"Cesarismo Democrático": Obras Completas*. Caracas: Centro de Investigaciones Históricas Universidad Santa María, 1983, Tomo I, pp. 239-241.

opresor durante el post independentismo, el ejercido por las clases sociales elevadas en la colonia, que según él actuaron de manera aplastante durante esos tiempos, sobre las clases populares.

> …Las clases elevadas de la colonia no solo fueron las que iniciaron la revolución, sino que al mismo tiempo proclamaron los derechos del hombre y pretendieron fundar la república de 1811 sobre las bases de la democracia y del federalismo (pág. 51). Los verdaderos opresores de las clases populares fueron los hombres de aquellas clases, que apegados al terruño, celosos de su alta posición, dominando todas las corporaciones y ejerciendo todos los empleos por sí o por medio de sus allegados, gobernaban los pueblos y los tiranizaban, siendo ellos exclusivamente los llamados a ejercer las funciones de alcaldes, corregidores, síndicos, justicias mayores, tenientes de justicia, oficiales de milicias, recaudadores de los impuestos, celadores del estanco y del fisco, etc. (pág. 76). Toda la generación que proclamó la independencia había sido educada en prácticas propias solo para formar hombres falsos e hipócritas (pág. 83). Por su parte, los empleados españoles trabajaban indirectamente por la evolución democrática, por la igualación de las castas (pág. 89) teniendo que apoyarse en las clases bajas y favorecerlas con sus influencias (pág. 87), a tiempo que los nobles, los que van a proclamar en 1810 los derechos del hombre, clamarán contra el despotismo de España y lucharán hasta las mismas vísperas de la revolución por conservar las hondas desigualdades sociales .
>
> … La preponderancia que en Venezuela tuvo la nobleza criolla se apoyaba sobre fundamentos más sólidos que su problemática limpieza de sangre. Esta no era más que un prejuicio (págs. 117,92). En todo el proceso justificativo de la revolución no debe verse sino la pugna de los nobles contra las autoridades españolas, la lucha de los propietarios territoriales contra el monopolio comercial, la brega por la dominación absoluta

> entablada de mucho tiempo atrás por aquella clase social poderosa y absorbente, que con razón se creía dueña exclusiva de esta tierra descubierta, conquistada, colonizada, cultivada por sus antepasados (pág. 91). El carácter feroz que asumió la revolución en Venezuela así como nuestra rápida evolución igualitaria, hechos de que no hay ejemplo en ninguno de los otros pueblos de Hispano-América, se halla explicado en parte, por la heterogeneidad misma de la sociedad colonial[14].

El presente estudio sobre el Cesarismo Democrático de Vallenilla Lanz, es fuente inagotable para la entusiasta participación de agudos analistas, entre los que también figuró el pensamiento y la pluma de Diego Carbonell (Cariaco, estado Sucre, 1884-1945), contemporáneo de Vallenilla, médico de profesión, pero también docente, diplomático, filósofo, historiador, poeta y escritor, quien entre otros aspectos de la obra de Vallenilla, se refiere así mismo, a sus enfoques sobre el caudillo, el gendarme necesario.

Al respecto sostiene Diego Carbonell en artículo de su autoría titulado *Laureano Vallenilla Lanz (1943)*:[15]

> Su libro más acabado, y por esto más combatido, es el llamado *Cesarismo Democrático*, cuya base primordial en la exposición y explicación de nuestra evolución política en los días remotos de la República fetal hasta los tiempos actuales, de la República secular, se apoya, sólidamente, en las leyes del determinismo sociológico.
>
> Por estas y por otras razones, y por ser el libro un estudio sobre "las bases sociológicas efectivas de la constitución de Venezuela", dicho volumen debe ser considerado desde un doble punto de vista, sin la pasión descabellada que ciertos enemigos

14 *Ibid.*

15 Diego Carbonell. *Escuelas de Historia en América*. Buenos Aires: Imprenta López, 1943, pp. 143-148.

> políticos del autor se han dado a propalar para gritarle que su obra intenta justificar tal o cual gobierno cesarista, como si a la verdad no estuviera en la intención del autor explicar severa y doctamente el "cesarismo" de Bolívar, el "cesarismo" de Páez, el "cesarismo" de Guzmán Blanco, el "cesarismo" del General Mosquera, el "cesarismo" del General Rafael Reyes y en fin el de otros muchos césares de la democracia…
>
> …según Vallenilla Lanz amparado en la autoridad de Taine, "al gendarme electivo o hereditario de ojo avizor, de mano dura, que por las vías de hecho inspira el temor y que por el temor mantiene la paz", pues "en Venezuela, como en muchas de las naciones de Hispanoamérica, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el caudillo ha representado una necesidad social, realizándose aún el fenómeno que los hombres de ciencia señalan en las etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen sino se imponen. La elección y la herencia, aun en la forma irregular en que comienzan, constituyen un proceso posterior.

Pero el pensamiento de Vallenilla Lanz, sus interpretaciones sobre los factores con incidencia determinante en la evolución de Venezuela como sociedad, no parecen tener límites como alimento para la reflexión y el análisis de otros pensadores e historiadores que encuentran en sus hipótesis originales enfoques, como es el caso de Alilia de Nuño, también recogido en la radiografía del *Cesarismo Democrático* de Vallenilla que nos ha llevado de la mano en tan interesantes intercambios de tanta incidencia en el devenir histórico de Venezuela.

Llama poderosamente la atención la reflexión de Alicia de Nuño desarrollada en un trabajo bajo el título el título *Laureano Vallenilla Lanz (1969)*[16], en el que entre otros aspectos, enfoca su análisis sobre la obra de Vallenilla en

16 Alicia de Nuño. *Ideas Sociales del Positivismo en Venezuela*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, EBUCV, 1969, pp. 97-139.

la contundente defensa del fenómeno de la guerra que éste formula, como una necesidad sine qua non para la evolución de las naciones hispanoamericanas.

Expone Alicia de Nuño, que "La guerra es tan inevitable como cualquier fenómeno telúrico; sirve de desahogo natural a los pueblos; frenarla sería contraproducente para el desarrollo de la nación, incluso para la conservación del Estado", y de seguidas evoca la tesis de Vallenilla en su justificación al guerrerismo:[17]

> …Cuando el alma popular se siente sacudida por una conmoción repentina y violenta, lanza a lo lejos su grito o su sollozo, como el tañido de una campana que repercute en el espacio; pero como la liga del metal que vibra, el sentimiento popular es siempre impuro. El vaso donde se condensan los sentimientos de las multitudes tiene en el fondo un sedimento que toda sacudida puede hacer subir a la superficie cubriendo de una espuma de violencia el licor brillante y generoso. Eso es lo que sucede en todos los grandes trastornos de la naturaleza: en los ciclones, en los terremotos, en las revoluciones. Todos los pueblos han sufrido esa dolorosa experiencia: los hombres que permanecen en la sombra en tanto que el orden impera, se rebelan desde que el freno social desaparece, con sus instintos de asesinato, de destrucción y de rapiña.

Más adelante la historiadora Nuño, que "La guerra será el principal motor de la historia; la humanidad no se transforma por la fuerza de las ideas, sino por el impulso guerrero", y una vez más soporta esta argumentación en las tesis de Vallenilla Lanz sobre el asunto[18]

> "Los principios científicos, cada vez más extendidos en el mundo comprueban que la humanidad no se transforma por obra y gracia de los ideólogos. Todo el siglo pasado encierra una

17 *Ibid.*
18 *Ibid.*

> lección elocuentísima para los reformadores omnipotentes, para los fabricantes de constituciones, para los cándidos que llegaron a creer que la felicidad del género humano podía decretarse. Todo el humanitarismo de Condorcet y de Rousseau, que tantos prosélitos ha tenido en el mundo, ha sido impotente contra los instintos agresivos profundamente arraigados en el hombre. Y la guerra no es sino la expresión más concreta de estos instintos".

Y a manera de conclusión sobre tan categóricas argumentaciones de apología a la guerra como un fenómeno no solamente necesario, sino imprescindible para la evolución de toda sociedad humana, es pertinente citar a Alicia de Nuño cuando argumenta que "la reivindicación de la guerra, como necesaria para la marcha de la historia, será una apología de aquellos que la hacen", para de inmediato sustentar esta propuesta en el pensamiento de Vallenilla Lanz, quien dice al respecto:[19]

> "Y ¿por qué ha de ser un baldón para Venezuela el hecho de que los degolladores capitaneados por Boves, Yáñez, Morales, Calzada, fuesen venezolanos? ¡No, señores! Tan franceses fueron los guillotinados como los guillotinadores de la Revolución, y nadie discute que aquella orgía de sangre arrojó sobre la tierra torrentes de civilización".

En sintonía con este enfoque de la violencia necesaria que desarrolla Vallenilla Lanz en su *Cesarismo Democrático*, objeto de tantas reflexiones como las recogidas en la presente obra, la historiadora Elena Plaza propone una interesante perspectiva de análisis, bajo el título *El Gendarme Necesario I 1996*[20] la cual centra en el papel de José Antonio Páez como soldado y líder en la guerra de independencia.

19 *Ibid.*

20 Vallenilla. *Obras Completas*, Tomo I, Ed. U.S.M., Op. Cit., pp. 89-90.

En su condición de jefe militar, la autora asigna a Páez el rol de gran caudillo, y como derivación, el de gendarme necesario, producto de su arrojo, valentía y capacidades, para imponer su autoridad absoluta sobre las hordas de llaneros que conformaron los victoriosos ejércitos de la necesaria y sangrienta confrontación bélica que liberó a Venezuela del yugo español.

Sostiene Elena Plaza en su escrito respecto a la figura del caudillo:

> Vallenilla fue el primer historiador que le demostró a las élites caraqueñas que ellas, si bien fueron las primeras en declarar la Independencia, no fueron quienes la ganaron, y que fueron los caudillos llaneros quienes "salvaron la patria". Hubo un momento en la guerra de Independencia en que Bolívar y los hombres de su clase se mezclaron con los caudillos, pero, alcanzado el triunfo, tenía que ocurrir la separación, ya que, de acuerdo a su definición y apartando la variable de la guerra, Bolívar no cumplía con los requisitos para ser definido como un caudillo: no provenía de una baja extracción social, no era llanero, etc.[21]

Para afianzar su argumentación, Plaza recurre a una cita de Vallenilla Lanz:

> El caudillo llanero (…) era el jefe nato de los venezolanos, el hijo legítimo de nuestra democracia igualitaria; empujada violentamente por razones étnicas y geográficas (…) en tanto que el Libertador continuaba siendo el aristócrata, el mantuano, el gran señor superviviente de la alta clase social (…)[22].

Y agrega la historiadora:

> El prestigio militar de Páez se había gestado durante la Independencia, fue producto de su valentía y de su calidad de gue-

21 *Ibid.*
22 *Ibid.*

> rrero. Para dominar a aquellas hordas se necesitaba tener con ellas ciertas afinidades que permitieran establecer entre éstas y el jefe una camaradería, una familiaridad; que facilitaran la aceptación y el reconocimiento del liderazgo por parte de éstas. La jerarquización no existía en la cultura de los llaneros; por ello, Páez era el jefe natural de ellos. Cuando finalizó la guerra, Páez se colocó a la cabeza del movimiento separatista de Venezuela, y su autoridad personal pasó a cumplir la función política de un gendarme: proteger con su autoridad personal y su poder militar el funcionamiento de un gobierno regular. A partir de ese momento, comenzaría a consolidarse el prestigio político del General Páez, imponiendo con su autoridad de caudillo, de gendarme necesario, un gobierno ordenado y estable, que fue el que tuvo mayor crédito para aquella época en toda la América emancipada[23].

Pero no podía elaborarse un epílogo al presente trabajo sobre el *Cesarismo Democrático* de Vallenilla Lanz, sin pasearse por un examen a la condición positivista de este pensador, corriente filosófica que además de dar soporte a su pensamiento, propicia enconadas polémicas que por sus características y por la calidad y representatividad de los analistas que se involucran en el asunto, merecen una conclusiva revisión.

El reconocido historiador y periodista Ramón Velásquez es uno de los autores que hace referencia a la influyente corriente filosófica, que según refiere, "comienza a explicarse en Argentina en la década de 1880 y entre nosotros aparece, según los historiadores, entre 1863 y 1869"[24]

Velásquez formula así mismo, interrogante sobre la significación del positivismo para responderla en los siguientes términos:

23 *Ibid.*

24 Ramón Velásquez propone sus puntos de vista sobre el positivismo, en un trabajo de su autoría titulado *El pensamiento político de Laureano Vallenilla Lanz (1981),* publicado En: Ramón J. Velásquez. *Individuos de Número*. Caracas: Biblioteca de Temas y Autores Tachirenses, 1981, pp. 159-172.

> …¿en qué consiste? En el estudio de las leyes que rigen los fenómenos sociales mediante la ciencia natural y la utilización de métodos objetivos que permitan la observación y clasificación de los fenómenos, fenómenos captados por la experiencia en ciertas relaciones invariables de sucesión, coexistencia y semejanza desechando toda investigación sobre las causas primeras,[25]

Y agrega en cuanto a la forma en que se adoptó el positivismo en Venezuela:

> …Hay por lo menos tres tiempos positivistas en Venezuela: el de los iniciadores; el de los discípulos en épocas del liberalismo guzmancista o liberalismo amarillo, y el de las tesis positivistas de Gil Fortoul, Vallenilla Lanz, Zumeta, Arcaya, durante los regímenes de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.
>
> …Debe destacarse que el positivismo venezolano no representa una tendencia puramente especulativa, como ocurrió en otros países americanos, donde estaban activos los voceros de la Escuela por lo menos hasta en la tercera década de este siglo, caso de Argentina, donde todavía en 1925 se mantenía una publicación divulgativa de carácter periódico. En Venezuela aún predominan tendencias positivistas en la legislación penal. En 1958 se hallaba en plena actividad el último de los expositores del positivismo, el doctor Pedro M. Arcaya, y en 1969 dejó de existir con Rómulo Gallegos, quien modificó su positivismo inicial con algunos temas freudianos[26].

Particularmente sobre Vallenilla Lanz y el positivismo, afirma Velásquez:

25 *Ibid.*
26 *Ibid.*

> Bajo la administración del General Gómez se robustece una de las facetas del positivismo criollo: la personificada por Laureano Vallenilla Lanz, quien ha sido considerado como el principal expositor del pensamiento político en este tiempo[27].

A las consideraciones sobre la influencia del positivismo en el pensamiento de Vallenilla Lanz, se une también el análisis sobre el impacto de su obra, especialmente de las tesis desarrolladas en su *Cesarismo Democrático,* objeto de la virtual disección presentada en la investigación objeto del presente prólogo.

Los puntos de vista de Vallenilla sobre la religión, constituye una de esas vertientes argumentativas que ocupan el análisis del reconocido historiador Angel Cappelletti en su trabajo *Laureano Vallenilla Lanz y el gendarme necesario (1994).*[28]

Cappelletti refiere el criterio de Vallenilla sobre el asunto, contenido en su tesis en la que afirma

> que las religiones constituyen una de las bases fundamentales del edificio social.
>
> …Yo creo que mientras el progreso de la ciencia y la educación laica y democrática no hayan modificado lenta y evolutivamente la herencia psicológica de los pueblos hispanoamericanos, es no sólo inútil sino peligroso pretender suprimir la influencia de la religión. Tan grande es su acción educadora que el mismo pueblo angloamericano, uno de los más positivistas, le atribuye una enorme importancia a causa de las reglas de vida que ella impone.

27 *Ibid.*

28 Ángel J. Cappelletti. *Positivismo y evolucionismo en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994, pp. 263-296 y 474-479.

> …Pero es que yo no veo en el catolicismo, como en ninguna otra religión, sino su grande, imprescindible e insustituible utilidad social; el aporte que puede dar –dentro de los estrictos límites de sus funciones sociales– a la obra de la reconstrucción nacional, sin exponer su prestigio a los embates de las luchas políticas.

En su análisis, Cappelletti se refiere así mismo, a la vinculación que hace Vallenilla del asunto religioso y la dictadura gomecista, como parte de sus políticas frente a la jerarquía eclesiástica criolla y el Vaticano:

> …En el seno del Estado laico, del Estado arreligioso, que es el ideal de un pueblo que necesita atraer a su seno los hombres de todas las naciones civilizadas, para dejar de ser algo más que una simple circunscripción geográfica, el catolicismo puede recuperar su influencia moral y educadora, contribuyendo al afianzamiento del orden social, sin perjuicio de las instituciones políticas a cuya efectividad aspiran los venezolanos[29].

Pero son tan amplias y variadas las aristas de análisis que provee el pensamiento de Vallenilla Lanz, como la calidad y el alcance de los analistas que se ocupan de estudiar su trabajo, y particularmente del contenido de su obra cumbre *Cesarismo Democrático*.

Un buen ejemplo de esta afirmación, es la participación del acucioso historiador Nikita Harwich Vallenilla[30], quien por ejemplo habla del concepto "libertad", aplicado a una corriente filosófica como el positivismo, que sirvió de muleta ideológica a Vallenilla Lanz para la justificación y defensa de la oprobiosa y sangrienta dictadura de Juan Vicente Gómez.

29 *Ibid.*

30 Prólogo (1991) de Nikita Harwich Vallenilla a una nueva edición de Cesarismo Democrátic. En: Nikita Harwich Vallenilla. "Prólogo", en: *Cesarismo Democrático y otros textos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991, pp. IX-XXXVII.

La consistencia de las argumentaciones de Harwich Vallenilla, justifican la revisión de su trabajo, como valioso insumo para este epílogo, que pretende sintetizar la reflexión sobre el *Cesarismo Democrático* de Laureano Vallenilla Lanz, que reúne a lo largo de estas páginas, a pensadores de invalorable valía, en el terreno de la interpretación histórica de la realidad venezolana post independentista.

Se expresa el historiador Harwich Vallenilla sobre el positivismo en los siguientes términos:

> La meta final del paradigma positivista es la "libertad" de la cual se gozará cuando las fuerzas disgregadoras de la sociedad hayan sido detenidas. Pero conviene precisar que se trata aquí de una "libertad" derivada de una nueva organicidad del cuerpo social; una libertad que sea firme, no como la aplicación de un principio individualista, sino como producto de una "realidad objetiva", fundamentada en el progreso material
>
> La clave del paradigma positivista es que parte de una revisión crítica de la ideología y del lenguaje político. Bajo este criterio, es necesario, ante todo, determinar el verdadero alcance de ese lenguaje. Conceptos como los de "soberanía", "pueblo", "constitucionalidad" no definen en sí nada más que una mitología demagógica: el trasplante estéril de fórmulas y de instituciones que, de por sí, no cambian una realidad social, sino que, más bien, contribuyen a fomentar frustraciones y anarquía.
>
> …Para el pensamiento positivista venezolano y para Vallenilla Lanz, no son unos principios teóricos los que, en realidad, motivan una acción de masas, sino el propio juego de las fuerzas sociales. Estas fuerzas, a su vez, pueden ser orientadas por la acción de las élites, siempre y cuando éstas, también como actores colectivos, estén conscientes del proceso que desatan y dispongan de los medios necesarios para frenar las tendencias anarquizantes generadas por todo cambio en las estructu-

> ras sociales. Evidentemente que ello no siempre es el caso. La evolución política de la Venezuela del siglo XIX ofrece, en ese sentido, un buen ejemplo de este fenómeno. Pero una sociedad genera también sus propios factores de cohesión: el caudillo, como producto natural de la anarquía desintegradora, puede convertirse en el recurso para lograr una estabilidad fundada en la "sujeción inconsciente" de la mayoría. Este "gendarme necesario" pasa entonces a ser el "representante y regulador de la soberanía popular", el demiurgo de la modernidad.(/)[31].

Los sólidos conceptos Harwich Vallenilla sobre el positivismo sin embargo, también despertaron enconadas polémicas que se ventilaron en la prensa caraqueña, como fue el caso del intercambio cargado de ironía y en muchos casos de ácidos comentarios, sostenido con el también historiador de reconocido prestigio Elías Pino Iturrieta.

El escenario para la polémica sería tan prestigioso como los protagonistas del careo intelectual: el *Papel Literario* de *El Nacional,* una sección del rotativo caraqueño, que mientras mantuvo sus ediciones impresas, fue sin duda un faro de luz para las máximas expresiones de la cultura y la creatividad de lo más granado de nuestra intelectualidad.

En un artículo publicado en esa sección en mayo de 1985 (//)[32] bajo el título ¿Dónde están los reales? Contestación sobre el positivismo gomero, Elías Pino Iturrieta ataca duramente al positivismo criollo, y particularmente a Laureano Vallenilla Lanz, a quien señala como una intelectual tarifado con el propósito defender y justificar la dictadura de Juan Vicente Gómez, para lo que utiliza una serie de comunicaciones escritas en las que Vallenilla solicita dádivas al dictador.

Pino Iturrieta formula sus señalamientos en los siguientes términos:

> …las misivas los señalan como burócratas a quienes competen responsabilidades de entidad, también los delatan como ser-

31 *Ibid.*

32 Papel Literario de *El Nacional* Caracas, 5 de mayo de 1985.

> vidores que reciben beneficios económicos por una puntual e imprescindible faena. No obstante, mi impugnador ve en este capítulo un desentierro de papeles personales cuyo avieso propósito pudo ser el desprestigio de los dignos letrados.
>
> Si tal hubiera sido la intención, no permaneciera todavía inédito un despacho de Laureano Vallenilla Lanz para el presidente Gómez, fechado en Caracas el 30 de mayo de 1930, en el cual solicita "unas cuantas reservas de petróleo". Ni otro del mismo remitente para el propio destinatario, fechado en París el 4 de enero de 1932, en el cual insiste pidiendo una ayuda económica. El teórico había dejado de percibir unos seis mil bolívares que ganaba como director de El Nuevo Diario y buscaba ahora la nivelación de sus ingresos. Ni otro de 28 de octubre de 1932, también escrito en París, en el que pide a don Juan Vicente dos mil dólares para adquirir un automóvil. Archivé estas cartas junto con otras muy elocuentes, en el repositorio del Instituto de Estudios Hispanoamericanos de la U.C.V., para consumo interno de los investigadores.(///)[33]

Durante varias semanas se mantuvo la polémica, que además de arrojar luces sobre el profundo impacto de la corriente positivista para la evolución política y social de Venezuela como república, deleitó a los lectores del *Papel Literario* de *El Nacional* por el altísimo nivel y elegancia en el manejo del idioma y la expresión de las ideas, no obstante la mordacidad y la ironía contenidas en las argumentaciones de lado y lado.

Pero por sobre cualquier consideración, tal como ha quedado demostrado en la presente investigación, a la obra de Vallenilla Lanz no pueden negársele valor , méritos y enormes aportes para el estudio y la comprensión de la realidad política y social de Venezuela.

33 *Ibid.*

Baste recordar por ejemplo el impacto que generaría la publicación de su obra *Cesarismo Democrático* en diciembre de 1919, que según refiere el historiador Nikita Harwich Vallenilla, "termina por asentar a su autor como uno de los primeros sociólogos de Hispanoamérica", aunque según el mismo historiador

> …Sus ideas, alabadas por muchos, son también atacadas con ferocidad. Vallenilla Lanz es el blanco de los opositores del gomecismo que no ven, en su obra, sino una servil defensa de la tiranía. El líder conservador colombiano Laureano Gómez no vacilará en llamar a Vallenilla Lanz: "el inescrupuloso apologista y filósofo de la dictadura".(%)[34]

Cuando muere Juan Vicente Gómez en 1935, Vallenilla Lanz se encuentra París, cumpliendo funciones diplomáticas, y ante ese acontecimiento, su reacción no podía ser más elocuente y decidora de la forma en que observaba la realidad social y política de Venezuela:

> "¡Se murió el loquero!" y luego explica: "El General Gómez me ha dado muchas veces la impresión de esos loqueros de antiguos manicomios que empleaban la terapia de la lata de agua y del látigo. No curaban, pero mantenían en orden al establecimiento... Fue un hombre importante y patriota, a su manera y de acuerdo con su formación. Un mediocre no se mantiene veintisiete años en el poder... Quedo pobre después de una larga colaboración con él; pobre a conciencia, pues nunca quise traficar con mis ideas. Me he limitado a exponerlas y las juzgo valederas para muchos años, a menos que en Venezuela se cumpla un proceso radical de transformación". (%%)[35]

34 Prólogo (1991) de Nikita Harwich Vallenilla.
35 *Ibid.*

Bien vale entones el esfuerzo que representa haber estructurado el presente trabajo sobre el *Cesarismo Democrático* de Laureano Vallenilla Lanz. En estas páginas se ha recogido un nutrido registro de lo dicho por profundos conocedores de la obra de este brillante y polémico positivista, cuyo impacto tiene plena vigencia aún hoy, cuando ya hemos recorrido casi la cuarta parte de este congestionado siglo XXI.

CESARISMO DEMOCRÁTICO
A cien años de un gran libro.
Entre el debate político y la crítica historiográfica 1919-2019

se terminó de imprimir
en septiembre de 2021
en los talleres de
Editorial Exlibris CA
en la ciudad de Caracas

Cesarismo Democrático (1919), de Laureano Vallenilla Lanz, es una producción intelectual cimera del positivismo venezolano y latinoamericano. En 2019 se conmemoraron 100 años de la publicación de esta obra. Oportunidad que debemos aprovechar para reflexionar sobre el contexto en que se produjo, las influencias que la nutrieron, el impacto que causó en el medio intelectual universal, latinoamericano y nacional. El debate histórico y político que desató. Y su aporte a la comprensión de la historia de los países hispanoamericanos y de Venezuela. Y, finalmente, la presencia de las tesis de Laureano Vallenilla Lanz en el presente.

Para complacencia del autor, con su obra no ha existido indiferencia. Se le ha divulgado y leído, se le ha respaldado o se le ha combatido. No es fácil obviar una obra bien escrita, firmemente sustentada en sus parámetros cientificistas y de poderosa repercusión nacional e internacional.

El capítulo 6 "El Gendarme necesario" el que da nombre a la obra, en realidad es el eje del volumen. Todos los textos anteriores apuntalan, el más bien breve apartado, dedicado al gendarme necesario. En pocas palabras Vallenilla Lanz demuestra que en sociedades donde impera la violencia se requiere un jefe quien mediante el temor imponga el orden y la paz. Los caudillos (Páez, Monagas), mantienen gracias a su prestigio y a su uso de la fuerza, controladas a las masas semibárbaras prestas solo al saqueo y el asesinato. En la Venezuela de principios del siglo XX impera es la fuerza, no las leyes ni las instituciones. La invocación a doctrinas abstractas, importadas, lo que hace es entorpecer la misión del hombre fuerte de mantener el orden. El país, luego de la emancipación, se vio asediado por la miseria, el atraso, por los soldados licenciados de los ejércitos que se convirtieron en bandoleros, a los que se sumaron los esclavos libertados como factor de inestabilidad y agitación. A las heroicas guerras de emancipación, siguieron las fratricidas guerras civiles. En ese contexto el caudillismo fue un factor de orden, de integración social. Dominó no quien fue elegido, sino quien pudo imponerse por la fuerza.

Prof. David Antonio Ruiz Chataing / Compilador